



ALBERTO CRESPO R.

TIEMPO CONTADO

SEGUNDA EDICIÓN

1989

*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

"El hombre que ha vivido muchas
vidas, debe morir muchas veces"

O. Wilde.

"El Paraíso"

"Todo el que huye del pasado
pierde siempre la carrera"
T. S. Eliot (El viejo estadista)

La ciudad tenía dos mundos, dos territorios. Uno era el de las calles por donde debíamos caminar con las demás gentes, la casa, el colegio, los tranvías, el pequeño ámbito en el cual nos movíamos diariamente y que compartíamos con "los otros". Pero había otro mundo que comenzaba en el confín de la ciudad. Era el extramuro. Borges diría "la orilla". Así como aquel mundo era de todos y de cualquiera, éste otro era exclusivamente nuestro. No era el suburbio total, sino apenas Tembladerani, mas allá de San Pedro y Sopocachi.

He olvidado el nombre del compañero del curso que vino con tu primera noticia y despertó nuestra fantasía. A un costado de la cancha de fútbol "Olimpic", pero no mucho más arriba, había dos lagunas, aunque no llegó sino hasta la primera, la más cercana. En realidad, ninguno de los alumnos del curso conocía Tembladerani y sólo habíamos oído hablar del lugar, pero aquel relato bastaba para poner en pie nuestra imaginación. Claro que viendo las cosas como realmente eran, se trataba de dos pequeños estanques naturales, con los bordes cenagosos y cubiertos de una corta vegetación. Era el misterio y su compañero inseparable el peligro, y éramos las únicas personas que en las tardes, cuando faltaba poco para que anocheciera, íbamos a sentarnos a sus orillas. Una tarde, vimos en una de las lagunas una pequeña lancha de madera con un remo cruzado sobre sus bordes, como si un tripulante solitario hubiera acabado de navegar en medio de ese contorno desierto y silencioso.

De eso han pasado más de cincuenta años. Lo que eran chacras, campos, senderos flanqueados por árboles, hoy son parte de la ciudad, convertidos en plazas y calles empedradas. El avance sobre el campo no ha dejado vestigios. No solamente las lagunas han desaparecido, seguramente por desecación artificial, sino que me sería imposible reconocer el antiguo lugar. Hay, cuando algún motivo me lleva por esas calles, apenas veo pedazos de una pared de adobes, la choza de un indio que todavía no ha vendido su terreno, alguna pequeña altura que no ha alcanzado a arrasar el tractor, un árbol no derribado, y reconozco todo eso sin ninguna duda, con absoluta certidumbre, como partes de un viejo paisaje. Han quedado unas cuantas tejas sobre un muro a punto de caer, un saldo de pared sin sus antiguas referencias, como pedazos sueltos de un pasado destruido por el olvido y el tiempo. Sin la acequia que pasaba sobre sus raíces, ese árbol está solo, sin sus viejos compañeros, pero yo lo reconozco. Lo veíamos todas las veces que subíamos en las tardes a sentarnos en la orilla.

A medida que transcurre la vida, van también desapareciendo seres y cosas que fueron el contorno de la existencia, de ese amanecer de oro. Pero como nada es gratuito, uno se hunde junto con ellos. Años atrás leí una frase de Saint-Exupery: "Vengo de mi infancia como de una patria".

Mi padre, Luis S. Crespo (S de Severo), era miembro del partido Liberal y, como tal, con el agravante de ser redactor de "El Diario", durante el gobierno de Bautista Saavedra sufrió las consecuencias de sus lealtades. Siempre hay que pagar las y por lo general, en ese momento, pocos son los que le ayudan a uno. Durante la clausura del periódico, se vió obligado a trabajar como administrador de los bienes de Fermín Cusicanqui, modesto acaudalado, dueño de dos haciendas en el altiplano "Pomamaya" y "Quella Quella" y de su residencia "El Paraíso", situada en lo que entonces era uno de los extramuros, muy cerca de San Jorge. Sería el año 1923 y yo tenía seis. Allí fuimos a vivir los cuatro, mis padres, mi hermano y yo, a un grupo de habitaciones en medio de la propiedad que desde la avenida Arce llegaba al río Choqueyapu. "El Paraíso" estaba entonces aislado de la ciudad y, como sucede siempre, nos parecía que se hallaba separado por una gran distancia, que cubríamos en los tranvías para ir al colegio, "La Salle".

La propiedad tenía la casa del dueño, una cancha de tennis, un jardín, una escalinata presuntuosa de piedra, que en realidad no iba a ninguna parte, un extenso "frutillar" y un manantial; todo eso en varios planos hasta el río.

No recuerdo cuánto tiempo vivimos allá. Era como si no hubiera en el mundo otro sitio para nosotros, es decir los cuatro. No podía soñar con un lugar más maravilloso, porque el aislamiento y la distancia le daban un atractivo mágico. Tal vez nos jactábamos en el colegio de ser los alumnos que vivíamos más lejos del colegio que los demás —aunque había uno que venía desde Obrajés— y los únicos en un lugar tan distinto, en medio de árboles, sitios escondidos y agrestes, con un campo ilimitado para la aventura, para las suposiciones de lo desconocido y donde el misterio no necesitaba ser imaginado, sino que estaba ahí, en esos lugares que nunca terminábamos de conocer.

No cuento inútilmente que por entonces mi tío Carlos, hermano de mi padre, recibió como pago de honorarios profesionales de abogado —de algún cliente que no tenía otra manera de remunerar sus servicios— todo un depósito lleno de lo que llamamos "conservas" de ultramar, como quien dice del piso al cielo raso. Qué no había allá! Cajas de champagne francés, vinos alemanes, viejas marcas de whisky escocés, jamones de Holanda, dátiles de Egipto, higos de Esmirna, salmones ahumados, mariscos de todos los mares, trufas de precio inverosímil y caviar de Rusia. En fin, cosas de las que sólo podíamos oír hablar.

Un día que nos alistábamos para ir a Tembladerani convencimos a mi primo Jorge que sacara del depósito unas latas de caviar. Por fin sabríamos lo que era aquello que tanto habíamos oído elogiar. Podíamos haber optado por las conocidas y baratas sardinas, pero ahora se trataba de probar algo nuevo. Como ignorábamos en absoluto las cantidades de consumo del caviar, Jorge llevó seis latas. Llegamos a la orilla de uno de los lagos y abrimos una. Aquí debo decir que mucho tiempo después supe que el caviar es un gusto adquirido, de la madurez. El primer bocado nos pareció algo rancio y tal vez descompuesto y pensando que sería defecto del envase tiramos la lata casi intacta al suelo. Con la segunda naturalmente pasó lo mismo. No podía ser que ésta también estuviera en mal estado. El hecho es que las seis corrieron la suerte de la primera. Al final, muy decepcionados y desconcertados tuvimos que contentarnos con comer nuestro pan puro en medio de una gran defraudación y añorando las más humildes y corrientes sardinas.

En el colegio "La Salle" mi hermano Alfonso y yo hicimos todos nuestros estudios, hasta salir de bachilleres. El siempre en los primeros puestos y yo entre los últimos. Me doy cuenta que era un motivo de dolores de cabeza para mis padres. Entonces el colegio ocupaba la vieja edificación colonial de un hospital de mujeres, adaptado a aulas escolares en una esquina de la calle Loayza. A pesar de los malos momentos que me causaba mi escasa afición a los estudios, al dejar el colegio llevé conmigo el recuerdo, un tanto melancólico, de algunos profesores y de mis condiscípulos.

Treinta años más tarde, estando en el Perú, llevé un ejemplar de mi libro **Historia de la ciudad de La Paz -Siglo XVII** al Hermano Lucio, que había sido mi profesor y se hallaba en Arequipa. En la dedicatoria escribí algo parecido a "Al Hermano Lucio, quien me enseñó a trazar los primeros palotes". No lo encontré y no tenía tiempo para volver a buscar lo, pero al cabo de un tiempo me envió una carta que aún conservo: "Supongo que vives con tu mamá; sólo Dios sabe cuánto la recuerdo! La saludas cariñosamente, con la seguridad de que nunca

pondrás tú, la emoción que yo pondría. Si alguna vez le escribes a Alfonso, dile en mi nombre, que sólo su padre don Luis S. Crespo tuvo más cariño y deseos de su felicidad que el Hno. Lucio". Por lo menos a cierta edad, uno nunca se dá cuenta de los cariños que suscita en un profesor u otra persona mayor y a veces se queda sin saberlo para siempre.

No he visto más al Hermano, con quien tuve una amistad de niño cuando en el banco del colegio comenzaba a trazar bajo su mirada los primeros palotes y terminó cuando fui a entregarle el libro.

El ingreso al colegio de "La Salle" fue posible porque nuestra madre, con la callada tenacidad de que era capaz, se puso a buscar un trabajo y lo encontró en la oficina de telégrafos. Su cargo era el de "revisora" y recuerdo que por esos años oíamos hablar en casa de la compañía norteamericana "Marconi" que iba a hacerse cargo del manejo de tales comunicaciones, los nombres de sus compañeras, sus problemas de trabajo. Todo eso terminó en 1931 Cuando el presidente Daniel Salamanca despidió a los empleados que se declararon en huelga. Cuando los huelguistas depusieron las armas y se mostraron dispuestos a dar marcha atrás, el presidente se mantuvo implacable y mi madre dejó el trabajo.

Mi hermano y yo tendríamos, respectivamente, 10 y 8 años de edad cuando traspasamos por primera vez el límite de nuestra ciudad. Con nuestro primo Jorge Crespo Villavicencio fuimos de vacaciones a Sorata donde su familia tenía una casa y una chacra en lo más profundo del valle. Habíamos oído a Jorge contar mil y una historias sobre Sorata, el paso por un lugar llamado Batallas y el pueblo de Achacachi, la llegada después, de un viaje, de diez horas en automóvil, la gruta, sus dos ríos, San Cristóbal y Challasuyo, el pueblo vecino de llabaya, No había ningún otro lugar en el mundo sobre el cual tuviéramos tanta información.

Sin embargo, la expectativa resultó una triste experiencia. Era la primera vez que nos separábamos de nuestro pequeño núcleo familiar y al día siguiente de llegar pedíamos a la madre de Jorge volver a La Paz. Fue inútil cuanto hicieron por retenernos y no había halago ni distracción que atenuara la pena por sentirnos lejos de nuestros padres. A la semana estábamos de regreso. Siempre he tenido esta pequeña historia como una muestra muy lejana, perdida en el alba, de lo que debió ser la unidad de nuestro hogar.

1927. Vivíamos en una casa del barrio de San Pedro y yo tenía la suficiente edad diez años- para darme cuenta del drama que pasaban los habitantes de la ciudad, del barrio y de mi casa. En el Panóptico transcurrían las últimas horas de Alfredo Jáuregui condenado a muerte por el asesinato del general José Manuel Pando, ocurrido diez años antes. De los cuatro presuntos culpables —era imposible que todos hubieran tenido el mismo grado de responsabilidad— a Alfredo Jáuregui, el menor de todos (creo que tenía 17 años cuando se cometió el crimen) le tocó en el sorteo sacar la fatídica bolilla negra que lo condenaba a morir.

Ya había sido fijada la fecha del fusilamiento, cuando el emplazado mandó con un emisario llamar a mi padre. En mi familia y sobre todo en mis tíos, hermanos de mi madre, se produjo una explicable expectativa. Se presumía que mi padre podría convertirse en el depositario de una de las incógnitas más grandes de la historia de Bolivia y que un proceso de diez años no había podido aclarar. La mañana señalada se dirigió a la cárcel y demoró unas dos horas en regresar. A su vuelta fue recibido con ansiosas preguntas y mi padre se limitó a decir "No puedo hablar nada. Algún día después de mi muerte encontrarán algo escrito entre mis libros y papeles".

Después de su muerte, unos 8 años más tarde, guiado por otros fines, revisé los libros y papeles de su biblioteca y creo haber leído casi todos. No encontré nada. ¿Qué pasó? ¿Qué le dijo Jáuregui a mi padre?

Lo único que está más o menos claro es el origen de la llamada. Por encargo de la Sociedad Geográfica de La Paz, de la cual los dos eran socios, mi padre había escrito en 1918 una biografía de José Manuel Pando. Además era conocido como historiador y persona seria, y eso seguramente sabía Jáuregui.

Casi treinta años más tarde, la biblioteca fue vendida al Centro Portales de Cochabamba, donde está —me parece que algo disminuía— a disposición del público y en 1982 salió a la circulación una segunda tirada del libro sobre Pando. De esa manera, tal como sucedía cada cierto tiempo a comienzos del siglo, el nombre de mi padre volvió a las vitrinas de las librerías de La Paz.

El libro tiene un breve prólogo de Chelio Luna-Pizarro. ¿Por qué de él? Su madre y mi padre eran primos hermanos y allá, cuando yo tendría unos seis años de edad, nuestras familias se reunían con cierta frecuencia. Los Luna Pizarro tenían un negocio de plantas, llamado "La Floresta", que ocupaba casi una manzana frente a la iglesia de San Pedro. Íbamos allí invitados a "pasar el día" y también parte de la noche. No mucho más tarde, —siempre teníamos sobreentendido que el padre sentía una curiosa atracción por la selva, lo cual le daba un aire de especial misterio— la familia se trasladó a Trinidad. Después supimos que, como si eso fuera poco, los Luna Pizarro se fueron más allá, tan lejos como era posible hacia el norte de Bolivia, hasta Cobija, en la frontera con el Brasil. Todo eso nos parecía una novela de aventuras. A veces, con intervalo de años, nos llegaban noticias sueltas de esa extraordinaria historia.

No volví a ver a Chelio en más de medio siglo. Sabía que había publicado una buena monografía sobre el departamento Pando y era inclinado a escribir. ¿Cómo podía suceder eso en medio de la floresta acreana? Cuando en 1978 José Luis Roca fue a candidatear para senador por Pando, me trajo algunas noticias de él.

Al año siguiente, al organizar la primera reunión de archivistas bolivianos, invité a Chelio ir a la ciudad de Sucre. Allí nos encontramos y, claro, ví que estaba recibiendo a otro hombre distinto del de San Pedro. Era una persona interesada en libros y papeles que venía desde cerca del Amazonas! Mencionamos ese hecho al presentarle en la reunión.

Hablamos largamente y me refirió no sólo datos de la influencia brasileña en el noroeste boliviano, sino también la ignorancia de la mayoría de los pandinos sobre el origen del nombre de su departamento.

Más tarde, fue invitado a ingresar a la Sociedad Boliviana de Historia y con ese motivo vino a La Paz. En una conversación surgió la idea de reeditar el libro de mi Padre a fin de desvanecer siquiera en algo aquel desconocimiento. Logró por milagro obtener contribuciones económicas de las principales autoridades de Pando, cuyo monto completamos mi hermano y yo. Después de toda esta historia, ¿qué otra persona podía haber escrito el prólogo, sino Chelio?

San Pedro

Mi padre había presentado un trabajo al concurso sobre una biografía del guerrillero de la Independencia José Miguel Lanza, convocado por el Círculo Militar. Era el año 1928 en el barrio de San Pedro. El seudónimo elegido fue el de "Tres cruces" y acá debo decir que mi padre tenía sobre su cabecera la imagen de un Ecce Homo, que un día mi hermano Alfonso trajera como premio del colegio.

Una mañana, mi padre nos contó el sueño de la noche anterior. Se había encontrado con un hombre con el mismo rostro del Cristo de la imagen, quien le dijo: "Las cruces nunca serán vencidas". Al día siguiente supimos que su trabajo obtenía el primer premio.

En la década de los 20, San Pedro era un barrio un tanto aparte de la gran aldea de La Paz. Cuando se entraba en sus calles era como salir de la ciudad. Por allí no se iba a ninguna parte y hacia las alturas terminaba en esa pequeña ciudadela del "Olimpic", con su ruedo de toros y cancha de fútbol, rodeados de un dédalo de callejas.

Vivir en San Pedro confería como una identificación especial, quizá un modo de ser, y era como pertenecer a una cofradía, cuyo cuartel general era la plaza con un kiosko y eucaliptos inmensos, entre el panóptico y la iglesia. Allí se desarrollaba durante tres días la fiesta del Santo, con misa y procesiones, verbenas y fuegos artificiales, en medio de calles embanderadas y globos de papel que se elevaban con aire caliente hasta que se perdían en la oscuridad del cielo, si no se quemaban en medio de la ascensión, mientras el vecindario daba vueltas alrededor de la plaza y una o más bandas de música tocaban sus instrumentos, entre faroles y puestos de vendedoras. Todo era cuidadosamente previsto por la Junta de Vecinos, de la que mi padre formó parte algunos años.

Para nosotros eran los años del trompo de madera, de la cometa y la pelota de trapo, la pelea entre el "león y las quince ovejas" que disputábamos sentados a horcajadas en un banco de la plaza. Hasta que venía el mes de diciembre y comenzábamos a organizar los conjuntos de organilleros para la Navidad. Los grupos tenían tal personalidad que a ciertas horas el

párroco nos hacía subir al coro, a tocar la armónica, los pitos con agua y una especie de sonaja hecha con tapacoronas aplanadas. Los extremos de nuestra vida eran el globo de papel y las bolitas de vidrio. Una vida irreal, que iba desapareciendo cada día con el transcurso del tiempo. Momentos deslumbrantes cuando veíamos pasar hacia la plaza de toros los automóviles descubiertos de las cuadrillas de toreros con sus trajes de luces. A mi padre le fascinaban las corridas y tal vez con entradas que le cedían en su calidad de redactor de "El Diario" teníamos acceso al espectáculo. Él escribía para el periódico su columna "El Día Histórico" que alcanzó mucha notoriedad y le fue copiada después. A veces Alfonso y yo íbamos a "El Diario" a ver funcionar un poco asombrados las linotipos o la rotativa. No serían las últimas ocasiones en que entraríamos a una imprenta.

Hace un par de años. Gunnar Mendoza me escribió que al hojear periódicos antiguos se encontró con "El Día Histórico", que él no sólo leía en sus mocedades sino que fue uno de los hechos que influyó en sus aficiones por la historia. Me sugirió ver la manera de compilar la columna y publicarla en un libro. Es una idea todavía latente.

En medio de esas procesiones y retretas, globos de papel y voladores, y una vez terminada la algazara de la fiesta, no es difícil imaginar la existencia de rivalidades agresivas pero al final inocuas, con pandillas de muchachos de otros barrios. A veces a la de San Pedro se le ocurría hostilizar a todo muchacho extraño que ingresaba en sus predios. Así era La Paz de provinciana. Aquí una historia que no sé si en broma o en serio me contó esa persona de cualidades humanas y profesionales fuera de serie que era Jaime Retamoso.

Nuestros padres no sólo eran amigos cercanos, sino también colegas en la dedicación al estudio del pasado, como que los dos —el otro era Ramón Retamoso— estuvieron entre los fundadores de la Academia Boliviana de la Historia.

"Vivíamos cerca del colegio de los jesuitas y hasta ahora recuerdo con terror aquellos cometidos suicidas que a veces me encomendaba mi padre. ("Lleva este libro a don Luis...") porque sabía lo que me podía ocurrir si me encontraba con un grupo de "sampedreños". Debía esperar la oscuridad de la noche, dar los rodeos más inverosímiles, cruzar de una acera a otra, aguardar en un zaguán en cuanto advertía la cercanía del peligro, entrar sin motivo a una tienda y espiar desde cada esquina, a fin de poder llegar incólume a la casa de don Luis... Y todavía me faltaba el regreso... Mejor hablemos de otra cosa".

Épocas en que el periodista era una especie de lo que ahora se llama un "subempleado", o sea un trabajador a tiempo parcial y por lo tanto con un salario bastante aleatorio, a veces consistente en facturas de avisos de casas comerciales que él tenía que encargarse de cobrar y por cuyo importe ni siquiera recibía dinero, sino una mercadería cualquiera, que tal vez no necesitaba. Ya se sabía que los cines pagaban la publicación de sus anuncios con entradas. Por eso, aunque la situación no daba para fantasías, íbamos al "biógrafo" con una frecuencia que hubiera podido dar una idea equívoca de las posibilidades económicas de la pequeña familia que vivía en una casa de la calle Chapare.

En esas relaciones entre el periodista y el anunciador, mi padre tenía un amigo, "el señor Miranda", una de las personas más importantes de la ciudad para nosotros, porque era dueño de un cine situado frente a "El Diario", en la angosta calle Recreo de entonces, hoy ampliada a avenida Santa Cruz. Ahora pienso que seguramente el señor Miranda era español, en primer lugar porque no tenía tipo boliviano y a su sala le había puesto el nombre de "Alhambra". Un andaluz nostálgico. El local tenía apenas unas cuantas filas en la platea y en ese tiempo del cine mudo un pianista realzaba con su música los momentos culminantes y dramáticos de la película. Cuando no lo hacía ya fuera por cansancio o porque él también quería ver alguna escena, el público le recordaba sin equívocos, con gritos y silbidos, su obligación.

Mi hermano y yo teníamos el increíble privilegio de entrar gratis al "Alhambra" y por supuesto que hacíamos buen uso de esa franquicia. No puedo olvidar algunos títulos o actores que impresionaron para siempre al niño que fuí: "Matías sandorf", la vida de un sombrero conspirador croata; "Los Borgia", con todas las crueldades del Renacimiento italiano. Eddie Polo, que luchaba durante quince episodios contra unos "gangsters" que le perseguían y atacaban con la misma tenacidad. Chaplin, Buster Keaton.

En un lugar un tanto distante de San Pedro, desde las tres de la tarde, todos los días domingos, como una forma de atraer al público, el cine "Cervantes" hacía sonar sin intermitencias su campanilla eléctrica colocada en la puerta de entrada. Estaba instalado al

comienzo de la calle Sagárnaga en un vasto espacio cuadrado ahora ocupado por una ferretería. Aunque situadas en un mismo plano, había dos clases de localidades, diferenciadas porque desde la más barata se veía el telón de manera oblicua, con las imágenes distorsionadas, hecho que volvía algunas escenas ininteligibles. Las dos localidades estaban separadas nada más que por un pasillo común, donde un muchacho vigilaba e impedía a los del lado económico pasar a las sillas de preferencia.

Pero como había un solo baño para las dos clases, el truco consistía en entrar al servicio y a la salida pasar muy despreocupadamente a la sección de los que miraban la película de frente. Allí ya no había vigilancia que valiera.

Era la época de las películas con "intermedio" o sea un corte de unos quince minutos y cuando las cintas consistían en cuatro o cinco series, a lo largo de varias matinés. Cada serie terminaba sin falta en un momento de suspenso, culminante, de desenlace imprevisto. ¿Qué pasará con el "bandido" o la "señorita"? A veces me quedaba sin saberlo porque no podía ir al cine cada vez que quería, ya que en el "Cervantes" teníamos que pagar la entrada.

Mi primo el legionario

Como venidas de los países de **Las Mil y una noches** o desprendidas de la novela **Beau Geste**, muy de vez en cuando, llegaban cartas dirigidas a mi padre por mi primo Julio Crespo Machicado, quien, para satisfacer su afán de aventura —que debió ser muy intenso— no concibió otro camino que el de enrolarse en la Legión Extranjera francesa, que en esos años combatía en Marruecos contra la rebelión dirigida por Ab-El Krim. Alguna vez venía una fotografía de Julio con su uniforme de legionario y el "kepi blanc", delante de una mezquita o las murallas de cualquier lugar del Mahgreb. Nos imaginábamos que allí combatía en medio de apátridas llegados de cualquier y ninguna parte del mundo, desertores, prófugos, ex-penados. aventureros románticos o seres que buscaban el olvido de una decepción, y ocultaban su identidad con un nombre supuesto cuya veracidad nadie se preocupaba de esclarecer. Un día mi padre recibió un poema en prosa sobre el **muecín**, escrito con esa sensibilidad fina y elegante que tenía Julio para expresar las cosas.

Habían pasado como diez años desde que fuera enviado por su padre a Buenos Aires para estudiar una profesión lucrativa y liberal, pero era un horizonte que le quedaba estrecho. Dejó de saberse de su vida durante mucho tiempo, hasta que llegó la primera noticia. Se había alistado en la Legión en el Protectorado francés del Líbano y ahora estaba en Sidi Bel Abes o Timboctú.

Un día que quise releer las páginas de "El muezzin", ví que habían desaparecido del lugar donde estaban colocadas en medio de los libros y cuando —años más tarde— pude colegir las intenciones de las personas, me dí cuenta de que mi padre las debió haber cambiado de ubicación o tal vez destruído, por cierto vago temor de que pudiera trasladarse el ejemplo a uno de sus hijos. Era un escrito incitador a la evasión.

Julio regresó a La Paz en 1933 para ir a la guerra del Chaco. No tenía la mochila del legionario, sino un saco pleno de recuerdos y dos condecoraciones y relatos de su vida errática. "Me he codeado con las muchedumbres en Jerusalem delante del Muro de las lamentaciones", dijo alguna vez, mientras le mirábamos asombrados.

Del Chaco envió al periódico "La Razón" una serie de artículos con el título "Cartas a mi mujer", que algún día habrá que recopilar porque pertenecen a las buenas letras bolivianas. Más tarde le llegó el turno de ser perseguido vesánicamente por el partido político MNR, hasta que pudo encontrar un refugio seguro en Cochabamba. Allí una vez que asistió a una recepción en honor del presidente francés de Gaulle, éste le abrazó conmovido al ver dos condecoraciones de la Legión en el pecho de un boliviano.

Al final de sus años (murió en 1983), escribió un libro **Los caminos de la aventura**, donde relata de manera un tanto novelesca las experiencias de un legionario, un tal Ives Zama, quizá el nombre que adoptó al alistarse en Beirut.

Fuera del parentezco, tuvimos una cálida amistad. Como con pocas personas me gustaba conversar con él, oír las expresiones de su ingenio y conocimiento de la vida. A propósito de él, podría decir: "Oh! pobre Yorik..."

Las graditas

De la esquina de la plaza de San Pedro nos trasladamos a otra casa de la calle México, en ángulo con Pilcomayo, hoy Otero de la Vega. Era un lugar marginal y un tanto despersonalizado y nuestra vida se desplazó hacia El Prado, del que hicimos nuestro principal campo de operaciones.

Conocimos allí a un muchacho mayor que nosotros en unos años, quien se complacía en rodear su vida con toda clase de misterios; ya en la edad de tener enamoradas —lo cual ya era la apoteosis del mito—, se presentaba en los preliminares de boxeo en el ring del "Olimpic". Era Gustavo Chacón. Claro que lo hacía por pura afición deportiva y llegó un momento en que sospechamos que allí no estaba su futuro, porque casi siempre era noqueado en los primeros "rounds". La pandilla iba a darle inútiles alientos en las peleas y me parece que alguna vez César La raye Borda actuó como su "manager", por lo menos en un partido contra un boxeador que había adoptado un hermoso nombre de combate: Kid Kerosene.

Todos esos eran motivos más que suficientes para que Gustavo Chacón ejerciera sobre nosotros una autoridad absoluta, que nadie podía atreverse a suplantar y ni siquiera a compartir. Íbamos de excursión donde quería. Los otros adláteres eran César La raye, Aníbal Alayza, los hermanos Javier y Mario Alborta, Carlos Gallardo Calderón, Alberto Trujillo. Nuestra base eran las "graditas" de la calle Ladislao Cabrera y aun ahora, cada vez que paso por ahí, pienso en esos amigos; en los que viven y los desaparecidos.

Gustavo vivía en la planta baja de una casa a un costado del actual Hotel Sucre, hecha como para él, con un pequeño laberinto de habitaciones y pasadizos semioscuros, donde tenía lugares secretos, focos que se encendían o apagaban desde comandos lejanos, escondrijos detrás de los cuadros.

Cuando le llegó el tiempo, Gustavo trasladó a la política su propensión al secreto y la reserva y, como todos los que en Bolivia ingresan en ese campo, recibió efímeras satisfacciones y muy largos sinsabores.

Muchos años más tarde, cuando a esos muchachos de las "graditas" les tocó complicarse con las amarguras y goces de la vida. Gustavo Chacón. Ministro de Relaciones Exteriores, fue a visitarme en la prisión y pidió al jefe de policía un mejor trato para mí. No podía hacer más. No me había olvidado.

Laramcota

Hay que vivir los años de la adolescencia para buscar la soledad absoluta, sentirse invadido por un romanticismo enfermizo y abandonar todo contacto con los demás, apartarse de ellos a fin de que nadie interrumpa los sueños, sentirse extraño a los otros: tiene que suceder todo eso para buscar un lugar donde uno pueda enfrentarse consigo mismo, de cara a su propio ser.

Esos impulsos y entre ellos un "amor imposible" me condujeron a buscar y hallar trabajo en los primeros meses de 1935 en un lugar tan desconocido, pequeño y miserable, como era la mina Laramcota, en medio camino entre Caxata y Araca, a orillas de un lago y a los pies de un glaciar de la Cordillera Oriental de Bolivia, a cinco mil metros de altura.

El campamento, al borde del camino, estaba formado por unas cuantas habitaciones de adobe y techo de calamina, donde vivíamos el administrador, un contador y dos empleados. Al otro lado del camino, las viviendas de los trabajadores, unos cincuenta con sus familias. Existía otro pequeño campamento a cinco kilómetros de distancia y a una mayor altura, al que se llegaba por un sendero muy escarpado, casi siempre cubierto de nieve y que terminaba en la bocamina.

En muchos kilómetros a la redonda de Laramcota no había un alma. Es una región muy quebrada, quizá de las más fracturadas de toda Bolivia, inapta para todo cultivo y donde apenas existían algunas agrupaciones humanas atraídas por la explotación de los minerales. Una pobre mina, cuyas vetas eran escarbadadas por métodos rudimentarios, sin ninguna maquinaria, y un ingenio primitivo con un molino, un "budgle" y dos mesas vibradoras. La energía eléctrica venía de un lugar cercano, la mina "Monte Blanco". Cada semana salía el

camión cargado con unos ochenta quintales de barrilla de estaño hacia la estación ferroviaria de Eucaliptus sobre la línea del tren de La Paz a Oruro.

Ninguna conversación se podía tener con el administrador o el contador, así que yo estaba sumido en una soledad dentro de otra soledad. Era precisamente lo que quería. Fue una época de lecturas como elegidas para exacerbar tal estado de ánimo: el **Diario Intimo**, de Enrique Federico Amiel; el estudio de Gregorio Marañón sobre la timidez del profesor ginebrino. Retengo de entonces el nombre de Knut Hamsun, creador de misántropos, condenados a descender a sus propias profundidades, queriendo ver claro allí donde no hay sino oscuridad, incoherencia y misterio. Hamsun recibió el premio Nobel de literatura, pero mis admiraciones hacia él disminuyeron cuando un tribunal de su patria muchos años más tarde le sentenció a prisión por colaboracionismo con los nazis en la segunda guerra mundial.

Mi padre

Mi padre era capaz de soportar cualquier penuria antes de pedir algo a los demás. Estaba allí donde creía poder ser útil, sin pensar en jerarquías ni preeminencias; era de esas personas a quien, si llegaba el caso, no le costaba trabajar gratis.

Fue Inspector de Instrucción Primaria de La Paz, lo mismo que Director de la Escuela Normal Rural fundada en el pueblo de Umala en los años de la reforma educacional encomendada a George Rouma. Por un grupo de fotografías que guardaba en su escritorio, uno se daba cuenta que le atraía profundamente el conocimiento de Bolivia, sus ciudades, pueblos y campos. Murió antes que yo pudiera hacerle preguntas.

En 1933 fue enviado por el Ministerio de Relaciones Exteriores a Lima para revisar o detectar documentos que probaran los derechos de Bolivia sobre el Chaco Boreal para el caso hipotético de que el pleito fuera llevado a un tribunal arbitral. Era Ministro en Lima Alberto Ostria Gutiérrez, quien sabía poner cabal empeño en el cumplimiento de sus obligaciones. Por lo que tocaba a la misión de mi padre, se ocupó de manera constante en facilitar su trabajo de cuya importancia estaba compenetrado.

La tarea debía llevarse a cabo en la Biblioteca Nacional, cuyo Director era Carlos Romero y en el Archivo a cargo de Horacio Urteaga. Mi padre hizo buena amistad con Romero, quien fuera de su ayuda de funcionario —no se podía esperar otra más eficiente e idónea— tuvo gentilezas fuera de lo común. Como se supondrá, sostenían largas conversaciones sobre la materia de su afición común: la historia. Unos años más tarde, Romero se vería envuelto en la tragedia del incendio de la Biblioteca. De alguna manera, murió él también allá.

Como en Bolivia no es corriente que se reconozcan los méritos de las personas que desdeñan la política —y mi padre era uno de éstas— nunca supe el motivo por el cual Hernando Siles, cuando fue presidente de la República tuvo insólitos actos de deferencia hacia él. Entre sus papeles figura una nota de Emilio Villanueva, ministro de Instrucción, invitándole a ocupar la dirección de la biblioteca de la Universidad de La Paz. También el presidente le hizo llegar el ofrecimiento del cargo de rector que designaba el gobierno en esa época en que todavía no se había implantado la autonomía. Mi padre rehusó el cargo diciendo que carecía de profesión académica y que, por lo tanto, no podía dirigir esa casa de estudios. Muy de él.

No se olvidó de esos hechos, porque cuando Siles dejó de ser presidente y se hallaba exiliado en Santiago, en 1933, mi padre hizo imprimir en la primera página de su libro **Episodios históricos de Bolivia** esta dedicatoria: "A Hernando Siles, quien en su tiempo libró a Bolivia de los horrores de una guerra". Sólo un historiador podía concebir esa frase basada en un hecho del pasado. Estoy casi seguro que nunca se conocieron personalmente.

Un día, a fines de 1935, desde nuestra casa de la calle Bellavista en Sopocachi fui a traer un automóvil de alquiler para llevar a mi padre al hospital de Miraflores. Era Director de Estadística de la Municipalidad de La Paz y como tal tenía derecho a usar gratuitamente una habitación del Pensionado. Lo recibió su sobrino, Ernesto Navarre, director del hospital y quien, de hecho, se convirtió en su médico de cabecera.

A los tres o cuatro días, después de una junta de médicos, al llegar al hospital a eso de las seis de la tarde, ví a varios parientes reunidos en un corredor. Uno de ellos me dijo que los médicos acababan de desahuciar toda posibilidad de curación de mi padre. Eso quería decir que sólo había que esperar su muerte. En un rincón del pasillo me puse a llorar mucho rato. A

lo largo de mi vida me he rendido, he abdicado frente a las adversidades, defendiéndome con el llanto, con las lágrimas.

Mi padre tenía una afección a la vesícula que entonces, por lo menos según nos dijeron, no era operable. No tuvo ningún sufrimiento físico, pero era visible que el mal avanzaba cada día. El derrame biliar se fue extendiendo poco a poco por todo su cuerpo y Navarre, que parecía satisfacerse con las expresiones patéticas, dijo: "El día que llegue a la cabeza, morirá". Nunca nos dió ninguna esperanza.

Era fácil advertir un debilitamiento progresivo y mi padre se volvió más callado de lo habitual. Un día se levantó de la cama, se puso una camisa y corbata, se confesó y comulgó con el capellán del hospital. ¿Cuándo había sido la última vez? No se le habría podido tomar por un creyente y frente a la religión tenía una actitud un tanto irónica, pero ¿qué es Dios para cada uno? No iba a misa ni aparentemente rezaba, pero tenía sobre su cama aquella litografía del Ecce Homo.

Nos turnábamos para acompañarlo con mis hermanos Carlos y Alfonso y en la que fue su última noche me tocó dormir a su lado. A las ocho de la mañana llegó Alfonso a relevarme y yo fuí a casa. A las dos horas mi hermano estaba allá. Venía a ponerse un traje negro, de luto.

Llevamos el cadáver en un ataúd a la casa de mi tío Carlos, su hermano, que vivía en una casa de la calle Ayacucho. Su muerte había sido esperable y me mantenía sereno. Pasaron unas horas y alguien trajo un periódico de la tarde que tenía la noticia de la muerte de Luis S. Crespo. Leí las primeras líneas y lloré incontinentemente. Me llegaba como la certidumbre de lo que había sucedido. Muchos años más tarde leí una frase de Epicteto: "No nos emocionan las cosas, sino lo que se dice sobre las cosas".

Lo enterramos al día siguiente. Discursos de los periodistas, de sus compañeros de la Sociedad Geográfica de La Paz, de la Academia de Historia. En mi memoria quedaron unas palabras de Juan Cabrera García: "Luis S. Crespo ha alcanzado el descanso que nunca tuvo en vida".

Mi tío Carlos, que era director de la recién fundada Caja de Seguro y Ahorro Obrero, hizo dar a Alfonso un puesto y algún tiempo después yo también entré a trabajar en la misma oficina. Las finanzas del hogar quedaron así aseguradas y de una manera que no llego a recordar hicimos algunas mejoras en nuestra casa de la calle Bellavista. El terreno había sido comprado en 1930 con los ahorros de mi madre y una primera etapa de construcción fue hecho con prestamos que contrajo mi padre.

Será por lo que se llama ancestro, pero si de algo tengo curiosidad de saber es la vida de mi padre. No su aspecto oficial, es decir lo que hizo, los cargos que ocupó, que no fueron muchos ni importantes porque eso no le preocupaba en absoluto, sino su niñez, su adolescencia, ideas, pasiones y sufrimientos. Me doy cuenta de que nunca podré reconstruir esa trayectoria. ¿En qué casa de La Paz nació? Sólo he podido localizar la última que ocupó con su madre y donde murió mi abuela Josefa, en la calle Campero, esquina Juan Federico Zuazo, y que hasta hoy existe tal como debió ser a comienzos de siglo.

Al hojear unos periódicos de la época de la guerra del Pacífico, encontré un día por casualidad el nombre de mi abuela, junto con un numeroso grupo de señoras de La Paz, firmando una protesta contra el "golpe" de los militares Silva y Guachalla.

Tengo la impresión de que mi padre era una persona a quien afectaban profundamente los hechos. Tal vez el historiador es un hombre atraído en tal medida por los sucesos, que no le basta conocer los actuales, y por eso se va al pasado en busca de otros, o que abomina el presente y huye —esa es la palabra— a otras épocas, que él libremente elige, quizá la que más le gusta o le disgusta menos. Me parece que mi padre tenía el don de absorber el lado dramático de los hechos.

Parece que durante una larga época la vida de mi padre se desarrolló en dos planos muy distintos. Nombrado secretario general de la Sociedad Geográfica de La Paz a comienzos de siglo en reemplazo de Pedro Kramer, ocupó ese cargo hasta 1920. Su vinculación con Manuel Vicente Ballivián era sin duda muy estrecha porque éste le nombró sub director de Estadística en el Ministerio de Agricultura y Colonización y le acompañó en la directiva de la Sociedad durante aquel largo lapso. Sin embargo, de manera que no puede dejar de llamar la atención, en los años 1914 -1916 aparece como uno de los promotores de la Federación

Obrera Local y Guillermo Lora le señala en su **Historia del Movimiento Obrero** como uno de los principales organizadores de los frentes gremiales de La Paz aclarando que nunca aprovechó esa circunstancia para pretender o alcanzar otros fines. Lo mismo se podría decir: jamás se benefició de sus relaciones con los miembros de la Sociedad Geográfica, de la cual formaron parte desde presidentes de la República (José Manuel Pando y Bautista Saavedra) para abajo.

Un hombre que mientras ejercía su oficio de tipógrafo, publicaba libros de reconocida valía como su **Geografía de Bolivia**, el mejor texto en la materia durante cuarenta años y que con su **Historia de Bolivia**, modestamente llamada **Bosquejo**, ganaba (junto con Manuel Ordóñez López) un concurso de alcance nacional. Nunca esperaba nada de los hombres.

Durante los veinte años de la estabilización liberal, los trabajos de mi padre tuvieron que ver con la estadística, la demografía (fue sub director en la elaboración del censo nacional de 1900) y la educación (Director de la Escuela Normal Rural en Umala y del colegio "Agustín Aspiazú"). Su formación era la de un autodidacta.

En 1928, como director de la Oficina de Estadística de la Municipalidad de La Paz llevó a cabo el censo de la ciudad. Conocí la pequeña oficina donde se montó y llevó a cabo operación tan complicada, con no más de unos seis empleados permanentes armados de una primitiva y manual máquina sumadora. El censo se realizó el día 20 de noviembre encomendando el llenado de los formularios a los propietarios de cada casa y con encuestadores para las viviendas de los extramuros generalmente habitadas por indígenas.

El periódico "La Razón" ofreció premios a los lectores cuyos vaticinios, cálculos o esperanzas lugareñas se aproximaran más estrechamente a la cifra oficial. Las expectativas giraban alrededor de los doscientos mil habitantes. A los cuatro o cinco días después de efectuada la operación censal, ese mismo periódico publicó más de una crítica contra el director por la tardanza en la tabulación y por no haber hecho conocer los resultados ese "mismo día" a los paceños, quienes se sentían defraudados por la demora! Sin embargo, con ese ínfimo personal, sin máquinas calculadoras, el día 5 de diciembre los pobladores vieron satisfechos sus anhelos: 142.000 habitantes.

Los hermanos de mi madre, Remy y Justo, venían algunas noches a casa para que les repitiera unos cuentos transidos de patetismo, de los que tenía un extenso repertorio. Entonces se hacía el silencio y mi padre, con todas las palabras y pausas medidas, comenzaba el relato que llegaba a despertar una atención cautivante. Una de esas historias tenía como "leit-motif" la frase tétrica de un frailecito "aparecido" que en las noches tocaba la puerta de una celda del convento musitando "Padre comendador, una palabrita...", como si hubiera venido desde un otro mundo a cobrarle Dios sabe qué cuentas pendientes. Era como si oyéramos sus pasos a lo largo de los corredores, los golpes a la puerta y su voz de ultratumba, mientras el comendador tal vez temblaba de terror en un rincón de la celda.

Antes de casarse con mi madre, tuvo cuatro hijos: Carlos, Josefa, Herminia y Daría. Cuando yo estaba exiliado en Lima, mi hermano Carlos murió en la calle cerca de su casa por una violenta hemorragia de várices. Se presumió que no quiso pedir auxilio a nadie, con lo que quizá se hubiera salvado. Al saber lo, pensé que en ese gesto de tragedia había algo del orgullo que es la impronta que lleva la familia Crespo. Recordé también aquella frase de que la naturaleza no tiene piedad con sus pobres criaturas.

Gil Camacho

Sería un poco complicado explicar la manera cómo Gil Camacho vino a vivir con nosotros. Era un niño abandonado, de unos seis años de edad y no conocía a sus padres. El mío lo aceptó en casa y ahora eso me sirve para darme cuenta de la bondad que poseía, en medio de su apariencia adusta, al dar a Gil el hogar que no tenía. Vivió con nosotros unos dos años en la casa de la calle Bella Vista. Una noche de la festividad de la virgen del barrio de Sopocachi no vino a casa. Tuvimos la sospecha de que alguien trataba de atraerlo, hasta que un día, no mucho después, no volvió más.

Algunas noches salí a buscarlo, por cualquier calle de otros barrios, pero era un acto inútil. Me paraba horas en una esquina —podía ser la calle Illampu o el parque Riosinio— pero, claro, era imposible que él pasara por allí. Las casualidades no llegan a tanto y cuando suceden es porque uno no las busca.

Soñé con él una noche, cuarenta años después de su desaparición. Entonces puse un pequeño anuncio en un periódico: "Te ruego llamar al teléfono 353016", pero no sirvió de nada.

Por entonces conocía a un coronel de policía que trabajaba en la Dirección de Identificación y pensé que por ahí podía estar la pista. Le pedí que viera si en el registro nacional figuraba Gil Camacho. Gil Crespo. Mientras hacía la búsqueda en el archivo, yo pensaba que tal vez dentro de unos instantes tendría la clave y podría conocer el paradero de Gil, terminando así una angustia de tantos años. Volvió el coronel y me dijo que no se hallaba ese nombre. ¿Ya no existía más? ¿Había cambiado de nombre? Ha habido muchas lágrimas en mi vida como las que ese momento vió el coronel bajar por mis mejillas y como las que vierto ahora que escribo sobre Gil, el hermanito perdido.

La señorita de Tarija

Alguna vez he dicho que mi padre me dejó como herencia su silla en la Academia Boliviana de la Historia que ocupó desde 1974. Pero nos ha dejado algo más. Habíamos vivido sucesivamente en varios departamentos y en todos ellos estábamos literalmente rodeados de los estantes de su biblioteca, en su escritorio o nuestros dormitorios.

Allí durante años le vimos trabajando con gran tesón, que no hemos heredado, pero en todo caso recibí el ejemplo de su apego a los libros, la lectura, la afición a indagar, averiguar la verdad y escribir. Cuando murió, comencé a hacer un fichero de sus libros y folletos y leí una inmensa cantidad de ellos, tal vez alentado muy oscuramente por el deseo de saber lo que él sabía. Revisé sus papeles, su archivo, su correspondencia, que aun conservo. En esos años mi mundo era su escritorio y hasta escribí allí unas cien páginas de un primer borrador de una historia republicana de Bolivia, hoy extraviado. Ese retiro fue interrumpido cuando en la puerta de la biblioteca apareció la silueta alta pero perfectamente proporcionada de la señorita de Tarija, quien me miró desde el abismo de sus largas pestañas.

Si estuviera como Stendhal a la orilla del lago Albano, en las cercanías de Roma, y me hallara en un estado de ánimo parecido al que le dominaba en sus años de Italia, escribiría con el bastón en la arena —como hizo él— las iniciales de las mujeres que significaron algo en mi vida. Fueron seis.

En 1935, mi hermano Alfonso conoció en Tarija a una muchacha de unos 25 años que como interna del colegio de Santa Ana, venía a La Paz para estudiar educación física. De una manera regular estaba invitada los domingos a almorzar con nosotros, hasta que un día se aburrió de aquella vida conventual y quedó a vivir en casa. Se le ocurrió entonces llamar a sus dos hermanas que vivían en Tarija. Uno comprende que, especialmente en cierta época, La Paz ejerciera un atractivo irresistible para los habitantes de otras ciudades de Bolivia.

Llegaron las dos hermanas a un pequeño departamento en nuestra casa. No había que mirar mucho a la menor de ellas para darse cuenta de que era una hermosa chica y tampoco fue necesario que pasara mucho tiempo para que los dos cayéramos —sí, esa es la palabra— enamorados. Tres años después, ya casada, se fue a otra ciudad y en ninguna de las muchas veces que viajé allá pude encontrarla, puesto que me estaba vedado ir a buscarla. alguna vez he pensado en escribirle y decirle: "Te envío todo lo que tengo, una lágrima". Ella sabría interpretar lo que significan y encierran esas palabras. No. El tiempo no borra todo.

Sería imposible aproximarse a una explicación de los oscuros mecanismos del recuerdo, si no se aceptara con humildad la presencia del misterio. En "El ciudadano" (The citizen Kane), esa película con la cual Orson Welles abrió la puerta a una nueva época del cine, hay un inolvidable relato sobre ese enigma, del que doy ahora una arbitraria y deslucida versión basada en la memoria.

Sale un grupo de periodistas a investigar la vida, apenas conocida, de Kane, quien acaba de morir. Uno de los reporteros encuentra en un asilo a un anciano casi inválido, sentado en una silla de ruedas, amigo de Kane y le pide contar algo de esa vida.

—Oh!... el recuerdo —le contesta—. Usted es muy joven para saber lo que es eso. Mire... una tarde, hace muchos años, llegué a un pequeño muelle desde el cual debía tomar una lancha para atravesar el río. Había una sola embarcación, que llevaba los pasajeros de una a otra orilla. Cuando la lancha venía del frente, ví en medio de los pasajeros a una

muchacha Con la cabeza cubierta con un gran sombrero de paja. Tenía cabellos rubios y un vestido blanco. Sin explicarme el motivo, la contemplé creo que con intensidad desesperada los pocos instantes que pasaron hasta que me llegó el momento de embarcarme para hacer la travesía contraria. Ella no reparó en mí en absoluto. Nunca más la volví a ver, por supuesto. De eso habrá pasado cerca de cincuenta años, medio siglo, para usar un término más dramático, y sin embargo sigo pensando a veces en la muchacha, como si la hubiera visto ayer. ¿Qué le parece...?

Simbad

El viaje y el barco fueron una sola obsesión. Sería por las lecturas de Emilio Salgari y Julio Verne. Un impulso que no puedo definir sino como un deseo de evasión. Me gustaba dibujar toda clase de barcos, pensar en mares remotos, y contemplar los mapas. Conocí la ubicación de las islas Andamán y Célebes, el Estrecho de Torres, los mares más ignorados, los de la Polinesia o el Golfo de Bengala. Cuando, ya en la juventud, fuí a Buenos Aires, uno de mis primeros paseos fue al puerto. En mis lecturas tardías conocí la vida de Ulises, el gran navegante.

Cuando tenía once, doce años, debí embarcarme en un buque que iría a enredar sus mástiles y su erguido velamen de plata en las cintas de los meridianos que abrazan la tierra. Tocaría puertos ubicados ya por mí en las horas del insomnio; empujado por el viento atracaría en muelles que desde hacía mucho tiempo aguardaran mi arribo. El viento no se acabaría nunca, el mar tampoco. Sin fecha ni calendario, el capricho fijaría la ruta y el anhelo se aplacaría en la estela. Cuanto más larga, mejor. La nave no sería quemada nunca. Fue más tarde que leí a Baudelaire:

Guidé par ton odeur vers de charmants climats
Je vois un port rempli de voiles et de mats
Encore tout fatigués par la vague marine,
Pendant que le parfum des verts tamariniers
Qui circule dans l'air et m'enfle la narine,
Se mele dans mon ame au chant des mariniers.

Hasta que un día en los hombres del barco moriría la memoria del lugar de la partida; la mano de un navegante ahogado quebraría el timón; la Cruz del Sur desaparecería entre las nubes cómplices de la aventura; las agujas de la brújula jugarían con el derrotero escogido y yo llegaría al puerto imaginado en mi niñez alucinada.

En lo alto de los buques, toda clase de banderas; en las quillas, nombres de puertos desconocidos; los labios de los marineros, varadero de voces jamás oídas. En el puerto, filo del mundo, nadie se queda.

Algún día llega el momento de revisar la vida, así como el minuto fijado para todas las cosas. ¿De dónde salió esa ansia que quemó los años de mi niñez y que excluyó a todas las demás? ¿Por qué sentí, hora tras hora, la atracción subyugante del lugar lejano? Me había sumergido en los libros para apoderarme de ajenas imaginaciones; especté la vida de personajes nacidos en la ficción de otros hombres; compartí miserablemente emociones que no eran mías. Mis lágrimas sólo corrieron por la pena del relato extraño. Fuí como una página en blanco en la que otros escribieron su nombre y su historia. Tal vez por eso ví en el viaje errático la liberación de la existencia gris, mi planta sintió el ansia de medir los caminos del mundo y mis ojos vacíos de cargarse de la visión de las ciudades. Hasta que un día salí de la meseta aislada y vencí el cerco de la cordillera. Un tren que alimentaba su máquina con el impulso de la pausa y la lentitud, me bajó en dos días hasta un puerto del mar. Me quedaba sólo esperar la llegada del barco que llevaría mi anhelo a la imprecisa lejanía. Esperé en vano incontables días; sobre el mar única- mente se dibujó la silueta de los barcos que pasaban sin detenerse. Los pájaros emigraron, la resaca se arrastraba inacabablemente sobre la arena de la playa; sólo yo permanecí atado por la tierra.

El escenario pequeño del puerto arraigó mi esperanza y la etapa inicial se convirtió en el final del camino. Al cabo de apenas dos días de viaje, ya había llegado al lugar del destino. Comprendí que no tenía a quién apelar y volví a la meseta, a ese océano inmóvil de soledad y silencio.

Acá tengo que hablar del cuento de Lord Dunsany, "Poltarness, la que mira al mar". Era una tierra de personas felices, dueñas de campos verdes y bosques umbríos, pero separada

del mar por altas montañas. Nada faltaba a esos hombres para ser dichosos, sino el mar. Hacia allá marchaban "uno tras otro, sin que nadie supiera por qué, sino tan sólo que tenían un anhelo de ver el mar". Nunca nadie volvía de Poltarness, que estaba frente al mar y hacia donde todos soñaban ir.

Un día, el rey mandó a sus cortesanos ir a Poltarness para que aclararan el misterio, pero ninguno de ellos volvió. El mismo fue a ver lo que ocurría, pero tampoco regresó. Hasta que, de algún modo, los habitantes de la montaña supieron el destino de uno de los hombres que juró retornar. Cuando llegó al mar, oyó el canto de las olas, como si fuera un lamento de las naves hundidas y los hombres ahogados y entonces comprendió que el mar era realmente digno de ser amado y se quedó en sus orillas, en Poltarness, para poder contemplarlo cuanto quisiera.

El suburbio

No fueron los dos laguitos el único mundo que descubrimos para nuestra orgullosa exclusividad. Casi los mismos que subíamos a las alturas de Tembladerani, a los veinte años de edad dimos con otra "orilla" localizada en cualquier lugar del suburbio paceño. Lugares a los que íbamos a refugiamos con nuestros sueños, alucinaciones y esperanzas. Donde la ciudad oficial terminaba y estaban los restaurantes y bares de la bohemia; allí donde nos gustaba sentirnos extraños y desconocidos. Con algunas deserciones inevitables, pero con nuevos reclutamientos, el grupo se había mantenido casi intacto. Como dice de nosotros Ricardo Bonel en una carta escrita en 1940 y que aún conservo: "...grises viajeros a quienes he visto partir muchas veces, fijos los ojos alucinados en una mala brújula sin imán que les vendió por buena un taimado baratillero y ellos pagaron desmedidamente con el oro tierno de su soledad. Siempre volvieron y cuando se les interroga sobre su maravilloso peregrinaje incólme, responden vagamente con bellas palabras inalcanzables que ellos nunca podrán decir en qué remoto país fabuloso escucharon por primera vez. Sus almas sin horizonte, asomadas a sus ojos primaverales, acariciaban todos los caminos y se ofrecían a todos los vientos. La vida les halaga pérfidamente porque sabe que son esquivos y arrogantes y que guardan maravillosas riquezas interiores... Todos ellos nacieron de noche y lejos del sol de las buenas gentes... Acabarán inexplicablemente como esas maravillosas piedras fantásticas que iluminan con su gloria fugaz la mágica serenidad del cielo..."

Eran los restaurantes de los judíos, los bares de la avenida "América", las salas de baile de la calle Yungas, lugares insólitos donde alguna vez amanecíamos hablando sobre todo lo que pasaba por nuestra mente, libros, los versos de Baudelaire y Rimbaud que traían Ricardo y Eduardo Antezana, las novelas de Andreiev relatadas por Álvaro Bedregal, los comentarios escépticos de Alberto Sanjinés, las imágenes poéticas de Alfredo Otero o la ausencia de Guillermo Soria.

Estoy viendo el patio, las gradas y la habitación de aquella vieja casa de la calle Sucre, que tal vez no existe hoy. La típica "cantina". Seguramente íbamos allí porque muchas veces éramos los únicos clientes y podíamos conversar y discutir; a veces vociferar libremente sobre cualquier cosa, a pesar de que en el fondo había la música de un piano que tocaba un hombre ciego. Le hacíamos repetir la cueca de Roncal "La Huérfana Virginia" en medio de su repertorio de música boliviana, que era la única que sabía el hombre, o sea la que como ninguna otra, con su tristeza y su lamento, conduce directamente al alcohol y la embriaguez. No nos interesaba en absoluto la política y más bien la desdeñábamos. Con ese fondo el tema de las conversaciones y confidencias era sobre todo los libros y las mujeres, los amores desesperados de los veinte años.

Eran los cuentos de Hoffmann, los "poetas malditos" y ¿por qué no decir lo, aunque ahora provoque unas sonrisas compasivas, **La vorágine**, de Eustasio Rivera la novela típica de un fracasado? Sabíamos de memoria párrafos íntegros: "...para alejarme como los vientos sin dejar más que ruido y desolación. ..." o "Mi corazón es como una piedra cubierta de musgo a la que nunca le ha faltado una lágrima". ¿Qué hombre no se ha sentido en su juventud alguna vez atraído por la idea del fracaso?

Si alguien nos hubiera tomado en cuenta entonces, además de nuestra adición a la bohemia, habría reparado en una actitud de orgulloso aislamiento, que seguramente no percibíamos. Era, como escribe Sartre, "El orgullo estoico, el orgullo metafísico que no alimentan ni las distinciones sociales ni el éxito, ni ninguna superioridad reconocida, en fin, nada de este mundo, sino que se presenta como un acontecimiento absoluto, una elección a

priori, sin motivo, y se sitúa muy por encima del terreno donde los fracasos podrían abatirlo y los éxitos sostenerlo. Este orgullo es tan desdichado como puro, pues gira en el vacío y se nutre a sí mismo, siempre insatisfecho, siempre exasperado..."

Desde sus lejanos mundos individuales, cada uno venía trayendo algo, el entusiasmo por un libro, una historia de mujeres o cualquier fantasía. Ricardo llegó un día con unos discos bajo el brazo y como nada hacíamos sin pasión, nuestra entrega fue total, como si descubriéramos un universo. A pesar del tiempo transcurrido, puedo recapitular de memoria algunos nombres por orden de aparición: concierto N° 1 para piano y orquesta de Tchaikovski; los Cuadros de una Exposición, sobre todo la grandiosa Puerta de Kiev, de Mussorgski; los melancólicos acentos de la sinfonía N° 2 de Sibelius, los conciertos brandenbúrgueses de Bach, la música de Schostakovic.

Antes que se iniciaran "Las Flaviadas", cada vez que podíamos íbamos a oír música a la casa de Flavio Machicado. Como en casa teníamos una excelente radiola (así se llamaban esos aparatos que cambiaban discos automáticamente) con mi hermano comenzamos a comprar discos. Las sesiones nocturnas duraban varias horas y como sucede siempre con la música no llegábamos nunca a la saciedad. Era otro elemento aislante. En mí ha quedado como una obsesión.

No retengo los motivos por los cuales esa camaradería se institucionalizó (1936) en un Centro Cultural de Amigos. Tal vez no habría ocurrido si no llegábamos a conocer a un hombre de nuestra edad. Muy delgado, de tez pálida, una voz nítida. Era un noble adolescente venido de otro tiempo, con un cierto aire de desamparo. Maduro para no descubrir sus sentimientos y quizá sentimental y emotivo. Carlos Alzérrea.

Vivía con su madre viuda, sus cuatro hermanos, dos hombres, Elisa y Ofelia. Era un grupo familiar que había conservado ciertos rasgos que yo identificaba como españoles. Estaba empobrecido, pero conservaba un señorío indudable, expresado en una disposición para la amistad y la hospitalidad. Vivía en una casa de la última cuadra de la calle Comercio en dirección a Miraflores y cuando no teníamos nada que hacer íbamos allí o dejábamos muchas Cosas con tal de ir allá.

En el llamado Centro (nombre bastante inocuo, por lo demás) leíamos libros, conversábamos sobre esos temas, mientras a través de los visillos veíamos pasar por las otras habitaciones a Elisa y Ofelia. Fue entonces que conocimos y adoptamos a un muchacho peruano que venía a Bolivia sin un destino preciso: Amadeo Grados Penalillo. En la misma casa alquilamos una habitación (nuestra sala de sesiones) y compramos algunos muebles. Creo que en esa época hicimos una pausa, una amnistía con los tragos y en las noches íbamos a seguir la conversación en cualquiera de los cafés de los "chinos".

Cuando con Ricardo rememoramos esa época no hablamos del Centro sino, ante todo, de Elisa y Ofelia. Ahora pienso que tal vez sin darnos cuenta estábamos enamorados, porque conversamos largamente de ellas a pesar del tiempo. Nos entristece la ausencia de Carlos y Elisa, ambos muertos sin haber llegado a los treinta años, y de Ofelia tenemos vagas noticias, quizá ya inactual es, de que vive en Santa Cruz. Al cabo de más de cuarenta años, guardamos una visión muy tenue pero persistente de las dos hermanas y como si ahora les declaráramos nuestro amor siempre convenimos en que eran dos hermosas muchachas.

La persona que nos hubiera oído perorar quizá habría tenido la sospecha de nuestra inconfesada ambición de ser escritores. Siempre he pensado que Alfredo, Ricardo y Álvaro dirían algo en la vida. No lo hicieron porque aspiraban a la obra perfecta. Yo me atuve a mis condiciones reales, transigí con ellas y me contenté con la artesanía de la historia. Llegó un día en que publiqué un libro y me enfrenté al juicio de los demás.

He dicho alguna vez que si uno no está dotado de un incontrastable talento creador, debe limitarse a sus posibilidades. Uno sólo puede tocar las cuerdas de su violín. La otra opción es el silencio.

Acá frases de una carta de Álvaro, mucho más tardía, de 1965, enviada a Lima: "¿Dónde está el calendario de pelota de trapo...? ¿Dónde tu terno azul...? ¿Dónde "Vinillos" y "El Ñato" hurtándole a su chola una botella para oírnos hablar de cosas que no entendió jamás? Y qué de Alberto Sanjinés Capriles...? Y todos? Entre ellos tú, queriendo ser comido por la selva".

Pasó mucho tiempo —sólo tenemos el tiempo— hasta que una tarde de noviembre de 1983 vino a mi oficina su hijo a decirme que Álvaro estaba internado en una clínica estado anímico muy sensible, como el de una persona que se quejaba de una dolencia al corazón, que le tenía en un y quería hablar conmigo. Desde hacía unos cinco años, él presiente cercana la despedida final. Inmediatamente fuí a verlo y lo hallé muy fatigado, casi acezante, con la cabeza cubierta de un copioso sudor, que debía secarse a cada instante con una toalla, aspirando oxígeno de un balón colocado al lado de la cama. Estaba casi sentado, en la postura prescrita para quienes padecen de un mal cardíaco.

Casi todos conocemos el caso de hombres ancianos que sienten un fuerte deseo de recordar su vida, contar los hechos en que han intervenido, como si de esa manera quisieran dejar constancia de su existencia. Tal vez Álvaro se daba cuenta de que no disponía de mucho tiempo para ese relato, quizá unas horas o un día. Con gran fatiga, saltando de un tema a otro, pero con clara ilusión, me habló del Partido de la Izquierda Revolucionaria, el PIR, el partido que había contribuido a fundar y a cuya paulatina disgregación asistió con gran amargura; de la negativa de la Unión Soviética a autorizar el ingreso de José Antonio Arze a su territorio en 1947. Posiblemente fue uno de los hechos que más le impresionaron en su vida, puesto que lo recordaba ese momento. "Fueron los comunistas bolivianos quienes lo intriganaron ante la URSS".

Entre paréntesis diré que después de muchos años de cavilaciones me dí cuenta de que aquella cruel negativa debió ser tremendamente decepcionante para José Antonio Arze. Habría soñado algún día con pisar las baldosas de la Plaza Roja, mirar las torres del Kremlin e inclinarse sobre el cadáver embalsamado de Lenin y ahora era como si a un mártir le negaran entrar al cielo.

Álvaro me habló de dejar en mi poder ("Sabe que va a morir", pensé ese instante) los papeles que conservaba del Partido. Entraron los médicos y tuve que despedirme. Al salir pensé que era inconcebible la esperanza de una recuperación, sobre todo cuando su mujer, Catalina, me explicó las complicaciones cardíacas y pulmonares que lo tenían asediado. Al día siguiente, muy temprano, me llamaron por teléfono para avisarme que había fallecido al amanecer y entonces pensé que Álvaro me había citado para darme su adiós. También reflexioné en lo fácil que es morir, morirse, y que, como escribe Yourcenar apenas somos un organismo iluminado por un relámpago.

Muchas veces nos habíamos convocado, desde tan temprano en nuestras vidas, que me sería imposible recordar la primera. De lo que estoy seguro es que fue en la casa del Prado donde vivía la familia Bedregal. No mucho más tarde se trasladó a la calle Goytia N° 17. Allí aparecieron las primeras chicas accesibles o inalcanzables y dejamos la pelota de fútbol y la bicicleta. Nos citábamos con él, Alfredo y Ricardo para las primeras aventuras nocturnas. Muchas veces salíamos juntos por el gusto de vivir de noche. Más tarde fueron las reuniones del Partido o para transmitirnos avisos de alerta frente a la policía, prestamos un libro o distribuir los volantes de la subversión. La última vez que nos veríamos sería en la clínica, él comenzando a delirar y yo reteniendo el sollozo, al pié de su cama de moribundo.

Presentado por Ricardo Bonel, llegó un día Raúl Botelho Gosálvez, quien acababa de ganar un concurso literario con su novela Borrachera Verde. Atiborrado de lecturas y de imaginación, hablando todo el tiempo de libros, intelectualizado, medio obsesivo, sabiendo ya desde entonces que su vida estaría dedicada a escribir, mientras nosotros no teníamos ninguna idea de lo que haríamos con nuestra existencia ni para qué servíamos. Vivía en una antigua casa de la calle Potosí que hoy ya no existe, con un patio con macetas y flores, al cual daba su escritorio y biblioteca. Nos contaba los argumentos de novelas que tenía en la mente y leía varios de sus relatos, como "La historia gris del tata Limachi". Siempre hablando con tono enfático y convencido, mientras nosotros nos enredábamos entre dudas y divagaciones. En eso, inspirado por la figura de Elizardo Pérez, se fue de profesor a la escuela indígenal de Warisata, desde donde enviaba a los periódicos artículos firmados por "Raúl Warisatan". Abstemio, pulcro y metódico, resistiéndose a complicarse con nuestra bohemia.

Pasaron como cuarenta años. Él fue Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente interino de la República. No se equivocó sobre su destino, porque llegó a escribir una veintena de libros de ficción, novelas y cuentos, y unos tres o cuatro sobre política internacional.

Lo que no habría estado nunca en mi programa fue que cuando él ejercía interinamente por unos días la presidencia de la República, me llamara por teléfono pidiéndome que lo acompañara a la ciudad de Santa Cruz para asistir a una ceremonia de graduación de pilotos militares. Volveríamos el mismo día en el avión presidencial. Inmediatamente imaginé lo que ocurriría en Santa Cruz. Después, de una larga y tediosa ceremonia en el patio de la Escuela "Cnl. Germán Busch" iríamos a almorzar y yo me sentaría ten la mesa en medio de dos militares con, los cuales seguramente no sabría de que hablar. Invente una excusa y entonces Raúl, con tono serio pero con el sobreentendido de que en el fondo reposaba la broma, me dijo: "Creo que te olvidas que estás hablando con el presidente de la República. Mandaré a dos oficiales para que te conduzcan al aeropuerto y te instalen en el avión. Repetí la negativa y, por supuesto, nadie vino a buscarme.

En una maniobra típicamente boliviana, Raúl fue separado de sus funciones de Canciller mientras se hallaba en Quito representando a Bolivia en una reunión internacional.

Días después me llamó por teléfono para invitarme a conversar en su casa. Cuando toqué el timbre de su departamento en un edificio multifamiliar, que él no quiso dejar mientras ocupaba aquellos cargos, la empleada me dijo: "Don Raúl ha ido al almacén del frente, y me ha dicho que lo espere". Pensé entonces en esos otros gobernantes, dueños de casas fastuosas, con dos o tres automóviles a la puerta.

No fui ajeno a aquella inclinación indigenista de Raúl. A los veinte años de edad, en pleno sentimentalismo juvenil, leí el libro **Caquiaviri**, de Rafael Reyeros. Se trataba de una descripción del grupo educacional aborigen ubicado en el pueblo de ese nombre, en el departamento de La Paz, a donde él había ido como profesor. No conozco la biografía de Reyeros —salvo que era un hombre con vocación de educador y que había tenido la decisión de trabajar allí donde la misión es más heroica, en un medio analfabeto, donde hay que partir de cero. Quedé invadido por un complejo de culpa, porque me consideraba un desertor en la tarea de ayudar al indígena a salir de su ignorancia y su vida miserable. En ese tiempo, Reyeros se hallaba en México y aunque no le conocí le escribí una carta con ingenuas expresiones de gratitud no sé a nombre de quién. Tal vez lo hice para crear una imagen para mí mismo escribiendo una carta de veinte líneas. Sin embargo, durante un largo tiempo no me abandonó la idea de ir a trabajar a una escuela rural.

Una vuelta del destino

Como en la historia, el azar guía el destino de los individuos. Las oficinas de la Caja de Seguro y Ahorro Obrero estaban en la casa colonial que hoy ocupa el Museo Nacional de Arte. Una tarde (1938) que llegué a la plaza "Murillo" antes de la hora de entrada, encontré casualmente a Emilio Díaz Romero, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. En medio de la conversación me preguntó si me interesaría ocupar una de las vacantes producidas en esos días en los escalones inferiores de la Cancillería. Como esa perspectiva significaba un mejor sueldo y un tipo de trabajo más atrayente, me puse en campaña y llegué a hablar con el Ministro, Eduardo Diez de Medina. A comienzos de siglo, Diez de Medina había publicado con mi padre un opúsculo **La revolución federal** y con muy buena voluntad me designó oficial segundo del Departamento Consular. Su director, Federico Ávila, me acogió comprensivamente, estimulándome con generosidad en mi nueva experiencia. Algún tiempo después fui transferido a la Sección Límites, dirigida por José Vázquez Machicado, con quien tuve un trato amistoso y muchos temas para conversar. Creo que fue un verdadero privilegio para mí tener al lado a un hombre inteligente y erudito con el talento de tomar todo en broma. Es inmedible cuánto debo a Ávila y Vázquez Machicado. No podía aspirar a tener más calificados maestros.

Se sabe que, por la misma índole de sus tareas, algunas de ellas confidenciales o cuando menos reservadas, gran parte de la labor de un diplomático está destinada al anonimato final de los anaqueles de su Cancillería. Sin embargo, los funcionarios teníamos la extraordinaria oportunidad de contar con toda una escuela de aprendizaje "por correspondencia". Como entonces, de una manera general, las representaciones diplomáticas de Bolivia estaban confiadas a personas altamente idóneas, de varias embajadas y legaciones llegaron notas cada una de las cuales contenía una lección. Las negociaciones de Adolfo Costa du Rels sobre la cooperación argentina para el tendido de la línea ferrocarril era Yacuiba-Santa Cruz; los esfuerzos perseverantes de Alberto Ostria Gutiérrez en el campo de la política petrolera y ferroviaria con el Brasil; los oficios tan escuetos como medulares de Hernando Siles acerca del inacabable problema portuario con Chile; las tendencias de la política

norteamericana con respecto a Bolivia o los primeros trámites para la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz que eran objeto de responsables informaciones de Luis Fernando Guachalla.

El personal era relativamente compacto y cuando menos lo que hacíamos era leer con avidez esa correspondencia línea por línea y comentarla diariamente. Era algo así como un largo curso sobre las relaciones internacionales de Bolivia. No siempre la Cancillería estaba en aptitud de dinamizar esa mecánica y muchas veces las respuestas se reducían a "acuses de recibo", pero era indudable que el servicio diplomático marchaba. Ya no recuerdo los trámites a través de los cuales Alfredo Otero ingresó a la Cancillería en el cargo de secretario del consulado en La Quiaca; lo que sí tengo presente es el contenido de una carta que me envió y en la cual refiriéndose a Bolivia, decía: "La tierra de mi fracaso..." Era un gusto por el fracaso cuando casi estábamos comenzando a vivir. Ricardo también entró entonces a trabajar en el departamento de prensa del Ministerio.

En 1941 vino de Estados Unidos de América una misión contratada para estudiar el funcionamiento administrativo del Estado boliviano. En su informe dijo que, orientaciones políticas aparte, las reparticiones que marcharan con mayor eficiencia burocrática eran Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos y el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Tenía en el Ministerio un trabajo afín a mis preferencias. Después pasé al Departamento Político y Diplomático, donde mis compañeros fueron Ernesto Daza Ondarza y Emilio Anze Franco. Dos vidas radicalmente distintas hasta el final. Después de una sobresaliente carrera diplomática y, más tarde universitaria —llegó a ser rector de la Universidad de Cochabamba— Ernesto acabó de Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Emilio Anze, un hombre de inestimables cualidades humanas, abrió en Londres una ventana para lanzarse al vacío. Conservo una fotografía del personal de aquella oficina.

Nadie podría decir que tuviera muchas afinidades con Emilio Anze, salvo una común afición a la vida noctámbula y todo cuanto ello implica, como el alcohol, que en nuestro caso producía sin excepciones una alegre euforia, sin sentimientos depresivos, como quien toma la vida por las astas. Hicimos del Hotel "Sucre", recién inaugurado, una de nuestras bases de operaciones, aunque también íbamos a cualquier lugar apto para acogernos. No fue nada extraño que una de esas noches conociera a Augusto Céspedes y después nos viéramos con cierta frecuencia para conversar y beber, que entonces eran nuestras sobresalientes actividades. Seguramente mi corto sueldo del Ministerio de Relaciones Exteriores, una vez deducida mi contribución al sostenimiento de la casa, me permitía consumir un buen número de copas siquiera una vez por semana, con frecuencia con chicas dispuestas a acompañarnos y oír un creciente tono de dislates. Además en el Hotel "Sucre" nuestra firma tenía un sólido prestigio. Habría mucho que contar de esa época. Como aquella noche de carnaval de 1942 en que con Augusto Céspedes, Alfonso Gumucio, Julio Valdés y Julio Quiroga, fuimos casi los últimos en dejar la "boité". Al salir, Emilio Anze nos dijo que en su casa tenía nada menos que un cajón de champagne francés. El vivía a pocos metros del Hotel, en el tercer piso de la llamada "Rosicler House", una antigua casa de la familia Sánchez Bustamante, construida a principios de siglo, donde después levantaron el edificio del hotel "Copacabana". Hasta ese momento habíamos bebido firmemente y no nos hicimos rogar para ir al encuentro del cajón de champagne. Las libaciones siguieron hasta las once de la mañana, hora en que convencimos a Emilio ponerse el más original de los disfraces, es decir nada y salir así a la calle. Emilio no se espantó ante la idea, se quitó la ropa y bajó las gradas hasta llegar a la puerta de la calle, seguido por nosotros. Alguien cerró la puerta y Emilio quedó solo ante la mirada asombrada de la gente que comenzaba a reunirse al ver tan insólito espectáculo. La situación duró unos minutos, hasta que le abrimos la puerta. A los dos días, Céspedes publicó en su periódico "La Calle" una jocosita nota sobre la aparición en el Prado de un "hombrecillo desnudo".

Conocí a gente distinta de la que había tratado hasta entonces. Tan lejos como los astros me parecían aquellas grandes figuras de la diplomacia que se hallaran en las legaciones de Washington, Buenos Aires o Río de Janeiro. Leía sus notas con avidez, conocía sus pensamientos sobre cuestiones importantes para Bolivia, pero ¿llegaría a conocerlos algún día? No podía imaginarme que años después, uno de ellos, Luis Fernando Guachalla, me pediría que escribiera una breve introducción a su libro **El imperio de los cuatro suyos**.

Ese mismo año de 1938 me inscribí como alumno del primer curso de la Facultad de Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés. Evidentemente no era mi camino; a pesar de la exigencia y disciplina que imponían los profesores (José María Gutiérrez, María Josefa Saavedra, Carlos Salinas Aramayo. Néstor Oropeza), vencí el año sin mucho entusiasmo. Lo

que más recuerdo de esa época fue una manifestación de los universitarios en desagravio de Alcides Arguedas, quien había sido brutalmente golpeado por el presidente Germán Busch en su despacho del palacio de gobierno. Se ha escrito mucho sobre ese episodio inaudito para repetir lo ahora. Fuimos unos quinientos estudiantes a la casa de Arguedas al final de la avenida Arce. El salió al balcón con la cara vendada y los hombros cubiertos con un poncho de vicuña. Habló mi hermano y después Arguedas nos pidió calma y serenidad. Pero los grupos, las multitudes, tienen una mecánica propia y subimos por las calles en una manifestación cuyo número engrosaba a medida de su recorrido, hasta la plaza Murillo lanzando mueras y cuantas cosas se nos ocurrían contra los militares. Al final seríamos unas tres mil personas, cantidad no sorprendente si se piensa en que aun prevalecía en el pueblo un profundo resentimiento contra aquéllos que, tras haber sido responsables en gran medida de la derrota de la guerra del Chaco, se habían apoderado del gobierno mediante su clásico procedimiento del "golpe".

Una misión en el Perú

La amistad con Emilio Sarmiento comenzó en 1938. cuando los dos entramos a trabajar al Ministerio de Relaciones Exteriores. Pasó un buen tiempo para que las circunstancias nos hicieran descubrir ciertas afinidades, como la inclinación por las lecturas. Nos unió también un sentimiento de admiración por Alberto Ostría Gutiérrez, quien al año siguiente vino de Canciller: su pasión por la patria, su ansia de todos los días por hacer algo. como que hizo.

En 1940, Emilio se casó y fue nombrado primer secretario de la legación en Lima y casi simultáneamente fuí designado agregado civil. Teníamos la edad en que a veces a pesar de la juventud se toma muchas cosas con verdadera pasión, como si se tuviera una pequeña parte del destino de la patria en las manos. Estábamos imbuidos cuando menos de la idea de que formábamos parte de una representación diplomática boliviana, con todo lo que eso implica.

Cuando llegamos a Lima el ministro era Bailón Mercado, hombre muy sociable y mundano; serio y responsable. A los pocos meses fue reemplazado por Eduardo Anze Matienzo, bastante más joven, cercano a nosotros, intelectual, seguro de sí mismo, conversador brillante o sea con las condiciones requeridas por la diplomacia.

Una pequeñísima parcela del nombre de la patria en nuestras manos. Fue entonces que me llegó una carta de mi hermano Alfonso, en la que citaba una frase de Goethe: "Si todos barremos delante de la casa, toda la ciudad estará limpia". La he repetido muchas veces, sobre todo a mis alumnos de la Universidad y a mis amigos. Creo que eso he querido hacer siempre: barrer mi predio y quizá ayudar un poco al vecino. Que lo haya logrado o no, es otra cosa.

Autor de **El martirio de un civilizado**, una novela con tema de la guerra del Chaco, Anze Matienzo fue el miembro más joven del relevante grupo de diplomáticos con que contó Bolivia en toda su historia. La guerra había hecho ver a algunos bolivianos la necesidad de trabajar de una manera coherente y con persistencia hacia objetivos precisados en forma anticipada; en suma, de trazar una política internacional. En la contienda se comprobó que Bolivia no contaba con el apoyo de ninguno de sus vecinos sino que tenía al frente la cobeligerancia de uno de ellos, Argentina, la hostilidad solapada de Chile, empeñado como siempre en empujar y debilitar a Bolivia. Al Brasil sólo le preocupaba de una forma remota la influencia que podía cobrar Argentina con la victoria paraguaya, pero se abstenía de hacer algo para equilibrar esa preponderancia. Escarmentado con la experiencia de la guerra del Pacífico, Perú apenas dió una lejana y pasiva simpatía. En realidad le era igual cualquier resultado.

En la post-guerra la diplomacia boliviana trabajó acertadamente en estrechar la vinculación con Brasil y Argentina, países con los que firmó convenios de vinculación ferroviaria en una época en que era desconocido ese tipo de asistencia internacional. De Chile se obtuvo la ampliación de los compromisos de libre tránsito contemplados en el tratado de 1904. Fue esa diplomacia la que echó las bases concretas de la conexión entre las regiones oriental y occidental de Bolivia. No es necesario salir en defensa del grupo sino transcribir el juicio de Conrado Ríos Gallardo, un chileno que empleó su vida más que en cualquier otra cosa, en atacar y difamar a Bolivia: "Si Bolivia no tuvo grandes generales y jefes militares, en cambio ha tenido grandes Cancilleres y embajadores. Los nombres de Tomás Manuel Elío, Alberto Ostría Gutiérrez, Luis Fernando Guachalla. Adolfo Costa du Rels, Enrique Finot, representan en su política exterior brillantes triunfos. A ellos se debe lo que ha obtenido en su marcha hacia el mar a través de los territorios de Argentina, Brasil, Chile y Perú. Lo admirable de esta obra es

que su diplomacia también golpeó a las puertas del Paraguay y el blanco plumaje conquistó éxitos efectivos".

A los nombres citados por Ríos Gallardo en un artículo publicado en 1948 en el periódico "El Mercurio" de Santiago, cabe legítimamente agregar cuando menos los de David Alvéstequi, Eduardo Anze Matienzo y Guillermo Francovich.

Sin embargo, un partido, tenía que ser el Movimiento Nacionalista Revolucionario, de una manera sistemática y sañuda se dedicó a injuriar y vilipendiar a ese conjunto de diplomáticos, torció parte de la opinión nacional contra ellos y tergiversó los resultados de su obra. Atacó con argumentos falsos los tratados con el Brasil, lo que no impidió que el presidente Paz Estenssoro, olvidando todo años más tarde inaugurara esa obra que encontró casi concluida y la atribuyera a su gobierno, haciendo imprimir una estampilla conmemorativa con su fotografía. Los diputados de ese partido llegaron a afirmar en el parlamento que el ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz atravesaría territorio paraguayo! El Informe de la Misión Bohan, fundamento de la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz, fue atacado por el MNR como una acción del imperialismo y colonialismo americanos.

Con Emilio Sarmiento no estábamos equivocados al creer que en nuestra obligación entraba la de acercarnos al Perú y nos entregamos a descubrirlo a través de los instrumentos que estaban a nuestro alcance: los libros y las personas. Además, en esto intervenía la curiosidad intelectual de poder conocer, de manera privilegiada, con los recursos que un diplomático tiene en sus manos, un país nuevo y distinto. La precoz erudición apoyada en el talento de Jorge Basadre (**Perú-Problema y posibilidad o La iniciación de la República**); el ensayo biográfico fácil y liviano de Luis Alberto Sánchez (**Don Manuel, La Perricholi**); los escritos elegantes y sofisticados de Abraham Valdelomar (**La Mariscala, El toreo trágico de Belmonte**); el mensaje ideológico de José Carlos Mariátegui; la obra prematuramente truncada de Jorge Guillermo Leguía; los versos existenciales de César Vallejo; los finos estudios literarios de José Jiménez Borja, el mensaje trascendental de Haya de la Torre, la inteligencia brillante de Raúl Porras Barrenechea, las páginas que comenzaba a publicar Aurelio Miró Quesada.

Leímos el discurso de Vigil en la catedral de Lima ante los restos del generalísimo Agustín Gamarra, nos enteramos de las emulaciones y polémicas entre Palma y Gonzáles Prada; seguimos la pista del grupo "Colónida", supimos de las discusiones del Conversatorio de San Carlos. El jactancioso silogismo de Valdelomar: "El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert, el Palais Concert soy yo". Waldo Frank empujando una noche la silla de ruedas de Mariátegui; las corrientes ideológicas que desembocaron en la fundación del Apra. Oímos la palabra de César Falcón, quien venía de haber peleado y sido derrotado en la guerra civil española.

Fue por entonces que me llegó a Lima una carta de Alberto Sanjinés, diciéndome que cumpliendo un encargo de Eduardo Antezana me remitía un sobre cerrado. Antes de partir a Cobija sin un motivo explicable, Eduardo le había dicho simplemente que me lo enviara cuando recibiera un aviso suyo. Eduardo se había suicidado en un lugar de la selva con una arma de fuego. Era el aviso.

No se podría decir que el grupo de amigos estuviera jugando con fuego, y tampoco cabía anticipar o sospechar que uno de nosotros pudiera tomar una determinación tan final e irrevocable, tal vez por tedio, por cansancio, por falta de explicaciones sobre el sentido de la vida, por ser partícipe del abandono de los seres humanos, colocados al borde de un abismo. El sobre contenía la fotografía de una mujer y al dorso: "Alberto, con el retrato de la mujer que más he amado, te dejo mi corazón".

Haya de la Torre

Por medio de Max Arnillas Arana, un dirigente de segunda fila pero hombre de mucha confianza dentro de su partido, Emilio consiguió que viéramos al jefe del aprismo en una época en que era tenazmente buscado por la policía peruana. Haya de la Torre vivía entonces en una clandestinidad, de la cual —decían sus adversarios— el gobierno del presidente Manuel Prado estaba al corriente y no lo tomaba preso para no agrandar su figura. No sé en cuál de las dos formas crecía más. Era toda una personalidad legendaria, con su aureola de perseguido, líder de un partido con caracteres míticos, una organización secreta y eficaz como no hubo nunca en el Perú, con elecciones ganadas y arrebatadas, sus héroes y sus mártires. El exilio y la

catacumba. Si hay injusticia de esa clase fue una injusticia histórica que el Apra no llegara al poder, puesto que una mayoría indiscutida de peruanos lo quiso durante cuarenta años. Como nadie, Haya tenía lo que hoy está de moda decir de un político: carisma. Ha sido la figura más grande de su país, con partidarios fuera de él, con simpatizantes en más de un continente.

La noche fijada para el encuentro, Arnillas Arana nos llevó hasta un lugar del barrio de La Victoria, donde dejamos el automóvil y caminamos unas dos cuadras para llegar a una modesta casa de dos pisos. Subimos a una sala y allí esperamos unos quince minutos. Serían las diez de la noche. Aunque era la primera vez que lo veíamos, cuando apareció Haya, lo abrazamos emocionadamente. De alguna manera lo conocíamos, por haber leído sus escritos, la biografía escrita por Luis Alberto Sánchez, oído hablar de él en todas partes, entre los que lo odiaban o amaban.

La imagen de Haya de la Torre ha dado, cuando menos, varias veces la vuelta al mundo latinoamericano y europeo como para intentar describirla acá. Cuando lo visitamos estaba en su avanzada cuarentena: de estatura alta, constitución corpulenta, vigoroso y vital.

Cuando apenas tenía 29 años de edad, aunque ya era conocido por sus liderazgos universitarios, en 1924 en México donde estaba desterrado por el gobierno de Augusto B. Leguía, fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana APRA con definidas y ambiciosas proyecciones continentales. Sus principales objetivos eran lograr una acción política conjunta contra el imperialismo norteamericano, nacionalizar las tierras e industrias, internacionalizar el canal de Panamá y proclamar su solidaridad con las clases oprimidas. Fue entonces, en 1924, que comenzaba el mito, el mito de Haya de la Torre y su partido.

Lo que fundamentalmente sucedía era que por primera vez se oía un lenguaje nuevo, dirigido a muy distintos auditorios de los que hasta entonces ocuparon la platea de la política peruana; ese momento se convocaba a la clase media a convertirse en protagonista del acontecimiento nacional y en responsable de sus destinos. El llamado encontró cálido y extendido eco en las plantaciones e ingenios de la costa peruana, en los campos de las sierras, las minas de la cordillera, universidades y fábricas, entre las personas que de una manera u otra se sentían desplazadas o postergadas.

En los finales de la década del 20 llegaban a Lima noticias de la asistencia de Haya al quinto congreso mundial del partido comunista reunido en el Kremlin, conversaba con los profetas y precursores de la revolución bolchevique comenzando por Trotski, Bujarín, Zinoviev, Lunat- charski; en París trata de cerca a Romaín Rolland, asiste a seminarios en la universidad de Oxford, escribe para revistas francesas, viaja por toda Europa. Como sucede siempre, la distancia comienza a agrandar la figura del desterrado y eso lo sabía muy bien Haya. Desde esa distancia, por medio de quienes han quedado en el Perú empieza a tender los primeros hilos de la organización de su partido que iba aumentando adeptos mientras mayores eran las violencias y represiones del régimen.

A la caída del presidente Leguía, Haya pudo regresar al Perú donde le esperaban concentraciones jamás vistas en el pasado. Perdía las elecciones contra el coronel Luis Sánchez Cerro y se iniciaba la era de las persecuciones y prisiones, la isla San Lorenzo o el Sexto, pero al mismo tiempo comenzaba el hechizo de las masas y a oírse en todo el Perú el slogan excluyente y sectario de "Sólo el aprismo salvará al Perú".

Nada fue capaz de romper la magia que se desprendía de las palabras y mensajes que el líder emitía desde la clandestinidad; ni siquiera sus compromisos con quienes habían mandado dictatorialmente al Perú como el Mariscal Benavides o el General Odría quien le tuvo cercado cinco años en la embajada de Colombia, rodeada por trincheras, fosos y reflectores y persiguió a los apristas con más saña que ningún otro gobernante; su apoyo electoral a candidatos de la más pura oligarquía como Manuel Prado; maniobras que no llegaban a comprender las multitudes pero que acataban con total fidelidad, satisfechas con oír los largos discursos del jefe con el símbolo del pañuelo blanco. Tal vez intuían vagamente que todo eso era provisional, que lo que hacía o disponía el jefe estaba bien hecho porque no podía equivocarse y además estaban dispuestas a llegar hasta el sacrificio por defender sus errores, puesto que ya llegaría el día. " Era algo así como la Gran Marcha.

Mientras tanto, cuando Haya de la Torre —noctámbulo y errático— volvía de sus largos viajes por Europa o sus adeptos se reunían para festejar su cumpleaños —estuviera o no él presente— no había espacio ni plaza pública capaces de contener las multitudes fanatizadas.

El día esperado llegó muchos años después, más allá de la muerte de Haya en 1982. cuando su cadáver fue conducido en hombros por sus partidarios hasta Trujillo. 800 kilómetros al norte de Lima, en medio de toda clase de gentes que bajaban de las alturas y en las noches se acercaban con antorchas en la mano al camino de la costa para despedirlo. El día llegó cuando el aprismo eligió a Alan García como presidente de los peruanos y era que Haya, como el Cid, ganaba después de muerto la gran victoria de su vida.

Aquella noche, al verlo era fácil darse cuenta cómo él había podido fundar y dar vida y pujanza a un poderoso partido. Por supuesto que no se trataba de una conversación, sino de oírle. Tanto como una defensa a su incomunicación de peregrino, como por sus hábitos de noctámbulo, nos retuvo —sin que lo hubiéramos esperado— hasta las dos de la mañana, oyéndole hablar sobre su vida, la historia del partido, sus ideas, sus proyectos, el Perú. No he olvidado que uno de los temas que tocó largamente fue el espectro de épocas que de manera sincrónica presenta el Perú, como también otros países sudamericanos: tribus amazónicas o altiplánicas andinas que todavía viven en la prehistoria, vestigios de un proceso cultural precolombino con el exponente impresionante del imperio incaico, testimonios vívidos de la colonia española, y finalmente el siglo XX. Le oíamos absortos.

Durante todo el tiempo, dos individuos sentados en un rincón de la pequeña y modesta sala, nos observaban. Por cierto que no estaban haciendo teatro ya que por algo Haya era un gran perseguido y su partido no podía confiar en nadie.

Años más tarde —avatares de la política por medio— Eduardo Anze fue nombrado representante de Bolivia ante la Organización de las Naciones Unidas, la cual le designó Alto Comisionado para la Federación de Etiopía y Eritrea. Nos vimos en Ginebra en 1953, cuando él volvía de haber cumplido esa tarea. Al presentar en Nueva York a la ONU un informe sobre su trabajo, en el momento en que se le confería un voto de aplauso por la forma en que había llevado a cabo su labor, los delegados bolivianos abandonaron de manera ostensible el local de la Asamblea. Quizá no sea necesario puntualizar que se trataba de miembros del MNR.

En 1971, en Buenos Aires, fuimos a visitarle con Emilio Sarmiento y así pudimos conversar unas horas las tres personas que constituimos la legación en Lima en el ya lejano año de 1940.

Alcides Arguedas

En el mes de junio de 1943 volví a Lima como segundo secretario de la embajada y de allí fui a Caracas para ver a mi hermano Alfonso quién había quedado en esa ciudad enfermo de tífus exantemático, al regreso de la visita del presidente de la república general Enrique Peña- randa a Estados Unidos, México y Cuba. Alfonso era su secretario, cargo que le dejó dos años antes Walter Montenegro para ir a Singapore de cónsul.

Llegué por avión en tres días a Caracas, con etapas en Guayaquil y Barranquilla. Mi hermano estaba repuesto, pero debía guardar una larga convalecencia. Alcides Arguedas, que era el ministro de Bolivia, lo llevó a vivir a su casa por el tiempo que durara su restablecimiento y a mí me invitó para ir a almorzar a la legación todos los días. No me habría imaginado nunca ser su huésped cotidiano.

Arguedas ingresaba a su escritorio a las ocho de la mañana y no salía hasta la hora del almuerzo, la una de la tarde, hecho que explica su extensa obra. No era, propiamente, un hombre sociable; su misma disciplina para el trabajo se lo impedía, pero sí un conversador cautivante: París, las mujeres, su fracaso como parlamentario, allá por los años del gobierno liberal, en 1918, los motivos que tuvo Carlos V. Aramayo para encomendar a Adolfo Costa du Rels y no a él la biografía de su padre Félix Avelino.

Sin duda mi experiencia sobre Arguedas sería distinta y más enriquecedora si entonces hubiera tenido mayor experiencia, más conocimiento de la vida, más lecturas, pero así son las cosas.

Tenía mucho que contar. Por algo había sido amigo de Rubén Darío y colaborador de su revista "Mundial" impresa en París, de Rufino Blanco Fombona. Francisco y Ventura García Calderón. Eugenio Gómez Carrillo, en cuyo bar de París, "El Napolitano", se reunían

asiduamente a conversar. También había sido en esos años auténticamente amigo de César Vallejo, no como tantos otros que sólo una vez muerto el poeta peruano trataron de reivindicar una relación que no existió. Fue el mismo Vallejo quien mencionó esa amistad en más de una de las crónicas que enviaba a la revista "Variedades" de Lima. Ocurrió con Vallejo que, cuando ya no podía contradecirles, varias personas afirmaron haberle ayudado y protegido en París, o sea algo parecido a lo que sucedió con Chopin de quien decenas de mujeres dijeron haber recogido el último suspiro.

En Caracas, Arguedas gozaba de todo el prestigio de su figura de escritor, era amigo del presidente de la república Medina Angarita, con quien salía a pasear algunas noches por las calles tranquilas y entonces alejadas del barrio El Paraíso. Mantenía relación con José Gabriel Pocaterra, autor de esas extraordinarias "Memorias de un venezolano de la decadencia", José Nucete Sardi, José Gil Fortoul, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas. No se podía pedir más.

Al año siguiente, cuando Arguedas regresó a La Paz, fuimos con Alfonso a visitarlo a su casa de la avenida Arce. Recuerdo que ví a dos de sus hijas. ¿Sería una de ellas Stela? Dos años más tarde, en 1946, supimos que estaba enfermo y lo encontramos muy débil, casi postrado en un sillón, con una manta sobre los hombros y una boina en la cabeza. Al poco tiempo murió.

Pasaron los años. Como miembro de la Fundación "Manuel Vicente Ballivián" me encargué de la edición de su **Epistolario —La generación de la amargura**. Con ese motivo, Stela me entregó gran parte de su archivo, del cual seleccioné las cartas más importantes. Son unas diez de Unamuno, otras tantas de Blanco Fombona, Gabriel Alomar, Rubén Darío, Gabriela Mistral. Por ahí me enteré de sus amores con una mujer argentina, de quien sólo aparecía su nombre, Sara, con la que eludió **in extremis** ir al matrimonio. El libro salió publicado con un prólogo de José Luis Roca y una breve nota mía.

Naturalmente, fui un gran lector de Arguedas y he reflexionado muchas veces sobre su obra. Me parece que entre los historiadores y ensayistas bolivianos que han meditado con diferentes grados de profundidad acerca de la obra histórica de Arguedas, pocos son los que han resistido a la tentación de endosarle una clara adhesión al pensamiento filosófico positivista francés de fines del siglo XIX. En realidad, nunca se ha probado satisfactoriamente esa filiación ideológica de Arguedas, sino que desde un comienzo, sin mucho análisis, se la dió como un hecho evidente, que no requería demostración. Es verdad que muchas veces he tenido la sospecha —y a veces lo he comprobado— que la mayoría de las personas que escribían o hablaban sobre Arguedas, sobre todo quienes lo denostaban, no habían leído sus obras.

En la recopilación que lleva el título de **Alcides Arguedas**, publicada por Mariano Baptista Gumucio, Carlos Medinaceli da por sentado "el seco positivismo" del autor de **Los caudillos bárbaros**: Gustavo Adolfo Otero dice que Hipólito Taine le señaló "el camino con la aplicación lógica del positivismo" y hasta Guillermo Francovich, cuyo conocimiento filosófico nadie puede poner en duda, dice "era un hombre de formación positivista".

¿Es lícito colocar a Arguedas entre los historiadores positivistas? ¿Es que los historiadores que tal cosa sostienen poseen una débil información filosófica o, al contrario, los ensayistas con una buena formación filosófica no han leído con cuidado las obras de Arguedas? Habría que comenzar por exponer algunos de los principios básicos del positivismo. L. von Ranke postula la separación radical y la distancia absoluta entre el hecho histórico en sí y la mente cognoscitiva del historiador. Este, dice Ranke, debe colocarse a la mayor lejanía del suceso que examina y estudia, a fin de hallarse en una situación de relativa objetividad e imparcialidad. Le corresponde una actitud pasiva, a fin de examinar el pasado desde una posición neutra, sin odio ni amor, como hace veinte siglos quería Tácito, renunciando a todo juicio de valor y, por lo tanto, a la absolucón o condena de las acciones humanas.

Según el positivismo, lo único que toca al historiador es efectuar la máxima acumulación de datos e informaciones y analizarlos hasta en sus menores detalles, lo cual bastaría para que la verdad, la verdad histórica, aparezca clara y nítida, por sí sola. La vida de las sociedades se halla determinada por leyes a las cuales están inexorablemente sometidos las colectividades y los individuos. Comte, hacía notar la irracionalidad que supone comprobar y aceptar la existencia de leyes en el campo científico y negar las en el ámbito político y social. A la historia le estaba encomendado descubrir y establecer las leyes que gobiernan a las sociedades y de esa manera llegar a prever con aproximación el futuro de la humanidad. El

positivismo aspiraba a llegar a fines más o menos parecidos a los que proponen las filosofías de la historia (San Agustín, Vico o Voltaire), pero de manera más precisa y partiendo de puntos distintos.

Mientras el positivismo postulaba la búsqueda y formulación de esquemas que fueran resultado de una erudita y exhaustiva acumulación de hechos y de un profundo examen crítico de las pruebas históricas, las filosofías pretendían fijarlos de una manera apriorística.

Para el positivismo el medio más adecuado de conocimiento eran las monografías y la aplicación de los métodos de la ciencia natural a la interpretación de los hechos, al mismo tiempo que desahuciaba la validez de las especulaciones globalizadoras. Sabemos que Arguedas prescindió del trabajo monográfico y prefirió la gran construcción.

El contenido asignado a la monografía histórica ha sufrido progresivas reducciones. Si en el pasado una historia nacional era definida como una monografía, ésta redujo después su cuadro de estudio al pasado de una ciudad, de un pueblo o una región limitada. En Bolivia tal proceso tiene buenos ejemplos. A comienzos de siglo, influido por las corrientes de la época o por pura intuición, Rigoberto M. Paredes aumentó las dioptrías de su lupa y escribió varios estudios limitados a una sola provincia. Pacajes o El Cercado, y Luis S. Crespo hizo una **Monografía de La Paz**.

Actualmente, ya no es una provincia el objeto de un estudio monográfico, sino una localidad y mañana podrá serlo no un pueblo en su integridad, sino apenas, digamos, los comerciantes de Sorata en la época del auge de la goma, a comienzos del siglo XX, o algo por el estilo.

No es que Arguedas ignorara el contenido de ese pensamiento (una vez escribió que admiraba a Taine), sino que no lo aplicó para explicar los hechos que se propuso estudiar, o sea la etapa republicana de Bolivia. Lo curioso es que en los prólogos de sus libros exponga planteamientos de clara filiación positivista, pero fueron prescripciones que no acató él mismo. Fueron algo así como una "carta de intenciones", voluntariamente suscrita pero no cumplida.

Arguedas no escogió el camino de la monografía, ni utilizó grandes masas de materiales documentales, ni se preocupó por establecer con precisión la exactitud de los hechos. Tampoco llegó a establecer una jerarquía de validez o de credibilidad de las pruebas testimoniales; frecuentemente hizo prevalecer sobre éstas su parecer personal.

Si para los positivistas el historiador debe eludir todo juicio y limitarse a referir los hechos de la manera más cercana a su suceso real. Arguedas franqueó todas las veces que quiso la distancia entre el acontecimiento y el historiador. Su historia no es una demostración, sino una requisitoria. Eso sucedió porque no escribió historia pura, sino que colocó ésta al servicio de su obsesiva mística moralizante y una crítica llevada hasta la amargura, con la intención de modificar una realidad boliviana con la cual discrepaba y quería intensamente transformar.

No es preciso releer una por una las páginas de los libros de Arguedas para apreciar cuán hondo era su compromiso con el pasado. Ahora que la palabra está de moda y antes que deje de estarlo digamos que era un escritor "comprometido". No hay personaje o acontecimiento con los cuales no tomase partido adverso o favorable, desde Antonio José de Sucre hasta los últimos liberales del siglo XX. A cada uno le está diciendo lo que debería haber hecho. No sólo redujo la distancia entre el hecho histórico y el historiador que era él, sino que llegó a confundirse con los sucesos, precisamente como no quería el positivismo que sucediera. Nos podemos imaginar sin mucho esfuerzo su estupor entristecido al pensar en el 18 de abril de 1828 cuando el mariscal de Ayacucho caía herido por un balazo frente a la iglesia de San Francisco en la ciudad de Chuquisaca y quizá habría acompañado al presidente Linares a salir del palacio de gobierno el 10 de enero de 1861 con destino al exilio. Arguedas habría sido seguramente septembrista y en realidad lo es en sus libros, aunque de manera retrospectiva, como no podía ser de otro modo.

No es, pues, Arguedas el historiador positivista que examina el pasado desde lejos, sin pasión y sin bandera. Al contrario, se compromete con ese pasado, lo defiende o ataca. Es como un paceño que en mil ochocientos cuarenta y tantos mirara desde su ventana pasar una muchedumbre vociferante que lleva en hombros a Belzu. Arguedas se retira desolado al fondo de su habitación porque se da cuenta que está irrumpiendo la plebe, "la plebe en acción", que él ciertamente abomina.

Tampoco hay que escudriñar mucho en Arguedas para encontrar juicios desdeñosos y conmisericordiosos para sus colegas, quienes tal vez sin conocer la metodología prescrita por el positivismo se dedicaban en esos años de comienzos del siglo XX a una paciente acumulación de informaciones, ciertas y probadas. No es necesario que Arguedas mencionara sus nombres para darse cuenta de que sin duda se estaba refiriendo a sus contemporáneos Rigoberto Paredes, Luis S. Crespo, Agustín Iturricha, León M. Loza o José Agustín Morales, quienes escribían en el tono y el estilo de las memorias ministeriales, dejaban de lado las grandes disquisiciones filosóficas y preferían los modestos pero más seguros estudios monográficos. A ellos alude Arguedas llamándolos "memorialistas" o "cronistas", privados de alcances imaginativos, carentes de pretensiones interpretativas. ¿Qué queda, entonces, del "Arguedas positivista"? ¿No fue, más bien, una especie de profeta, que lanzaba amargas recriminaciones y admoniciones sin esperanza?

La esperanza

A pesar de la lejanía del teatro donde se desarrolló, la guerra civil española tuvo una influencia muy intensa en mi vida y me colocó en una posición política dada. Por ser habitante de una de las ex-colonias, el idioma, la educación del colegio que tenía una fuerte proporción de profesores de esa nacionalidad, por la afición a su literatura, por conocer algo de la historia de la península, más que ningún otro, España era el país que convocaba en mí el interés más intenso. No había ciudad de mis lecturas que no se hubiera convertido en escenario de la guerra, Teruel, Toledo, Madrid, Sevilla o Barcelona, sin hablar de los pueblos de la ruta de Don Quijote.

Era el año 1936 —yo tenía 19— cuando comenzó la contienda, o sea que estaba en la edad en que a uno le duelen de manera sentimental las injusticias y las desigualdades y no concibe otra ubicación que al lado del desvalido. Ocurría que por entonces se vendía en La Paz una revista semanal argentina, "Pan", francamente adicta a los republicanos. Contenía artículos cortos recopilados de otras publicaciones sobre literatura y arte y yo no perdía un solo número, porque allí había todo el material necesario para basar mi odio al franquismo. Sucedió también que en La Paz se formó en la misma época un grupo de escritores, activos simpatizantes del gobierno republicano y como era gente que conocía por sus obras y les tenía por ese hecho algún tipo de aprecio, consideré que mi sitio estaba localmente al lado de ellos. Después, el asesinato de Federico García Lorca cuya obra comenzaba apasionadamente a conocer, acrecentó mi repudio al nacionalismo español. Además, para mí, la república estaba representada ante todo por los intelectuales, mientras que los sediciosos eran militares, ayudados por el nazismo alemán y el fascismo de Mussolini.

Era una guerra que íbamos perdiendo día a día y me acuerdo que recibí con gran tristeza la noticia de la caída de Barcelona con lo cual desaparecieron las últimas esperanzas. Mientras tanto, tenía que estar con los Machado. Unamuno. Araquistáin, Azaña, la "inteligencia" española, al lado de los vencidos. Comenzaron mis primeras lecturas de literatura marxista. Como consecuencia más tarde leí con avidez cuanto libro podía sobre la guerra. **L'espoir**, de André Malraux. **La guerra civil española**, de Hugh Thomas. **La jornada de Benicarló**, de Azaña. **Por quien doblan las campanas**, de Hemingway. **España**, de Pietro Nenni y una larga bibliografía. Conocí todo el desarrollo de la guerra y la historia de las Brigadas Internacionales. Hace poco (1983) supe que, una vez instalado el gobierno socialista, se realizó en La Gran Vía de Madrid un desfile de los sobrevivientes de las Brigadas que habían ido de muchas partes del mundo hasta esa ciudad que defendieron organizada y encarnizadamente y tuvieron que abandonar cuando la causa estaba perdida. Cómo habría querido ver a aquellos viejos combatientes de la "Jefferson" o la "Garibaldi" y aplaudirlos desde una acera.

En 1940 se fundó en Oruro el Partido de la Izquierda Revolucionaria en medio de una tumultuosa concentración disuelta a tiros por fanáticos falangistas mientras los dirigentes eran apresados por "las fuerzas del orden" y confinados a un lugar que creo no figura en ningún mapa de Bolivia. No pasó entonces por mi cabeza la idea de una adhesión. A mis veinte años, abominaba de la política boliviana y quería defender a todo trance mi aislamiento.

Formaba el partido gente que no conocía, a excepción de Álvaro Bedregal. Sabía del prestigio de José Antonio Arze por su ausencia de Bolivia y recordaba que cuando fuimos con mis padres y mi hermano Alfonso a Lima en 1933, el Director de la Biblioteca Nacional, Carlos Romero, nos señaló a Arze —desertor de la guerra del Chaco por razón de conciencia y ahora

inclinado sobre un libro en una de las mesas de la sala de lectura— y nos dijo que había leído un número impresionante de libros. Aunque sin tantas lecturas, en la misma situación estaba en Lima José Cuadros Quiroga, amigo de mi padre por vinculaciones de tipo periodístico a pesar de la diferencia de edades y con quien estuvimos más de una vez.

Vino la segunda guerra mundial y me encontré con mis simpatías por los países aliados. Entonces apareció en Bolivia lo que más tarde se llamó Movimiento Nacionalista Revolucionario, que desde las columnas de su diario "La Calle", defendió la causa del nazi-fascismo. Se ha establecido documentalmente que sus dirigentes eran estipendiados por Alemania.

Mientras tanto el PIR era la fuerza boliviana que estaba abiertamente al lado de las democracias europeas, cuya suerte me tenía tan pendiente como la de la república española poco antes. Un día hablé a Álvaro de mi deseo de ingresar al partido. Presenté mi carta y él arregló una conversación con Ricardo Anaya.

La "Introducción Sociológica" al programa adoptado en Oruro proclamaba sin eufemismos los principios básicos del marxismo: la historia de la humanidad no es sino la historia de la lucha de clases, representadas hoy por la burguesía y el proletariado. No había otro socialismo verdadero que el de Marx y Engels, mientras los demás tendían a enmascarar la realidad. Aunque señalaba su solidaridad con los partidos y movimientos afines del mundo, el PIR conservaba su independencia nacional.

Los partidos políticos surgidos en el siglo XIX y comienzos del XX —liberal y republicano—, decía la Introducción, habían hecho insignificantes aportes doctrinarios, puesto que ante todo estaban movidos por caudillismos; el partido Republicano Socialista, fundado por Bautista Saavedra, había declarado antes que nada su antimarxismo, y su nombre no era sino un "camouflage" destinado a atraer a ciertos sectores artesanales.

Otra de las afirmaciones que contiene el documento es que la república sirvió ante todo para facilitar el paso a la anarquía militarista, situación que fue aprovechada por el capitalismo inglés para ayudar a Chile a apoderarse del litoral boliviano en la guerra del Pacífico.

Después de la guerra se inició un cierto auge minero (plata, primero, y después estaño), alentado por el libre-cambismo liberal (1898-1935) que a su vez abrió las puertas al imperialismo británico mediante el contrato Speyer, la entrega de la red ferroviaria boliviana a una compañía inglesa y la concesión de franquicias para la exportación de utilidades y dividendos a las empresas mineras.

Simplemente cambiando denominaciones, el sistema demoliberal (gobierno de Saavedra 1921-1925), prosigue la Introducción, permitió el ingreso del imperialismo norteamericano con la firma del contrato Nicolaus, las concesiones petrolíferas, mientras el creciente poderío de las empresas las capacitaba para imponer sus intereses al Estado y determinar la política interna del país. La guerra del Chaco no fue sino una pugna armada entre Bolivia y Paraguay para defender los intereses de Standard Oil of New Jersey, por un lado, y Richmond Levering, de Gran Bretaña, por otro, por la posesión de la riqueza petrolífera. Tras la guerra vino una sucesión de gobiernos militares que mantuvieron al país dentro de los antiguos moldes capitalistas y pro-imperialistas.

La revolución militar-socialista (1936-1939) no había servido sino para desacreditar al socialismo utilizado insinceramente por una serie de grupúsculos de aventura. En Bolivia quedaba convertido en sinónimo de oportunismo político.

Retrocediendo en los siglos, era falso atribuir al imperio incaico un contenido socialista, puesto que estaba basado en la explotación de una clase por otra y la apropiación creciente por sectores privilegiados de las tierras, o sea los medios de producción. Por otro lado, el sistema colonial —fundado en el sojuzgamiento de la clase aborigen por los conquistadores europeos a través de la encomienda o la mita— significaba nada más que un traslado de concepciones feudales de Europa al Nuevo Mundo. La llamada independencia no hizo sino traspasar el poder y los privilegios de los españoles a mestizos y criollos.

En la ciudad de Oruro, en 1940, un centenar de calificados dirigentes sindicalistas, universitarios y trabajadores, fundaron el Partido, "erigiéndose desde ese momento en auténtica vanguardia de las clases oprimidas de Bolivia". Ya el nombre del Partido era, para entonces, todo un explosivo.

Sobre la base de un proyecto presentado por Ricardo Anaya, el programa partía del principio de que no era indispensable en Bolivia la existencia de un maduro proceso capitalista, ni la presencia de una burguesía, para que se cumpliera el fenómeno de la lucha de clases. El capitalismo estaba presente en el país por medio de poderosas empresas mineras que actuaban desde el exterior y cuyos intereses eran preservados internamente por una sub-burguesía gestora. Existía un sector oprimido y una clase media intermediaria.

Por lo tanto, afirmaba el programa, eran plenamente aplicables en Bolivia los principios del socialismo científico y el PIR se fundaba como partido representativo de la clase obrera o proletaria y vanguardia del campesinado. Se proponía el cambio de la economía semifeudal y semi-colonial por una "economía socialista", procurándose la adhesión de las clases medias para liberarlas de la atracción del fascismo.

Hay que decir que el partido nunca llegó a captar la clientela de la clase indígena. En realidad, ningún otro, ni aún los que más tarde dispusieron larga y discrecionalmente del poder, lo lograron.

El programa sostenía la necesidad de mantener una estrecha solidaridad con el proletariado internacional, único camino de los países atrasados para salir de su subdesarrollo. Era indispensable crear en Bolivia una conciencia nacional contra el imperialismo y sus agentes, a fin de que la riqueza del país quedara en manos de los bolivianos.

Los sentimientos y tendencias regionalistas tenían una raíz económica, puesto que si hubieran existido minerales en el oriente boliviano, esa región habría sido dotada de vías férreas y caminos. Una política basada en la ruptura de la monoproducción minera acabaría por crear una efectiva vinculación económica.

Para llegar a esos fines, había que desalojar a los intereses imperialistas instalados en el país. El aparato estatal debería representar a la mayoría real, el noventa por ciento de la población, para hacer desaparecer la opresión y la pobreza.

Es indudable que la introducción sociológica adolecía de anacronismo, o sea esperar del pasado requerimientos formulados por las sociedades en etapas posteriores. Los sistemas trasladados por los españoles a América no podrían tener sino raíces semifeudales; tampoco el origen de los conflictos territoriales de Bolivia con Chile y Paraguay tienen un claro enfoque.

Fue un partido en cierto modo prematuro y son explicables las resistencias que provocaron sus planteamientos. Ahora no atemorizan a nadie, pero piénsese en que fueron enunciados hace medio siglo. Sin embargo, Hegel dijo que lo real es racional y lo racional real.

La lucha contra el fascismo

En el mes de diciembre de 1943, el MNR, en alianza con la logia militar que adoptó la sigla de RADEPA, "Razón de patria", tomó el poder en Bolivia. Eran los enemigos. Mi posición no podía ser sino la de adversario. Esta vez no se trataba de pelear exclusivamente contra políticos bolivianos, sino de tomar banderío en una contienda ideológica de amplitud mundial y en la cual, nacional mente, el MNR y la RADEPA representaban al fascismo. En esos días recibí desde Cochabamba una carta de Ricardo Ana- ya aceptando mi pedido de ingreso al partido.

Nunca establecí con claridad el motivo por el cual fui perseguido por la policía pocos días después, a comienzos de enero de 1944. Sucedió que unos agentes de policía se llevaron preso a mi hermano Alfonso, hecho que parecía normal, puesto que él había sido secretario de Peñaranda, el presidente derrocado. Pero lo curioso fue que al día siguiente volvieron a casa para preguntar insistentemente por mí y pronto se hizo claro que se habían equivocado de objetivo. No me quedaba sino poner las cosas en su lugar. Sería insincero si no dijera que a esa edad, la persecución es un profundo halago a la vanidad. Nada menos que un gobierno se ocupa de uno.

Fui a la oficina de un militar, Armando Prudencio, hermano de mi cuñada y le expliqué la situación, diciéndole que estaba dispuesto a presentarme a la policía siempre que se me garantizara la substitución de presos. Prudencio habló por teléfono con el jefe de la Policía, capitán José Escobar, y obtuvo su compromiso de respetar la propuesta. Me presenté en el antro de la calle Ayacucho y se hizo el cambio. Allí estaba Marcelo de Urioste. Dos días después un agente nos condujo a Oruro. Era el confinamiento, palabra que significa tantas cosas en la vida política boliviana. Marcelo había sido acusado de proporcionar a un periodista extranjero información adversa al gobierno.

De Oruro fuimos llevados a Corque, un pueblo de la provincia Carangas, no lejos de la frontera con Chile, en pleno altiplano, en una región muy árida, casi desértica y despoblada.

Marcelo era una compañía de privilegio: culto, inteligente y con facilidad de adaptación a las incomodidades y privaciones de la vida en un poblado. Teníamos unos cuantos libros (allí leí, entre los que recuerdo, **Tiberio**, de Gregorio Marañón. **Los doce Césares**, de Suetonio, la autobiografía de H. G. Wells, varias novelas de Aldous Huxley y emprendí la lectura de **Don Quijote de la Mancha**. Un día nos dimos cuenta con Marcelo que conocíamos toda la genealogía y el parentesco de los emperadores romanos. Conversábamos sobre muchas cosas (la patria por delante, la gran preocupación ficticia e insincera de los bolivianos) y estábamos unidos por una aversión definida al nazismo alemán y boliviano. Trepábamos los cerros, jugábamos fútbol y nos bañábamos en un río de aguas limpias, aunque muy frías. Algunas veces dimos clases a los alumnos de la escuela y el 10 de Febrero, fecha cívica del departamento de Oruro, desfilamos alrededor de la plaza.

Conocimos Bolivia donde verdaderamente está, en sus pueblos, en esos pueblos abandonados que describió de manera impresionante Carlos Medinaceli. No falta nada en ese microcosmos boliviano: los enconos y las rencillas entre las autoridades, el corregidor o el subprefecto; la división de los habitantes del pueblo en banderíos; el caciquismo, la maledicencia y la crítica; el inacabable comentario sobre la política, el panorama menguado y estrecho.

Siempre o desde entonces he pensado que nuestras ciudades —al final como las de los otros países latinoamericanos o del Tercer Mundo— son realidades artificiales, en las cuales existen barrios que no son sino "enclaves" extraños y marginales, que no representan el verdadero y auténtico contenido de la nación boliviana.

Nunca se atenuó la amistad con Marcelo y, años después, se profundizó en Lima, donde vivió unos cinco años con su familia en la diáspora provocada por el "movimientismo". Cuando murió en agosto de 1969 estuve a su lado la noche del "velorio", con Francisco de Urioste y Gonzalo Sánchez de Lozada. Le sepultaron al día siguiente en Cota Cota, en medio de una tarde muy ventosa y fría, y una vez que la gente se hubo ido del cementerio coloqué una flor sobre su tumba. Era el primer gran amigo que se iba.

Ni en el momento en que un día de los primeros meses de 1944 partíamos sobre la carga de un camión hacia los Yungas, estábamos seguros de la utilidad del viaje. En realidad, lo que nos llevaba a Alfredo Otero y a mí era una inmadurez que se prolongaba hasta los 25 años.

Pocos días antes, mi hermano Alfonso me pidió en la policía, donde estaba preso, esta vez acusado con justicia de conspirador, hacer llegar un mensaje a Enrique Hertzog, confinado en Chulumani, a fin de que sus declaraciones no contradijeran las que él acababa de prestar. No me hice repetir dos veces el encargo y propuse a Alfredo que me acompañara. Como yo estaba seguro, él tampoco se hizo rogar. Hertzog y mi hermano habían sido partícipes de una conspiración delatada a la policía por un militar infiltrado.

Llegamos a Chulumani y pedimos alojamiento en el hotel. Allí estaba otro "confinado", Pedro Zilveti Arce, quien nos dijo que Hertzog se hallaba en Irupana, 30 kilómetros más adentro. Las cosas se presentaban a pedir de boca, porque daban mayor complicación a la aventura. Decidimos seguir a Irupana a pié, en una hora en que comenzaba a oscurecer. No teníamos ni una linterna, un cuchillo o un arma y debíamos guiarnos por las enormes vueltas de la carretera, porque habría sido imposible seguir de noche el camino de "herradura", que no conocíamos.

Cuando oscureció por completo en un lugar desde donde ya no podíamos regresar, nos dimos cuenta de la imprudencia en que habíamos incurrido. Con la noche llegaron los ruidos y gritos del monte, mientras caminábamos a tropezones. Era la hora en que comenzaban los animales a salir de sus guaridas. La transpiración pegaba la ropa a mi cuerpo, por el calor de la caminata en ese ambiente de trópico y por el miedo. Hegel dijo una vez "La única pasión de mi vida ha sido el miedo".

Habríamos vencido la mitad del camino cuando vimos muy lejos la luz de un vehículo que avanzaba en dirección a Irupana. Esperamos unos minutos con gran ansiedad su llegada y nos paramos en medio de la carretera para detenerlo y pedirle al chofer nos llevara. Accedió y trepamos sobre la carga, entre un grupo de indios. Sería más de media noche cuando llegamos al pueblo y tocamos la puerta de un hotel. Lo primero que hicimos fue pedir un trago de alcohol que nos repusiera de la tensión pasada y cuando el empleado nos llevó a la habitación, Alfredo le preguntó muy distraídamente si sabía algo de Hertzog. Sin decirnos nada, señaló la puerta que daba a la habitación del lado.

Esperamos que se fuera el empleado y después de dejar pasar unos instantes. empujamos suavemente la puerta; vimos que cedía y pasamos a la habitación. Hertzog y su compañero, Néstor V. Galindo, desde sus camas se sobresaltaron al vernos entrar. Era explicable la reacción porque la violencia y el terror policíarios ya habían sido introducidos en Bolivia por el gobierno del "movimientismo" y la logia militar, cuyos miembros conocían los efectos disuasivos de los métodos fascistas, el aceite, los golpes, la tortura. Fue como una herencia que aun perdura de ese régimen y cuyo fin nadie podría vislumbrar.

Dimos el mensaje a Hertzog y, de manera increíble, en diez minutos ya teníamos cumplida la misión. Amanecía y resolvimos regresar a La Paz en el primer camión que encontráramos. Así lo hicimos y en la tarde estábamos de vuelta en nuestras casas. No sé lo que habría ocurrido si la policía nos sorprendía en esas andanzas.

Casi el mismo grupo de personas unidas por una amistad anterior formamos en el PIR una célula a la que pusimos el nombre de "José Carlos Mariátegui", Eramos Alfredo, Ricardo, Luis Ballón, Guillermo Soria. Como el armazón general del partido era endeble, al poco tiempo pasamos a participar en los trabajos del Comité Departamental que se reunía en las noches en la casa de Angélica Azcui, en la calle Rodríguez. De los que recuerdo, sus miembros eran Waldo Alvarez, José Orellana, Aurelio Alcoba, Rodolfo Cornejo, Gustavo Zevallos, Mario Cornejo, El partido que provocaba tantas preocupaciones al gobierno era un "tigre de papel"; no disponía de un solo centavo y en esas condiciones se debía afrontar unas elecciones convocadas para cumplir una de las condiciones puestas por Estados Unidos de América para normalizar sus relaciones con Bolivia y reconocer al régimen.

En el fondo, según la vieja tradición boliviana, era el gobierno de facto que convocaba a una "constituyente" para legalizar su origen ilegítimo. No había dinero ni para imprimir un volante, y en toda la ciudad sólo funcionaban unas tres o cuatro células; por las papeletas de inscripción ví que no se contaba con más de unos quinientos adherentes o afiliados. José Antonio Arze se presentaba como candidato a una diputación por La Paz, al mismo tiempo que a las senaturías por los departamentos de Oruro y Potosí.

Conocí a Arze al volver de Corque. Mas bien bajo, muy delgado (padecía de diabetes), con la frente prominente, nervioso, fumando todo el tiempo. Una tez medio transparente y pálida. Su cabello, casi rubio, comenzaba a ralear hasta insinuar comienzos de calvicie. Sus manos delgadas y finas, delataban algo parecido a una constante inquietud. Andaba cubierto con un sombrero y llevaba un sobretodo negro y gastado.

No era un hombre comunicativo y su exposición era seca y cortante, pero muy precisa. Una de sus cualidades era, sin duda, su capacidad de síntesis. Sus conocimientos llegaban al nivel de la erudición, pero nunca se jactaba de ellos. Jamás hablaba de frivolidades; eran ideas, libros y ante todo la acción del partido.

Había un grupo de personas que le acompañaba de manera más o menos permanente: Álvaro Bedregal, Rodolfo Cornejo, Luis Lucksic, Waldo Alvarez, pero sin ninguna organización a su alrededor.

José Antonio vivía con su madre en un departamento de planta baja en la calle Independencia, a unos veinte pasos de la avenida Perú. No eran más de cinco habitaciones algunas con ventanas a la calle. No había que fijarse mucho para darse cuenta de que se trataba de una familia de escasos recursos y en la que Arze era una especie de alojado que podría dejar la casa en cualquier momento. No tendría más de dos ternos y un sobretodo y se veía que lo único que le pertenecía eran unos libros y papeles. De una u otra manera, hacía quince años que vivía fuera de Bolivia, entre el exilio o la persecución.

Carecía de los recursos y artificios de los políticos bolivianos; buscaba y quería que los hombres se acercaran a él atraídos por las ideas; no halagaba vanidades, ni iba en pos de simpatías personales. Complementariamente, la atención que destinaba a sus adversarios era insignificante, porque sus enemigos no eran los individuos, sino los males, llámense injusticias o pobreza.

Seguramente que al volver a Bolivia, a comienzos de 1944, se dio cuenta de que el partido que fundara cuatro años antes en Oruro carecía de un mecanismo y organización apropiados, que para él eran las primeras condiciones de un grupo político.

Por razones de más cómoda ubicación, Arze "despachaba" con frecuencia en la casa de Juan Francisco Bedregal (todos los hijos eran miembros del partido, desde Yolanda hasta Ramiro). Allí atendía a muchas personas que iban a buscarle y trabajaba de manera incansable pero con escaso sistema en la redacción de documentos, cartas, esquemas, estatutos y circulares. No le interesaban los factores inmediatos de la política, sino planificar a largo plazo las acciones del PIR. Aspiraba a que sus militantes se capacitaran en el conocimiento de la doctrina y la praxis y en esa tarea recibía escasa ayuda. Daba la impresión de una gran honradez, decisión y sinceridad. Sus propósitos pasaban a la categoría de obsesiones.

Cuando se toca el tema, todavía se habla de una presunta rivalidad o competencia entre Arze y Ricardo Anaya en la cúpula del partido. Me parece que nunca existió tal emulación porque las posiciones eran muy claras y a nadie se le habría ocurrido poner en entredicho la jefatura y el liderazgo de Arze. Sus largas ausencias, como sucede siempre, habían aumentado su prestigio. Alguna gente, fuera o dentro del partido, le atribuía actividades y conexiones políticas internacionales, cuya inexistencia se probaría de manera dramática muchos años más tarde, cuando el gobierno soviético le negó el permiso de entrada. Hay diferentes clases de carismas y seguramente el de Arze no era nacido de la simpatía natural o artificial, de la espontaneidad, del afán de popularidad o del proselitismo "persona a persona", sino de la reserva, del secreto y cierto hermetismo. (Yo conocí un político que casi llegó a la presidencia de la república —El Dorado de los bolivianos— que durante 40 años no se cansó de dar palmadas, uno por uno, a sus compatriotas, y de enviar "saludos a la señora").

Para desplegar su campaña electoral, Arze fue a Potosí y a Oruro. Conseguimos algún dinero y con la ayuda de Luis Lucksic y del pintor peruano Manuel Fuentes Lira, en la casa de Luis Ballón los miembros de la célula "Mariátegui" hicimos a mano, con un método parecido a la serigrafía, unos cien carteles en colores, con la silueta de un indio y la leyenda "Somos un pueblo indio contra el fascismo". Otro con el rostro de Arze, en blanco y negro, también diseñado por Fuentes Lira. Resultó muy hermoso el cartel en colores puesto que era obra de dos verdaderos artistas. Días antes de las elecciones salimos a pegar los en las paredes de la ciudad.

También pensamos en lanzar desde distintos lugares unos globos de papel que de cierta altura, por un procedimiento que he olvidado, echarían pequeños volantes (panfletos). Con Ricardo fuimos una noche a buscar un fabricante de globos y cuando lo encontramos arriba del barrio de San Pedro, cerca de lo que ahora es el Mercado "Rodríguez", se hallaba bebiendo y bailando con un grupo de hombres y mujeres. Se comprenderá que no estaba con ánimo de oír nuestras proposiciones y, en cambio, nos invitó a tomar unas copas hasta el amanecer. Sin hacernos rogar mucho, nos complicamos en la fiesta y tuvimos que volver al día siguiente, una vez que "el maestro" hubo recobrado su ecuanimidad, a explicarle el proyecto y hacer el trato económico.

El momento de la prueba, es decir el día antes de las elecciones, repartimos los seis globos a otros tantos grupos encargados de soltarlos desde distintos lugares de la ciudad que nos parecían estratégicos. Estaban mal hechos o no sabíamos manejarlos, porque ninguno se elevó ni un metro y hubo alguno que se quemó en nuestras manos, aunque también quedamos con la duda de que el fabricante nos había engañado entregándonos cualquier cosa.

Fue un completo desastre, pero por algo en algún momento de la vida se tiene veinte años. Fracasamos en los globos, pero Arze en las elecciones ganó en segundo lugar la diputación por La Paz, después de Franz Tamayo y las senaturías en Oruro y Potosí. En seguida vino el atentado.

Junio de 1944. Una mañana me despertó mi hermano Alfonso diciéndome: "Han atentado contra la vida de José Antonio Arze y está herido en el hospital de Miraflores".

Llegué al hospital a eso de las diez de la mañana. Había mucha gente en la entrada. Arze tenía una herida de bala en la espalda y el comentario era que se hallaba grave. La noche anterior, al regresar en compañía de su madre a su casa, un hombre que disimulaba su presencia detrás de un poste, le disparó dos tiros desde pocos metros de distancia y después escapó hacia la avenida Perú. Una de las balas alcanzó a Arze en pleno pulmón.

Supe que cuando Enrique Baldivieso entró a verlo en la habitación del hospital, Arze le dijo: "Enrique, mira lo que me han hecho tus amigos". Ese día llegó también el presidente Gualberto Villarroel. Seguramente era ajeno al atentado porque no disponía de la totalidad del poder, aunque también es cierto que participaba plenamente de la logia militar.

A cierta hora, ingresé a la habitación y ví a Arze en la cama, sumido en un sopor inconsciente, con el rostro y el cuello impresionantemente hinchados. Entre la fiebre y el delirio, borrosamente, tal vez estaban las torres del Kremlin.

En medio de una gran nerviosidad, ante el temor de otros atentados, porque no se sabía de lo que era capaz la logia, esa noche se realizó una reunión del Comité Departamental del Partido. La verdad es que la "guardia vieja" estaba ausente y cuando se trató de encomendar tareas hubo varias abstenciones. Por fin, se formaron turnos de guardia. Dimos "un paso adelante" Alfredo Arratia, Mario Cornejo, Ricardo Bonel, Luis Ballón, Alfredo Otero, Guillermo Soria y yo. Por algo estábamos convencidos de no habernos equivocado al elegir partido.

Había comenzado el destino de un partido de izquierda: ser perseguido. Además los enemigos eran nazis, en una ridícula pero temible versión criolla. Tener nazis al frente; no se podía pedir más.

El voluntariado consistía en ir a hacer guardia en las noches delante de la habitación del hospital donde hora por hora, se estaba agravando la salud de Arze. Llegó un momento en que los médicos se dieron cuenta de que el peligro de la muerte se acercaba. Un día de esos vino el grupo dirigente del partido en Cochabamba, unas quince personas, entre ellas Anaya, Alfredo Mendizábal, Nivardo Paz, Efraín Vega, Jorge Meza, Germán Ayala, Héctor Anaya. Muy emocionante para mis 25 años, ver el saludo de ellos al jefe herido de muerte.

Mientras tanto, el gobierno ofrecía una recompensa de cien mil bolivianos a la persona que proporcionara informaciones sobre el autor del atentado cuando, en realidad, no había sino que preguntar a su misma policía; el jefe de esta repartición declaraba a la prensa haber ordenado intensificar las averiguaciones y pesquisas y el ministro de gobierno —otro miembro de RADEPA instruí al Fiscal poner la máxima celeridad y celo en el esclarecimiento. El periódico "La Razón" advertía editorialmente a los miembros del PIR sobre el peligro de tomar el camino de las represalias. Más de un comunicado de la junta de médicos daba por perdida toda esperanza de la curación de Arze.

Cuando dos años y medio más tarde cayó el régimen, se estableció sin lugar a duda que el atentado había sido organizado personalmente por el sub-jefe de la policía de La Paz, y ejecutado por su asesino a sueldo.

Aunque había transcurrido más de un mes, los miembros del grupo seguíamos firmes. sin faltar una sola noche, durmiendo como podíamos en el pasillo, delante de la habitación, muchas veces bebiendo alcohol, alguno con un arma en el bolsillo, hasta las ocho de la mañana, en que venían al hospital otros militantes del partido, la madre y las hermanas de Arze.

En esos años las comunicaciones aéreas no eran fáciles ni frecuentes. Sin embargo, a los pocos días apareció en el hospital un americano, de unos treinta años de edad, quien dijo ser periodista y amigo de Arze. Nunca se nos ocurrió comprobar este último hecho porque

tampoco era el momento de hacer preguntas al herido. Éramos unos perfectos incautos, desprovistos de toda experiencia como para entrar en esa clase de sospechas y además la aseveración del americano no era inverosímil porque hasta hacía unos seis meses Arze había vivido un par de años en los Estados Unidos de América.

El americano fue estableciendo de manera muy hábil y discreta relaciones con los piristas que íbamos habitualmente al hospital. No era muy comunicativo ni conversador, pero llegó un tiempo en que si él hubiese faltado habríamos extrañado su presencia. Conservo una fotografía que de un modo casual alguien tomó de un grupo, en el jardín del hospital en el que está Arze, ya restablecido, Alfredo Arratia, Fidel Flores, Carlos Unzueta, yo y, por supuesto, el periodista.

Han tenido que transcurrir desde entonces muchos años para que, al recordar esos días, no hace mucho con Ricardo Bonel cayéramos en cuenta que tal vez se trataba de un agente destacado por la inteligencia norteamericana. El gobierno de Villarroel estaba bajo la lupa de las democracias y esa también era una oportunidad para enterarse, por otro lado, de la índole interna del PIR.

La "Convención" es un medio no por desprestigiado menos usado en los países latinoamericanos para eludir o tergiversar la consulta popular directa y de esa manera legitimizar los asaltos al poder. El régimen no podía dejar de acudir a ese recurso.

La "elección" de Villarroel estaba, por supuesto, ampliamente asegurada de antemano, porque en una primera etapa la oposición había sido amedrentada mediante la violencia. Como un ejemplo, pocos días antes de las elecciones, hordas movimientistas recorrían la ciudad persiguiendo a quienes se atrevían a pegar carteles en las paredes. Recuerdo que nosotros tuvimos que afrontar una de esas agresiones de unos treinta sujetos vociferantes encaramados a un camión de la policía. La segunda etapa consistió en anular en el parlamento indiscutibles credenciales de opositores de las ciudades y provincias.

El día fijado para la elección por los convencionales, 5 de agosto, acompañábamos a Arze un grupo de partidarios en el hospital. Su estado de salud seguía siendo incierto. Una emisora comenzó a transmitir el desarrollo de la votación. Sabíamos que algunos convencionales de otros partidos opositores se sumarían al voto pirista por Arze, pero tampoco se tenía la esperanza de que lo haría la veintena de senadores y diputados no oficialistas que posiblemente no querían descartar la eventualidad de una aproximación al gobierno, sobre todo si había la buena excusa de que votar por Arze era elegir al comunismo.

Llegó el momento en que el nombre de Villarroel sumaba unos cuarenta votos contra cuatro o cinco de Arze. Quienes se pronunciaban por éste, lo hacían simplemente mencionando su nombre, pero cuando le llegó el turno a Mamerto Urriolagoitia, senador por el departamento de Sucre, con voz clara, casi desafiante, dijo más o menos: "Voto por quien en estos momentos se halla herido en una cama de hospital por luchar contra el fascismo boliviano. Voto por José Antonio Arze!"

Desde hacía varias semanas, Arze estaba en un proceso creciente de deterioro, con las resistencias consumidas y por eso comprendí que cuando oyó la expresión firme y decidida de Urriolagoitia, no pudiera retener unas lágrimas de emoción, él que siempre nos había dado la impresión de ser un hombre frío y controlado.

Tamayo

Aunque no tenga sino el valor de una simple anécdota, cabe decir que Arze fue la primera persona a quien se aplicó penicilina en Bolivia, proporcionada por el Servicio de Salud de los Estados Unidos de América; se dijo que ese tratamiento fue decisivo para su recuperación.

En adelante. Arze, más repuesto, se hacía leer largos pasajes de libros de Jack London, Pablo Neruda o Maiacovski. Un día que se sintió con el valor suficiente, se levantó de la cama y fue sorpresivamente a la Cámara a jurar su cargo de diputado por La Paz. Frente a los insultos y gritos desaforados de la mayoría, que en ese momento quiso tachar la elección alegando, entre otras cosas, que Arze no había ido a la guerra del Chaco, Franz Tamayo, presidente de la Convención, a pesar de todas las debilidades que demostró frente a los

desmanes del gobierno de Villarroel, impuso su autoridad y le tomó juramento, diciendo que las credenciales del diputado Arze eran tan puras como las suyas.

Durante los tres meses que Arze estuvo en el hospital. Tamayo llamaba casi todos los días, a una misma hora, alrededor de las seis de la tarde, para preguntar sobre su salud. Cuando Arze quiso ir a agradecer a Tamayo por ese interés, me pidió que le acompañara, junto con Emilio Estrada y Mario Cornejo. Fue entonces que por única vez conocí a Tamayo, aunque apenas por unos pocos minutos. La conversación fue breve, pero de lo que guardo el más vivo recuerdo —se dirá tal vez con razón que es poco— es de sus modales señoriales, de su distinción solemne, pero innata y natural, de su cortesía evidente y subrayada, pero espontánea. Sin duda, no se trataba de una urbanidad postiza. En esa actitud calurosa ví la exteriorización de su respeto, quizá mezclado con un poco de compasión hacia los hombres. Sí. Tamayo, a pesar de sus actitudes arrogantes, quería y respetaba a los hombres. Era el único que hablaba, porque Arze era persona de pocas palabras, sin aptitud para la conversación. Yo pensé "Este es el hombre que ha escrito "Scopas" y no sabe que yo he leído sus libros muchas veces".

Así ví a Tamayo acercándose a los últimos años de su vida, ya abocado a su último misterio, encarado con su alma, pensando más que nunca en la muerte que fue, al final de cuentas, el gran tema que absorbió sus pensamientos y su poesía.

Treinta años después, como director de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Andrés, me tocó ser depositario de sus libros dejados en custodia por sus herederos. Así es la vida, llena de hechos inesperados. Un día examiné con detenimiento su biblioteca y pensé que personas que trataron a Tamayo con cierta aproximación, como Joaquín Espada, podrían decir sí, cuando él vivía, era fácilmente accesible para quienes le visitaban. Seguramente que no, porque no era hombre que dispensara confianzas. Al contrario, prefería mantener distancias y siempre estaba lejos de los demás, como un ciudadano de un mundo extraño, sin buscar a sus semejantes.

Después de echar una mirada detenida a sus libros, en un artículo publicado en la prensa describí muy por encima esa biblioteca. El tema da para toda una tesis de licenciatura. A propósito, me parece que hasta ahora han fracasado muchos intentos de aproximación a su obra, porque se ha querido analizarla en forma global, cuando sería más fácil estudiar sus aspectos aislados, como sus ideas sobre el arte, el amor, la muerte, el destino, los escritores que más influyeron en él.

Era de esperar que en la biblioteca estuvieran los clásicos griegos o romanos: Sófocles y Esquilo; Horacio y Virgilio; y las obras de los grandes filósofos de la humanidad. Platón, Descartes, Kant o Schopenhauer, en distintas ediciones, todas anotadas más de una vez, pero sí me llamó la atención de manera profunda e inesperada encontrarme ahí con queridos conocidos como Kafka. Oscar Wilde y Bernard Shaw.

En el "parado"

Hoy (enero de 1982) leo en el periódico francés "Le Monde" que la Organización de las Naciones Unidas se propone crear un fondo de ayuda para las personas que padecen consecuencias de torturas físicas o mentales motivadas por situaciones políticas extremas. Entre los efectos producidos por tales sufrimientos están el insomnio y las pesadillas ("la perte du sommeil, le cauchemar").

Bien. Tengo algo que decir sobre esto. Abril de 1945, Alfredo Otero y yo fuimos tomados presos por la policía con el cuerpo del delito en las manos, casi al amanecer, repartiendo volantes del PIR por debajo de las puertas de las casas y las tiendas de la zona céntrica de la ciudad. Unas dos horas antes, en la plaza de San Francisco vimos desde una esquina que un automóvil iluminaba la calle con un reflector giratorio. Era claro que la policía había sido informada de la operación y que buscaba a sus ejecutantes. Por la calle Figueroa llegamos al templo de La Recoleta el momento en que el carro doblaba la esquina de la avenida Pando. Tuvimos tiempo de ingresar a la iglesia, donde se celebraba la primera misa del día y con sólo quedarnos nos habríamos puesto a salvo, pero cometimos el error y la imprudencia de salir, tomar la avenida Montes y subir por la calle Ingavi. Allí nos cogió la patrulla: un civil y un soldado. Nos dimos cuenta que ponerse a correr era peligroso y avanzamos hacia el encuentro. Pocos pasos antes de que nos topáramos oímos decir a uno de

ellos: "Son éstos". Nos delataban los volantes que todavía nos quedaban en las manos y sin muchas cortesías nos conminaron a ir a la policía.

Al llegar a la esquina Yanacocha, Alfredo tiró al suelo sus volantes, dió un golpe de puño al agente y echó a correr calle abajo. Los dos policías se lanzaron en su persecución y reflexioné un instante sobre el camino a seguir; me pareció lo más conveniente desandar la Ingavi, pero a los pocos pasos me topé con otro agente que nos seguía a cierta distancia y apuntándome con un arma me condujo a la policía. Ese está entre los momentos de mi vida que nunca olvidaré y que se reproduce muchas veces muy nítidamente en mi memoria. A los pocos minutos llegaba Alfredo, quien fuera alcanzado y golpeado por el soldado y el agente civil. Me requisaron un revólver que llevaba —no se para qué— en un bolsillo del sobretodo y nos encerraron a cada uno en un "parado", una celda de unos 40 centímetros por lado y donde estuvimos hasta la salida del sol.

En el patio, el Jefe de Policía, un capitán Jaime Jordán, muy amablemente nos dijo que dentro de unos minutos seríamos puestos en libertad. Nos pareció extraña tanta magnanimidad, pero nos inclinamos a creer le, tal vez como un medio inconsciente de aliviar nuestra tensión interna. En realidad, las cosas estaban comenzando. Se trataba de quebrar nuestro ánimo con el conocido procedimiento de colocar al preso entre los límites de la esperanza y el temor. Vieja táctica de las policías. Luego vino el interrogatorio a cargo de dos investigadores profesionales, muy hábiles y conocedores de su oficio, que nos demostraron fácilmente nuestras contradicciones. Estaba claro que no decíamos la verdad al asegurar que la noche anterior, antes de salir a repartirlos, un desconocido nos había entregado los volantes en una "boite". Inventamos un nombre y al poco tiempo supimos que la policía había convocado a todas las personas que conocía de ese apellido para ver si alguna de ellas era la intermediaria de los papeles.

Volvimos a los "parados", sin haber tomado ningún, alimento ni bebida. Horas más tarde llegó Luis Ballón. ¿Había un "infiltrado"? Tal vez comenzaba una batida a los miembros del Partido. En los "parados" estábamos sumergidos en una total oscuridad y calculamos que sería de noche cuando se acercó un soldado armado con fusil que nos gritara: "Numerarse, carajos...!" "Uno, dos, tres..." cada diez segundos. Cuando a pesar de la posición de pie, uno de nosotros caía vencido por el sueño, el soldado golpeaba la puerta correspondiente con la culata del fusil. Así estuvimos toda la noche y el día siguiente. Después nos sacaron a dormir a un inmundito tugurio, tirados sobre la basura del cuartel y rodeados de ratones. A media noche, vinieron unos soldados y al llevarse a Pepe Ballón nos dijeron de manera amenazadora: "Ya volvemos por ustedes". (Lo que querían decir era que nos esperaba algo grave.

Hacia pocos meses (noviembre de 1944) los jefes de policía habían fusilado y torturado en Oruro y La Paz a un grupo de doce políticos y militares, algunos de los cuales no tenían nada que ver con una conspiración descubierta ese día. Sería largo describir la manera cruel y vesánica con que lo hicieron. A unos los mataron a golpes y tiraron sus cuerpos a un precipicio en los Yungas. Todos los bolivianos saben lo que pasó en Chuspipata. ¿Qué reparos podrían tener para descargar esa misma violencia sobre nosotros? No volvieron, pero nos tuvieron toda la noche esperándolos en medio de un angustioso temor.

Al día siguiente (recuerdo que era un sábado y las calles estaban con poca gente), un oficial nos llevó al despacho del ministro de Gobierno, un mayor Edmundo Nogales, por supuesto conspicuo miembro de la RADEPA. Me hicieron entrar primero a su oficina y allí me dijo vociferante que esa noche nos fusilarían, no por políticos sino por traidores a la patria, como miembros de un partido que estaba preparando la invasión (!) chilena a Bolivia y que el comunicado a la prensa ya estaba redactado. Con Alfredo se repitió la escena. Nos volvieron a la policía, a esperar la llegada de la noche.

Ya al oscurecer, oímos el ruido que hacía un escuadrón de carabineros armados que entraban al patio. Esos serían los que nos fusilarían. Escribí unas líneas a mi madre en un papel que entregué a otro preso un momento que me dejaron ir a la letrina. A eso de las tres de la mañana, vino un oficial, para conducirnos a la oficina de la jefatura, en el segundo piso. Allí estaba un capitán Germán Garnica, un tal Corsino Soria que tenía las funciones de jefe de seguridad del palacio de gobierno y alguien más. El grupo no podía ser más siniestro. Nos dijeron que teníamos veinte minutos para revelar las vinculaciones del PIR con el partido comunista chileno. Les dije que se trataba de una falsedad, que se aclararía con el tiempo, algún día, pero ahora nos tocaba pagarla. Regresamos a la celda a esperar el último llamado y una hora más tarde se acercó un teniente de policía (recuerdo sólo su apellido, Valdés, pero aunque nunca más he vuelto a verlo, le sigo agradecido hasta ahora en que escribo este relato)

y nos aseguró que no pasaría nada, que no tuviéramos miedo y durmiéramos. Es el tercer día que hay que ver a un hombre que ha sido golpeado, dijo André Malraux. Creo que nos desplomamos, vencidos por la tensión y el cansancio y dormimos unas doce horas. Después supimos que, al ver que no salíamos al patio hasta muy tarde, los presos de las celdas del otro lado del recinto (recuerdo a Alfonso Gómez), nos dieron por muertos.

No volvieron a llamarnos hasta un mes después, para llevarnos al penal de Coati, una isla del lago Titicaca. Pasaron otras cosas, pero, volviendo a las Naciones Unidas, hace 30 años que padezco de insomnio y de unas angustiosas pesadillas de las que a veces despierto gritando.

Quizá sobre todo debido a mi experiencia de boliviano y que tal vez puede ser generalizada, he pensado que el policía, el agente, muchas veces no es sino un delincuente que se coloca en el campo contrario, en el de la autoridad, para actuar desde allí con impunidad y dar salida a perversos impulsos naturales.

A Franz Kafka no le tocó en suerte la prisión ni tuvo tratos con la policía, pero llevaba encima el peso ancestral de la persecución a su raza. Esta había padecido todas las formas inventadas y usadas por el hombre para destruir a sus semejantes: el exterminio en masa, la expulsión, el progroom, la discriminación del gheto, las cárceles y la tortura, la muerte en la hoguera o en las ergástulas de la inquisición, multitudes arrojadas a los mares. Kafka murió antes y no conoció los campos de concentración y las cámaras de gas.

J. P. Sartre ha dado la clave de los principales libros de Kafka, **El proceso** y **El castillo**. El primero es el drama del hombre enjuiciado por una culpa que ni él mismo conoce, aunque la da por aceptada y es victimado sin sentencia en los arrabales de una ciudad por dos policías que cumplen una orden sin procedencia conocida. En **El castillo** la imposibilidad del agrimensor "K" de llegar a la autoridad personificada en el conde, al que nunca llega a ver porque apenas si puede asomar una vez a la puerta del castillo. El conde, el hombre que decide las cosas, es inalcanzable, y la esperanza de verlo, una ilusión. Los dos libros son el símbolo de los sufrimientos y la marginalidad de su raza.

Según mi experiencia, al comienzo el recluso espera que alguna alta autoridad —puede ser, inclusive, el ministro de gobierno— por algún extraño impulso piense en el detenido y, en un acto más insólito aún, ordene su libertad. El preso vive en esa espera hasta que pasan los días, desaparece la expectativa y la transfiere a una instancia inferior con la alucinación de que allí las cosas puedan ser tal vez más fáciles. Sí, el jefe de policía conoce el nombre de todos los que están "adentro" y puede reparar en la desproporción entre la culpa y la celda. Pero la realidad es que al jefe de policía no se le ocurre ni por casualidad establecer esos matices. ¿Los presos? ¡Que revienten! Además son "comunistas", enemigos de la patria y la sociedad y más valdría que desaparezcán. No está siquiera dispuesto a perder el tiempo leyendo la nómina.

No hay que contar con el jefe de la policía, pero ¿y el teniente de guardia? A veces entra al patio porque en el fondo están las letrinas y entonces uno puede atreverse a detenerlo, explicarle el caso, alegar inocencia, pero no es difícil darse cuenta de que el teniente está cansado de oír las historias de los presos porque en el fondo todas se parecen y su atención está en otra parte. Sin embargo, uno se anima a pedirle que le consiga una entrevista con el jefe y él responde en términos vagos, da alguna esperanza, porque una negativa le pondría en el caso de dar explicaciones que no conducirían a nada. Además, sería insensato complicarse con gente peligrosa y que no conoce. De todos modos, como si fuera víctima de un espejismo, uno cree haber hecho cierta amistad con el teniente y que la situación ha mejorado algo. Pero sucede que al teniente tampoco le importa el caso y todas las ilusiones quedan en nada o sino que sea relevado, porque entre ellos la movilidad es frecuente. Viene el reemplazante de turno y entonces puede suceder que uno de los presos le conozca de cerca o de lejos y ahora el trámite se vuelve más complicado porque se hace por interpósita persona. "Hermano no te preocupes... yo hablaré por tí..." Ese momento ya se está a una distancia inverosímil del jefe, pero todavía hay otros escalones, el sargento, el cabo. "Por favor, mi cabo... quisiera hablar un rato con el teniente"; pero es un pedido al vacío, como hablar frente a una pared. Definitivamente, la autoridad, el jefe (el conde de Kafka) son inalcanzables, se convierten casi en un mito, como si acabaran desapareciendo y encima de uno no hubiera sino una inacabable sucesión de nada.

La isla de la Luna

Cuando ese amanecer del mes de abril de 1945 nos despertaron en la celda para decimos que saliéramos a tomar la camioneta que esperaba en la puerta de la policía, nos pareció advertir en el anuncio del agente una maligna y complaciente entonación que sugería algún tipo de peligro. Con esa aprensión subimos al vehículo un grupo de compañeros de prisión, todos del PIR. Alfredo Otero. Luis Ballón; un grupo "recolectado" en Cochabamba compuesto por Héctor Anaya, Jorge Mesa. Carlos Unzueta. Germán Ayala y me parece que, trasladado desde el Beni, René Chávez Muñoz. Por supuesto unos cuantos carabineros.

El primer destino no era otro que Tiquina, un pequeño atracadero sobre el lago Titicaca, a donde llegamos poco antes de mediodía. El gesto del agente había sido una maldad gratuita. El punto final era la isla de Coati, a unos 40 kilómetros hacia el norte, usada de manera permanente como penal para presos "comunes", rematados o simplemente sospechosos, muchos por el solo hecho de tener un prontuario registrado en la policía; y de manera eventual para detenidos por motivos políticos.

Serían las primeras horas de la tarde cuando tomamos la lancha que nos conduciría a la isla. Apenas había sobre el lago un leve soplo de viento, por lo cual era casi imposible avanzar hacia Coati. Como los indios remeros del lago Titicaca saben lo que tienen que hacer en esas y otras circunstancias, levantaron las velas con una orientación tal que permitía aprovechar el débil impulso de la brisa de manera oblicua, para hacer enormes zig zags de varios kilómetros de largo, de una a otra orilla. Al final, la distancia real que cubríamos era insignificante, pero los aimaras tienen una medida mental del tiempo muy arbitraria o, por lo menos, totalmente distinta de la nuestra. Por asociación de ideas, diré que en sus fiestas no conciben bailar si no es durante una semana.

Quedé dormido sobre los tablones de la embarcación y desperté cuando era ya de noche y la lancha avanzaba ahora a gran velocidad, saltando sobre el oleaje que levantaba un fuerte viento en dirección favorable. Sería media noche cuando, en medio de la oscuridad, vimos muy cerca la isla. Sin duda tenían en Coati algún medio de vigilancia permanente porque cuando llegamos en el muelle estaban ya el jefe del penal y unos cuantos soldados.

Todos fuimos puestos en una habitación a dormir en el suelo con piso de tierra. Ya nada nos impresionaba, porque estábamos acostumbrados a todas las miserias. Para eso no había sido necesario que transcurriera mucho tiempo en medio de la suciedad de la policía y la cercana vecindad de los soldados. La "dignidad del hombre" desaparece de un día para otro. Basta dejar de comer unas horas para aceptar cualquier bazofia. No olvido el ansia con que esperábamos el rancho de los presos, un caldo de un sabor horrendo que traían en turriles de gasolina o el celo con que guardábamos la mitad de un pan para tener algo para comer al día siguiente.

Fuera de unos diez carabineros y unas cinco familias indígenas que cultivaban unas pocas parcelas aprovechables, los penados y los políticos formábamos toda la población de la isla. No hay duda que la crueldad tuvo un acierto positivo al elegir Coati para la reclusión de los hombres. Nunca sentí como allá la sensación perfecta del aislamiento. La isla tiene aproximadamente dos kilómetros de largo por uno de ancho y no es sino un peñón abrupto, casi sin vegetación, con grandes extensiones pedregosas, separado por seis o siete kilómetros de "tierra firme", de Belén, un extremo de la península de Copacabana. En todo el tiempo que estuve allí jamás se acercó ninguna embarcación y el bote del gobernador era amarrado al frente para evitar cualquier posibilidad de fuga.

Pronto se establecieron curiosas formas de trato entre penados y políticos, como cuando jugábamos fútbol casi cada tarde; además estábamos unidos por la misma comida, unos platos de maíz y papas cocidas, y por una idéntica incertidumbre. En su más conocida novela. Víctor Rugo dice que hay un punto donde los desdichados y los rufianes se mezclan y se confunden en una sola palabra: "miserables".

No nos costó darnos cuenta de una pintoresca y, en el fondo, divertida situación. Por un lado, por lo menos unos cuantos presos comunes trataban de alguna manera de insinuar y hacemos creer que su apresamiento tenía algún motivo de carácter político, con lo cual buscaban colocarse en una jerarquía de cierta honorabilidad. Al mismo tiempo, como en el mundo del hampa hay que dudar de todo, en una actitud recíproca, nunca parecían

convencidos totalmente de que nuestra detención no se debiera a delitos comunes, que nosotros tratábamos de ocultar atribuyéndola a respetables causas políticas.

El jefe del penal era un teniente de carabineros, elegido cuidadosamente para el cargo. No cabía duda, a poco de conocerlo, que era un sujeto anormal, ideal para ejecutar de los designios de la logia. Un esquizoide capaz de llegar a actitudes de suma violencia. Una noche, cuando perdimos un partido de fútbol, fuera de todo control, nos encerró en la habitación y colocó en el patio a un soldado con una ametralladora vociferando que dentro de unos minutos seríamos victimados.

Allí se adquiría la conciencia de que uno formaba parte de una singular subdivisión de la especie humana, sin vínculos con los seres que estaban más allá del lago. El hombre convertido en condenado. No creo que ese sentimiento se haga presente en el hombre que guarda prisión en una cárcel o penal de tipo corriente, porque allí en alguna forma se está en contacto con personas libres. En cambio. Coati era un pequeño mundo habitado por individuos sin libertad, aunque no tuvieran propiamente ninguna condena, y los mismos guardianes no eran, en el fondo, sino otros presos. Como uno no estaba condenado a la prisión por un tiempo fijo, desaparecía toda esperanza y el tiempo dejaba de tener sentido. Así como no hay sentencia, tampoco existe plazo y nada se puede alegar.

Si la situación económica de la familia lo permitía, alguna vez recibíamos una caja, de víveres, panes, conservas o algo de fruta, que eran distribuidos igualitariamente. Tal vez el principal problema era la manera de emplear el tiempo; la salida eran las conversaciones y por momentos el ajedrez, que aprendimos con un gran profesor, Luis Ballón, quien podía permitirse el lujo de jugar partidas simultáneas. Como entre todos los presos del mundo, el tema primordial eran los proyectos de lo primero que uno haría al recuperar la libertad. Una mujer, una comida, tragos.

Confinado solitario, un día llegó a la isla Felipe Iñiguez con su propia historia del apresamiento en Oruro. Era un momento en que el gobierno creía ver un pirista debajo de cada piedra.

En medio de las incansables conversaciones, no sé si en serio o por burlarse de nosotros, Iñiguez nos relató varios hechos de carácter aparentemente sobrenatural y sin explicación racional.

Una de esas historias habría ocurrido en la ciudad de Tarija. A medianoche, un individuo medio fantasmal tocó la puerta de una casa y cuando el dueño salió a abrirla el aparecido le dijo que él (acá mencionó su nombre) acababa de ser asesinado a puñaladas en un camino (cuyo sitio precisó con exactitud) por una persona cuyo nombre también dió. Después de esas palabras, la figura se desvaneció en la oscuridad. Al día siguiente, en efecto, el cadáver fue encontrado en el sitio señalado. Según Iñiguez, la historia constaba en un expediente de los tribunales de justicia de Tarija.

Los piristas, celosos de su formación marxista y materialista, refutaron tajantemente la verosimilitud de esa sobrenatural historia de aparecidos. De raíz, era algo que no podía suceder.

Como todos nos hallábamos poseídos por el extraño estado de ánimo que da la prisión, el relato se convirtió por varios días en el tema de largos y obsesivos debates, en los cuales Iñiguez estaba solo contra todos. Era lo más importante que ocurría, hasta el extremo de que las discusiones llegaban a amenazar la armonía del grupo. No existía forma de dirimir el desacuerdo, ni a quien apelar y de común acuerdo decidimos dejar el asunto en suspenso hasta otra ocasión.

Por eso cuando vimos descender de una lancha a Faustino Suárez, dirigente del partido, destacado educador, hombre de criterio ponderado, de alguna manera celebramos su llegada, porque nadie como él para poner las cosas en su lugar y restablecer los fueros sacrosantos del materialismo tan contradichos por la extraordinaria historia de Iñiguez.

Por supuesto que no dejamos pasar mucho tiempo y la primera noche —todos habíamos fabricado con ayuda de los penados catreros de troncos en una sola habitación— expusimos el caso a Suárez. Le repetimos el relato y pedimos su juicio final.

—¿Cuál es su opinión camarada Suárez?

En medio de la oscuridad de la habitación, aguardábamos anhelantes su respuesta. Pasaron unos segundos de suspenso, un minuto tal vez, demora que por lo menos a mí estaba comenzando a desconcertar, hasta que Suárez dijo, medio vacilante e inseguro, quizá con un rubor que no podíamos ver:

—¿Saben camaradas? durante muchos años he sido Rosa Cruz...

Cualquier otra respuesta podíamos imaginar menos ésa. Iñiguez tenía la razón y la discusión estaba terminada. Me acuerdo que, sin decir una palabra, levanté la frazada y me tapé la cabeza. Quería dormir.

Acá un retroceso temporal. En enero de 1944, a los pocos días del "golpe" de la RADEPA, quien sabe si pensando que se acercaban momentos decisivos para su partido, José Antonio Arze había regresado de los Estados Unidos de América a Bolivia. Parece que influído por Enrique Sánchez de Lozada, un simpatizante del MNR que vivía en Washington, Arze creyó posible un entendimiento con el gobierno. ¿Es que no estaba enterado del origen y tendencia fascistas de la "revolución"? ¿Ignoraba que los países Aliados tenían al nuevo régimen bajo el lente de la sospecha?

Arze tuvo una conversación con el presidente Villarroel y expresó en una carta su disposición al acercamiento. La respuesta, redactada por un movimientista resentido y odiador, lo puso en la realidad. Al poco tiempo era llevado preso a Coati, junto con Luis Lucksic y un grupo de piristas.

Es general la afición de los izquierdistas sinceros —cualquiera que sea su matiz— por el adoctrinamiento de los militantes. Por un libro escrito por Salomón Baldomar, también preso en Coati en esos días, se sabe que en la isla Arze daba largas charlas de marxismo a sus compañeros de prisión.

Ese hecho evoca lo que en su "Diario" relata el "Ché" Guevara, quien aun en los momentos más críticos de Ñancahuazú, cuando los guerrilleros ya estaban localizados por las fuerzas del ejército boliviano y no podían tener ninguna esperanza, aleccionaba a sus compañeros hostigados por el hambre y las penurias sobre la ideología socialista. Una reminiscencia muy lejana en el tiempo y en el espacio de los revolucionarios rusos en las prisiones de Siberia o en el destierro.

Cuando estuvimos en Coati, con diferente mentalidad, menos revolucionaria y más burguesa, para decirlo con pocas palabras, sólo por combatir el aburrimiento organizamos una serie de charlas nocturnas. Hablaron Roberto y Guillermo Bilbao la Vieja, el primero buen conocedor de la realidad económica boliviana y el segundo un ingeniero de minas, Faustino Suárez, Jorge Mesa, Héctor Anaya y yo.

— o —

Inspirada por el impulso de acercarse de alguna manera a su hijo, mi madre fue a Copacabana, tal vez con la esperanza de lograr ver siquiera desde lejos el lugar donde estaba preso y me hizo llegar por medio de los padres franciscanos del santuario un cajón de provisiones y un libro que escogió con un curioso acierto: las "obras completas" de Shakespeare en la edición de Astrana Marín. (Quizá no encuentre otra página más adecuada para decir que Alberto Perrin, desde la isla del Sol, me envió un quintal de papas y otras provisiones). Fue entonces que inicié mi conocimiento del dramaturgo inglés. De acuerdo a mi hábito un tanto obsesivo, hice varias relecturas y aprendí de memoria largos pasajes de **Julio César**, **Hamlet**, la serie de los **Enrique**, **Coriolano**, **Sueño de una noche de verano**, **Medida por medida**. Algunas noches o desde la cima del peñón leíamos en voz alta obras íntegras de Shakespeare y también **A la sombra de las muchachas en flor**, de Proust, que no me acuerdo cómo llevé conmigo.

En ese momento, no muy oportunamente que digamos, nos llegaron **La condición humana** y **El tiempo del desprecio**, de André Malraux; en realidad, era como si fueran más de dos libros porque los leímos muchas veces. No estábamos, sin embargo, en el instante psicológicamente más adecuado para complicarnos con la historia de un grupo de revolucionarios en China que terminan aplastados de la manera más cruel, echados vivos al

caldero de una locomotora encendida y las horribles torturas a que un opositor es sometido en una prisión nazi.

Era explicable que con lo que nos había pasado, viviéramos obsesionados con la muerte. Buscando inútilmente consuelos y esperanzas, pensábamos en las formas imaginables en que se podía morir. ¿En qué terminaría todo esto? ¿Qué iba a ser de nosotros? Mientras tanto, nos hacíamos las preguntas de todos los presos, sobre lo que estaría ocurriendo en la política y haciendo mil suposiciones ilusorias e irreales, sobre nuestra libertad, imaginando las salidas más inverosímiles, casi llegando al desvarío.

Un día leímos en un periódico la noticia de la muerte de Franklin D. Roosevelt. La recibimos con consuelo. Si había muerto uno de los "tres grandes", ¿qué podíamos esperar nosotros, diez presos desharrapados y hambrientos tirados en una isla? Por esos días se realizaba la primera asamblea de las Naciones Unidas y nuestras ingenuas esperanzas llegaban hasta preguntamos si los gobiernos se verían ahora obligados a dar muestras de respeto por los derechos humanos. ¿A qué otras cosas puede aferrarse un preso?

Coati, la Isla de la Luna, tenía una historia fatídica, de la cual sólo pudimos recoger unos cuantos trozos. Al mismo tiempo que nosotros, estaban recluidos en la isla cuatro o cinco muchachos de doce a quince años de edad, quienes habían perdido la noción del tiempo que duraba su prisión; casi todos habían estado allá siquiera seis meses y más de uno sobrepasaba el año. Cuando los encontré ya habían perdido sus nombres y adoptado apodos, imitando a los hombres maduros en el delito, con larga crónica policial, con quienes convivían, tal como correspondía a delincuentes profesionales en ese siniestro mundo del hampa. Los policías consiguieron rápidamente infundir en sus espíritus un extraño sentimiento de culpabilidad y darles el convencimiento de que no podrían salir nunca más de una vida al margen de la sociedad y la ley. ¿Además, a qué sociedad pertenecían? La misma policía los estratificó en el delito.

El tedio y el aburrimiento de aquellos días, unidos al interés que ofrecían sus existencias destruidas, me acercaron a los penados y de casi todos oí su historia. De esa manera supe que unos meses antes de nuestra llegada, dejaron de recibir la alimentación que diariamente les proporcionaba el gobernador. Este, también sin víveres, abandonó la isla, dejándola al cuidado de dos carabineros. Fue entonces que varios presos perecieron de hambre. Sí, de hambre.

Antes de morir sostenían una terrible lucha contra la inanición, buscando raíces y plantas silvestres, lagartijas y sapos, para poder alimentarse y que, por el contrario, no hacían sino apresurar el fin. Acababan muriendo de las más extrañas maneras y enfermedades, a las que la desnutrición y la debilidad les habían abierto la puerta. En Coati nunca hubo un médico ni ninguna clase de medicamentos.

Cuando la debilidad impedía a aquellos espectros tenerse de pié, nadie tenía dudas sobre lo que eso significaba. Inmovilizados, ya les era imposible salir en busca de plantas y animales, a menos que tomaran la resolución de arrastrarse para ir a tomar agua hasta la orilla del lago. Alguno quedó allí para siempre.

— o —

Un día llegó a la isla un agente de policía trayendo un preso y con la orden de conducirnos a La Paz a Alfredo Luis Ballón y a mí. Teníamos cuatro ropas gastadas y quizá una frazada que dejamos a los presos "comunes" y a medio día estábamos en Tiquina, preguntándonos si nos esperaba la libertad. Hasta ahora, al borde del camino, cerca de Batallas, hay un restaurante donde paramos para comer un plato de carne con huevos, el único en cinco meses. Llegamos en la noche a la policía de la calle Ayacucho, a dormir otra vez en el suelo, entre toda clase de maleantes.

Al día siguiente vino mi madre acompañada por mi hermano Carlos (Alfonso estaba en Santiago de Chile desde hacía un año). Les conté que más tarde nos llevarían a declarar ante alguna autoridad y advertí en mi hermano un súbito gesto de preocupación. No se equivocaba. Nos condujeron a la oficina de la Dirección General de Policías, cuyo jefe, el mayor Eleodoro Murillo, nos esperaba con una "declaración" ya redactada, en la cual admitíamos una serie de delitos, como conspirar para asesinar a miembros del gobierno, cometer actos de sabotaje en fábricas y puentes, provocar masacres y organizar desórdenes. ¿Qué mentalidad se necesitaba para haber escrito todo eso? La de un movimientista. En medio de su perversidad,

el contenido era tan absurdo e incoherente que, sin consultarnos, no vacilamos en firmar el papel, ya que Murillo nos advirtió que era a cambio de nuestra libertad. Una vez que lo hicimos, nos dijo que estábamos libres. No teníamos nada que recoger de la policía y cada uno de nosotros se dirigió a su casa. En la mía almorcé con mi madre y después me eché a dormir, hasta el día siguiente. En la noche Ricardo me vino a visitar.

La caída

Reemplazando temporalmente a Julio Valdés en su puesto de redactor, unos años antes, en 1941, entré a trabajar al periódico "La Razón" y allí comenzó con Guillermo Gutiérrez una amistad que iba a perdurar literalmente toda la vida. En la época del gobierno de Villarroel nuestra común aversión al fascismo nos acercó aun más.

Guillermo Gutiérrez fue una de las personas tenazmente opositoras a aquel gobierno. Una vez que fue apresado en los primeros meses de 1946, cuando debía renovarse la mitad de los miembros de la Cámara de Diputados, a un grupo de redactores de "La Razón", que él ya había dejado —Hugo Alfonso Salmón, Ramiro Cisneros, Marcelo de Urioste, Tomás Blacut, Guillermo Capriles— se nos ocurrió proclamar su candidatura. Willy estaba preso en el regimiento "Calama" y su postulación era una manera eficaz de crear problemas al régimen que cada día perdía apoyo. Le pedimos su autorización y nos pusimos en campaña. El momento era propicio por la resistencia generalizada hacia el gobierno.

De mis lecturas surgió la frase, el slogan preciso: "Willy Gutiérrez, de la cárcel al parlamento". La expresión no era original, pues había sido usada en España en los años 20 en apoyo del político Antonio Maura, quien se hallaba entonces en una situación parecida. Willy obtuvo el primer puesto en la votación y las autoridades se vieron obligadas a ponerlo en libertad; era que habían comenzado a replegarse a la defensiva.

Como las violencias oficialistas —Roberto Bilbao que se hallaba preso en el mismo cuartel, fue salvajemente torturado por los policías— habían destruido toda posibilidad de pacificación, Willy siguió el camino del conspirador. El 13 de junio de 1946, en un acto de la más extrema osadía, cumplió el objetivo que él mismo se asignara de tomar la base de la aviación militar en El Alto y destacar desde allí dos aviones que lanzaran bombas sobre el palacio. Los artefactos, aunque dieron en el blanco, no estallaron porque un mecánico desconectó las espoletas, pero Guillermo fue gravemente herido en un hombro, y cuatro de sus acompañantes murieron en el sitio durante una corta pero intensa refriega con soldados que recuperaron la base, mientras las operaciones fracasaban en la ciudad con la muerte del mayor Carlos Lopera en un choque con fuerzas del gobierno. Marcelo de Urioste, Hugo Alfonso Salmón y Ramiro Cisneros acompañaron entonces a Willy hasta las últimas consecuencias.

En el mes de julio de 1946 ya no era posible dudar que la resistencia al gobierno acabaría por imponerse a corto plazo. Las acciones del partido estarán dirigidas por el Comité Departamental de La Paz, pero se carecía de un mando más autorizado. José Antonio Arze, Ricardo Anaya, Alfredo Arratia, Luis Lucksic y otros se hallaban en Santiago de Chile; entonces el Comité de La Paz resolvió llamar a Alfredo Mendizábal que estaba en Cochabamba. A los pocos días se efectuó con él una primera reunión, en la cual se acordó establecer contacto con el coronel José C. Pinto, ministro de Defensa.

Acompañé a Mendizábal a una visita, en la cual se propuso a Pinto un confuso plan de acción que perseguía evitar la hecatombe que se venía venir. La respuesta fue terminante: "No puedo traicionar a Villarroel".

A los dos días, Pinto me hizo saber por medio de Gonzalo Romero que esperaría a Mendizábal —"esta vez solo"— en su casa de la avenida Arce, a las 7 de la tarde. Fuí con Alfredo hasta la puerta, donde nos despedimos con el acuerdo de que él me buscaría algo más tarde. Mendizábal subió las escaleras y cuando dí unos pasos por la vereda hacia arriba, ví aproximarse un automóvil oficial, del cual, seguido de un edecán, salió el presidente Villarroel para ingresar a la casa de Pinto.

A las 11 de la noche —hasta esa hora duró la reunión— Mendizábal vino a casa para contarme, en primer lugar, la sorpresa que tuvo al ver al presidente. Los dos, contemporáneos y coterráneos, se saludaron diciéndose "Cómo estás gordo". Mendizábal le expuso la gravedad que presentaba el cuadro político que amenazaba terminar en un levantamiento que tal vez nadie podría controlar. Ya se estaban produciendo las primeras manifestaciones anunciadoras de una insurrección popular que sería difícil contener y le expresó que la única manera de

atenuar la presión y el estallido consistía en despedir al MNR del gobierno, porque era ese partido el que mayormente atraía, las antipatías y resistencias y lo estaba llevando al precipicio. Dos noches antes un grupo de sus partidarios había apedreado el edificio de la Universidad de La Paz.

Villarroel estaba evidentemente confundido y como sucede muchas veces a los gobernantes en esos casos, creía que el peligro era remoto, sin darse cuenta que el control del momento se le estaba escapando de las manos. Le dijo a Mendizábal que sólo podía alejar al MNR si el PIR se decidía a cooperar al gobierno. Aquel le contestó que esa solución era impensable, pero que la colaboración del partido podía consistir en una actitud de tregua, una vez expulsado el MNR.

Quedaron en conversar otra vez, pero, como se sabe, eso ya no fue posible. Los acontecimientos se sucedieron con fuerza propia, de manera incontenible. Los dirigentes del partido no podían frenar las acciones de los grupos piristas que procedían por su cuenta y mucho menos las de las pobladas que salían a las calles a manifestar su protesta.

Sería el 13 de julio cuando una noche en que nos hallábamos reunidos un grupo de unos diez piristas Guillermo Soria, Ricardo Bonel, Mario Cornejo, Alfredo Mendizábal, en la casa de José Núñez Rosales en Miraflores. ingresó violentamente, pistola en mano, una docena de policías civiles, mientras otros rodeaban la casa. Sin duda había sido denunciado nuestro sitio de reunión; habían agentes del gobierno infiltrados en el partido, como uno que meses antes delató de manera infame a Alfredo Otero y cuyo nombre no quiero indicar por no manchar estas líneas. Los agentes nos llevaron en una camioneta al local de la policía de la calle Ayacucho. Allí estaban presos otros miembros del PIR, como Álvaro Bedregal.

Al día siguiente en la mañana fue puesto en libertad Mendizábal por orden del presidente Villarroel, quien, en cuanto se enteró de su detención, consideró que era poco decente apresar a alguien con quien había estado poco antes en una amigable conversación. Al ser puesto en libertad, Alfredo trató con empeño de obtener la salida de quienes quedamos en la policía, pero le fue imposible dar ningún paso en ese sentido en medio de las conmociones y turbulencias de tales instantes.

A mediodía del 21 de julio —mi madre había logrado verme unas horas antes— un grupo de combatientes civiles tomó el local de la policía. Eso era resultado de un levantamiento popular ante cuya fuerza los jefes militares consideraron más prudente no sacar sus regimientos para aplastar la insurrección. En realidad, no era que hubieran sido comprados o seducidos por el movimiento revolucionario, sino que algunos vieron la situación perdida y otros no quisieron complicarse en un derramamiento de sangre.

Fue entonces que tuve una experiencia muy aleccionadora sobre el miedo y la falta de miedo. Tomada la policía en medio de una gran confusión y un intenso tiroteo, sin ninguna persona que dirigiera al grupo atacante, alguien dio la consigna de tomar el "parque" de la policía.

Derribaron una puerta que daba al patio y sacaron de la habitación unos cincuenta fusiles y un cajón que llevaba el rótulo de "granadas". Como no se disponía de ningún instrumento con el cual poder abrirlo, comenzaron a golpearlo a culatazos y tratar de levantar la tapa a bayonetazos. Quizá no fui la única persona en pensar que ese procedimiento de abrir la caja nos haría volar a todos.

Y ahora, ¿cómo dejar la policía? Nos acercamos al zaguán con Ricardo Bonel para aprovechar el primer instante en que amainase el ataque y la intensa baleadura para salir a la calle y escapar cuesta abajo. Minuto que transcurría, el peligro aumentaba. Por fin, sucediera cualquier cosa, dimos un paso hacia afuera. En la fracción de un segundo, yo había cambiado por completo. Era una persona para quien había desaparecido de manera súbita toda noción de peligro y sentimiento de miedo; ingresé a un estado de absoluta indiferencia, que no habría imaginado hasta entonces pudiese existir. No me importaba en absoluto ponerme a cubierto de los disparos. Había perdido mi anterior impulso de huir y ahora simplemente quería ver lo que ocurría, porque tal vez me dí cuenta de manera subconsciente que era algo que no se podía contemplar todos los días. Con Ricardo nos paramos en la puerta de la oficina de Telégrafos mirando impassibles el ataque al palacio.

Momentos después nos dirigimos hacia abajo, por las calles Potosí y Loayza, en dirección a nuestras casas. Al llegar a la avenida Camacho encontramos a Alfredo Mendizábal, acompañado por un grupo de personas, entre ellas Manuel Mogro Moreno, Augusto Gottret, Santiago Medeiros, Miguel Estenssoro. En la ciudad existía una completa confusión y se ignoraba lo que en esos momentos ocurría en la plaza Murillo. Pensando que la única manera de informarnos de los sucesos sería oyendo las transmisiones de las radioemisoras, ingresamos al departamento de Mogro Moreno, que estaba en la segunda casa de la avenida Camacho, doblando hacia la izquierda. Se sintonizó una emisora y oímos la noticia de que el presidente y dos de sus colaboradores habían sido victimados en el palacio.

Fue así cómo Mendizábal se enteró de la muerte de Villarroel. Sin embargo, —en medio del rumor anónimo, que es casi siempre el vehículo de la calumnia— durante mucho tiempo corrió la versión que involucraba al dirigente pirista en la muerte del presidente. La especie fue difundida por expertos en la maledicencia que, en el fondo, querían perjudicar de esa manera al PIR.

A medida que pienso más en lo que fue el partido, llego a la sospecha de que los piristas veían con verdadero temor la perspectiva de llegar a lo que en Bolivia se llama con tanta fruición el "poder". Eso se debía quizá a que sus dirigentes, sus ideólogos, eran intelectuales que preferían eludir la acción. Por algo, en cierto momento, con excepción de La Paz, todas las universidades de Bolivia estaban dirigidas por piristas.

Era un partido colocado, en cierta forma, fuera de la realidad. Cuando el PIR estaba perseguido a muerte, sus dirigentes vivían obsesionados con la idea de llevar a cabo una labor de adoctrinamiento en las reuniones clandestinas de los comités y en ellas se incidía en la teorización de cualquier tema. En un "pleno", en noviembre de 1944, cuando la policía ya tenía la mirilla puesta sobre los conductores, se dedicó más de una reunión a debatir la situación creada por la segunda guerra europea y a especular sobre las consecuencias de la victoria de los aliados, que entonces ya se podía tener por segura. Pocos días después, los dirigentes eran sañudamente buscados por la policía. Pudieron anticipar por segundos el peligro y así se libraron, sobre todo Ricardo Anaya, de ser asesinados en Chuspipata.

No existía una verdadera ambición por retener en las manos los resultados de la revolución del 21 de julio de 1946. Algo parecido sucedió después de las elecciones de 1947, cuando Luis Fernando Guachalla, candidato apoyado por el PIR, perdió la presidencia por pocos votos, unos cuatrocientos, que pudieron ser válidamente discutidos. Entonces Guachalla halló la frase elegante: "No se trata de saber perder ni de saber ganar, sino de saber servir", actitud que caía a maravilla a la índole derrotista de los piristas.

Después de haberse escindido en dos fracciones, —una de ellas formó el Partido Comunista— y cuando el MNR capturó el poder en 1952, el partido creyó que ya nada más tenía que hacer en el campo político de Bolivia y decidió disolverse, hecho que sucedía por primera vez en la historia política de Bolivia. Desde entonces no participé más en ella, sino de manera pasiva, como exiliado, sin actividad opositora, aunque con un sentimiento de encono hacia los antiguos nazis bolivianos, lo cual es diferente.

Llegó un día en que adquirí más que nunca la conciencia de que la política es como una ciénega, en la cual uno no sabe hasta dónde puede verse obligado a llegar. A "tragarse sapos", como dice mi hermano en uno de sus libros, sobre todo en Bolivia donde la política es muchas veces refugio de bandidos. El hecho es que eludo no sólo conversar, sino aun pensar sobre el tema. Claro que, como tantas otras que he adoptado, es una cómoda manera de escapar de la vida.

Me doy cuenta ahora y alguna vez he conversado con alguien, que los piristas de aquel lejano "entonces" —diré por mencionar algunos nombres. Aurelio Alcoba. Hugo Bohórquez. Mario Rodríguez, José Orellana— mantenemos no sé qué secreta y sobreentendida complicidad. Cuando nos cruzamos en la calle hay algo de furtivo en nuestro saludo, como si fuéramos cómplices de una causa extinguida, compañeros de un sufrimiento pasado, pero que un día compartimos de una misma esperanza. Si nos detenemos a conversar, es por pocos instantes, y nunca hablamos del tema, de nuestra gran aventura.

Las torres del Kremlin

Hace poco descubrí cuál podría ser el final de esa historia del PIR, proyectada muchas veces, pero que nunca llegaré a escribir. Más adelante diré algo sobre el comienzo imaginado.

No es raro que, a pesar de los años transcurridos, de las profundas divisiones, de los descalabros y la disolución del partido, hayan todavía piristas aferrados a las obsesiones que, como ningún otro les transmitiera José Antonio Arze. A veces pienso que como no eran personas conducidas por la ambición, para ellas no tenía mucha importancia que el partido llegara o no al poder. Además no lo quisieron ni en las mejores épocas, cuando la realización de las esperanzas parecía cercana. Todo eso comprendo de alguna manera, pero lo que me asombra es que todavía existan piristas que sigan creyendo que el partido signifique algo más que un recuerdo perdido.

Meses atrás, Augusto Gottret, uno de los militantes de las primeras épocas y que siguió en la brecha, me contó que una noche que caminaba más allá del barrio de San Pedro, pasando por esos lugares alucinantes del suburbio paceño, ascendió por aquella calle que la gente de la zona llama las "Mil Graditas". Tal vez no serán mil, pero sí unos quinientos o seiscientos escalones con viviendas extrañas a los lados, de puertas desvencijadas y envejecidas de modo increíble, ventanas tapiadas con adobes o pedazos de madera.

Sólo una persona que conozca esos alrededores de La Paz, mitad Corte de los Milagros y mitad refugio de distintas categorías del hampa, puede tener una idea de la irrealidad del lugar. Zona pobre, de intenso movimiento de gentes, vendedores de objetos robados, pajaritos que desde una caja con música sacan con el pico papeles de colores con la "suerte", personas que no están incorporadas a nana, indocumentadas, sin registro, que trabajan por su cuenta o no trabajan del todo, contrabandistas o sus intermediarios al por menor, ropavejeros, peluqueros y zapateros que cortan el cabello o arreglan los calzados en plena calle, voceadores callejeros. "vendecositas", varias clases de lumpens. Verdadera "cashba" donde la policía ni ningún tipo de autoridad las tiene todas consigo, o están coludidas con los maleantes. Suburbio marginal de la ciudad, sembrado de "cantinas", porque allí la vida no se concibe sin el alcohol.

Siguiendo un amanecer cuesta arriba, en dirección a El Alto, y más allá de la avenida Buenos Aires, en un lugar de ese dédalo de callejones que no sabría ahora reconocer, Augusto Gottret se encontró con un grupo de individuos —sospecho que estaban siquiera medianamente alcoholizados— que le salieron al paso y uno de ellos le preguntó por el partido cuyas consignas ya no llegaban hasta ellos, a pesar de que seguían dispuestos a actuar, como en "aquellas" épocas. Una visión de Fellini.

Cuando acabé de oír la historia pensé que coincidía perfectamente con la mentalidad de los piristas, de que la derrota fue momentánea pero que sus ideas terminarían inexorablemente por imponerse; de esos que decían "los revolucionarios viven en los cerros" y cosas por el estilo y entonces no pude dejar de pensar en aquellos soldados japoneses encontrados todavía con el fusil herrumbrado en la mano, en los islotes del océano Pacífico, sin saber que la segunda guerra mundial había concluido 30 años antes.

En eso habían terminado, en realidad, los sueños de José Antonio Arze, es decir en otro sueño. Cautivo de un sentimiento de igualdad entre los hombres, sin creer en otros fatalismos que los de la historia, desde sus quince años de edad había comenzado en Cochabamba una larga prédica que, por muy prematura que fuese, terminaría por abolir la injusticia; desde un trabajo "En memoria de los mártires de Chicago" o una interpretación dialéctica sobre Goethe. No le fue difícil hallar prosélitos; con algunos de ellos fundaría el partido y con otros se complicaría en tremendas discrepancias.

En una ficha autobiográfica escrita en 1952 dijo: "El balazo que me dieron en 1944 me mantuvo muy delicado por varios meses; pero parece no haberme afectado mucho a las vías respiratorias. Tengo diabetes, diagnosticada en los Estados Unidos desde 1942, pero el régimen de la insulina me ha mantenido en regular estado de salud. Fumo en exceso. A pesar de todo lo anotado, tengo bastantes energías para trabajos intelectuales intensos y sostenidos".

En 1952 se prometía a sí mismo editar siete de sus obras en los "próximos diez años". Una expectativa igual a la de Jean Paul Sartre, que tampoco alcanzó el plazo anhelado. Murió en 1957. Pero más triste que todo eso me parece lo que sucedió en 1947 cuando la Unión Soviética le negó el ingreso a su territorio. Quizá más de una vez, Arze soñó con pisar las lozas de la Plaza Roja, ver cómo funcionaba la "dictadura del proletariado", y contemplar el rostro embalsamado de Lenin. Sí, de Lenin, cuyas obras conocía casi de memoria; contemplar las torres del Kremlin, entrar siquiera por unos días a la tierra prometida. Pero nada de eso sucedió y fue como cerrarle a un mártir las puertas del paraíso.

El azar

Tal vez porque pienso que el desarrollo de la historia obedece a hechos fortuitos, creo que uno conoce y puede amar a una mujer, con todas las consecuencias imprevisibles e inciertas que eso implica, simplemente por casualidad. Los ejemplos son infinitos.

Hace muchos años y quizá sin reparar en que tomaba atenta nota de su relato, Walter Montenegro me contó que una de esas tardes vacías de La Paz —donde uno no tiene dónde "depositar el alma", como dice Enrique Arnal— en una esquina de la calle Colón se encontró con Yolanda Bedregal. Ella propuso y persuadió a Walter ir a visitar a una mujer, una rusa, bailarina de danzas clásicas, Valentina Romanof, recién llegada a La Paz. No tenía nada que hacer y sin mucho entusiasmo accedió. Fueron a la casa y allí encontraron a Valentina; conversaron los tres sobre cualquier cosa. Otro día Walter se dió medios para que la conversación fuera sólo entre los dos y un tiempo después se casaban. Si por cualquier motivo aquel día se hubiera apresurado unos segundos no se habría producido el encuentro con Yolanda Bedregal en una esquina de la calle Colón y tampoco el matrimonio.

Otro caso. Un amigo mío fue a una fiesta de gente joven. Vio que allí no había ninguna mujer que lo atrajera y antes de que aumentara el aburrimiento se dispuso a salir, creo que sin despedirse de nadie porque el baile acababa de comenzar. Estaba para llegar a la puerta cuando dos muchachas no conocidas por él bajaron del automóvil y entraron a la casa. En un instante el amigo reparó en una de ellas y entonces desistió de irse. Volvió sobre sus pasos, se quedó en la fiesta y al cabo de un tiempo se casaba con esa mujer.

En los años del gobierno RADEPA-MNR encontré alguna clase de refugio en "La Razón" donde ya había trabajado, siempre por temporadas cortas en épocas anteriores, cuando el periódico estaba en la vieja casa de la calle Colón y su director era Guillermo Gutiérrez.

Más tarde, cuando "La Razón" se trasladó a su nuevo edificio de El Prado y ejercía la dirección David Alvéstegui, tenía la liviana tarea de escribir un sub-editorial, lo que me permitía dedicar gran parte de mis días y de mis noches a las tareas de "activista". Trabajaba en el diario un grupo de personas con quienes hasta ahora he conservado intacta la amistad de entonces: Guillermo Céspedes. Pastor Barrera, Ramiro Cisneros, Tomás Blacut, Roberto Calzadilla.

Sólidamente plantada en sus veinte años, algunos días aparecía en las oficinas Alicia, quien iba a reemplazar a una de sus hermanas en la redacción de la columna que en esos años de la aldea se llamaba "Vida social". Por lo demás, estaba bien enterada del tema, porque era precisamente la clase de vida que hacía.

Todos conocen las etapas de la escalada. Conversaciones y encuentros cada vez menos casuales, "miradas", aparición de cierto interés o de la idea fija centrada en la mujer, una invitación al cine, buscarse deliberadamente, convertirse en la pareja, aspirar a la exclusividad, el noviazgo y el matrimonio. Nos casamos en 1947 y viajamos a Buenos Aires.

Acá vale la pena volver a "La Razón" por un momento. No sé cómo, tal vez con poca fe en sí misma o pensando en aprovechar una oportunidad para poner en práctica o a prueba sus inclinaciones artísticas, entró María Luisa Pacheco a trabajar en el periódico. Sería el año 1944. La verdad es que se la tomaba por una dibujante aventajada y tenía la categoría de empleada de planta, o sea dispuesta a hacer el trabajo que se le pidiera, dentro de un horario más o menos fijo. Muchas veces, viniera o no al caso, se le encomendaba ilustrar un artículo literario o histórico cualquiera, una edición dedicada a cualquier efeméride, cívica, un

aniversario, un cuento, el retrato de un escritor o político y hasta una historieta para el suplemento infantil.

Como "La Razón" poseía un archivo bien organizado, después de pasar por las manos del fotograbador, allí iban a parar los dibujos originales de María Luisa. De entonces proviene un retrato a carbón que, basada en una fotografía hizo de mi padre, a quien ella no había conocido, pero cuya personalidad supo adivinar con su intuición de verdadera artista. Ahí está mi padre retratado con su energía, su inteligencia, su mirada que trasunta al hombre de ideas.

Cuando volví a Bolivia en 1968, muchos años después de la clausura de "La Razón", visité a quien fuera su último administrador, Ricardo Roberts, para preguntarle sobre la suerte corrida por el archivo del periódico. Me dijo que se le había permitido ingresar al local sólo un año después de la ocupación. Encontró que la maquinaria, la más moderna y completa que hasta entonces existiera en Bolivia, había sido desarmada y todas las piezas vendidas a otras imprentas o usadas en la editorial del diario oficial. La prensa, los linotipos, las fotograbadoras, estaban convertidas en armazones inservibles. En el archivo, Roberts no encontró un solo papel ni fotografía, de las millares que se habían llegado a reunir durante varios años. Todo había sido destruido, no por el asalto de una turba energúmena, como ocurrió con "Los Tiempos" de Cochabamba, sino de una manera insidiosa, a través de la depredación nocturna, en ese tiempo del desprecio. Se había perdido para siempre la obra de toda una época de María Luisa Pacheco, tal vez unos 500 dibujos de la más insigne pintora que tuvo Bolivia.

El sentimiento del fracaso

El boliviano no es de los que cree vivir en el mejor de los mundos y el alma nacional no descansa precisamente en ilusiones consoladoras. La conciencia del atraso material del país, un ancestro indígena aceptado por pocos con, sinceridad, una aciaga vida política, actúan incontrastablemente para hacer desaparecer el optimismo, si alguna vez lo hubo. El Informe presentado en 1951 por la Misión Keenleyside de la Organización de Naciones Unidas comienza diciendo que el boliviano tiene una dramática y despiadada habilidad para ironizar con amargura sobre sí mismo.

Como no es gratuito aquello de que la literatura refleja el espíritu de un pueblo, no hubo escritor boliviano representativo que no se sintiera alguna vez tentado de tocar el tema del fracaso como uno de los caracteres esenciales de la personalidad nacional. Para no hablar de Alcides Arguedas, ahí están, para probarlo, **La Misquisimi**, de Costa du Rels; **Cuestión de Ambiente**, de Gustavo Adolfo Otero; **El Alto de las Animas**, de José Eduardo Guerra; **No vengas al bosque**, de Porfirio Díaz Machicao. Quizá como ninguna otra, la obra de Carlos Medinaceli está traspasada por un desgarrador e impotente sentimiento del fracaso.

Medinaceli vivió sumergido —sí, creo que esa es la palabra— en el entresijo boliviano. Largas épocas de su existencia transcurrieron en medio de la lentitud de nuestras aldeas, en los quietos y desolados "pueblos terrosos", donde el hombre sabe sólo de apelaciones elementales y todo anhelo de superación, si hay, cae aplastado por la chatura del ambiente provinciano. Los bolivianos, unos más que otros, conocemos esa sombría trastienda de la patria.

Allí la única noticia es el dato amarillento y extemporáneo de los periódicos venidos desde la ciudad quién sabe por qué lentos caminos; el pasatiempo supremo, el chisme soplado en el corrillo de la esquina. Los confines de ese mundo son el río alledaño y la chacra que da un medido sustento. Muchas veces la tierra ni siquiera evoca el surco generoso que da vida a la simiente, sino "la tierra que el viento comienza a llenar los muebles, el lecho, el vestido, el agua de beber, y que hace lagrimear los ojos y se impregna en los dientes y concluye por entrarse en el espíritu", para decir lo con las palabras de Medinaceli.

Probablemente, la vida de Medinaceli estuvo guiada por una aguda inclinación a la misantropía. Descontando sus compañeros de "Gesta Bárbara", no fue hombre de muchos amigos. Por eso no es fácil reconstruir con fidelidad el derrotero de sus pasos, amortiguados por la discreción, la timidez Y el orgullo.

Sin embargo, a través de sus propios escritos, sabemos que transitó intensamente los polvorientos caminos que llevan a los pueblos del altiplano y los valles del sur de Bolivia. Como en los demás, allá la comunicación y el diálogo con el indio carecen de todo sentido y con el común de los habitantes del pueblo, amurallados en un individualismo receloso y desconfiado, la convivencia es igualmente penosa. Cuántas veces habrá buscado la compañía del subprefecto, el cura y el telegrafista para conversar con ellos sentados en un banco de la plaza. Sí, el mismo Medinaceli que acababa de cerrar las páginas de un libro de Keyserling, terminaba de meditar sobre los problemas de la cultura planteados por Max Scheler, o despedirse de los personajes de Proust.

Un día cuando trabajaba en el periódico "la Razón" como redactor, allá por el año 1945, fui enviado a su casa para recoger una colaboración cuya entrega había sido convenida anteriormente con el director. Medinaceli vivía en el fondo del primer patio de una casa frente al colegio San Calixto, en la calle Jenaro Sanjinés. El mismo salió a abrirme la puerta de una habitación con muy poca luz, medio en penumbra, que era una especie de sala y comedor al mismo tiempo, con muebles desgastados por el uso y colocados sin ninguna preocupación. Estaba abrigado con un sobretodo y la cabeza cubierta con una boina. Me dijo que lo aguardara y entró a una habitación contigua que parecía el dormitorio. Tenía el trabajo terminado, así que esperé sólo unos cuantos segundos. Aunque no soy muy comunicativo que se diga, recuerdo que hice un intento de conversar, pero me dí cuenta que él no tenía la misma intención y me fui sin haber cambiado otras palabras que las de saludo y despedida.

Armando Alba, una de las personas que le conoció de cerca, y tuvo privilegiada actitud humana para comprenderle, dice que la colectividad no fue capaz de ofrecer a Medinaceli otra ocupación que la de tramitar expedientes administrativos en las oficinas de la prefectura de Potosí, mientras guardara en el cajón de su escritorio un libro de Spengler o de Nietzsche que leía casi a escondidas. Tuvo un desajuste radical con el medio. Para él, ese medio no ofrece escapatoria posible. Afirmó que "todo artista o intelectual y en general todo hombre que en Bolivia ha nacido con vocación de la cultura y con amor de lo que Renán llamaba "los altos ideales de la especie", tiene que defenderse a sangre y fuego contra la acción nulificadora del ambiente, porque todo conspira en él a matar en germen la vocación naciente". Como tampoco usara atenuantes para juzgarse a sí mismo, en una carta escrita en 1937 a Walter Dalence, otro de sus compañeros de "Gesta Bárbara" le recuerda que a pesar de haber querido constituir "un islote de refugio de la cultura en medio del océano de tumultuosa mesocracia utilitaria, el ambiente tuvo el placer suicida de destruirnos hasta a anular a unos y dispersar a otros". Escribió que allá no queda sino convertirse en un "Schopenhauer a domicilio, un pesimista de cantina y genio de café, como tantos otros fracasados..."

Vivió en medio de una gran pobreza y oscuridad, pero alcanzó sus metas esenciales de escritor, lo cual un día sería reconocido. En lo que sí fracasó fue frente al medio que desvalorizaba su personalidad, que no sólo no le colocaba en un sitio justo, sino no le concedía ninguna jerarquía. Por eso escribió: "No pudimos o no nos dejaron ser lo que en nuestro pueblo queríamos y debimos haber sido, los representantes concienciales de ese pueblo, los creadores de su espíritu en el arte y el pensamiento". Pero su fracaso fue con los hombres; no con su inteligencia y talento de escritor, que la indiferencia del medio no llegó a destruir. El medio se dio el gusto de derrotarlo sólo en lo accesorio, en la zona marginal de sus aspiraciones. Lo que ocurrió con Medinaceli fue una declinación social. Lo que hacía no tenía repercusión.

En un artículo escrito en 1922, cuando él tenía poco más de veinte años de edad, ya intuyó que debería librar una lucha "a sangre y fuego" para no caer atrapado y anulado por el ambiente. Por eso no resulta extraño que hubiera trasladado ese amargo convencimiento al campo de su máxima creación literaria, **La Chaskañawi**, escrita en medio de los desalientos y entusiasmos que ocuparon la mitad de su vida. Es un relato basado en el tema de la victoria del contorno sobre el hombre.

Estaba convencido de que el hombre es "una maleable arcilla en manos del destino". Con esos ingredientes mentales forjó la figura de Adolfo Reyes, un estudiante de derecho que regresa de Sucre a su pueblo natal, San Javier de Chirca, para pasar unas vacaciones. Le esperaba la aldea con todas sus falacias, los amigos que no han salido nunca del pueblo y no conocen otro ambiente, el alcohol que anestesia las aspiraciones, los imperativos del instinto sexual encarnados en una chola voluntariosa "robusta como una Madona del Ticiano y vital como un vaso de leche", Claudina, la Chaskañawi.

Como cabe esperar de un personaje salido de su pluma, sin oponer mucha resistencia, Adolfo Reyes se deja sumergir en el lento remolino de la vida de San Javier de Chirca. Hay una renuncia progresiva e irreversible de sus antiguos anhelos, hasta que abandona sus estudios y acaba casándose con la Claudina.

Es incomprensible que alguna vez se hubiera querido negar el fondo autobiográfico de **La CHASKAÑAWI**, como si eso disminuyera en algo a su autor. Además todo escritor está sumergido en su obra, a tal extremo que para conocerlo no es necesario leer ninguna biografía suya. Reyes es el arquetipo del fracasado que nunca dejó de creerse Medinaceli y San Javier de Chirca no es sino Bolivia trasladada a escala menor.

Resulta difícil hallar en Bolivia alguien que hubiera estado equipado de mayores calidades que Medinaceli para la crítica literaria. Sus lecturas iban fácilmente desde Pascal y Montaigne hasta Huxley y Santayana. No había corriente literaria u obra representativa que le fueran desconocidas. Por encima de todo, poseía un incomparable don de asimilación y con él se cumplió por entero aquello de que el hombre se convierte en los libros que lee. A todos, los puso en su lugar, desde René-Moreno por quien m profesaba todas las admiraciones, hasta José Enrique Viaña o José Eduardo Guerra, dos supremos pontífices del desaliento y el pesimismo.

Las muchachas en flor

Es a Ricardo Bonel a quien debo el conocimiento de la obra de Marcel Proust. Allá por el año 1940. después de haber leído unas páginas que me parecieron insoportablemente tediosas, abandoné la lectura de "**A la sombra de las muchachas en flor**". Es lo que sucede a algunas personas que intentan introducirse en el universo proustiano —toda su obra no es sino una sola novela— y se sienten defraudadas porque encuentran que no tiene "argumento", está desprovista de peripecias y no sucede casi nada.

Es ante todo el relato de una sucesión de estados de ánimo, en el cual ha sido suprimida casi del todo la acción. No tiene esas hermosas y complicadas tramas de la novela clásica francesa —Dumas, Balzac o Hugo— en las que los destinos de decenas de personajes están estrechamente entrelazados y todos giran alrededor del protagonista en forma realmente novelesca. En ellas nada ocurre gratuitamente o en vano. Por ejemplo, cuando en las primeras páginas de la novela de Flaubert **Madame Bovary** el médico Carlos Bovary y Emma Rouault contraen matrimonio, el lector sabe que le espera una serie de hechos y sucesos que forman toda una "intriga" y en efecto no se engaña porque a poco sobreviene el tedio de la mujer, aparece el primer amante, el matrimonio se disuelve, la heroína abandona el hogar, un día regresa, se envenena y muere. No pasa mucho tiempo hasta que el marido, vencido por tanto infortunio, también muere. Como se ve, allí no falta nada y no hay de qué quejarse. Bajando el registro, la riqueza y frondosidad argumentales alcanzan su apoteosis en novelas como **El Conde de Montecrislo** o **Los Miserables**.

Proust rechazó resueltamente el argumento clásico como base de la novela y llevó hasta el vértigo el morboso placer de la introspección y el recuerdo. En lugar de la trama formada por sucesos y conflictos externos, está el análisis de los sentimientos que dan origen a aquéllos. Proust nos hace dar cuenta de la existencia de dos planos de tiempo, el externo, que pertenece a uno pero también a los demás y tiene plazos fatales. Es el tiempo lineal del reloj y el calendario, pertenece a la historia y es irreversible. Pero existe otro distinto, interior, personal, que no tiene medida; puede ser acortado o alargado a voluntad, perdido y recuperado. El tiempo del recuerdo.

En sus seis volúmenes y más de tres mil páginas, Proust también desecha la moral. En **En búsqueda del tiempo perdido** nadie acaba ganando o triunfando, ni recibe premios ni castigos, sino que todos terminan derrotados, como creo que sucede en la vida, y los personajes no son espectaculares ni símbolo de ninguna virtud o defecto. Inútilmente uno se empeñaría en buscar el bien o el mal. No están en juego. Las conductas no son enjuiciadas, ni sobre ellas recaen veredictos éticos.

No me dí por vencido y un tiempo después volví a remontar la lectura y me encontré con Albertina y con Gilberta, con la duquesa de Guermantes, Swan y los Verdurin, con la bandada de muchachas en flor que un día aparecen en el fondo de la playa de Balbec para no separarse jamás del narrador. A mí me acompañaron toda la vida, hasta ahora, y si menciono en estas páginas a Proust es porque la índole de mis sentimientos, mi modo de ver la vida,

conducta y desalientos de alguna manera proceden de esa vertiente. Mejor dicho, soy yo quien acompaña a las muchachas; ahí están a mi lado y a veces ocurre que me pongo a pensar en ellas cuando estoy con otra gente situada a este lado de la vida.

Hasta ahora perduran en mí las consecuencias del retorno a **En busca del tiempo perdido**. Esto me hace recuero do a aquella idea de Henry de Montherlant, en **La reine morte**, de que a veces un pequeño acto es como un barquito puesto en un riachuelo y —sin que nadie lo espere— llega un día hasta el mar.

Volviendo a las "muchachas", no tenían un atractivo intrínseco, hasta eran insignificantes y se las podía sorprender en la vulgaridad. Pero eso no era importante, sino que, como todas las mujeres, suscitan celos, dudas y desconfianza. Un día el narrador se da cuenta trágicamente de que uno no ama a las mujeres en sí, sino a la angustia que ellas provocan. Basta sentirse abandonado para empezar a amar a una mujer y a veces llega el momento en que esa incertidumbre y no la mujer amada es el verdadero objeto de la pasión.

Para no hablar sino de **A la sombra de las muchachas en flor**, cuando el narrador las ve aparecer sorpresivamente comienza el drama, porque no está seguro de volver a encontrarlas y teme que, aunque esto sucediera, no podría incorporarse a sus vidas, con la misma invencible imposibilidad de pretender insertarse en una comitiva pintada en un cuadro. Esa incertidumbre de volver a verlas es lo que basta para desencadenar la pasión, porque quién sabe si al día siguiente las muchachas abandonarán la playa de Balbec y retornarán a un lugar tan distante como América. "Ya esto bastaba para que yo empezara a quererlas. Puede ocurrir que se tenga simpatía por una persona y nada más. Pero para desatar esa tristeza, ese sentimiento de lo irreparable y esas angustias que sirven de preparación al amor, es menester que exista el riesgo de la imposibilidad (y acaso tal riesgo y no la persona amada es el objeto que la pasión quiere enseñorear)".

Desde entonces cada vez que en las tardes somnolientas e irreales de Balbec pensaba en el mar, en realidad el narrador estaba pensando en las muchachas, porque "el amor más exclusivo que se tenga a una persona es siempre amor y algo más", y cuando no estaba pensando en nada, en realidad estaba pensando en ellas.

Si al comienzo el objeto de su pasión —pasaba tardes enteras esperando que por cualquier lado surgiera otra vez la bandada de muchachas— era todo el grupo lo que amaba, un día en que conoce casualmente a Albertina, su amor se concentra en ella. Albertina, él mismo lo confiesa, no era bonita; tenía las mejillas rosadas y regordetas y un cuerpo menudo, pero nada de eso le importa porque para él las mujeres bellas se han hecho para los hombres sin imaginación y porque "cuando se está enamorado de una mujer se proyecta sencillamente un estado de nuestra alma; por consiguiente, lo importante no es el valor de una mujer, sino la profundidad de dicho estado de ánimo".

En realidad, se ama lo que no se tiene, lo que no se posee o lo que algún día generalmente impensado se va y desaparece. Por eso el narrador, mil páginas más adelante, **en La fugitiva** nunca ama más intensamente a Albertina que cuando es abandonado por ella. Ama su ausencia.

A pesar de tratarse de una lectura que exige una tenaz familiarización, pretendo explicar mi obsesiva inclinación a Proust. Creo que puedo dar algunas contestaciones. Será tal vez porque mi temperamento me ha llevado a concentrar mi interés sentimental en pocas mujeres, cuyo mundo fue siempre para mí misterioso, extraño y complicado. Su distinta manera de pensar, su capacidad infinita para ampararse en la reserva, su superficialidad y también su entrega.

He sido aprisionado por lo que se ha llamado las "endemoniadas sutilezas" de Proust. "Queremos ver lo que amamos y debiéramos querer no ver lo, pues sólo por el olvido se llega a la extinción del deseo". O "aquella calma que acababa de gustar en la primera aparición de la gran fuerza intermitente que iba a luchar en mí contra el dolor, contra el amor, y que acabaría por dar cuenta de ellos. Aquello que acababa de pregustar y de presentir era, sólo por el momento, lo que más tarde sería en mí un estado permanente, una vida que ya no la amaría. Y mi amor, que acababa de conocer al único enemigo que pudiera vencerle, el olvido, se echó a temblar, como un león que, encerrado en la jaula, ve de pronto la serpiente pitón que le va a devorar". Podría transcribir centenares de párrafos y frases.

Una embajada frente al peronismo

Nunca me he explicado cómo un hombre tan experimentado e inteligente como David Alvéstegui, en septiembre de 1946 aceptó ir a Buenos Aires como embajador de Bolivia ante el gobierno de Juan Domingo Perón. Había sido hasta entonces director de "La Razón" y desde ese período denunció persistentemente la intromisión peronista en Bolivia a través del gobierno RADEPA-MNR.

Yo era de los que admiraba la inteligencia de Alvéstegui, su claridad mental, y sobre todo, en un país de termocéfalos como es Bolivia, su frialdad para juzgar las cosas. Uno puede explicarse que no todas las personas simpatizaran con él porque tenía un ademán altivo, cercano al orgullo. No era de los que gustaran de las conversaciones y eran pocos los individuos con quienes tenía interés de hablar. Creo que le fatigaba un poco oír "los puntos de vista" de los demás. Era muy concreto en sus expresiones, resultado lógico de un pensamiento lúcido y lo que escribía no tenía "grasa". Ignoraba totalmente a quienes le atacaban, hecho que enfurecía más a sus detractores, porque en eso había un fondo de desdén.

Cuando tenía más de sesenta años de edad y se hallaba retirado en la ciudad de Cochabamba emprendió la increíble tarea de escribir una biografía de Daniel Salamanca en cerca de dos mil páginas, obra que de alguna manera resulta siendo su propia autobiografía, porque estuvo siempre al lado de aquel político, a quien retrata con términos y criterios tal vez excesivamente laudatorios.

He dicho páginas adelante que en agosto de ese mis año fuí designado o secretario de la embajada —antes lo había sido de Alvéstegui en "La Razón"—, cargo que acepté no sólo sin ningún entusiasmo, sino de muy mala gana. Lo hice por no decir no, lo cual podrán entender muy bien los tímidos. Mi antiguo deseo era ir a cualquier lugar de Europa.

En Buenos Aires ocurrió lo que se debió prever. Dos horas antes del momento fijado para la presentación de credenciales, sin muchas cortesías, la Cancillería argentina avisó a Alvéstegui que por una indisposición física del presidente se suspendía la ceremonia hasta otra fecha. Era por supuesto una manera de demostrar cuán poco grato era el jefe de la misión boliviana. La noche anterior, como se publicó en los periódicos de ese día, Perón había estado en una concentración de sus partidarios y en ella habla expresado que tenía toda la salud necesaria para llevar adelante las tareas de su política.

A los dos o tres días, la Cancillería volvió a fijar una nueva fecha. Acompañamos a Alvéstegui a la Casa Rosada Juan Peñaranda Minchin, José María Calvo Linares, que eran ministros consejeros, el agregado militar coronel Tomás Antonio Suárez y yo.

Allí ocurrió un acto tan hostil como el primero. Después de la entrega de las cartas credenciales, Perón concedió a Alvéstegui menos de cinco minutos para la conversación privada de cortesía, que es de rigor en esa ocasión entre un presidente y el embajador. Era claro que el gobierno no quería saber nada del representante diplomático boliviano y estaba dispuesto a demostrárselo sin muchas vacilaciones. Salimos de la Casa Rosada con el ánimo aplastado. La conducta de Alvéstegui se acomodó a esa situación, cuando tal vez lo que debió hacer era dejar la embajada, como nos permitimos aconsejarle con Juan Peñaranda. Esto sucedió unos meses después a raíz de una maniobra de Nicolás Ortiz Pacheco, que tenía funciones de agregado cultural, y cuando las relaciones de Alvéstegui por lo menos con el Canciller Atilio Bramuglia iban entrando en un plano de normalidad.

Ocurrió que al regresar de Montevideo, a donde fuera a una trasmisión del mando presidencial, el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Aniceto Solares, pidió como era de rigor una audiencia con el presidente Perón. Aunque no le tenía ninguna simpatía a Alvéstegui, nunca nos pudimos explicar los verdaderos motivos por los cuales Ortiz Pacheco manifestó a un funcionario de la Cancillería argentina que Solares deseaba ver a Perón a solas, sin la presencia del embajador. Paralelamente, a Solares le dijo estar enterado de que Perón quería conversar con él en forma privada. No puede ser sino por debilidad de ánimo que Solares no transmitió esos antecedentes a Alvéstegui y dejó que éste le acompañara hasta los salones de espera de la Casa Rosada. Allí un miembro del cuerpo de edecanes del presidente le dijo a Solares: "Señor Ministro, el presidente Perón le espera sólo a usted". Debí ser uno de los peores momentos de la vida del embajador. Al poco tiempo, la Cancillería boliviana trasladaba a éste como representante diplomático en el Brasil.

Con el reemplazante, Gabriel Gosálvez, la actitud de Perón fue radicalmente distinta desde un comienzo. La entrevista de presentación de credenciales duró de manera insólita, no los cinco minutos de la vez anterior, sino más de una hora, tiempo que excedía a todo lo acostumbrado en la presidencia de la república Argentina, y las deferencias hacia aquél se sucedían con cualquier motivo. Un día en que se conmemoraba el aniversario de la fundación de la ciudad de La Plata, Gosálvez fue el único diplomático extranjero invitado por los esposos Perón para asistir a las ceremonias. No sólo eso, sino que el presidente, Eva y el gobernador de la provincia de Buenos Aires Domingo Mercantet, lo recogieron de su modesto departamento de la calle Florida.

En la entrevista presidencial en Yacuiba en 1948, en el discurso de ofrecimiento de un banquete, Perón agradeció a Hertzog en los términos más calurosos la designación de Gosálvez como embajador en Argentina.

Sin embargo, a pesar de esa simpatía hacia Gosálvez, la carta del partido peronista en Bolivia seguía siendo el MNR. Sus miembros recibían en Argentina diferentes tipos de soporte económico y me consta que desde la presidencia se cooperó a la asonada movimientista al pueblo fronterizo de Villazón.

Fred Strozier, el corresponsal de Associated Press, seguramente antiperonista y con quien yo mantenía una cierta relación de amistad, me informó que las transmisiones radiales que supuestamente emitían los movimientistas "desde un lugar de Bolivia" eran lanzadas desde un punto del territorio argentino, lo cual demostraba la complicidad de las autoridades de ese país. Varias noches Strozier me hizo oír por teléfono dichas transmisiones. Gosálvez reclamó en forma tibia por esa ayuda y las explicaciones que dió a la embajada el Jefe de la Casa Militar resultaban contradictorias y no hacían sino confirmar los alcances del complot.

Un día de 1949 un miembro de aquel partido, seguramente incapaz de venderse como los demás, por un impulso patriótico visitó a Gosálvez para informarle que se estaba preparando con gran ayuda argentina una vasta operación sobre Bolivia a través de la zona fronteriza de Yacuiba. Era para no creer le, pero los hechos posteriores, la llamada "guerra civil" de ese año, dieron veracidad a la denuncia. Seguramente por salvar su prestigio de hombre de la confianza del régimen peronista, Gosálvez no quiso transmitir con la debida claridad al gobierno boliviano los datos que poseía, lo cual facilitó la insurrección movimientista. Juan Peñaranda y yo dejamos la embajada porque era difícil entenderse con él.

En 1970, los dos viajamos expresamente a Cochabamba para acompañar a Alvéstegui en la ceremonia de su incorporación a la Academia de la Lengua y eso dice de la amistad creada entre los tres. Don David murió poco después, mientras que mi relación con Juan Peñaranda ha conservado el carácter fraternal que tuvo desde un principio.

EL olvido y el recuerdo

"El olvido es una forma de la memoria.

J. L. Borges

"¿Qué motivo me lleva a reunir estos jirones del pasado? El deseo de reducir el caos de la experiencia a alguna forma de orden, y una ávida curiosidad".

Graham Greene

(Una especie de vida)

¿Qué me impulsó a trasladar al papel los recuerdos cada vez más tenues de mi vida? Cualquier respuesta sólo sería parcialmente válida, porque uno desconoce las verdaderas motivaciones de muchos de sus propósitos y actos, sin contar que una infinidad de ellos, fueron puramente gratuitos.

En plan de divagar, de dejar que transite por la mente cualquier idea, dejándose atraer por la irrealidad, se puede llegar a confundir vida y "memorias". Pienso si todos los actos, aspiraciones, desatinos, que han llenado mi vida no tenían otro destino que ir a parar a unas

líneas escritas, es decir a ser contadas. Me hago la ilusión de que con este escrito es como si hubiera puesto atajo al olvido. Lo que se olvida es como si no hubiera sucedido. Yendo un poco más allá, ¿no habrán sido estas "memorias" el principal fin de mi vida? En realidad, además de los que he olvidado, los hechos —muchos ni siquiera fueron eso, sino sueños— que componen este escrito, forman la totalidad de mi existencia. Relato y existencia acaban por confundirse.

Más de una vez he pensado que personas que tienen cosas que decir deberían escribir sus recuerdos, los hechos de su vida, porque dejar esa constancia —por muy débil que sea— es una defensa contra la nada. Tal vez no lo hacen porque el hombre, sobre todo hasta llegar a cierta edad, rara vez medita en la inexorabilidad de la muerte y en que la vida, como dice Víctor Rugo, no es sino un combate entre el día y la noche. Hasta entonces se cree que los que mueren son siempre los otros.

Nunca tuve esa amnesia consoladora. La obsesión de la muerte me hizo desde temprano su presa inerme. Si salía de mi casa, lo corriente era ponerme a pensar si regresaría y fabriqué decenas de supersticiones en las que estaban enredadas mi vida y mi destino. He muerto muchas veces.

De alguna manera estas "memorias" son una búsqueda del tiempo ido. J. P. Sartre dice en **La Nausée** que cuando se lleva un diario se corre el peligro de exagerar todo, colocándose al asecho de los episodios del pasado, forzando continuamente la memoria y la verdad. No es mi caso, porque escribo estas páginas a medida en que los hechos, las personas, las alegrías y los temores del pasado surgen al plano de mi recuerdo de una manera espontánea y natural. En realidad, he vivido estos años esperando resignadamente su reaparición.

Querría poder escribir estas páginas sin tener que pensar en otra cosa, en un lugar donde desaparecieran los motivos de preocupaciones extrañas a este propósito y pudiera concentrar mis pensamientos en medio de la soledad y el retiro, pero eso es casi imposible. Mientras tanto, no hago ningún esfuerzo por convocar a los personajes que en otras épocas se acercaron a mi vida o yo a la de ellos. Regresan voluntariamente, algunos agresivos y otros tímidos, y los atrapo en estas líneas, y otros quizá no vuelvan porque se han sumergido en el olvido, ese "monstruo despiadado", como lo llama Proust.

Tal vez como la mayoría, estas "memorias" comenzaron a ser trasladadas al papel en un momento en que, de una manera borrosa, me dí cuenta de la cercanía de ciertas proximidades peligrosas. Principalmente fueron escritas a lo largo de 1981 a 1984, de una manera muy fragmentaria y ocasional, a medida que los recuerdos surgían espontáneamente, como si se acercaran diciéndome: "Esto has sido..." o "Esto has hecho..." Rostros de personas olvidadas y que aparecían para decirme "tuvimos un momento de dicha y me has olvidado". Otras que llegaban con un expediente de algún agravio absuelto o todavía pendiente, de una ingratitud imperdonable.

Nunca estimulé la aparición de los distintos espectros —el niño, el adolescente, el hombre maduro— que fuí sucesivamente a través de mis edades. Lo único que hice fue abrirles la puerta para encararme con ellos. Ví que a veces una sola palabra daba vida a toda una historia que creía enterrada por los años y olvidada por completo. No se trata de falsear las cuentas que uno se rinde a sí mismo.

Hay unas cuantas lágrimas en este relato, pero no podría ser de otra manera, a pesar de que los convencionalismos y prejuicios de mi tiempo condenan al ridículo al hombre que solloza. Las lágrimas son para las mujeres.

Stendhal no tenía ese miedo y en **Vie d'Henry Brulard, Souvenirs d'egotisme** y en su **Journal**, en sus centenares de páginas autobiográficas no tiene miedo en confesar su llanto, casi siempre causado por situaciones en las que está presente alguna mujer. No debió haber sido Stendhal un débil de carácter; como oficial de Napoleón Bonaparte, si no tuvo muchas experiencias de combate, conoció la vida de cuartel y las campañas. Fue hasta Moscú y más de una vez estuvo destinado a guarniciones y regimientos del emperador. Creo haber leído casi todos sus libros y algunos más de una vez.

El se imaginaba "dans les millions de chateaux en Espagne que j'ai faites pour elle", que si volvía a ver a Ángela Pietragrua no podría sino precipitarse a abrazarla y desvanecerse en lágrimas al encontrarla después de muchos años de separación. Un día de 1811, cuando regresa a Milán, Stendhal demora la visita a Ángela —a quien amaba desde hacía once años—

por miedo a un estallido de sus lágrimas. Ángela Pietragrua, "alta, bella y soberbia", la mujer que él más había amado en el mundo.

En algunas circunstancias cuando mi emoción está en juego me abstengo de hablar por miedo a delatar mis sentimientos. Casi no puedo soportar una despedida —Homero ha dicho que la ausencia es gemela de la muerte— y para no hacer el ridículo muchas veces he preferido callarme y cuántas personas a las que quiero no lo han sabido nunca.

Al leer otros "diarios" y "memorias" me dí cuenta que las personalidades son tan infinitas y distintas como el destino y las sentencias gratuitas, adjudicadas a cada hombre.

El napolitano Giambattista Vico llegó a la despersonalización absoluta. En su autobiografía no se identifica siquiera con su nombre completo, sino simplemente como Vico, una tercera persona, tal si fuera otro individuo. Parece escrita con un escaso interés en sí mismo, casi de mala gana. Nada de egolatrías. Tampoco está trazada para descubrir complejidades íntimas de su vida. Para Vico lo único importante es su pensamiento, su reflexión, el deseo de hallar explicaciones a la naturaleza y origen del hombre. Todo eso quiere decir prematuras interrogaciones, lecturas, la formación de un sistema de ideas. La abstracción, el pensamiento puro, cursos y discursos, principios y razonamientos, la sabiduría de la época. Sus escritos no descubren las motivaciones que le impulsan a dejar sus cortas y fragmentarias líneas autobiográficas; es como si simplemente se hubiera propuesto trazar la historia intelectual de un extraño señor llamado Vico.

Hacia 1730 "debido a la avanzada edad, gastada con tantas fatigas, afligida por tantos cuidados domésticos que **casi** nunca puntualiza renunció definitivamente a los estudios", como él mismo dice. Procedente de fuentes ajenas, se dispone de cierta información sobre la vida cotidiana de Vico, como el analfabetismo de su mujer, sus adivinables estrecheces, sus vislumbradas penurias, la larga pelea contra la índole pernicioso de uno de sus hijos, el amor a sus hijas, sus dolencias físicas. Casi nada sabemos por él mismo, porque no le importó mucho ser su propio escribano.

No es el caso del inglés Edward Gibbon, autor de otra clásica autobiografía. Gibbon puso en ella la misma acuciosidad en informar sobre sus problemas domésticos que en relatar la manera en que escribió la **Historia de la decadencia del imperio romano**, las comodidades de su casa de Inglaterra o su pensión en Laussane, el carácter de su tutor, o los recursos económicos de que disponía.

Así como Vico habla de sí mismo como si se tratara de una persona ajena y extraña, a Gibbon le place transcribir juicios elogiosos sobre su obra; por ejemplo el convencimiento de que "tiene que ser incluido en el número de los principales historiadores de nuestra época". Frente a las penurias de Vico "pocos hombres de letras europeas se hallan quizá tan agradablemente instalados como yo". Era un hombre profundamente adherido a la sociedad y no un misántropo como el napolitano. Estaba consciente de "la venturosa contingencia de tener /más privilegios/ que millones e sus semejantes". Sin duda que la revisión de su pasado personal le sirvió para formular ciertas expectativas optimistas como la de que en cierto momento le esperaban todavía 15 años de vida y se aproximaba el más placentero período de su existencia, la edad madura, "en la que se supone nuestras pasiones están calmadas, nuestros deberes cumplidos, nuestra ambición satisfecha, nuestra fama y fortuna establecidas sobre una base sólida".

El hecho de que Juan Jacobo Rousseau hubiera puesto a sus memorias el título de **Las confesiones** da una idea de su apasionado anhelo de sinceridad, de veracidad, con que quiso presentar el recuento de su pasado, total y desnudo. Rousseau dice que allí están anotadas sus más reprobables vilezas, sus más enternecedoras noblezas; las de un hombre miserable y sublime a la vez.

No se trata de discutir si es posible arribar a tales profundidades de sinceridad. André Malraux dice que las memorias sólo sirven para ocultar la verdad. Lo que coloco en duda es que un hombre sea capaz de conocerse. Por ejemplo, uno no sabe nunca el grado de profundidad de su amor hacia una mujer. Para Chevoj, la vida verdadera es un secreto.

Rousseau dice que el día del Juicio Final se presentará ante el juez con un libro debajo el brazo, con **Las confesiones** y le dirá: "Aquí consta todo lo bueno y malo que hice en mi vida. Ahora tú verás lo que haces conmigo". Enternecedor y amado Rousseau, tan auténtico y puro, tu expediente siempre será incompleto.

Hace algunos años, desde que la reflexión sobre el pasado ocupa un lugar cada vez mayor en mi vida, con diversos motivos medito en Rousseau y Voltaire. Como se verá, no es una afición anacrónica. Corresponde resumir las respectivas ideologías en cuatro líneas. Rousseau estaba persuadido de que el hombre es noble cuanto más apegado permanece a su estado natural. Sus virtudes, su inocencia e ingenuidad se conservan más intactas en la medida en que los hombres mantienen su simpleza y hábitos originales. La ambición por el bienestar material, las rivalidades y el egoísmo, que son sus inevitables consecuencias, lo han destruído. Las emulaciones son las causantes de las desigualdades entre los seres de la misma especie y las desdichas proceden fundamentalmente del concepto de propiedad creado por la competencia. Era inevitable que de ese cuadro se desprendieran los conflictos, las guerras, la crueldad, la ausencia de solidaridad. Los caminos diseñados hacia la civilización sólo han servido para anular al hombre.

Desde la vertiente contraria, para Voltaire el drama es distinto. El hombre es cruel y feroz, capaz de todas las perversidades, por no haberse alejado lo suficiente de la barbarie. Su ignorancia, el escaso desarrollo de su inteligencia han provocado sus miserias, maldades y catástrofes. Sólo la ilustración podría salvarlo, alejándolo del fanatismo y la irracionalidad.

¿A cuál de los dos planteamientos adherirse? Creo que la historia está dando la razón a Rousseau, pero tal vez cuando ya es muy tarde. Tanto me preocupa el tema que hace dos años, cuando se conmemoraron los dos siglos de la muerte de esos pensadores, me propuse promover una edición recordatoria en un periódico de La Paz, pero no encontré adeptos para llevar a cabo la idea.

La vie d'Henry Brulard que Stendhal comenzó a escribir y no terminó a los 52 años, tuvo como finalidad, como él mismo dice, aprender a escribir y conocer su personalidad, así como identificar la más intensa pasión de su existencia. Confiesa que su más insoportable dolor fue cuando Clementina lo abandonó, mientras Ángela Pietragrua le parecía la más sublime de las italianas. Entre otras cosas, su autobiografía le sirve para darse cuenta que algunos amigos habrían preferido verlo desamparado y no alegre, pobre y no con dinero y dueño de una carroza.

Stendhal que dedicó muchos años al registro de los hechos, de su vida aspiró ante todo a comprender el sentido de la existencia. ¿Es ésta una sucesión de episodios incoherentes? ¿Hasta dónde el hombre puede percibir una secuencia siquiera medianamente racional entre el comienzo y el final, entre las dos nada? Sus anotaciones casi diarias, ¿podían llevarle a alguna conclusión? ¿Le sirven de algo? Sin duda que sí, como él lo expresa, cuando puede sintetizar sus años en la imagen de un amante infortunado en búsqueda de bellos paisajes, apasionado por la pintura y subyugado por el placer de la meditación.

Francois Mauriac rechazó la idea de una autobiografía, porque pensaba que él no era sino resultado final de una larga estirpe, de cuyos miembros no tenía derecho a hablar. Por lo menos dice en sus **Memoires interieurs** que la clave de su vida es su infancia. Lo que hace Mauriac es escribir unas memorias de sus lecturas, de las reflexiones que le inspiran y por cierto no podía quejarse de no haber leído a lo largo de su vida.

Gregorio Marañón que tuvo que vérselas con las 16 mil páginas del **Diario** de Amiel, piensa que el registro cotidiano de los pensamientos y de los actos obedece a una innegable tendencia narcisista, por lo general propia de la juventud. En cambio la "memoria" retrospectiva se escribe cuando el hombre comienza a perder interés en la vida y se desentiende de los demás. Es entonces que regresa al pasado y se entrega a la meditación sobre lo que fue.

De una vida, ¿qué es lo que vale la pena retener y, si llega el caso, relatar?

¿Dónde está el individuo en André Malraux? ¿En las **Antimemorias** que tiene un preconcebido propósito confidencial o en **La condición humana**, en la que no es posible distinguir el testimonio de la ficción? Sin duda hay más aproximación al autor a través de Krasser, el trágico personaje de **El tiempo del desprecio** que en las muy intelectualizadas y sutiles conversaciones de las **Antimemorias** que Malraux sostiene con Nehru o Mao Tse Tung. **La Esperanza** no es sino una larga página autobiográfica.

El mismo Malraux ha dicho "Se admite que la verdad de un hombre es, ante todo, lo que oculta" y desvaloriza las "memorias" porque "El hombre no llega al fondo del hombre" y cuando se le pregunta sobre su identidad dice que está compuesta por "un mísero montón de secretos".

Creo comprender a Pablo Neruda cuando afirma en **Confieso que he vivido** que su vida se ha realizado en las demás personas. ¿Cómo habría sido mi vida si no me hubiera encontrado con las mujeres y hombres que aparecen y desaparecen en estas páginas? Yo mismo, ¿habría sido distinto, o es que nos acercaron afinidades previas? ¿Sería diferente si no formaba parte de una pandilla de chiquillos en San Pedro, si no me complicaba con una ideología política, si una mañana una hermosa muchacha no abría la puerta de mi biblioteca, si no entraba al Archivo de Sevilla o no me encontraba con el hombre venido de la esquina de Esmeralda y Corrientes y con quien un día en Lima comparamos nuestros respectivos fracasos?

O como esa mujer de quien sólo amaba su voz o a quien amaba porque tenía esa voz que tanto me conmovía, hasta el punto en que a veces dejaba de oír lo que estaba diciendo, las palabras que pronunciaba, para que nada me distrajera de su voz y me entristecía pensar en los momentos en que otras personas la oían, indiferentes al sonido de su voz, que no habían sabido descubrir, como si ella la estuviera malgastando puesto que no hablaba a quien lo que más quería era oírlo. Una vez tuve la debilidad de decirle que podría oír su voz toda la vida.

Han existido otras personas a quienes no conocí sino a través de la distancia y el tiempo después de buscarlos en forma deliberada y tenaz en los papeles donde yacían cubiertos por el polvo de los archivos. En algunos de ellos mi atención retrospectiva se fijó de manera insistente y obsesiva. Seguí sus pasos, medité sobre el valor de sus acciones, quise descubrir sus intenciones, comprender el espíritu que los animó mientras vivían. Trasladé sus existencias al papel convertido en el único testimonio de sus hechos, con grandes vacíos, con días y años que permanecerán tal vez por siempre ignorados. De algunos admiré sus virtudes y su nobleza y de otros criticé sus ambiciones, su maldad y sus perfidias.

Hubo otros personajes con los que topé en las páginas de los libros y cuyas palabras y actitudes influyeron a veces en mi vida, se adhirieron a ella y de algún modo le dieron sesgo y dirección o la enredaron en rutas sin salida. Abominé el egoísmo, la frialdad y la altanería de Aquiles y admiré la generosidad y el valor sereno de Héctor. Estuve al lado de los conspiradores romanos Bruto, Casio o Casca y quise vanidosamente encontrar semejanzas con héroes de alguna novela. No los ví nunca y con ellos se entabló un monólogo, una comunicación en un solo sentido. Oscar Wilde dijo: "La más grande tragedia de mi vida ha sido la muerte de Lucien de Rubempratt", el personaje balzaciano.

Un viaje por la selva

De regreso a Bolivia volví a trabajar en el Ministerio de Relaciones Exteriores y por mi iniciativa fui destacado como acompañante de un grupo de expertos de la Misión de Asistencia Técnica de la Organización de Naciones Unidas (Keenleyside) para efectuar un largo recorrido por el oriente boliviano, que no conocía. Ellos eran tres, fuera de otros tantos ingenieros agrónomos bolivianos encargados de ayudarles en sus trabajos.

Agosto de 1950. Volamos de La Paz a Yacuiba y al día siguiente tomamos en este pueblo un camión descubierto aunque acondicionado con banquetas de madera y un toldo de lona y salimos hacia Villa Montes. Los expertos, dos americanos y un suizo, especializados en el estudio de suelos, bosques y regadío, llevaban todo un pequeño laboratorio consigo que les servía para analizar en el mismo sitio las muestras y observar el territorio. Primero Boyuibe y luego Charagua, donde los vecinos nos invitaron a una fiesta con banda y "taquiraris" en medio de un patio rodeado de palmeras y que me impresionó de tal manera que infinitas veces he pensado en volver a ese lugar. Después Camiri y Cabezas.

A partir de ahí las cosas se complicaron de una manera que no estaba en el programa, porque cuando faltaba poco más de unos sesenta kilómetros para llegar a la ciudad de Santa Cruz cayó una intensa lluvia tardía que convirtió el camino en un solo pantano, en el cual las ruedas del camión se hundían hasta la mitad. En ciertos momentos éramos nosotros quienes empujábamos el vehículo, avanzando apenas unos centenares de metros al día por una zona sin habitantes y sin recursos. En las noches dormíamos encima o debajo de la carrocería y pronto se agotaron las provisiones. Hacía mucho calor y un día la ración de naranjas no alcanzó sino a una mitad por persona. Llevábamos en eso más de una semana y comenzamos a sufrir hambre. No podía cruzamos ningún otro vehículo porque todos estaban enfangados.

Después supimos que, mientras tanto, en la Cancillería y las oficinas de las Naciones Unidas en La Paz se produjo cierta alarma. No tenían ninguna noticia de nosotros y entonces otro grupo de expertos se trasladó a Santa Cruz para organizar allá algún tipo de ayuda.

Un día de esos vimos volar un avión que indudablemente se desplazaba en busca de algo, de nosotros. Bueno, propiamente no de "nosotros" sino de los expertos extranjeros. Si no hubieran estado ellos compartiendo esa situación tal vez habrían dejado que nos las arregláramos solos.

En eso, a alguien se le ocurrió extender un mosquitero en el suelo y con ramas verdes formar las letras ONU. El avión nos localizó, bajó a poca altura y distinguimos que el piloto nos hacía señas indicando que volvería. Como a las dos o tres horas oímos otra vez el ruido del avión. Descendió sobre nosotros cuanto le fue posible y lanzó unos dos o tres bultos. Eran alimentos, conservas, panes, carnes frías, que comimos ávidamente.

Al dejar de llover, el camino se puso de alguna manera transitable y así pudo llegar hasta nosotros un pick-up con cadenas en las ruedas y una huincha que se envolvía en los árboles para remolcar el camión detenido.

De Santa Cruz fuimos a Corumbá; desde San José de Chiquitos en el ferrocarril que estaba a media construcción. Al regreso, Cochabamba. En total 30 días de expedición que tal vez nunca hubiera hecho si no se presentaba esa oportunidad.

El último tren

Alguna vez dije que en 1951 nombrado primer secretario de la embajada ante la Santa Sede, con Alicia, María, Isabel y Mónica, tomé el "último tren" a Europa. Se necesitaba estar ciego para no darse cuenta de que la conquista del poder por el "movimientismo" era cuestión de poco tiempo más. Era evidente que la Junta Militar presidida por el general Hugo Ballivián no sería capaz de controlar la situación creada por la ruptura constitucional y la fuerza creciente de aquel partido. A propósito, corresponde decir que el poderío de un grupo político no está siempre de acuerdo con las condiciones morales de sus dirigentes. Alemania, uno de los países más civilizados y cultos del planeta, cayó en manos de una pandilla de malhechores encabezados por un paranoico, Hitler, y Argentina fue fácilmente llevada al engaño por un Perón y sus dos esposas. ¿Que se podía esperar del pueblo boliviano, con bajos niveles de educación y altos porcentajes de analfabetismo? No era difícil que fuera sojuzgado por un grupo de gente esencialmente oportunista. Constituía una presa ideal.

Durante las tres semanas que duró el viaje por barco de Buenos Aires a Génova, con diez días adicionales de etapa reglamentaria en Barcelona para pintar el casco del viejo "Cabo de Hornos", me preguntaba si el general Ballivián seguiría todavía en el poder. De todos modos, estaba ocurriendo lo que había querido con tanta intensidad: cruzar el océano Atlántico.

No había embajador de Bolivia en el Vaticano y sabía que mi calidad de encargado de negocios iba a prolongarse un buen tiempo. Después me enteré de que en un primer momento el cargo fue ofrecido al ex-presidente Mamerto Urriolagoitia en el momento en que entregaba el gobierno a la Junta. pero ésta pronto se dió cuenta de que el nombramiento sería impopular y decidió mantenerlo en suspenso, sin tampoco anularlo, para no romper la palabra dada.

En Roma tomamos un departamento en un edificio moderno, Via Monte Parioli 10. Más tarde nos hicimos pesar de la elección porque habríamos preferido vivir en la "vera" Roma, en una calle típica del centro, vía Marguta, por decir algo.

Como las misiones diplomáticas ante el Vaticano son esencialmente representativas, para cumplir mis tareas burocráticas me bastaba con ir en las mañanas a las oficinas de la embajada, en Lungo Tevere Mellini. Llegaba en diez minutos a pié atravesando la piazza del Popolo y muchas veces entraba a la iglesia de Santa María a contemplar siquiera por unos minutos el cuadro de San Pablo en el camino de Damasco, de Caravaggio. En las tardes tenía Roma a mi disposición, con sus tres estratos, imperial, del Renacimiento y moderno. Creo que no perdíamos un día. Eran años en que todavía no se habían desparramado por Europa los aluviones de turistas, ni se veían sus aglomeraciones sofocantes. Fue entonces que establecí relaciones perdurables con los artistas del Renacimiento italiano, Miguel Angel o Boticelli y conocí algo del mundo medieval del Vaticano. No olvido que en Roma de alguna manera

cambió mi vida y creo que pocas Cosas podrían traducir esa transformación como un sueño que tuve hace pocos años. Caminaba por la vía Sixtina, que partiendo de la plaza del Tritone llega a la iglesia de Trinitá dei Monti. Al llegar a esa altura ví que las gradas de la plaza España habían sido totalmente destruídas y ninguno de sus escalones estaba en su lugar. Entonces dije entristecido, casi con lágrimas: "Si la plaza España no existe, yo tampoco quiero vivir".

Me dí cuenta de que, como sucede con todas las ciudades, para llegar a comprender las verdaderamente es necesario conocer su pasado. Ni para qué hablar de la columna de Trajano, el Coliseo o la tumba de Adriano, sino de los palacios Farnese, Doria Pamphili, la ciudadela del Vaticano y tantas otras mansiones-fortalezas que hay en casi todas las calles de la ciudad antigua. Con razón Shelley escribió: "Oh, Rome country of mi soul".

En los primeros días de abril de 1952, llegó Enrique Baldivieso designado embajador ante el gobierno de Italia. Con él había tenido hasta entonces muy lejanas relaciones; conocía su vida pública y en Bolivia no pasábamos del saludo. Al ser recibido en Stazione Termini por el director del Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, se le anunció que presentaría sus credenciales diez días más tarde.

A eso de las 8 de la mañana del día 9, recibí un llamado de Associated Press: en Bolivia acababa de producirse una revuelta, se combatía en las calles y la situación era incierta. La noticia no me sorprendió en absoluto porque estaba persuadido que la caída de la Junta Militar podía producirse cualquier momento. De inmediato fuimos con Alicia al Hotel "Roma", donde estaban alojados los Baldivieso. Permanecimos tres días atentos a las informaciones de las agencias noticiosas, hasta que llegó el resultado de los enfrentamientos. Como otras veces — en 1943 el MNR llegó al poder con la RADEPA usando la deslealtad y la infidencia— ahora no estaba ausente la traición de uno de los hombres de mayor confianza del presidente de la república.

El día 12 de abril envié a la Cancillería boliviana un cablegrama con el texto siguiente: "Acabo de entregar archivo de la embajada al cónsul Enzo Cerlini", con lo cual de manera inequívoca daba por concluídas mis funciones.

Baldivieso presentó una renuncia de carácter formal, que le fue aceptada y decidió quedarse unos treinta días más para conocer Roma. Nosotros íbamos a Ginebra donde vivía mi hermano Alfonso como funcionario de la Organización Internacional del Trabajo. En ese mes hicimos con Enrique una cálida amistad; lo que más me gustaba en él era la poca o ninguna importancia que se daba, a pesar de haber actuado durante mucho tiempo y en primer plano entre los personajes de la política boliviana. Era tal vez muy débil para haber pisado ese campo tenebroso, donde su nombre y su prestigio fueron aprovechados por los pseudo socialistas de entonces. Siempre pensé que, en todo caso, tenía las condiciones requeridas para la diplomacia y que su verdadero lugar habría estado junto con los Ostría Gutiérrez, Finot, Alvéstegui, Guachalla, Anze Matienzo, Costa du Rels. Conversamos decenas de horas. Mostraba sentido del humor y entereza de ánimo, como si no hubiera sucedido nada, a pesar de que comenzaba una época de incertidumbre. Él regresó a Buenos Aires; cambiamos algunas cartas hasta que pocos años después, ya cuando nosotros vivíamos en el Perú, me llegó la noticia de su muerte.

No es necesario que el boliviano haya participado de manera preponderante o intensa en la política de su país para que un día —como si fuera una fatalidad— termine, preso o exiliado. En todo caso, ya no se trataba del destierro fácilmente soportable de otras épocas a un pueblito de provincia. No sé cuál de las Constituciones decía con penosa ingenuidad que durante la suspensión de garantías en un "estado de sitio", un boliviano sólo podía ser confinado a una provincia del mismo departamento y que no tuviera clima mortífero.

Con su trágico prelude del gobierno Villarroel, en 1952 los bolivianos comenzaron a padecer bajo el régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario una larga etapa de odio y crueldad, como nunca había sucedido en el pasado. Está probado que no querían hacer tanto una "revolución" como perseguir y destruir a quienes no pensaban como ellos. Aunque ese gobierno cayó en 1964, miles de bolivianos no regresaron nunca más al país. Así es el exilio con sus consecuencias imprevisibles. Se puede decir lo mismo que de las guerras, no se sabe cuándo terminan.

La experiencia personal en el exilio es por supuesto diferente, las circunstancias son distintas y el estado de ánimo con que se las afronta también. Cuando un mes más tarde, en mayo de 1952, nos reunimos en Ginebra con mi hermano Alfonso, nos pusimos de acuerdo en

que se trataba de un verdadero cambio (el cambio no quiere decir necesariamente progreso ni mejora) y convinimos en que muchas cosas ya no serían más en Bolivia como habían sido hasta entonces. Subía un gobierno con un apoyo que le aseguraba una larga permanencia en el poder y esta vez había que desechar la esperanza de todo exiliado: de que el régimen "caería el próximo año". Con mi hermano coincidimos de entrada en que esta vez el nuevo orden duraría muchos años, tal vez diez.

En Ginebra no había más bolivianos que nosotros y era por lo tanto un lugar ideal para no pensar ni hablar de lo que se llama "el país". Como mi destino no podía ser diferente al de los demás, las emergencias políticas afectarían por largo tiempo mi vida, aunque nunca esperé nada de aquéllas.

Durante los cuatro años que permanecí en Europa no varió en absoluto mi actitud porque no ví ni busqué y más bién eludí la compañía de compatriotas. Técnicamente no se trataba todavía del ostracismo, porque no hice en ese tiempo ningún intento de volver a Bolivia. Pero cuando quise salir de España, último lugar de mi etapa europea, y como mi pasaporte había perdido todo valor, hice pedir uno "ordinario" por medio de mi madre a La Paz. Por supuesto que se lo negaron. Éramos unos perfectos indocumentados.

Será porque me aburre mortalmente oír hablar tanto a los bolivianos de política que detesto el tema y rehuyo tocarlo. Como en un medio de exiliados, Lima, en este caso, donde me tocó estacionarme durante doce años, ese morbo se exagera de manera natural, mi repulsión fue equivalente.

Giovani Papini

En pleno invierno, en el mes de enero de 1953, viajamos con Alicia, mi hermano Alfonso y su mujer Enriqueta de Ginebra a Florencia en automóvil. Aunque esa no era la finalidad de la excursión, nos habíamos hecho la ilusión de intentar una visita a Giovanni Papini, cuyos libros conocíamos desde muchos años antes. Dos décadas atrás, Papini había producido un fuerte impacto en varios países latinoamericanos y en Bolivia la gente de mi generación se empeñaba casi con pasión en buscar sus obras.

Al hacer aquel viaje acababa de leer su **Michel Ange** en una traducción al francés y, como muchas veces, aprendí algunos párrafos, entre otros los referidos a la segunda "Pietà" de la basílica de San Pedro en Roma. "La virgen tiene su hijo sobre sus rodillas con la misma ternura que cuando él era niño, pero su rostro no tiene la alegría de entonces, y la mano izquierda, en lugar de hacer un gesto de ternura, está extendida en su costado, la palma abierta, como la de una mendiga que pide caridad. Cristo está muerto y parece que hasta el amor que une a los hombres con Dios está en suspenso e interrumpido, durante esta pausa de aparente abandono que se abre como un abismo, entre la crucifixión y la resurrección..."

Mientras tanto había leído varios libros sobre el Renacimiento en Italia, el de Jacobo Burckhart, Funk Bretano; conocí la vida de los Médici, siquiera unas seis biografías sobre Nicolo Machiavelo. Mucho tiempo viví impresionado sobre la historia de Lorenzacio y durante años, no sé por qué curioso mecanismo mental, instantes antes de dormir, pensaba de una manera automática en el busto de Bruto que está en el Museo Bargello, esculpido por Miguel Angel bajo la inspiración de Lorenzacio, el tiranicida.

Al llegar a Florencia alguien nos desanimó por completo de intentar ver a Papini, quien, recluso en un aislamiento sin excepciones, atacado por la ceguera y la misantropía, no recibía ninguna visita. Sin embargo, he pensado alguna vez sobre su reacción cuando el empleado le hubiera anunciado: "Señor, afuera hay dos bolivianos que quieren verle". Seguramente se habría presentado a su memoria la imagen de aquel boliviano imaginado por él mismo en uno de los capítulos de **Gog** que ante un conjunto musical inmóvil dirigía un concierto silencioso, tocado por ejecutantes sin instrumentos. Sin duda que le habríamos preguntado el motivo por el cual endosó a un boliviano la representación de un personaje tan extraño y fantasmagórico.

Mis relaciones con Miguel Angel comenzaron un año antes en Roma a través de la Pietá, del Moisés. Lía y Raquél de la iglesia de San Pietro in Vincoli, es decir los tres personajes de la tumba del papa Julio II, los frescos de la capilla Sixtina, pero fue el libro de Papini lo que me hizo amarlos. En Florencia ví el David, la tumba de los Medici, la Pietá de Santa María dei Fiori, conocí su ciudad, su tumba en el templo de Santa Croce, el palacio de Lorenzo de Medici, donde él vivió.

Cuando volví a Florencia 25 años más tarde, después de dejar mi valija en un hotel cerca de la plaza de la Señoría, como si tuviera miedo de llegar tarde a una cita pactada muchos años atrás, angustiado ante la idea de perderla, lo primero que hice fue ir a ver la otra "Pietà". "Este cuerpo que había encerrado un Dios y toda la esperanza de los hombres. Ahora no era sino un despojo sin vida, retenido apenas en su caída por algunas manos llenas de ternura". Eran las cinco de la tarde y me quedé en el Duomo recorriendo la iglesia donde un día fuera asesinado Julián y la sacristía en que se refugió su hermano Lorenzo, hasta que se cerraron las puertas y salí a caminar por las calles.

En Ginebra viví un año con mi pequeño clan de exiliados sosteniéndonos con trabajos ocasionales de corrector de pruebas de imprenta y de editor (en el sentido inglés de "revisor") en la Organización Internacional del Trabajo. En las tardes con la asiduidad que de un modo general ponen los europeos en sus propósitos, hacía intercambio de conversación con una mujer francesa, mayor que yo, cuyo marido sería más tarde rector de la universidad de Ginebra. Ella había publicado en un periódico un pequeño aviso en pos de una persona de lengua española con la cual pudiera practicar el idioma. Llamé por teléfono y acordamos encontrarnos unas dos o tres veces por semana en algún café y a veces en su casa, calendario que se cumplió durante un año completo. Más de una tarde fuimos al Bandhof, el café que acostumbraba frecuentar Lenin durante su permanencia en Ginebra poco antes de la revolución de 1917. Como el local se halla cerca de la universidad, era natural que a los estudiantes les gustara ir a ese lugar y tener el placer de sentarse en la misma mesa que el líder ruso.

La señora Graven es una mujer culta con quien nunca faltaba tema de conversación. Después nos escribimos durante mucho tiempo. Aprendí a no sorprenderme de los exóticos y extraños lugares de donde venían sus cartas —podían ser Pekín o El Cairo—, porque es una insaciable viajera.

Entonces surgió la posibilidad de un trabajo permanente en una agencia de la OIT en Sao Paulo. Brasil. Hice mi "aplicación" y fui nombrado para ocupar el cargo de oficial de prensa que debía comenzar diez meses después. "Sería deseable un cierto conocimiento del idioma inglés", me dijo el funcionario designado para dirigir aquella oficina. Como había tiempo por delante y la oferta era segura, pensé que lo más apropiado sería una permanencia en Londres para dedicarnos intensivamente a aprender el idioma.

Dejé Ginebra con cierta tristeza. Allí había asistido a varios cursos de la universidad para aumentar mis leves conocimientos de francés adquiridos durante la niñez en el colegio La Salle de La Paz y más tarde en la Alianza Francesa. Quedé impresionado por la formación de los profesores, aunque no se trataba sino de una docencia del idioma para extranjeros. Por su pasado, su silencio y sus calles antiguas, me daba la impresión de una ciudad rodeada de cierto aire de melancolía. Además vivíamos en el sector viejo de Ginebra, en la calle Vieux Collège, al pie de la catedral, cerca de lugares tradicionales, con el recuerdo de personas fuera de lo común, Rousseau, Mme. Stael, Lord Byron, Shelley, Bakunin, los emigrados rusos, los reformistas cristianos, que transitaban por esos mismos lugares.

Después de una etapa de dos meses en París, vino la experiencia de Londres y del pueblo inglés que me pareció el más civilizado del mundo, con un gran respeto hacia la colectividad y a las formas de vida adoptadas por la sociedad. Un ejemplo. Vivíamos en un "boarding house" y como todavía subsistía el racionamiento para varios alimentos, al final de nuestra permanencia nos sobraban una cantidad de boletos no utilizados; entonces ofrecimos obsequiarlos a nuestra dueña de casa, una inglesa de la clase media, quien no quiso aceptarlos porque no le estaba permitido disponer de víveres más allá del cupo legal, aunque nadie lo habría sabido.

Fuera del estudio del inglés, nos dedicamos a conocer la ciudad, la maravillosa National Gallery, que era nuestro lugar de encuentro y que habremos visitado unas veinte veces, la Tate Gallery, sus hermosos museos y dentro de nuestras limitaciones económicas, algunos teatros y salas de música.

Habíamos previsto viajar al Brasil en uno de los barcos que salen del puerto de Liverpool y llegan a Manaus remontando el río Amazonas en una travesía de un mes, con lo que cumpliría uno de mis fuertes deseos muy al estilo de las novelas de Emilio Salgari. Sin embargo, nuestro destino debía cambiar a último momento. Un mes antes de la fecha fijada para el viaje, recibí una carta de Ginebra: por reducciones presupuestarias se había acordado

suprimir la oficina en Sao Paulo. Los planes tenían que ser modificados radicalmente. Aunque en ese momento la supresión del puesto significaba tener que entenderme con la incertidumbre económica, nunca lamenté la cancelación del proyecto, sino que concluí por considerarlo como un hecho afortunado. Más adelante se verá el motivo.

Aquel momentáneo percance me trae a la memoria una historia que oí contar a mi hermano Alfonso. Un anciano chino en un hospital relató a un vecino de sala de enfermos, que un día encontró en el campo un hermoso caballo sin dueño. El oyente le dijo:

—Pero qué suerte tuvo usted...!

—No, no lo crea, contestó el anciano, porque tiempo después recibí una fuerte patada del caballo y tuve que ir a un hospital a curarme durante muchos meses en los que gasté todo el dinero que tenía...

—Oh, qué desgracia...!

—Bueno, hasta cierto punto, porque allí conocí a un hombre enfermo, muy rico, quien al irse me regaló una bolsa llena de monedas de oro.

—Pero, cuánta felicidad...

—Al comienzo yo también lo creí así, pero cuando salí del hospital unos bandidos me asaltaron, me quitaron las monedas y casi me matan a golpes.

—Qué penoso...

— o —

Si en ese tiempo alguna vez nos llegaba una noticia de Bolivia era para hacernos desistir de cualquier propósito de regreso; además no hubiéramos conseguido el permiso de ingreso. Las persecuciones y la violencia estaban allá en su punto más despiadado. Caían sobre personas que nunca habían tenido nada que hacer con la política y yo, innegablemente, tenía mi filiación, aunque el partido hubiera desaparecido. El pasado persigue a los hombres inexorablemente.

Teníamos una reserva de dinero que la administrábamos con suma cautela para hacerla durar el mayor tiempo posible. En ese momento el país que más se ajustaba a esa necesidad de economía era España y en toda la península la región de costo de vida más bajo era Andalucía. Nunca pude explicarme el motivo por el cual elegimos Málaga. Tuvimos, pues, que cambiar la proyectada ruta amazónica por el tren que sale de Victoria Station, de Londres, a la de Atocha, en Madrid. Aunque pasamos muy temprano por San Sebastián allá estaban Adela y Juan Peñaranda para un fugaz abrazo.

Old Spain

Trazada para cerrar el paso a la entrada del sol y atenuar las corrientes cálidas del África, con los muros separados apenas por una estrecha franja de sombra, la calle de la Pimienta está en el verdadero corazón del barrio de Santa Cruz, entre la Judería y Las Cadenas, por un lado, y los jardines del Alcázar por otro. Es una calleja de una cuadra con piso de ladrillo, entre blancas paredes de cal, por donde en los días calurosos de verano se deslizan unos pocos transeúntes. Como en Andalucía no hay nada más fuerte ni verdadero que el canto flamenco, a cualquier hora, podía ser de la siesta o del amanecer, en medio de esas paredes se levantaba el grito, el lamento de una copla.

En Sevilla se produjo el gran vuelco de mi vida. Allí, como de paso, nos detuvimos unos días y una tarde por curiosidad fuí a visitar al Archivo General de Indias, que contiene la mayor parte de la documentación española sobre las colonias en América. Conversé con el director José de la Peña y Cámara, quien me enseñó el catálogo correspondiente a la Audiencia de Charcas. Inmediatamente me dí cuenta que allí me esperaba una tarea.

Trabajé cerca de dos años en el Archivo a tiempo completo con grandes aunque decrecientes dificultades para leer la escritura de los siglos XVI y XVII. Sin experiencia en la investigación histórica. comencé a llenar fichas con datos sobre la historia de la ciudad de La

Paz en aquel último siglo. Al mismo tiempo, al regreso del Archivo o los días sábado y domingo iba escribiendo en mi casa las páginas de un libro con ese tema; un trabajo que contiene todos los errores de un principiante, aunque entonces ya contaba con 35 años de edad. Era un novato en la investigación, lleno de lecturas dispersas y con una cierta inclinación hacia la historia, pero sin ninguna idea acerca de la manera de escribirla y de los temas de esa época que eran de verdadero interés para el progreso de dicho conocimiento.

El hecho es que cuando dejamos Sevilla tenía una información adicional trasladada a fichas que después me sirvió para escribir **La guerra entre vicuñas y vascongados y El corregimiento de La Paz**. En otro lugar de estas memorias se halla el relato de cómo en Lima, en medio de las angustias del exiliado seguí la carrera de historia en la Universidad de San Marcos. Lo importante es que en el Archivo de Indias se definió mi inclinación hacia esos estudios.

Desde entonces, todo lo que hago, mis ocupaciones, nuevos amigos que no habría conocido por otro camino, la formación profesional lograda, mis viajes dentro y fuera de Bolivia, el dinero que gano, los grupos de los que formo parte como la Academia y la Sociedad Boliviana de Historia, la gente con la que me reúno, mi trabajo de profesor o de bibliotecario en la Universidad, son consecuencia lejana pero directa de aquel día de 1954 en que por primera vez ingresé al Archivo de Indias. De nuevo el barquito de Montherlant.

Cuando volví a Sevilla 25 años más tarde, con una emoción que ella debió advertir, dije todo aquello a la directora Rosario Parra. Lo que no mencioné fue que también regresaba a esa ciudad con la esperanza de encontrar a una persona que ya no estaba allá. Los árabes dicen que uno nunca debe volver al sitio donde fue feliz.

Los gitanos

Era tan barata la vida en España debido a su pobreza, más aguda que durante la segunda guerra mundial porque fue después de ésta que los países vencedores le impusieron duras sanciones por la colaboración del gobierno de Franco al Eje Berlín-Roma, que nuestro presupuesto alcanzaba no sólo para el sustento sino también para ir algunas noches a ver bailes flamencos y oír música gitana en el sótano del hotel "Cristina". Allí actuaba un conjunto cuya estrella era una mujer de unos 24 años, llamada Margarita de Mayo.

Como el hermético castillo que siempre fue España no había bajado todavía sus puentes, estaba a una incalculable lejanía de Europa. Era realmente el África, comparación que molestaba a los españoles, y los europeos comenzaban a descubrirla aunque muchos de ellos no cruzaban los Pirineos porque les disgustaba el régimen de Franco.

A pesar de que se trataba del primer espectáculo de Sevilla —había quizá otro más auténtico al fondo de Triana— eran muy pocas las personas que concurrían al sótano del hotel. Ese hecho facilitó nuestro conocimiento del grupo. Algunos de sus miembros no sólo venían a sentarse a nuestra mesa, sino que en las tardes antes de ir al hotel iban a casa a tomar unas copas de manzanilla. Poco a poco, a medida que frecuentábamos su compañía, fuimos conociendo la vida interna del conjunto, sus pasiones endógenas, sus emulaciones profesionales, sus amores y sus odios de verdaderos gitanos.

No había pasado mucho tiempo desde el fin de la guerra y las privaciones estaban en su punto crítico. No figuraba en los recursos de la gran mayoría de los españoles la menor partida para el dispendio. Era muy pequeña la clientela, que iba al "Cristina", como si se reuniera al llamado de una conjura venida quien sabe de dónde, a sentarse en la penumbra del "tablao". Waldo Frank ha dicho que la única danza clásica que existe es la española. En eso pensé, precisamente en Madrid, cuando un tiempo más tarde ví un conjunto de coros y bailes rusos. Estos tienden a lo acrobático, desenvuelven la agilidad, como una gimnasia vertiginosa, lograda a base de maestría y de un estado físico adecuado.

¿Cómo concebir, en cambio, que el profesor del conjunto del "Cristina" fuera un hombre cojo —sí, no hay equivocación, un cojo— el célebre "Realito", de unos cincuenta años y que sabía de baile flamenco más que nadie en Sevilla, el maestro sin igual, el Belmonte, el Manolete? El "Realito" tenía la más prestigiosa escuela de danzas y música más allá de la plaza de La Campana, en dirección a la Alameda de Hércules. Personaje de leyenda en toda Andalucía.

Curiosamente, completaban el grupo dos o tres hombres sentados en los extremos, inmóviles, hieráticos y solemnes, que no tenían ningún papel porque no cantaban, a ni tocaban guitarra y ni siquiera "hacían" las palmas, pero se los veía profundamente compenetrados con los demás, como si su ausencia fuera inconcebible, aunque al mismo tiempo parecía que no estaban allá. Nunca supe lo que o hacían, pero sin duda eran esenciales.

No creo que haya una compenetración más profunda entre el público y el grupo de "bailaores" flamencos, algo parecido a lo que sucede en esa otra gran fiesta española es que son las corridas de toros, donde el sufrimiento es como es partido por todos, así como la queja de la cantadora es como un sacrificio distribuido entre los demás, porque no es un canto sino un sollozo.

"El Gallo"

Cada tarde que íbamos a "Los Corales", el famoso y bar de la calle de Las Sierpes, veíamos a Rafael Gómez, "El Gallo", sentado en una mesa, rodeado de un grupo de acólitos y admiradores. El y Belmonte habían sido los "califas" de toda una época del toreo y ahora por lo menos en Sevilla eran los personajes más importantes, mucho más de que cualquier autoridad, ya fuera el alcalde de la ciudad o el cardenal, porque un tiempo en el ruedo habían hecho de verdaderos milagros.

Quién sabe por qué curioso azar, después de una temporada en Lima allá por 1928, Rafael Gómez llegó hasta las alturas de La Paz para una o dos corridas.

Una tarde decidimos con Alicia acercamos a él y por supuesto la conversación fue sobre sus recuerdos de Bolivia. Aquí, naturalmente, no hay ganado de lidia ni nada que le parezca y no sé de dónde conseguían los toros para las corridas que muy de vez en cuando se daban en La Paz.

"El Gallo" nos hizo el siguiente relato mientras sus admiradores no se perdían una sola palabra: "Dos días antes de la corrida fuimos a un campo cercano a La Paz y allí vimos unos toros que habían sido preseleccionados; se trataba de un ganado empleado en las inofensivas tareas de labranza, pero no había otros y después de observarlo un poco preferimos pensar que no estaba absolutamente mal.

"El sábado, un día antes de la fiesta —así llaman los españoles a ese acto trágico— subimos a la altura donde está el ruedo de la ciudad. Le dimos una mirada y con la gente de la cuadrilla volvimos al hotel. Recuerdo que la calle era bastante empinada; la estábamos bajando cuando vimos a dos indios, un hombre y una mujer, que arreaban un grupo de toros y entonces pregunté al empresario de qué se trataba. Él nos explicó: "Es el ganado que mañana van a lidiar ustedes" al principio creí que era una broma y mis ayudantes soltaron una carcajada. Nunca pensé que pudiera ocurrirme algo parecido en mi vida de torero, pero era la realidad", agregó riendo.

Cuando la aguja del marcador del dinero se acercaba a su punto rojo, vimos que había llegado el momento de despedirnos de España. Sin ningún remordimiento por haber consumido el pequeño capital del exilio, me acordé de aquella historia de John Steinbeck que transcurre en los años de la crisis mundial en 1929 en una granja de California, con unos trabajadores que ganaban apenas unos centavos de dólar por día y otros desocupados. Una noche a oscuras en la barraca común, cuando ya todos estaban tirados en sus camastros, uno de ellos contó:

—Una vez tuve cien dólares y los gasté en una sola noche...

—Pero, cómo pudo ser eso, salió una voz irritada, si ahora casi estamos muriendo de hambre...

—Lo cierto es que fui con los cien dólares a la ciudad con las calles hermosamente iluminadas y millares de automóviles, con distintas músicas que salían de varias casas. Delante de una puerta, una alfombra desde la acera y un portero uniformado que me invitó a entrar, seguramente porque se dió cuenta de mi aire desorientado. Adentro había bellas mujeres sentadas en las mesas, no diré que medio desnudas, sino mostrando ampliamente su cuerpo, otras bailando entre luces tenues, música que tocaba una orquesta, licores que no cobraban

por adelantado como sucede en nuestros bares. Rápidas confianzas, porque no era cosa de andar con rodeos y arriba unos cuartos donde uno podía llevarse cualquiera de las mujeres. Una de ellas vestida con un traje reluciente vino a mi mesa, se sentó en mis rodillas, bailamos, subimos al otro piso. Así fue cómo gasté los cien dólares.

—Pero qué irresponsabilidad... con eso podías haber vivido unos tres meses...

—Sí, me quedé sin un solo centavo, es cierto... "No fue la única vez en mi vida que tuve cien dólares juntos... pero de los únicos que me acuerdo hasta ahora, son de los que gasté aquella noche".

Algo parecido había sucedido con los dólares de España. A fines de 1956 tomamos en Cádiz el "Marseille", con destino a La Habana y México.

— o —

El libro **La guerra entre vicuñas y vascongados** escribí casi íntegramente en los 50 días de navegación entre Cádiz y Tampico. Éramos con Alicia y mi hija María (Isabel f Mónica estaban en Bolivia) los tres únicos pasajeros de ese viejo Liberty, saldo de la segunda guerra mundial, un carguero que no tenía ruta fija sino que iba dejando o recogiendo carga de los puertos que lo llamaban en plena navegación. Así tocamos Lisboa, Santiago de Cuba, La Habana, Miami, New Orleans y Houston, con estadías de tres o cuatro días en cada puerto. No podíamos pedir más.

Teníamos dos camarotes y en uno de ellos dispuse mis papeles, las fichas llenadas en Sevilla y mi máquina de escribir portátil. Me impuse un trabajo mínimo de ocho carillas por día, y que pude cumplir. En una tarea de tipo histórico cuando se tiene las fichas elaboradas y ordenadas la labor está prácticamente hecha, porque la redacción del texto es la parte más divertida y que me exige menos esfuerzo, como armar las piezas de un rompecabezas gigante.

El "Marseille" no tenía capacidad sino para 12 pasajeros y carecía de lugares de esparcimiento, salvo unas sillas plegables en la cubierta. Comíamos en una misma mesa con el capitán y tres oficiales, todos franceses. Más de uno tenía alguna experiencia que contar de la segunda guerra mundial, por haber servido en la armada de su país. El capitán, que actuó a bordo de un navío de guerra inglés, nos dijo que uno de los métodos más eficaces para derrotar a Rommel fue dedicarse a hundir exclusivamente los buques petroleros, dejando pasar libremente por el Mediterráneo a los que conducían tropas desde Europa. De esa manera, llegó un día en que a los alemanes se les hizo un problema gigantesco movilizarse en los desiertos del norte de África, desde Túnez hasta Tobruk.

Al llegar a Santiago de Cuba y divisar, antes que el barco atracara en el puerto, los colores agresivos y tropicales de los automóviles, sufrí el primer impacto. Indudablemente, ya no estaba en Europa, continente de la medida y el buen gusto.

En la etapa de La Habana busqué a Guillermo Francovich quien estaba allá como director de la Oficina Regional de la UNESCO y tuve con él, mientras nos mostraba la ciudad, muy largas conversaciones; hablamos ante todo, sobre los temas de su libro **El pensamiento boliviano en el siglo XX** (que se hallaba en las prensas del Fondo de Cultura Económica) y de mis trabajos en Sevilla.

Poco antes de llegar a Tampico, le hablé al capitán de mi tristeza por haber dejado Europa y todo lo que había aprendido a apreciar y querer. Tuve la respuesta más inesperada: el capitán nos ofreció llevarnos de regreso al Viejo Continente sin cobrar un solo centavo; pero era imposible aceptar el gesto. Las cartas ya estaban echadas. En el álbum de fotografías está una vista del viejo e inolvidable Liberty.

Coyoacán

Al terminar de leer un relato sobre la increíble novela que es el asesinato de León Trotsky, con Alicia, mi hermano Alfonso —quien era entonces director de la oficina regional de la OIT en México— fuimos un día domingo de 1956 a conocer la casa de Coyoacán donde 15 años antes había ocurrido la tragedia.

Trotsky, de quien había leído esa obra maestra auto-biográfica que es **Mi vida** y otros libros, atrajo siempre mis admiraciones. Era el intelectual, la figura brillante de la revolución bolchevique, amurallado en una posición ideológica pura y, por eso mismo, utópica. Había perdido la partida frente a Stalin, pero eso no iba en su desmedro. Se había convertido en el gran exponente del hombre perseguido, acosado y sin patria.

Aquel día, nuestro propósito llegaba simplemente a conocer por fuera la casa que el "Profeta Desarmado" convirtiera en una pequeña fortaleza. Nos llamó la atención que un hombre de la experiencia conspirativa y revolucionaria como era Trotsky, eligiera para vivir y protegerse de sus enemigos una zona entonces separada de la ciudad, en un descampado donde en caso de emergencia no podía esperar ninguna ayuda exterior. Un lugar ideal para un atentado.

Vimos las ventanas bloqueadas con ladrillos, dos pequeñas almenas con mirillas de tiro y una gran puerta de hierro. Parecía el decorado de un escenario teatral. Todo eso era tremendamente ingenuo, sobre todo si uno se ponía a pensar que había sido concebido nada menos que por el organizador del ejército rojo que derrotó a los invasores de 1919. Por una asociación de ideas, pensé en José Antonio Arze.

Sin embargo, fue Alicia quien se atrevió a tocar el timbre colocado al lado de la puerta. Nuestra sorpresa fue grande cuando al cabo de un rato apareció un hombre de unos 30 años de edad, pero ese asombro aumentó cuando nos dijo que era el marido de una hija de Trotsky y podíamos pasar al jardín. A ese mismo jardín donde el líder ruso cultivaba legumbres y criaba conejos. Me parece recordar que el hombre era español.

A un lado de la entrada vimos la placa que decía "Sheldon, murder by Stalin". Sheldon era el guardaespaldas que en el primer atentado fallido abrió la puerta a los atacantes dirigidos por Siqueiros y a quien Trotsky equivocadamente creyó leal. En el centro del jardín, una pirámide de cemento de unos tres metros de alto y en lo alto una bandera descolorida de la Unión Soviética.

Al fondo del jardín, cerca a las habitaciones donde un día Trotsky y su mujer se refugiaron para escapar del atentado de Siqueiros, vimos a una mujer anciana con un niño en los brazos. Era la viuda y el niño, hijo del hombre que nos hizo pasar a la casa. Estábamos fuertemente impresionados con las personas y cosas que veíamos y no en quisimos demorar sino unos instantes, porque percibimos que, a pesar del tiempo transcurrido, los habitantes de la casa daban la impresión de cierto temor o quizá se trataba simplemente de una idea mía, pero en todo caso me pareció una imprudencia tener el acceso a la casa tan fácil y abierto.

Más tarde, cuando ya habíamos salido de México, mi hermano pudo conocer de lejos en la cárcel al asesino, el misterioso José Mercader.

Después de haber vivido en México seis meses, haciendo los pocos intentos que estaban a mi alcance para obtener permiso de residencia y trabajo, decidimos el regreso a Bolivia, a cualquier albur. Durante ese tiempo en los Talleres Gráficos de la Nación me dediqué con asiduidad a aprender a manejar un linotipo, con la borrosa idea de que ese conocimiento pudiera servirme algún momento de un medio para ganarme la vida.

Se podrá conservar de México un recuerdo de sus paisajes, ciudades prehispánicas y coloniales, los pintores Rivera, Orozco o Tamayo, pero al mismo tiempo, una escondida xenofobia, gran hipocresía política, su sistema democrático con elector único, (el presidente de la república saliente), su moral colectiva disminuida. En eso había terminado la revolución con su millón de muertos.

Vicuñas y vascongados

Mi libro **La guerra entre vicuñas y vascongados. 1622-1625** adolece de todas las deficiencias de una obra escrita nada menos que en la cabina de un barco, en menos de dos meses y sin ninguna bibliografía a la mano. Estaba dominado por una prisa desesperada por terminar el trabajo porque un día cuando conocí en Sevilla a Lewis Hanke, me dijo que Gunnar Mendoza tenía concluido un estudio sobre el mismo tema y que se hallaba en prensa en Bolivia. Quedé anonadado. Creo que ninguna noticia más aterradora puede recibir un historiador. Además, se trataba de Mendoza, un hombre entregado desde hacía 20 años a esa clase de tareas, posesionado de un archivo muy rico y que debía contener amplia información sobre el asunto, mientras yo no era sino un principiante, un investigador que a pesar de su

edad estaba dando los primeros pasos. Seguramente no dormí aquella noche, pero no perdí la ilusión de poder adelantarme a la obra de Gunnar. En México corregí el primer borrador y después saqué una copia en limpio, pero en los seis meses que estuve en esa ciudad no podía siquiera pensar en editar la crónica de esa "guerra" tan apresuradamente escrita.

Acá debo decir que pongo el mayor cuidado y atención en corregir los textos y es la etapa que tal vez más me agrada. No exagero al decir que reviso mis escritos a través de una infinidad de repeticiones. Corrijo el primer borrador deteniéndome en cada palabra, buscando con ayuda de diccionario el término o el sinónimo que me parece más apropiado, suprimiendo las expresiones superfluas, o añadiendo las que hacen falta.

A propósito, muchos escritores tienen especial predilección por emplear de manera recurrente ciertas palabras de las que se enamoran. Podría mencionar con facilidad ejemplos concretos. Sé cuáles me gustan, pero son precisamente ésas las que uso con gran economía o las elimino del todo.

De ese borrador así corregido, saco otra copia a máquina, que someto a la misma tarea de revisión, como si fuera la primera vez que lo hago, línea por línea, párrafo por párrafo, volviendo muchas veces sobre el mismo texto. También pongo especial cuidado en no emplear palabras difíciles, sofisticadas u oscuras. Mi mayor preocupación es lograr que mis escritos sean claros y no ofrezcan ninguna dificultad de comprensión. Que lo logre o no es otra cosa. Será por eso que amo lo que se llama el claro espíritu francés. Me sucede lo mismo con la música; prefiero de manera casi excluyente la barroca, simple, clara y lineal.

Ni siquiera entonces considero terminado el trabajo tras esa segunda copia, sino que paso a máquina la tercera y última versión, para poder introducir aún en esa etapa las modificaciones que me parecen adecuadas. (Eso es lo que estoy haciendo, hoy 20 de marzo de 1985, mientras aviones del ejército vuelan para dispersar las concentraciones de los trabajadores mineros que quieren apoderarse de la ciudad e implantar —así lo han declarado por escrita— un gobierno "socialista"). Pero ni en tales circunstancias nada me es arduo o engorroso, sino un verdadero placer, el de escribir.

Podría parecer una disculpa de las deficiencias e imperfecciones, pero la verdad es que en cierto momento del trabajo la fatiga y el aburrimiento me instan coercitivamente a suspenderlo, cualquiera sea el estado en que se encuentre. Es cierto que hay que saber poner el punto final, porque sino sería algo de nunca acabar.

Aunque no se trata de "creaciones", en todo caso provocan diferentes grados de obsesión y cuando doy por concluído un escrito es como si en un proceso de catarsis me descargara de una idea fija y entonces el interés desaparece. A veces me llegan con posterioridad libros sobre el mismo tema abandonado, pero apenas los hojeo superficialmente. Así he olvidado a los "Esclavos" y los "Vicuñas". Podría enriquecer este último trabajo de manera sustancial con la documentación del Archivo Nacional de Sucre que tengo íntegramente en microfilm, pero no puedo vencer la idea anticipada del tedio y las cosas quedarán como están. "Esclavos" y "Vicuñas", seres intemporales de unas páginas apresuradas, sin aditamentos ni retoques.

Llegué a Lima con mi manuscrito después de haber tenido pesadillas con el trabajo de Gunnar Mendoza. Mi madre —que ponía todo su conmovedor cariño en mi Suerte— me mandó el temido folleto, porque para ella no había imposibles cuando se trataba de sus hijos. Ví que no era lo que pensaba y tanto me hizo sufrir. No consistía en un relato, en una historia, sino en un catálogo descriptivo de los documentos sobre esa "guerra" existentes en el Archivo Nacional de Bolivia. Comprobé además que, en el fondo, los papeles de uno y otro archivo, el de Sevilla y de Sucre, eran muy parecidos y complementarios, aunque Gunnar había dejado de lado los referentes a las causas del conflicto: la lucha por las alcaldías ordinarias en el seno del cabildo potosino entre los vascongados, detentadores de las minas del Cerro, y los castellanos, extremeños, andaluces, quienes se sentían despojados de ellas.

De ninguna manera fue una "guerra" sino, como la califica con propiedad Mendoza, una "guerrilla urbana" que se desarrolló en forma esporádica durante unos tres años. Pero de esta reyerta se hizo toda una leyenda y hasta ahora se sigue afirmando que se prolongó a lo largo de un siglo. Usé equivocadamente aquel término de "guerra" en el título del libro para identificar el suceso con el nombre más conocido, que he preferido no reemplazar por otro más apropiado en ninguna de sus tres ediciones.

En Lima a donde había llegado con la exorbitante cantidad de cien dólares, Amadeo Grados obtuvo un préstamo bancario destinado a la edición de 200 ejemplares y Aurelio Miró Quesada escribió el prólogo. Así llegó la emoción del primer libro. A los pocos días se publicó en el diario "El Comercio" un comentario largo y elogioso de Manuel Moreyra Paz Soldán y mi hermano me dijo en una carta que había tenido "la elegancia de escribirlo y editarlo en la época más difícil de tu vida".

Jouvet

A poco de llegar a Lima, Moisés Fuentes Ibáñez, que es residía desde hacía mucho tiempo en el Perú, me consiguió un puesto de reportero en el diario "La Nación". El trabajo consistía sobre todo en hacer entrevistas. Hice, por ejemplo, dos reportajes a Arnold J. Toynbee y eso me dio la idea de lo fascinante que debe ser el oficio de periodista en ciudades como Nueva York, Londres, París o Buenos Aires, en contacto con las grandes personalidades y asuntos del mundo.

En 1953 había leído en Ginebra en la revista semanal "Arts" un artículo de Jean Louis Barrault sobre la muerte de su amigo Louis Jouvet, su cedido no hacía mucho tiempo antes. Los dos quedarán para siempre en la historia del teatro francés y europeo. Relataba allí haber soñado y visto llorando a Jouvet por haber sido despedido de su teatro de París, el "Vieux - Colombier". Agregaba que como los sueños son generalmente un símbolo, tal vez Jouvet lloraba de verdad en alguna parte por haber sido echado de la vida.

Pasan unos cuatro años y Barrault llega a Lima con su compañía teatral y soy destacado por el periódico para hacer una entrevista al actor. Voy al Teatro Municipal y al terminar la función ingreso al fondo del escenario, "entre bastidores". Acaban de representar "El avaro", de Molière, y el grupo está todavía agradeciendo los aplausos del público. Me acerco a Barrault y cuando comenzamos con las preguntas de rutina me dice que el actor que más ha admirado en su vida ha sido Jouvet. Entonces le hago recuerdo de aquel artículo y le repito una o dos frases que estaban en mi memoria, como aquéllas del llanto. Advierto su sorpresa y tal vez su emoción al ver que en ese momento inesperado y en un lugar tan lejano y extraño como es el Perú, le hablo de una persona que tanto ha querido. Me pregunta quién soy y por qué circunstancias había retenido en mi mente aquella historia y ahí le menciono las películas "Hotel du Nord", "Entrada de artistas", "El muelle en las brumas", "Carnet de baile", pero no hay tiempo para más y debo despedirme. Conservo la fotografía de ese momento; él está con el traje del escenario.

Indocumentado

En 1955, cuando mi madre solicitó en La Paz un pasaporte para volver de España a Bolivia, porque el de carácter diplomático con el cual había estado apoyando mi identidad ya no tenía validez, la respuesta fue tajantemente negativa. Además nadie me aconsejaba que viniera a sufrir el clima de terror y violencia implantado en Bolivia. Dos años después desde México pedí a Walter Montenegro, que entonces trabajaba en la revista "Life" de Nueva York, que hablara de mi caso con Hernán Siles quien asistía a una asamblea general de la Organización de Naciones Unidas. La respuesta fue realista porque le expresó que mi regreso 'no sería prudente'.

Con su buen sentido del humor, mi hija Isabel tiene el criterio de que debería escribir a Víctor Paz una carta muy conceptuosa agradeciéndole porque su gobierno y el régimen movimientista me hubiesen impedido el regreso a Bolivia, pues en el destierro publiqué dos libros, obtuve un título universitario, mis hijas se educaron tranquilamente en un colegio y hasta pude ahorrar algún dinero. Le contesté que el propósito del gobierno movimientista no era precisamente el de favorecerme, sino el de hacerme la vida difícil y sufrir las penurias que por lo general implica la situación de un desterrado.

En todo caso era claro que en Lima habían terminado los despreocupados paseos por las galerías de arte de Europa, los trabajos morosos del Archivo de Indias, el placer de visitar ciudades desconocidas, caminar a la sombra de los muros del palacio de la Señoría. No era difícil darse cuenta que comenzaba el verdadero exilio.

Amadeo Grados Penalillo, con quien tenía una amistad nacida en La Paz muchos años atrás, me abrió campo en la revista "El espectador" dirigida por él. Se tratara de un semanario que llegó a sacar de manera angustiada unos treinta números hasta el día en que se decidió

suspender la publicación. Nosotros atribuimos la escasa acogida que tuvo la revista a la pésima calidad editorial de las instalaciones y preferimos retener esa versión, aunque tal vez la opinión de los lectores era distinta. Debo decir que en los doce años siguientes Amadeo Grados me lanzó más de un madero y así como estuvo a recibimos cuando llegamos al aeropuerto en 1956, el día del regreso a Bolivia, trece años más tarde, nos dimos un estrecho abrazo un instante antes de tomar el avión y dejar tierra peruana.

El mundo del silencio

Durante los cuatro años que vivimos en Europa sin tener ninguna obligación de trabajo, sino la que yo mismo me imponía, como la que cumplí en Sevilla, si algo hice fue visitar museos y galerías de arte. No diré sólo los grandes museos, como el del Vaticano o la Galería Borghese, de Roma, sino también otros que no están siempre en la ruta apresurada de los turistas, como el Doria Pamphili o, las pinturas de Santa María Novella.

Quizá al que llegué más veces, fue la National Gallery de Londres. Al final me di cuenta que sabía de memoria el orden en que estaban ubicados todos los cuadros, lo cual implicaba un cierto grado de compenetración con las obras de arte. A eso había ido a Europa. Wilde dijo que cuando los americanos buenos mueren, van a Europa.

Sin embargo, de una manera insólita mi gran y verdadero encuentro con la pintura no se produjo en Europa sino en Lima, al visitar en el Museo Nacional de Arte una exposición francesa de la Escuela de París, desde Picasso hasta Dubuffet, pasando por Derain, Matisse, en medio de un conjunto de doscientos cincuenta cuadros. Al ver apenas unos pocos me di cuenta de que como si el tiempo se hubiera detenido, quedaba absorto por la contemplación, como si en todo el mundo, en mi vida, en mis intereses, no existieran sino los cuadros que tenía delante. Era la primera vez que sentía tal fascinación, y no tenía ningún deseo ni fuerza para dar por terminado ese verdadero éxtasis. Miré las pinturas una por una, dos o tres veces, volví a comenzar por la primera como si acabara de entrar a la sala y dí varias vueltas. Se había producido la verdadera comunicación entre el arte y yo y quien sabe si no estaba poseído por la misma emoción del pintor. Me parecía tener una posesión absoluta sobre los cuadros, como si hubieran sido pintados exclusivamente para mí. Era como si, a pesar de la abstracción de la mayoría de ellos, entendiera de una manera total su mensaje y hubiera descubierto lo que el artista se propuso expresar, lo que yacía en su interior profundo. ¿Por qué había ocurrido el milagro? Nunca más se repitió.

— o —

No concibo una obra de arte que no llegue a generar emoción. Sin ponernos de acuerdo, con Walter Montenegro hemos conversado más de una vez sobre el tema; para él, por ejemplo, algunas obras de Juan Sebastián Bach se resuelven en un goce puramente mental. Para mí, si me gustan es porque me emocionan.

Será por mis inclinaciones a escribir que hallo en la literatura la mayor fuente emocional. Para no ir muy lejos y para citar un solo caso recuerdo que cuando terminé de leer **La reina muerta**, de H. de Montherlant, durante un viaje en avión entre Chicago y Denver, me conmoví profundamente. No era porque había sido asesinada la reina, sino por la forma en que ese hecho estaba descrito. Por muy cruel que hubiera sido el homicidio, no podía despertar en mí ningún sentimiento. Lo que realmente me sacudió fue la expresión literaria; es decir no me impresionaba el hecho, sino lo que se había escrito sobre él.

Me parece también cierto que sólo el drama, lo trágico, lo patético, la tristeza hacen surgir la emoción, ese vehículo mágico entre las cosas y la conciencia.

Otra cosa. No sé si será llevar al extremo mis ideas materialistas sobre la percepción artística. Muchas veces me he preguntado sobre el verdadero mecanismo del goce musical. Pienso que determinada masa de notas combinadas y agrupadas en tal o cual forma, con intensidades variables, y vibraciones especiales, excitan el oído en cierta manera produciendo aquel placer. Hay oídos más receptivos que otros y eso no puede deberse sino a una mayor perfección orgánica.

El periódico "La Nación" fue suprimido cuando Manuel Prado se hizo cargo de la presidencia de la república, pero casi de inmediato encontré trabajo en una agencia de publicidad. Estas tareas me llevaron por unos días a Iquitos, puerto peruano sobre el río

Amazonas, en medio de la última selva virgen que queda en la tierra. Me acordé de las lecturas de **La vorágine** y de sus frases que sabíamos de memoria y desde allá envié una tarjeta a Alfredo Otero, diciéndole al estilo de Arturo Cova que dentro de poco remontaría las aguas del río Putumayo.

De regreso a Lima, con Amadeo Grados fraguamos una información que aparecía como transmitida desde Iquitos por el corresponsal de "El Comercio" y la hicimos imprimir en la imprenta de un amigo como si se tratara de un recorte de prensa. El periodista boliviano Alberto Crespo se había internado en la selva y hacía ocho días que no se sabía nada de él. Las últimas noticias eran que a bordo de una lancha llamada "Luella" fue visto en una zona de indios salvajes omaguas. Amadeo envió el recorte a Alfredo con una carta: "Tu conoces a Alberto... siempre con sus ideas... no hemos perdido la esperanza de encontrarlo".

— o —

Ya no recuerdo con quién, porque de eso pasan muchos años, tal vez Jorge Delgado, conversé en Lima sobre André Malraux que estaba en esa ciudad en visita oficial como Ministro de Cultura de Francia. En otro lugar de estas "memorias" menciono mi relación con su obra.

Después de despedirme de Jorge Delgado esa noche en un bar de Lima, fui al hotel "Bolívar" donde se alojaba Malraux. Pedí un papel en la recepción y le dejé unas líneas. Por supuesto que no las tengo en la memoria, pero seguramente eran de gratitud. Alguna vez me pregunté ¿Las habrá leído? ¿Qué pensaría al recibir el mensaje de un boliviano?

Al día siguiente dio una conferencia de prensa en la que quedé impresionado no sólo por la elegancia de sus expresiones sino por la rapidez mental con que contestaba a las preguntas de los periodistas. "Aquí está —pensé— el hombre de la revolución china, el comandante de la escuadrilla "Francia" durante la guerra civil española, el jefe de un grupo de "maquis" contra la ocupación alemana en la segunda guerra mundial".

Jorge Delgado, un personaje que encarna en la vida real al despiadado Fiodor de **Memorias del subsuelo** de Dostoievsky, había cortado por lo sano al resolver no regresar más a Bolivia y mantener con sus compatriotas las menores e indispensables relaciones posibles. No he conocido a nadie —yo incluido— que renegara de la vida con más intensidad. Fue la primera persona a quien oí hablar sobre la inutilidad de la existencia humana y me acuerdo que cuando tratamos el tema yo no tenía argumentos para rebatir sus ideas. Fue como una lección cuyo sentido capté años después. Tenía un acre sarcasmo para todo lo que sonara a "ideales" y esas grandes palabras como la "amistad", el "amor" y el "patriotismo" sólo le inspiraban risa. No esperaba ni buscaba nada de nadie y a sus conocidos únicamente los soportaba con unas copas por medio. Su lealtad a esas certidumbres llegaba hasta el extremo de haber destruído toda conmiseración consigo mismo; sólo conocía el pesimismo y la amargura.

Me doy cuenta que estoy escribiendo de él en tiempo pasado, porque hace cerca de veinte años que no lo veo, pues toda vez que volví a Lima, eludí el encuentro y quizá no volveré a estar con él. La última vez que le busqué comprobé que se había ocupado de borrar sus propias huellas para que no lo encontrara nadie.

Al final de la década de los 50 trabajaba de día en un banco y en la noche en una agencia internacional de noticias, puesto que no le fue difícil conseguir por su excelente conocimiento del inglés, obtenido en las épocas en que la bonanza de su familia hizo posible su educación en un colegio de Londres.

Un día que hablábamos sobre Jorge Delgado y su desesperado pesimismo, un amigo suyo, exiliado boliviano en Lima, me contó la siguiente historia:

"En cierta época estaba yo frente a los graves problemas propios de un exiliado y no tenía dinero para pagar el alquiler de la casa ni la pensión de mis hijos al colegio; cuando la autoridad de inmigración me dio un último plazo para abandonar el Perú puesto que mis papeles no estaban en orden y no tenía un centavo en el bolsillo, fui a visitar a Jorge en su oficina de la noche. No iba a contarle mis desventuras sino simplemente a conversar para distraer de mi mente tanto problema. El se puso a hablar, andando de un lado al otro de la oficina, con el ruido del teletipo al fondo. Más que una conversación era un monólogo, porque la verdad es que tampoco le interesa mucho conocer la opinión de los demás; un discurso sentencioso, endemoniadamente lógico, casi irrefutable, sobre los temas que gustaba tocar, todos arrancados del absurdo de la existencia humana. Era como sufrir la peor de las torturas y

aprovechando una de sus pausas me despedí. Salí a la terraza donde da la puerta de la oficina, miré el cielo y las estrellas y levantando los brazos exclamé: "Dios mío... qué feliz soy"!

Aunque en cursos cercanamente distanciados, con Mario Lara estuvimos en el mismo colegio y años más tarde trabajamos una breve temporada en "La Razón", donde él tenía una columna diaria muy bellamente escrita, "Sucedió ayer". Llegamos a Lima casi al mismo tiempo y tocó enfrentar los problemas del exilio desde un mismo nivel de dificultades, comenzando por el más importante, la falta de trabajo. El ingresó a Publicidad "Causa" y qué hablaría de mí a los dueños, porque a los pocos días me hicieron saber que tenía allí un lugar.

En Lima vivimos en un mismo edificio, compramos juntos el primer automóvil, compartimos la playa, los cines, los mismos libros, aunque no la nostalgia de Bolivia.

En 1967 llegó como Embajador de Bolivia Franz Rück. Por cierto, no fue entonces que lo conocí, sino cuando entramos casi al mismo tiempo a la Cancillería, treinta años atrás. Tiempo de estrecha y calurosa amistad, aunque con intervalos de largas ausencias. Compañero de muchas horas diurnas y nocturnas, hubo épocas en que no pasaba un día sin que nos viéramos.

En el Año Nuevo de 1979. me hallaba en casa de Oscar Cerruto, cuando me llamaron por teléfono para avisarme que en plena fiesta Franz había muerto de manera fulminante. Para mí, fue una de esas muertes con las que se iba algo mío. Tenía una desbordante simpatía personal, que se imponía de entrada, una cálida humanidad y un pensamiento cuya sutileza me atraía. Dos años más tarde fui a visitar su tumba en el cementerio de Sucre.

Una historia chaplinesca

La actividad estable de Moisés Fuentes Ibáñez era algo así como la de oficial de informaciones de la embajada de Venezuela en Lima y cuando decidió abandonarla para viajar a Caracas, tuvo el nuevo gesto de amistad de ofrecerme el puesto.

Como no podía ser de otra manera, mis funciones en la embajada eran netamente administrativas e incluían sobre todo el cuidado e incremento de la biblioteca que llegó a tener unos tres mil volúmenes de bibliografía venezolana. Según el grado de confianza que de forma variable me daban los embajadores, me ocupaba de redactar alguna correspondencia e informes sobre asuntos peruanos que, por mis años de residencia en Lima, estaba en mayor aptitud de conocer que los funcionarios diplomáticos que cambiaban con frecuencia.

En 1959 se produjeron unas elecciones presidenciales y el escrutinio de la votación en cierto momento hacía prever el triunfo de la fórmula apoyada por el partido aprista que se hallaba en sus épocas de gran poderío. Poco antes de ser publicados los resultados —lo cual, dentro de los manipuleos característicos de la política latinoamericana, hace más fácil cualquier anulación— la fuerza armada en una rápida maniobra en la que estaba muy entrenada ocupó el palacio y tomó el poder a cuya cabeza se colocó el general Pérez Godoy. Así se interrumpía el proceso constitucional e instalaba un gobierno "de facto".

Algún tiempo atrás, el presidente Rómulo Betancourt había implantado la "doctrina" de su nombre, por la cual Venezuela no reconocía a ningún gobierno ilegítimo que fuera resultado de un proceso eleccionario. La doctrina bastante ingenua porque, por lo general el autor de un "golpe" meses más tarde convoca a unas elecciones en las que, por supuesto, es el ganador. Llegó un momento en debido a la aplicación de la "doctrina", Venezuela tenía relaciones con muy contados países latinoamericanos hallaba colocada en un virtual aislamiento diplomático.

La misma tarde en que se anunció el "golpe", llegó un cable de la Cancillería venezolana que instruía en los términos más perentorios a todo el personal regresar a Caracas "al día siguiente". Por sus vinculaciones especiales el Apra, Betancourt y su partido, Acción Democrática, tomaban el caso como una causa propia. Por algo los dos partidos eran socios del llamado "Club de Caracas".

De inmediato. el embajador general Rafael Pacheco as consideró el problema de la persona a quien encargar el cuidado de los bienes y propiedades de la embajada. Eran la residencia, el edificio de las oficinas, los muebles y dos lujosos automóviles Cadillac. Pacheco Vivas tenía muy escaso tiempo para pensarlo y preparar valijas y sin mayores trámites ni

formalismos me entregó las llaves "hasta algún día". A la mañana siguiente estuve a despedir a los diplomáticos venezolanos en el aeropuerto.

De esa manera quedé como responsable de los bienes de la embajada durante el año que duró la suspensión de relaciones. Permaneció también en sus funciones un grupo de secretarías, entre ellas una venezolana, Olga Lovera. Cuando le conté esto a Mariano Baptista me dijo: "Es toda una historia chaplinesca".

En horas extras, durante todo un año trabajé como "editor" de un programa de "preguntas y respuestas" que se transmitía por televisión auspiciado por Helen Curtis, una empresa industrial de artículos de tocador. Sólo se necesitaba responder acertadamente once preguntas para ganar un premio de tres mil dólares, al cual se añadían otros de pasajes a Europa o Estados Unidos, automóviles, mobiliario completo de una casa, etc.

Sin duda que mi tensión nerviosa era más intensa que la de los concursantes. El padecimiento consistía no en que aquél diera una respuesta correcta o no, sino en que la pregunta estuviera apropiadamente formulada, sin equivocaciones y no originara reclamaciones. Por otro lado, en medio de una vida sin muchas alternativas ni emociones, el trabajo halagaba mi vanidad entre las pocas personas que me conocían, casi todos exiliados bolivianos, porque me hacía aparecer como un hombre enterado de muchas cosas, que en realidad no sabía, sino las consultaba sobre todo en diccionarios.

El "editor" no conocía ni remotamente muchos de los temas propuestos: **La Ilíada**, el gobierno de un presidente, la segunda guerra mundial, la geografía del Perú, astronomía, el texto de **Los tres mosqueteros** de Alejandro Dumas, el desarrollo de un campeonato de fútbol o atletismo, los detalles de la pelea entre los boxeadores Firpo y Dempsey. Los problemas se presentaban cuando un concursante proponía un tema que yo aceptaba sin conocerlo y del cual existían pocas informaciones nítidas e indiscutibles, como fue el caso de la biografía de Fidiás, del cual se tienen no más de una docena de noticias fidedignas o San Pablo, de quien no se dispone sino los escasísimos datos contenidos en sus Epístolas. Ahí entraba la habilidad o la malicia del concursante.

No podía imaginar un trabajo de mayor Suspense. Cada viernes la voz del maestro de ceremonias, Pablo de Madalengoitia, anunciaba: "Son las nueve en punto de la noche y Helen Curtis pregunta por sesenta y cuatro mil Soles". Era el momento en que mi nerviosidad alcanzaba su unto más alto. Como entonces la televisión comenzaba a estrenarse en Lima el programa tenía gran audiencia y al día siguiente los periódicos daban noticias detalladas y, cuando contestaban acertadamente a las preguntas, los ganadores se convertían en verdaderos héroes que habían derrotado al editor.

En otra época, mi ocupación subsidiaria fue la de traducir cables de la Agencia France Presse al español. La tenía sus complicaciones porque la versión debía ser transmitida en forma instantánea y veloz. Un empleado puso una vez la palabra "encallar" en lugar de "acorderar" y como se trataba nada menos que del "Queen Elisabeth" al día siguiente se produjo en alguna parte una caída momentánea de las acciones de la empresa naviera. Es de suponer lo que le pasó al pobre traductor.

Alma mater

El encuentro en Lima con José Bertelegni se produjo una de las "esquinas" de mi vida. El llegó de la Argentina en los primeros años de la década del 60 a trabajar en la misma oficina que yo, Publicidad "Causa". Había estudiado medicina en Buenos Aires unos cuatro años, así como yo abandoné la carrera de Derecho en La Paz mucho antes. Nos recriminábamos sin atenuantes por no ser sino unos lectores asiduos, lo cual, al final de cuentas, no lleva muy lejos. Novelas, un poco de teatro, otro de historia, elementalidades de filosofía. Con eso nos creíamos personas aparte y convinimos que, en verdad, éramos unos conspicuos vagos aunque trabajáramos para ganarnos la vida.

Un día con José Bertelegni vimos la puerta abierta; la universidad. Sin pensarlo mucho fuimos a inscribirnos a San Marcos, que tenía un horario de estudios de 6 de la tarde a 10 de la noche o sea compatible con nuestro trabajo. Era el mes de mayo de 1963.

Cuando llegamos, encontramos que las inscripciones estaban ya cerradas, pero como nos habíamos estimulado intensamente, decidimos esperar hasta el año siguiente, sin desalentarnos por aquel tropiezo. El tenía entonces unos 34 años y yo 10 más. La dificultad no

fue un obstáculo sino un aliciente, porque desde ese día comenzamos a prepararnos para el próximo examen de ingreso en todas las materias, posibilidades y variantes, previstas e imprevistas.

El año 1964 rendimos el examen e ingresamos al ciclo básico de dos años de la Facultad de Letras. Estábamos dominados por una especie de desesperación por recuperar el tiempo perdido. Las clases se desarrollaban en medio una increíble inasistencia de los profesores, pues algunos días no aparecía ninguno en las cuatro horas. De todos modos, estudiábamos lo que se llama a conciencia, con grandes angustias y el terror del aplazamiento, lo que a nuestra edad habría significado un tremendo ridículo con discípulos que tenían veinte años menos de edad. Repasábamos los libros y apuntes hasta cualquier hora, allá de la medianoche o nos comprometíamos a estudiar de unas horas tan inverosímiles como las cuatro de la mañana, leíamos bibliografías que excedían a las fijadas los profesores, aprendíamos cosas que nunca nos iban a preguntar.

Hice con Bertelegni los dos primeros años; después siguió la especialidad de psicología y yo la de historia, cada uno tres años más. Recuerdo a todos mis profesores, algunos de ellos menores que yo, Pablo Macera o Carlos Aranibar; otros tal vez mis contemporáneos como Alberto Tauro, o Ella Dumber Temple y, bastante mayor, Luis E. Varcárcel. Sin duda un grupo distinguido de historiadores peruanos.

No se podía decir que la Universidad de San Marcos funcionara como un reloj. Parecía que se hubiera producido una pérdida de fe en alumnos y profesores y que el mal venía de muy atrás. En algunos casos la contrapartida de la inasistencia era la complacencia en las calificaciones. Luis E. Varcárcel tenía a su cargo la materia de prehistoria peruana y su curso estaba basado en su libro **Etnohistoria peruana**. Como casi todas las demás, eran lo que se llama clases "magistrales", en las cuales no había lugar para ninguna intervención ni pregunta del alumno. Ella Dumber, metódica y sistemática, enseñaba las instituciones coloniales o sea el derecho indiano. Alberto Tauro, serio y responsable, en sus clases no hacía trasuntar su tenaz pero inteligente posición marxista. Seguramente no era hombre de partido, ni participaba en la política, pero estaba compenetrado de la ideología. Era una lástima que su vasto conocimiento histórico no tuviera mucha relación con la materia que dictaba, "Interpretación de textos". Sin duda, un gran peruano, alejado de cualquier tipo de vanidad.

Pablo Macera vivía consciente de su papel de "maestro". Sus alumnos lo consideraban realmente tal, pues todas las noches un buen número de ellos, cualquiera que fuera la hora, esperaban que terminara sus clases para acompañarlo a su domicilio. En su casa fantasmagórica, de la cual alguien dijo que no tenía una biblioteca dentro de la casa, sino la casa dentro de una biblioteca, aguardaban pacientemente que él comiera, hablara largamente por teléfono y aun fuera y regresara del cine hasta que les expresaba sin ambages su deseo de irse a dormir. Algunos son ahora distinguidos historiadores, como Lorenzo Huertas, Wilfredo Kápsoli, Carlos Burga, Mauro Escóbar.

Macera era el niño terrible de la Carrera de Historia; desdeñoso de todo convencionalismo social e intelectual, conflictivo y caprichoso, con una inteligencia que hoy le ha convertido en una especie de oráculo del Perú. Invariablemente sus opiniones toman el sesgo inesperado de las cosas, a tal punto que un día declaró en una revista que el Perú era un burdel. Por supuesto medio país le cayó encima, pero un grupo de intelectuales salió en su defensa y aclaró el sentido de esas palabras. También Manuel Gonzáles Prada había dicho cosas tremendas sobre el Perú. Esto fue allá por el año 1978 y por fortuna la revista se publicó cuando él se hallaba ausente, precisamente en La Paz. Estuvo unos seis meses en Sucre trabajando en el Archivo Nacional, hasta que por unos motivos fútiles e injustificados se enojó con todo el país y con quienes le dieron su amistad y la mano, abominó de la Confederación peru-boliviana y más tarde declaró que Bolivia era un aliado "poco fiable". Cosas de él.

Aquella generación de catedráticos de San Marcos compuesta por Carlos Aranibar, tan brillante y talentoso como incumplido, Raúl Rivera Serna y otros que comenzaban la docencia universitaria (Sócrates del Villar y Gustavo Vergara Arias), es responsable del progreso del conocimiento histórico del Perú, con los criterios y metodología propios de la época, como no podía ser de otra manera. Exigirles más —algunos alumnos lo hacían— era caer en el más grave error en que puede incurrir un historiador: el anacronismo.

Un día a finales de 1980 recibí un mensaje de pocas palabras firmado por un grupo de historiadores reunidos en Arequipa para un simposio organizado con motivo del bicentenario de la rebelión de Tupac Amaru. Me imagino que uno de esos días se preguntaron ¿por qué no le

escribimos a Crespo? Eran Carlos Daniel Valcarce y Gustavo Vergara Arias, mis antiguos profesores; Miguel Maticorena, compañero desde los años de Sevilla y a quien no puedo ver sin que vibre mi afecto; Alejandro Málaga Medina, Eusebio Quirós, Manuel Jesús Aparicio, Juan Alvarez, Guillermo Galdos. Como dijo Félix Denegri Luna, cada vez que vinieron a La Paz me encontraron con los brazos abiertos.

Un mes más tarde estuve con todos ellos en Lima y Cuzco en un coloquio sobre el caudillo y al cual presenté un trabajo acerca de las "Armas que los rebeldes emplearon en el largo cerco de La Paz", de marzo a noviembre de 1781.

Vuelvo a Berdelegni; pertenecía a la inmensa clase media argentina y en Buenos Aires era una persona entre ocho millones de habitantes. Conocía los hechos de su país por los libros y periódicos y las conversaciones que tenía con sus condiscípulos de la universidad o los amigos del café. Aunque tenía explicables tendencias peronistas por haber vivido en la época del caudillo de octubre de 1945, nunca adhirió a ningún partido, ni asistido a una manifestación callejera, ni tenido complicaciones con la policía. No conocía en su país a ninguno de esos individuos que en Bolivia llamamos con tanta facilidad "personajes".

Cuando le conté mis experiencias políticas y policiales, y con un gesto que tal vez encerraba en el fondo un sentimiento de inutilidad me dijo que habría dado cualquier cosa por tener que contar algo parecido. "En cambio, me expresó, yo no he hecho nada".

Un día llegó a Lima Ricardo Anaya. Venía nada menos que de un viaje a la China comunista. Al decirle que comeríamos juntos en casa, Berdelegni perdió algo de su actitud displicente. Esa noche oyó inmóvil cuanto decía Anaya: episodios de su vida política, entrevistas y experiencias del viaje. Ricardo nos invitó a tomar el día siguiente uno de los famosos "pisco-sour" del Hotel "Maury". Allí siguió la apasionante conversación y en cierto momento Ricardo pidió al mozo la receta del brevaje para poder elaborarlo en su casa de Cochabamba. Al poco rato vino el mozo con un papel donde estaban registrados los ingredientes con las cantidades y proporciones necesarias.

Terminada la invitación nos despedimos de Ricardo en la puerta del hotel y, no sé cómo, se me ocurrió decir a Berdelegni lo siguiente: "La receta que entregó el mozo a Anaya no era la fórmula del pisco-sour sino un mensaje en clave, vaya uno a saber de qué organización comunista. Su venida a Lima ha tenido por único objeto recibir ese cifrado". No era difícil darse cuenta que mi revelación impresionó profundamente por unos instantes a Pepe quien pensó tal vez que como en el mundo de los conspiradores todo es posible, la policía podía estar siguiéndonos los pasos, hasta que vio que se trataba de una broma.

Años después de nuestra aventura universitaria. (los dos habíamos obtenido el título de licenciatura en nuestras respectivas especialidades), una vez que fui a Buenos Aires en 1977, localicé al compañero de entonces; comimos juntos y recordamos aquellos años de San Marcos, nuestras discusiones sobre el existencialismo, la teoría de los sueños de Freud, las lecturas concentradas de **La Iliada** y **La Odisea**, las personalidades de Héctor y Helena, la lógica simbólica o la prehistoria peruana.

En 1959 pasó por Lima Oscar Cerruto de un viaje a Europa y el norte de África.. No nos veíamos desde aquel lejano encuentro de Montevideo, aunque habla tenido la gentileza de enviarme un ejemplar de su libro **Cerco de penumbras** y conversamos unas horas en un bar hasta que tuvo que ir al aeropuerto. Uno de los temas, si no el único, fue el de Bolivia, entonces bajo la férula del MNR. Me dijo que la corrupción iniciada por ese partido era tan profunda y extendida que el país no se sacudiría de ella ni en unos cincuenta años. El grupo había sido capaz de llevar a cabo la transferencia de la tecnología del peculado en una escala tal que sería imposible desarraigarlo.

Los sueños

"Cuando el hombre piensa mucho en los sueños acaba por parecerse a ellos".

Proverbio malabar

Hace unos veinte años que comencé a escribir fragmentos coherentes de mis sueños, de las visiones que me asedian cuando estoy indefenso, con la conciencia dormida, en medio de situaciones que no puedo afrontar porque la voluntad se desvanece y me hallo a merced de designios inexorables y de hechos que no puedo modificar. Releer ese "diario" es como hundirme en mí mismo. Es en esa profundidad donde me encuentro como un ser a quien "le suceden" las cosas, en medio de una subjetividad intensa pero pasiva. Ese interés por tal registro surgió cuando era alumno en San Marcos y el profesor de psicología me señaló como trabajo práctico el tema "Los sueños según Freud".

Si hago una especie de evaluación de mis sueños, se descubre fácilmente que tres obsesiones dominan mi mundo onírico y quien sabe como reflejo de mi personalidad consciente: las mujeres, el temor a la violencia y los viajes que no llegan a realizarse.

A veces sueño con mujeres desconocidas o que he visto una sola vez y por quienes nunca sentí interés alguno. Pero uno nunca sabe lo que sucede dentro de sí mismo, como si el símil del "iceberg" ideado por Freud fuera cabal. Al contrario, mujeres a las que he querido no aparecen nunca.

La violencia está representada o evoca las querellas y enconos bolivianos, con toda su crueldad puesta al ser- vicio de fines miserables. Un tiempo el motivo era la guerra de Vietnam. Tremendos combates en las calles, de los que me salvara por esos milagros que sólo ocurren en los sueños. No puedo decir que no he viajado en mi vida, aunque lo hice menos de lo que habría querido; sin embargo otro tema es el del viaje fracasado, la imposibilidad que surge de manera imprevista el momento de partir. Me enredo en la escalerilla del avión o llego cuando el barco acaba de partir y desde el puerto lo veo alejarse desde mi desesperación y mi pena.

— o —

Después de muchos años de haber estado allá vuelvo a Sevilla para encontrar a una mujer que conocí en los días de España. Estoy caminando por la calle de Las Sierpes en dirección de la catedral. Oigo las voces sonoras de los españoles, los gritos de los vendedores de loterías; leo un cartel pegado en una pared anunciando la próxima corrida de toros. Reconozco muchas esquinas y casas que no veía desde 25 años. Dentro de la atmósfera incierta del sueño, temo que nada de eso fuera cierto, como si se tratara de un sueño dentro de otro sueño, y con el miedo de que todo se desvaneciera.

Llego a la esquina de la catedral y doblo a la derecha. Me encuentro en la calle Jimios, que me parece igual, sin cambios, desde aquel tiempo. Estoy frente a una casa que tiene la puerta y las ventanas cerradas, clausuradas, lo cual me produce una gran ansiedad y la sospecha de que no hubiera nadie adentro, aunque estoy persuadido de que allí vive la mujer que busco. Me fijo más: la casa está deteriorada, no hay ninguna luz en su interior y tal vez está deshabitada. Golpeo la puerta varias veces, pero inútilmente porque nada sale a abrirla. Me doy cuenta que alguien me ha derrotado y desesperado como un niño me pregunto ¿Para ésto he venido desde tan lejos? Hasta entonces ya ha anochecido; retrocedo unos pasos y llego a una pequeña plazuela donde veo un bar abierto. Entro y pregunto al dueño si conoce a una mujer que hacía muchos años vivía ahí cerca, en esa casa ahora cerrada. Me dijo que sí, que la conocía, a veces aparecía y entraba a la casa, pero no se sabía quién era. Me doy cuenta de que las huella-s están perdidas.

Formo parte de un regimiento de la Legión Extranjera francesa que avanza en medio de árboles hacia lo que se llama el frente de batalla. Llegamos a destino y participo en un combate con la idea de morir allí. Muero sin angustia, casi alegre, porque pienso que el motivo ha sido noble.

— o —

Estoy en Lima, en medio de una conmoción boliviana, que no me afecta de ninguna manera, casi ajeno al drama. Acompañado por Franz Ruck recorro algunas calles y después de evitar una baleadura me refugio en una casa antigua. Salgo por fin hasta los extramuros y veo en todas partes luchas y violencias. Regreso a casa y allí aparece una mujer.

— o —

Con Nicolás Ortiz Pacheco llegamos en tren a París. Estoy dichoso. Allí nos espera Ernesto Daza Ondarza, mi antiguo y querido amigo. Le digo que debo seguir viaje a Dinamarca. Ingreso a otra estación y veo un escuadrón de cadetes. Los sigo por unas gradas para tomar un tren, pero éstas se convierten en una escalera mecánica que funciona pero no avanza y me quedo en el mismo lugar con una gran tristeza.

— o —

En un aeropuerto, entre los pasajeros que esperan la llamada para tomar un avión con destino a Londres. Muy cerca veo a Sara Mansilla y la miro con ternura. Afuera están Juan Peña randa y mi hermana Alfonso, quienes han venido a despedirme. Avanzo hacia una ventanilla y Sara se esfuma. Sigo por unas escaleras y corredores interminables (símbolos de la imposibilidad y el fracaso) que no llevan a ninguna parte. Llego al final, pero el avión ya ha partido. No viajaré.

— o —

En la vieja ciudad de Ginebra encuentro a una mujer a quien invito a pasear en lancha en el lago. Al regresar y pasar por una tienda le regalo una casita de madera con la música de "El tercer hombre". La miro con más atención y pienso que tiene el rostro de una imagen de Boticelli. Pasan los años. Como no la he olvidado, desde Lima le envío mi primer libro, pero al cabo de mucho tiempo el correo lo devuelve con un sello que dice "Dirección equivocada". Digo a un amigo: "Es una injusticia. Hay millones de seres en el mundo y yo soy la única persona que la busca entre tanta gente".

— o —

Voy por vía Flaminia en Roma, desde la plaza Barberini hasta Trinitá dei Monti. Cuando me aproximo a la iglesia distingo sus muros con mucha claridad. Llego a lo alto de las gradas de Piazza Spagna y las veo completamente destruídas y digo en medio de un sollozo: "Si las gradas ya no existen, no quiero vivir más".

Es corriente que dentro de los límites de un mismo sueño se desenvuelva una historia completa, pero ya no lo es tanto que se desarrolle a lo largo de varios sueños, cada uno separado de otro por semanas o meses, conservando la secuencia de un relato más o menos coherente. Tengo una sola experiencia de esa clase:

Desperté una mañana recordando el sueño de esa noche. La protagonista era una mujer concreta, inalcanzable, pero, bueno, algo era estar con ella aunque fuera en ese campo tan extraño donde cualquier alucinación es permitida. Pasó un tiempo y la mujer volvió a aparecer y esta vez me miró de una manera tierna como si nuestra relación se hubiera estrechado. Sin embargo sólo podía estar con ella en medio de aquellas neblinas. No con la frecuencia que hubiera querido, porque allí uno no puede imponer su voluntad. Los sueños tienen su ritmo propio o no tienen ninguno y lo único que podía hacer era esperar que la visión surgiera cualquier noche. No podía citarla sino simplemente esperarla. "Así son las mujeres, pensé, vienen cuando quieren y cuando se las llama no vienen. Uno nunca sabe a qué atenerse con ellas".

Todo sucedía por supuesto en un mundo inaccesible para los demás, pero cuando despertaba después de "haber estado" con ella me sentía mordido por la tristeza, porque al final nada de eso había sido sino un sueño, o sea algo igual a nada.

¿Qué ocurrió en uno de esos encuentros? Estábamos caminando por la calle uno junto al otro y ella comenzó a apresurar el paso y alejarse, mientras yo quedaba parado en una esquina sin hacer ningún esfuerzo para alcanzarla, hasta que llegó un momento en que estaba muy distante como para poder seguirla. Entonces comprendí que todo había terminado: el amor y los encuentros.

17 años después

Mi tesis para optar la licenciatura en Letras, especialidad en historia, fue **El corregimiento de La Paz -1548 - 1600** escrita a base de la información obtenida en el Archivo de Indias. En cuanto terminé el trámite del diploma —la situación política en Bolivia ya había cambiado— con mi mujer y mis hijas volvimos a La Paz en el mes de julio de 1968.

Así terminaron 17 años de ausencia y de exilio, durante los cuales algún dios me guió de la mano. Pudieron haber sido años vacíos y estériles, pero las circunstancias me ayudaron desde aquel día en que crucé el alto y pesado portón del Archivo de Sevilla. En Lima publiqué, fuera de **La guerra entre vicuñas y vascongados, la Historia de la ciudad de La Paz -Siglo XVII**. Me sostuvieron curiosos hechos fortuitos, algunos ocurridos sin mi voluntad, como el encuentro en Lima, debido a una preocupación de amistad de Mario Lara, con Álvaro Florez - Estrada, un español gerente de Publicidad "Causa", quien me dio su amistad y ayuda más allá de las palabras.

Casi literalmente al día siguiente de que el rector de San Marcos Luis Alberto Sánchez firmara mi diploma, tomé el avión de regreso a Bolivia. Lo habría hecho de cualquier manera, pero fue un amigo, Mario Estenssoro, quien facilitó el retorno porque su primer acto como ministro de Cultura fue, sin que mediara ningún pedido ni insinuación mía, crear un ítem en el presupuesto para que al llegar tuviera un apoyo económico.

El cargo no tenía funciones definidas y para asegurar mi aceptación, fuera de la nota de carácter oficial, encomendó al Subsecretario Raúl Mariaca una tarea de convencimiento en una oportunidad en que éste pasaba por Lima. No era necesaria, porque era lo que más quería. No olvido nunca lo que Mario hizo por mí.

Como sucede casi siempre, el veneno de la memoria acumulado en los años de ausencia había llegado a hacerme olvidar o atenuar el recuerdo de los infortunios, la pobreza y el atraso, la crueldad de la política, que pesan sobre Bolivia y la evocaba siempre con matices de nostalgia —alguien ha dicho que la palabra nostalgia es muy débil—. Al cabo de tanto tiempo se había convertido en un ente ideal y puedo decir que contaba los días que faltaban para el momento del regreso. No concebía para mis hijas otro destino que el de bolivianas, por amargo que fuese.

En el aeropuerto estaba Mario esperándonos. Con él habíamos establecido una estrecha relación en Lima donde venía a casa una vez por semana a conversar en las noches. Añoraba Bolivia y cualquier rato por ahí saltaran sus "saudades" de Tarija, la evocación de los amigos, las remembranzas de cualquier pueblito perdido de la patria.

El ministerio contaba con un relevante grupo de funcionarios. Fuera de Mariaca, inteligente y lúcido, ocupaban los puestos directivos Renán Estenssoro, Teresa Gisbert, Juan Siles Guevara, Gastón Bejarano. Debo confesar que de inmediato me sorprendió comprobar en Mario una aptitud ágil y pragmática para encarar sus responsabilidades, cosa que no siempre se espera de un artista. Pero a los pocos días y con gran pesar mío, envuelto en una recomposición ministerial, dejaba sus funciones. Sin embargo, hubo tiempo de llevar a la realidad una iniciativa de Juan Peñaranda Minchin, la de crear el Fondo Nacional de Cultura.

Después se sucedieron dos ministros en pocos meses, entre ellos un general de ejército. Con la presidencia de Luis Adolfo Siles, vino Walter Montenegro, quien me nombró Subsecretario. De inmediato pusimos manos a la obra dando impulso al funcionamiento del Fondo. Se obtuvo algunos aportes privados que permitieron editar en pocas semanas el libro **Museos de Bolivia** de los esposos Mesa-Gisbert y se comenzó a imprimir una biblioteca boliviana compuesta por diez volúmenes, de los cuales llegaron a ser trabajados en la imprenta **Castalia Bárbara**, de Ricardo Jaimes Freyre; **Anales de la Villa Imperial de Potosí**, de Arzáns de Orsúa y Vela y **La Audiencia de Charcas**, de Gabriel René-Moreno, en texto completo y presentación pulcra. Los diez volúmenes serían vendidos al público en un equivalente de dos dólares y medio.

Sabiendo lo poco que duran las cosas en Bolivia, para evitar cualquier malversación se adquirió el papel suficiente y la cartulina para la carátula para una edición de cinco mil ejemplares de cada obra. Pero ni esa precaución fue suficiente para impedir la depredación, porque cuando se produjo el "golpe" del general Ovando, la biblioteca fue interrumpida y el papel empleado por el nuevo ministro en la impresión de panfletos ditirámicos del militar de turno. En cuanto al dinero depositado en una cuenta corriente bancaria, nunca se supo su destino.

Seguramente el error estuvo en colocar el Fondo bajo la dependencia del Estado, cuando debió tener un carácter privado, lo que lo habría salvado del zarpazo gubernamental.

Fue durante la gestión ministerial de Walter Montenegro que por mi iniciativa (la expuse temerosamente en una reunión, con la luda de que tal vez se trataba de una idea absurda) se acordó trasladar las actuaciones de la Orquesta Sinfónica Nacional a las iglesias de La Paz. Debido a la contratación de un entusiasta y voluntarioso director y una decena de buenos ejecutantes extranjeros, la Orquesta alcanzó un nivel que nunca tuvo después. Fue su época de oro y eso se debió a los esfuerzos de Mario Estenssoro y Renán Estenssoro.

Con una publicidad adecuada llevamos la Orquesta a templos de distintos barrios populares como San Pedro, San Francisco, La Recoleta, Miraflores, Cristo Rey. Desde un primer momento los conciertos atrajeron cantidades de personas en número inesperado y vimos que cumplían su finalidad más allá de previsto, porque era la primera vez que se ofrecía música culta en forma gratuita a los pobladores de esos barrios. Mujeres ancianas, niños, soldados, obreros, en fin gente que nunca había visto un conjunto de esa clase. Una hora antes del tiempo anunciado, los escaños, coro, púlpito y hasta las gradas de los altares estaban repletos. La atención era absoluta y cuando terminaba el concierto gran número de asistentes se quedaba en la iglesia esperando que salieran todos los músicos para seguirlos como a seres extraordinarios hasta la puerta del templo, observando con una concentración total un oboe o el contrabajo que quizá nunca habían conocido y cuya músicas captaban y comprendían quién sabe con cuánta intensidad.

Otra historia de aquella época. Seguramente pasaron varios días hasta que un empleado del Ministerio advirtió la presencia reiterada de un indio, un campesino, que buscaba algo que no se atrevía a pedir. Se le hizo algunas preguntas: era poblador de un lugar cuyo nombre nunca había oído: Callapa, a orillas del río Desaguadero.

El pueblo tenía una iglesia y los campesinos querían establecer algún tipo de protección para sus cuadros y ornamentos, pues hasta ellos habían llegado las noticias de los repetidos y constantes robos a los templos de todo el país. Con esa tenacidad propia de los aimaras, fue hablando con un empleado tras otro, subiendo lentamente los escalones del aparato burocrático, hasta que impresionado con su insistencia hablé con Teresa Gisbert y José de Mesa y fijamos una fecha para ir a Cal lapa. El indio se nos adelantó unos días para llevar la nueva a los vecinos. No recuerdo qué sucedió a último momento, algún percance ajeno a nuestra voluntad y no pudimos viajar en la fecha prevista. Imaginé el drama de los habitantes. Nos esperarían en la plaza con algún agasajo preparado, unas botellas de cerveza o algo por el estilo, Como ellos acostumbran. Pensé con pena en su desconcierto al no vernos aparecer y quedé con la conciencia negra.

A los tres o cuatro días hicimos de todos modos el viaje. Vimos al corregidor, dimos las excusas del caso y visitamos el templo. Tenía una importante grandeza, las paredes totalmente cubiertas de óleos de la colonia y los muros de la sacristía con pinturas de hechura muy fina. ¿Qué podíamos hacer desde un Ministerio sin recursos, sino expresar a los pobladores un vago interés por ayudarles en la protección de su riqueza? El templo seguía incólume y más de una vez pensé con temor que sería un próximo objetivo de los saqueadores de cuadros. Al final, salvo a pocas personas sin autoridad, les interesa su preservación. Un día de mayo de 1983 leí en un periódico la noticia del robo de ocho cuadros.

Los viajes a Callapa me hicieron concebir la idea de intentar la navegación entre el lago Titicaca y el Poopó siguiendo el curso del río Desaguadero. Los habitantes del lugar nos dijeron que en cierta época del año eso era posible. Con un grupo de amigos estuvimos dándole vueltas a la idea pensando en lo bello que sería hacer la travesía en unos tres días, durmiendo en las noches a orillas del río, en una de las más extrañas navegaciones imaginables por una región recóndita y desconocida del planeta.

Sobre la desaparición de la riqueza artística tuve por entonces otra penosa experiencia, durante un recorrido organizado por Cultura Hispánica por cinco pueblos del altiplano paceño. El guía era José de Mesa y la excursión se desarrolló normalmente por Calamarca y Sicasica hasta que de regreso llegamos a Ayo Ayo.

En el atrio, Mesa hizo una descripción erudita de la historia y las características arquitectónicas y ornamentales del templo. El altar —fotografiado por él unos años antes— procedía del siglo XVII y había sido trabajado íntegramente en plata, de dos metros de base por tres de altura aproximadamente; una de las bellas y valiosas reliquias del patrimonio artístico colonial. Terminada la explicación Mesa dijo: "Ahora vamos a contemplarlo". Se abrieron las puertas y el grupo ingresó a la semioscuridad de la iglesia. Andaba un poco retrasado pero oí lo que más que una pregunta era un grito: "¿Qué es del altar?". No estaba ahí, ni había rastro de él.

Por ahí apareció el cura, un español que en las primeras palabras que pronunció hizo ver que se trataba de un sujeto ignorante e insolente. Hacía poco el altar había sido vendido por fracciones a los plateros del pueblo de Umala para la fabricación de cucharillas o cualquier otro cachivache.

Desde entonces, como todos los bolivianos, he asistido al continuo saqueo de las iglesias. En muchos casos la complicidad, cuando menos personal, de los curas es indudable. Sucede aun en casos en que se tiene las huellas digitales o los indicios definitivamente acusadores, pero el temor a la iglesia detiene las averiguaciones y, en el fondo de las cosas, a nadie le importa lo que sucede. Como en el caso del museo de San Francisco de La Paz, de donde desaparecieron más de cuarenta cuadros en una sola noche; el robo habría sido imposible sin la ayuda interna, pero ni siquiera se inició una pesquisa. Todavía comprendería que el altar de Ayo Ayo hubiera sido exportado íntegramente a un museo de cualquier otro país, porque de esa manera por lo menos habría conservado su identificación boliviana, pero venderlo en pedazos duplica el crimen.

Alberto Trujillo

Durante muchos años sólo tuve noticias muy vagas de él, quien se fue a París sin un objetivo muy claro. Con una beca que le consiguió la socialista argentina María Rosa Oliver, allá por 1947. Nuestra ausencia de Bolivia fue casi simultánea. Para mí no fueron cien años de soledad, sino veinte, pero fueron. Pensaba que nada más honorable podía sucederme que ser exiliado. Pudieron haber sido muchos más años, pero estoy seguro que no habría pedido cuartel. No quería privarme de ese orgullo, aunque el partido ya no existía. Era una causa honesta, pero perdida, quizá precisamente por eso. Mientras tanto, como las cosas hay que pagarlas de alguna manera, me había convertido en un hombre sin filiación, en un indocumentado, como se diría ahora, pero dueño de algo que nadie podía arrebatarme, mi soledad. En francés la palabra es todavía más patética: la **solitude**.

Era casi imposible que me llegaran noticias de Alberto Trujillo, porque durante esa época pasaba mucho tiempo, a veces meses seguidos, sin ver a ningún compatriota que pudiera informarme sobre él y además yo andaba dando vueltas de un lado para el otro, sin domicilio fijo, entre Roma y Sevilla. Para él fueron veinte años de París, de universidad, de profesor de colonias escolares comunistas, recolectando y vendiendo papeles para subsistir en las malas épocas. Era París con las chicas de la Sorbona, del "boulevard" de Saint Michel, sus "bistrós" con manteles de papel, donde él solía trazar las líneas de una estrategia callejera de las luchas en que había estado comprometido, cuando el partido era todavía una esperanza, antes de que se disolviera, allá por los años 50.

Pero ¿qué se podía esperar de una persona como él? Era curioso; cuando nos vimos y conversamos en un café de París, hasta las cinco de la mañana nos pusimos de acuerdo en el orgullo que representaba haber sido derrotados. Yo, siempre con mi manía libresca, recordaba la frase de que la única tristeza era la del vencedor, lo cual encerraba una ingenuidad, porque los que nos derrotaron eran unos vulgares oportunistas. Pero en todo caso, la frase debió escribirla algún antihéroe. Como nosotros.

Siempre me atrajo la originalidad de su expresión, sus criterios que no coincidían con los de nadie, el patetismo de sus relatos, sus arbitrariedades. Estuve preso con él en el cuartel del regimiento "Calama", en año 1945, en los peores días de la violencia radequista, y a donde llegué cuando ya le habían hecho ingerir una dosis de aceite de automóvil.

Cada tarde, un grupo de sus alumnos de la escuela "Agustín Aspiazú" llegaba hasta el cerro escarpado, casi pegado al último patio del cuartel. Desde allí lo llamaban: "Señor Trujillo, señor Trujillo!" Entonces se quitaba la camisa y con el torso desnudo salía al patio y desde allí saludaba a los muchachos con el puño en alto. Para ellos debió convertirse en un ser de leyenda.

Nos despedimos aquel amanecer en la puerta de La Capoulade. Podíamos no haberlo hecho y seguir vagando, por los cafés y las calles de París, porque nadie tenía planes fijos, ni dónde ir, ni puertas qué tocar, o tal vez, como escribe Proust, puertas que no dan a ninguna parte.

Veinte años más tarde, nuestro regreso a La Paz coincidió con una pequeña diferencia de meses. ¿Qué eran unos cuantos meses en medio de tanto tiempo? Cuando llegó le gustaba contar a sus amigos, porque eso le daba drama a la versión de su exilio, que en París se dedicó, entre otras cosas, a recolectar papeles. Mientras tanto, un poco por farsante y otro para no quedarme atrás, decía que en esa misma época me ocupaba de guiar turistas en Venecia y entonces describía todo el recorrido con su retahíla de nombres fantasmagóricos, la plaza de San Marcos, la estatua de Bartolomeo Colleoni, los caballos de Oro, el "ospedale de la Salute".

Pudo ser por pose. El hecho es que además de unos trajes nuevos, Alberto Trujillo trajo a La Paz el hábito muy europeo de ir a determinada hora de todos los días a un bar que quedaba en El Prado y que ahora ya no existe, a leer el periódico, escribir alguna carta, conversar con los amigos, evocar el pasado, discursar sobre las tácticas callejeras o el motivo verdadero del fracaso, que todavía nos tenía envueltos en una especie de estupor. ¿Por qué el partido había perdido? ¿Se trató de una ideología prematura?

Ahora volvía en cierta forma vencido, aunque nunca había admitido la derrota, sino en forma provisoria. Pensaba que eso sucede sólo cuando ya no se tiene voluntad para luchar, como el Viejo de Hemingway en "El viejo y el mar". Pero quizá había algo peor, porque pronto se dió cuenta de que ahora en La Paz nadie tenía interés en perseguirle, a él, de quien los agentes de la policía en una época tenía grabado su "identi-kit" en la mente. Que conocían de memoria sus refugios y sabían con quienes solía andar, en ese tiempo en que sólo podía salir en las noches a la calle, por las alturas de San Pedro, por los recovecos del barrio de Chocata, cambiando de casa para dormir, a fin de poder ocultar su figura alta y enjuta. Ya no tenía li muchachos a quienes poder saludar con el puño. Esa tal vez era la verdadera derrota. Haber expuesto la vida, conocido la prisión, el aceite, veinte años pensando en París que si volvía la policía le esperaría con las esposas listas al bajar del avión y que ahora esos temores terminarían en el bar con la pregunta impersonal y atenta del mozo: "Qué le sirvo, señor?" Como no había **pernaud**, ni siquiera un vino Beaujolais de batalla, como en París: "Una cerveza, por favor", Porque, eso sí, era lo que se llama un hombre bien educado, sobre todo con ciertas personas a quienes ciertas personas acostumbran a mirar muy de arriba.

Todos los días, a eso de las seis de la tarde, yo estaba seguro de encontrarlo en la misma mesa, porque para un rito no se puede cambiar de ara. Ahí estaba con su botella de cerveza y su "Ultima Hora" y a veces Con el último número de "Le Monde". Podía hacer eso y también más, ahora que nadie le buscaba y que ni en la misma policía habrían podido dar razón de él, porque ya no figuraba en ningún registro de los políticos peligrosos y la tarjeta de su filiación había sido destruida por inservible. Eso era como un fracaso. Sin embargo, al salir del bar, no podía dejar de mirar recelosamente, a un lado y otro, por si acaso. A pesar de todo, uno nunca puede estar seguro con la policía. Quien sabe si no se habían estado haciendo los de la "vista gorda", para hacerle cobrar confianza y después atraparlo más fácilmente.

No era yo la única persona que iba al bar en su busca, sino también uno que otro amigo de aquel entonces. Los de las reuniones secretas, no diré de las esperanzas, sino en todo caso del pesimismo. Tal vez por eso fuimos derrotados y era, quizá, lo que en el fondo se quería. Borges y dijo que un caballero sólo puede pertenecer a una causa perdida. Su conversación era el gran atractivo, su desmesura, el patetismo con que contaba las cosas, su humor negro, sus historias inverosímiles, sus odios no extinguidos. Nunca he conocido un narrador más absorbente, aunque fuera al mismo tiempo un conspicuo fablista.

Cuando regresó a La Paz, a fines de 1968, fue porque su madre, Viviana, estaba enferma. La dolencia fue larga y el terminó con la muerte. La casa se hallaba al final de la avenida 20 de Octubre y al comienzo de la región de Kantutani, medio colgada en lo alto de una pendiente que caía sobre un riachuelo. La tarde del entierro llovía con la fuerza de los aguaceros paceños. Con Rolando Costa Arduz y que José María Alvarado sacamos el ataúd en hombros haciendo grandes esfuerzos para no resbalar y caer sobre el barro y los charcos, hasta el lugar donde esperaba el coche funerario.

Aquí, como entre paréntesis, es indispensable decir que Alberto Trujillo, con sus posiciones tan radicales, sus opiniones tajantes, tan de lobo estepario, como aquella que tuvo cuando un antiguo amigo le propuso con todo respeto que se tutearan, él le contestó: "Lo siento, pero eso no es posible, porque usted pertenece a una clase social superior", había provocado distanciamientos casi irreparables que no se preocupaba en hacer desaparecer o acortar.

Esa tarde, en el entierro, mientras compartía con los otros amigos el peso del ataúd, en un lugar un poco distante de la senda por donde debíamos pasar, reconocí a un antiguo militante de la época de las catacumbas y las persecuciones, y me acordé que pertenecía a la célula "Bartolina Sisa" que tenía su centro de operaciones nocturnas y clandestinas en esa pequeña ciudadela que hasta ahora se conoce como "Garage Romero". Allí estaba inmóvil, hierático, tal vez conmovido, pero sin saber qué actitud tomar y sin hacer ningún ademán para que Alberto Trujillo lo viera. Más allá, en una pequeña altura ví a otro, Gustavo Zeballos; para mis adentros musité "este lo pasó muy mal en la prisión en 1945 cuando el Partido era capaz de combatir sin temores ni desfallecimientos". Unos pasos más adelante, parado a cierta distancia, Con el sombrero en la mano, sin querer acercarse, pero quien sabe si compungido, un tercero. Me acordé que había estado con él en la célula "Mariátegui", y así cuatro o cinco que habían ido a mirar el entierro de la madre. En un momento como esos, muchos años antes, tal vez en un gesto teatral, habrían levantado el puño, pero ahora eso ya no hubiera tenido sentido. No se animaban a saludar a Alberto porque quizá en el pasado estuvieron separados por alguna desaveniencia, aunque querían testimoniarle en ese instante infortunado su simpatía resurrecta, una amistad que a pesar de todo no habla llegado a zozobrar en medio de las ásperas disputas ideológicas de otros tiempos. Faltaban algunos, quien sabe porque a Alberto se le tuvo Como un fraccionalista con tendencias anarquizantes y ya se sabe que entre los hombres de izquierda los enconos partidarios no tienen perdón. Faltaba aquel heroico y conmovedor compañero Mario Cornejo muerto antes de que yo volviera a Bolivia.

Para mí, en ese momento, fue como si reapareciera todo el Partido, porque casi a ninguno de ellos, ni a varios de los que formaban parte del cortejo, los había visto desde hacía veinte años y alguna vez he pensado que la descripción de ese grupo algo borrado por la niebla del tiempo, el olvido y la derrota, sería el comienzo que elegiría para escribir la historia del Partido.

Pocos días después Alberto Trujillo regresó a París y nosotros ya no volvimos más al bar del Prado.

Birmingham y Oruro

A algunos bolivianos les quita el sueño la exportación de su folklore musical a los países vecinos. En parte, no les falta motivos porque es una de las mayores manifestaciones culturales de la colectividad y para entender ese sentimiento se debe tener en cuenta que se trata de un grupo montañés, cerrado sobre sí mismo, aislado por tierras despobladas y una geografía invencible. Es una de las pocas cosas que posee y le duele ver que trascienda las fronteras, aunque de una manera forzada y un tanto artificial.

Sin embargo, ese folklore es inexpropiable porque es inconcebible fuera de su escenario natural, la desolación a de tierras tan altas, las multitudes peculiares de espectadores; el ambiente dentro del cual se desarrollan los ritos; hasta el cielo, el viento y las montañas.

Una noche que regresaba del carnaval de Oruro llegó ha a mi imaginación el siguiente guión de un cuento inconcluso.

En Filadelfia, Birmingham o cualquier otra ciudad exótica, una muchacha de esas lejanías evoca la tarde en que, sentada al borde de una acera viendo pasar la "Diablada", se le acercó un "oso" y sin muchos miramientos la tomó de las manos y la arrastró al centro de su grupo y llevó bailando por cuadras y cuadras. "Bailar con un oso salido tos de las montañas. Era la prehistoria".

Un poco antes o después, o al mismo tiempo, un obrero de la mina "San José" cuenta entre tragos a un grupo de compañeros: "Ahí estaba sentada en la primera fila; alta, flaca, como son ellas, pelo rubio, tomando fotos. Di dos saltos delante de ella lo más alto que pude y... bueno la saqué a bailar. Quién sabe de donde venia, sería inglesa o alemana. Me parece que le gustaba hasta que llegó el momento de tener que reunirme con mis compañeros y la dejé. Era una gringa muy linda".

Walter Montenegro

Sería absurdo pretender cuantificar el mundo de las amistades. Pero de una manera muy relativa quizá puedo decir que las mías han sido muy pocas aunque casi siempre estrechas y a veces intensas. En la época adulta, por encima de las diferencias de carácter o temperamento, mi aproximación a las personas ha obedecido a lo que Goethe llamó "afinidades electivas". Pudiera ser el caso de mi relación con Walter Montenegro, larga de treinta años. Nos ha unido el placer de la conversación, el gusto por analizar hasta tocar fondo, bien pudiera ser el problema portuario de Bolivia, la índole de un drama personal o un sentimiento en abstracto. Hemos comparado juicios y creencias. Los libros, la música o las ideas. Quizá es la persona a quien hice más confidencias y no puedo olvidar que en horas muy críticas de mi vida estuvo a mi lado. Eso explica que aparezca en muchas páginas de este libro.

Nada de eso ha impedido que nuestras relaciones se hayan desenvuelto en el tono de la informalidad y el humor; debe ser porque ninguno de los dos nos tomamos en serio. Hemos compartido "situaciones limite" como la muerte de su padre, primero, y más tarde la de mi madre. Me imagino que para ambos será recíprocamente muy duro cuando uno de los dos se vaya.

Por supuesto que Walter Montenegro tiene la suficiente agudeza y perspicacia para no tomar en serio los relatos medio novelescos que me gusta fraguar y contarle sobre mi vida, presuntamente bohemia, misteriosa, en la cual no cree.

Aquella noche se nos ocurrió ir con nuestras mujeres, Clemencia y Alicia, a un "nigth-club" de La Paz, a tomar un par de tragos. Un momento se me iluminó la imaginación. Me levanté de la mesa y sin que me vieran me acerqué al mozo que nos servía, pagué el consumo y le dí una buena propina, para que cuando mi acompañante pidiera la cuenta, él le dijera: "No señor, no deben nada, porque acá a don Alberto nunca le cobramos".

Cuando Walter llamó al mozo, éste le dijo con toda naturalidad "a don Alberto nunca le cobramos..." Me hice el desentendido; hubo unas miradas de sorpresa y con toda la naturalidad posible, dije: "Vámonos". Walter se quedó frío por unos instantes hasta darse cuenta ya en la calle que se trataba de una situación fraguada.

Ajeno a toda actitud panfletaria a la que la prensa de otras épocas fue adicta, pocos periodistas bolivianos tuvieron tanta clientela como él. El "Mirador" publicado durante varios años en "La Noche" y después en "La Razón" no tenía el sarcasmo hiriente y maligno de otras columnas cuyo nombre no vale la pena mencionar, sino la versión humorística, sin diatribas ni amargas, de hechos de la vida cotidiana de La Paz y Bolivia.

Seguramente muchas personas esperaban el día de su publicación, pero la nota periodística es efímera y fugaz, aunque no era el caso de el "Mirador" por su calidad literaria y antológica.

Ese éxito de la columna no me ha impedido deplorar que Walter Montenegro no hubiera dedicado sus aptitudes de literato a obras más perdurables, fuera de sus dos volúmenes de cuentos y su **Introducción a las ideas políticas**. Al final, el periodismo es una sangría sin retribución. Alguna vez se lo dije a él y quedé con la impresión de no haberle gustado la idea.

Armando Alba:

No fue la amistad con Armando Alba la única que hice con mis compatriotas desde la distancia. Ocurrió que en la "Revista Histórica" de la Academia Peruana de la Historia, a instancias de Manuel Moreyra Paz Soldán, encargado de la publicación, apareció en 1957 un breve trabajo mío sobre la mita minera del cerro de Potosí. La documentación procedía del Archivo de Indias y era uno de los primeros estudios sobre el tema, en base a una información válida y que destruía muchos mitos de la mita: el mecanismo, la cantidad de los contingentes, los viajes, salarios, mortandad, etc. Simplemente por ignorancia, alguna vez se había llegado a afirmar que como consecuencia del sistema perecieron más de diez millones de indios.

Envié a Armando Alba uno de los primeros ejemplares de la Revista. El trabajo atrajo su interés y lo indujo a reproducir su contenido en un folleto impreso por la Universidad "Tomás Frías", precedido de unas líneas de inesperado elogio. Me colocaba al lado de Gunnar Mendoza y Hernando Sanabria Fernández. Alguien me dijo "Debe ser muy hermoso que hablen de uno de esta manera". Dirigí a Alba una breve y formal carta de agradecimiento.

Recibí una respuesta de seis páginas, plena de afecto, pero que sobre todo reflejaba el drama del intelectual boliviano: amarga, con un fondo de desaliento y desnuda de toda esperanza. Me contaba que hacia veinte años estaba dedicado a dirigir la obra de reconstrucción del edificio de la Casa de Moneda, cuya documentación colonial fuera sustancialmente incrementada con los archivos de la Prefectura y la Municipalidad de Potosí. Había creado secciones de numismática, pintura (seiscientos cuadros), muebles y aun piezas arqueológicas. Un "muchacho, Mario Chacón Torres —decía la carta— tiene a su cargo parte de esta tarea /.../ este Archivo es una reserva magnífica conservada por el factor clima, tan crudo y hostil a nosotros y tan piadoso con los papeles que no se han corrompido ni amenazan destrucción".

La Editorial donde llevara a cabo la tarea de imprimir la monumental **Guía** de Pedro Vicente Cañete, **Las matanzas de Yáñez**, de Gabriel René -Moreno y otros escritos, estaba en bancarrota. "Hay pobreza —decía Alba— y el porcentaje de analfabetos es pequeño. Además a mucha gente nuestra, que presume de culta, le atosiga la historia colonial. He recibido muchas saetas envenenadas en Potosí por haber impreso uno de los mejores libros que la Villa Imperial inspiró /.../ Mis quejumbres no terminan aquí. Triste suerte también corre lo del Museo, que vengo dirigiendo honorariamente desde hace 22 años. Tiene más de sesenta salas hechas con cariño /.../ En fin, seguiré con esto, que nadie me disputa, porque es cargo honorífico..."

A través de estas líneas estaba viendo desde la distancia la imagen del intelectual boliviano que piensa que la cultura es uno de los medios para evadirse de la dureza y el absurdo de la vida.

Sólo pude conocer a Alba diez años más tarde en Potosí, en la Moneda y allí le encontré con todo el desencanto, pero también con la energía y la fe intactas, que trasuntaba su carta. Me acerqué a él en una de las calles de la Villa que, como había dicho un día Hiram Bingham seguía rodeada de un aire de mágica grandeza.

Después hubo por medio el premio que en 1969 le concedió el Ministerio de Cultura y al que no fuí ajeno. Más tarde, los repetidos viajes a Potosí fueron creando una relación fraternal. Ante todo lo recuerdo como un hombre bondadoso, ansioso de amistad, realizador infatigable de una gigantesca empresa cultural. Alguna vez me dijo delante de su esposa que yo era su "hermano menor". En 1973 llegué a Potosí cuando la élite intelectual de la ciudad le ofrecía un impresionante homenaje. Asistí a la comida y fue la última vez que le ví. Los potosinos llevaron sus restos a la catedral y allí está enterrado al lado de José María Linares, Tomás Frías, Modesto Omiste, Rafael Bustillo y Ricardo Jaimes Freire, o sea donde debe estar.

Roberto Prudencio

Me ha tocado vivir las circunstancias más significativas de la vida colectiva de los bolivianos, es decir esas formas de existencia de las que es imposible escapar, como si formaran un destino. He conocido la prisión, el sobresalto y la violencia; he sido perseguido y vivido en el exilio. Conozco y he padecido todas las formas que es capaz de asumir la crueldad entre los bolivianos. Creo que la más dura es el hambre a que está sometido el boliviano en estos años. La violencia política afecta a unas cuantas personas, mientras el hambre no perdona a nadie.

En estos años de la década del 80 asisto a la decadencia de una patria que siempre fue muy endeble. Hay gente que no lo quiere ver y después de echarle a uno una mirada conmisericordiosa contesta con razonamientos y frases tan pueriles como éstas: "Las naciones no desaparecen nunca" o con el sofisma de "Si Bolivia ha resistido hasta ahora es porque tiene una fuerza indestructible". Pienso que quienes hablan así pertenecen a la misma clase de personas que en los años de la fundación de Bolivia, pugnaron para tener un predio donde usufructuar, figurar y mandar, en una palabra ser "caciques".

Alguna vez he escrito que "en medio de escasos alicientes de cualquier otro orden, la gran atracción, la fascinación excluyente de los bolivianos es el ejercicio y disfrute del poder desde cualquier escalón que le permitan sus capacidades o sus obsecuencias. Sentarse detrás de un escritorio, otorgar audiencias, conceder favores o negar expectativas, decretar privilegios u ordenar destierros y sobre todo escribir súplicas y cortesías, descubrir servilismos y delaciones y cuando convenga hacer a esos individuos la dádiva de llamarlos "compañeros" o "hermanos".

Para señalar las causas de la decadencia habría que escribir todo un libro. Infelizmente, con prejuicios y animosidades Arguedas hizo un esfuerzo para esclarecerlas; esa fue en realidad la tarea de toda su vida, de sus obras históricas y aún de sus novelas.

Una de las primeras causas es la incapacidad de la clase dirigente, pero al mismo tiempo sería irracional esperar que de un medio analfabeto pudiera surgir una élite verdadera. Los hombres ilustrados y sin el maligno espíritu de la vanidad siempre han sido muy pocos, para poder conducir la colectividad de un modo eficaz y eficiente.

Roberto Prudencio era uno de los hombres convencidos de esa ineptitud. Un día del año 1971 en que fui a visitarlo a su casa de la calle Pedro Salazar, me contó cómo Mariano Baptista en las conferencias del barco "Lakawana", cuando la guerra del Pacífico estaba prácticamente perdida por los aliados, había propuesto a los delegados chilenos que su país ocupara el litoral boliviano por diez años, como compensación por gastos de guerra, al cabo de los cuales volvería a su primitiva y verdadera soberanía. Los chilenos dijeron en principio que la propuesta podría constituir una base de negociación y la transmitirían a Santiago. En cambio el gobierno de La Paz rechazó de plano la idea de Baptista. Acá Prudencio textualmente: "No era Chile que estuviera mareada con su victoria, sino Bolivia con su derrota".

Esa tarde Prudencio estaba con deseos de conversar, lo cual no le costaba mucho y siguió con el tema. El tratado de 1866 con Chile, auspiciado por Melgarejo, un militar ignorante y bárbaro, que de alguna manera había definido la frontera entre los dos países. Pues bien, cayó Melgarejo y se firmó el tratado Corral-Lindsay, mucho más lesivo y perjudicial para Bolivia, a pesar de que nuestro negociador Casimiro Corral, era un jurista inteligente, conocedor de los asuntos del Estado y del derecho internacional. "Sabe usted por qué, ¿querido Alberto? porque nuestra desgracia es que en Bolivia los hombres inteligentes son unos necios". Trasmití estos dos relatos a mis amigos y uno de ellos lo difundió en un artículo de prensa un tiempo después.

Las voces del pasado

A pesar de mi edad, cronológicamente era la primera persona en Bolivia con estudios universitarios especializados en historia y confieso que al volver al país mi ambición era ocupar una cátedra. Llegué a medio año académico, pero eso no reducía mi expectativa ni mi impaciencia, que no eran tan intensas como para lanzar alguna insinuación. En todo caso, llegó el momento en que alguien propuso mi incorporación a la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades, para llenar una vacante que dejaba el profesor español José Ibáñez Cerdá en la cátedra de paleografía e historiografía. En los primeros meses de 1969 recibí la invitación del decano y en abril comencé las clases, que eran las primeras de mi vida. Historiografía era una materia que no figuraba en el curriculum de San Marcos y por lo tanto tuve que organizarla, elaborar el programa e identificar la bibliografía.

La carrera de historia no tenía en La Paz sino unos dos años de existencia y había atraído a un grupo de alumnos con un buen nivel de estudios secundarios.

Así como mis propios estudios universitarios comenzaron en Lima a cierta altura de la vida, también empezaba tarde la experiencia docente. Era un nuevo campo que se abría

delante de mí y era claro que en el espectro de actividades del país era el único en el cual podía ubicarme. Era la sola opción y al mismo tiempo la que más me gustaba.

En medio de esas actividades un día de los primeros meses de 1971 mi yerno Federico Rück, que hacía una práctica forense en los tribunales de La Paz, me avisó que la Corte Superior de Justicia había resuelto vender su archivo a una fábrica de cartones. El precio fijado con "La Papelera" era de un peso cincuenta centavos por kilo. De inmediato fuí a ver de lo que se trataba: expedientes judiciales, registros de escribanos desde el siglo XVI, papeles diversos relativos al corregimiento y la intendencia de La Paz. Lo más increíble era que la transacción fuera convenida por profesionales en derecho, con calidad de magistrados. Si ellos no habían vacilado en deshacerse de tan valiosos papeles mediante su destrucción ¿qué se podía esperar de los demás? Era simplemente un acto de barbarie.

Hasta entonces mis angustias sobre la suerte de los archivos no eran mayores que las de cualquier otro boliviano, pero me dí cuenta que había que hacer algo para detener la destrucción. Encontré todo el apoyo necesario en el decano de la Facultad de Humanidades, Arturo Arias, y del secretario general Rolando Costa Arduz y pudimos detener la operación proyectada. Previa una autorización de la Corte Suprema de Justicia, se firmó con la de La Paz un convenio de traspaso y con la ayuda del propio decano. María Eugenia Siles y un grupo de alumnos, Irma Villavicencio, Blanca Gómez, Carola Muñoz, René Arze, Roberto Choque, Valentín Vega, se hizo el traslado a un local disponible de la Universidad en Cota Cota. Pudimos apreciar que se trataba de unas treinta toneladas de papel que habían estado durante un tiempo incalculable en los más profundos tugurios del edificio de los tribunales, bajo la acción de goteras de agua, roedores y del robo.

Casi simultáneamente, la documentación fue acrecentada con una voluminosa cantidad de papeles sueltos y encuadernados que el Ministerio de Finanzas se proponía destruir —esta vez por medio del fuego— y que fueron salvados por la acción personal de Jorge Ovando Sanz.

Nos dimos cuenta de que en ese momento la carrera de Historia ingresaba a una etapa de verdadera transformación. El archivo sería como un laboratorio para profesores y alumnos; el entusiasmo fue inmenso y se comenzó de inmediato con el ordenamiento preliminar de los papeles. Paralelamente se tramitó un decreto supremo (junio de 1971) que autoriza a la Universidad de San Andrés a recoger los archivos administrativos existentes en la ciudad de La Paz, con excepción de los ministerios de Relaciones Exteriores, Interior y Defensa. No se trató en ningún momento de usurpar funciones que el repositorio nacional de Sucre no había podido cumplir por falta de recursos y medios que el Estado nunca se preocupó de proporcionar le, sino de salvar los papeles de la destrucción, creando un "archivo intermedio" que reconocía desde un primer instante la jerarquía de la capital.

La creación de todo un archivo no es cosa que ocurra todos los días y de algunas entidades como la Organización de Estados Americanos e investigadores y archivistas extranjeros (L. Hanke, Vicenta Cortés, Aurelio Tanodi), llegaron expresiones de estímulo. Con la cooperación de Oscar Cerruto, quien intervino ante su pariente Waldo Cerruto, Prefecto de La Paz, se agregaron papeles de esa oficina que estaban arrumbados en una habitación de la cárcel de San Pedro.

En Cota Cota sólo se disponía de un inmenso galpón vacío construido para el funcionamiento de un laboratorio de hidráulica dentro de un programa de cooperación firmado por la Universidad con el gobierno de Alemania Federal. La primera etapa de ordenamiento se hizo en el suelo, hasta que al cabo de algún tiempo se pudo conseguir estantería metálica y cartones fabricados por "La Papelera", con los cuales el personal —cuatro alumnos tomados entre los que tenían mayor número de materias aprobadas— armó unas cajas muy apropiadas para guardar y conservar los papeles. De manera simultánea y con una orden de la Corte Superior de Distrito se recogieron los archivos notariales de la ciudad con más de treinta años de antigüedad.

Tratándose de un archivo se podía creer que ahí terminaban los problemas, pero no fue así porque dos años después fuimos notificados por las autoridades universitarias para abandonar el local que volvería a ser empleado en su primitivo destino y debíamos trasladar los papeles a dos habitaciones de un edificio de la Universidad en la avenida 6 de agosto y a unos cuartos que hasta entonces servían de depósito de papas del comedor universitario. Hay que haber lo hecho para darse cuenta lo que es mover una montaña de papel. Por supuesto que la documentación se desordenó y entreveró y era como si se hubiera vuelto a fojas cero. Pero no

era fácil que esas contrariedades nos desanimaran. A pesar de que las cajas volvieron al suelo se solicitó al rectorado la construcción de un local especial que sirviera de depósito en la casa de la avenida 6 de Agosto, para lo cual había que iniciar y llevar a cabo un largo y complejo proceso de expropiación de un terreno vecino, trámite que duró un par de años; después se comenzó una pobre y rudimentaria construcción de un galpón con paredes de adobe, aunque cabe reconocer que en dicho proceso se contó el apoyo del rector Luis Felipe Hartmann.

Un cambio de autoridades obligó a detener la obra porque se pensó de una manera muy improvisada en el proyecto utópico de construir en ese sitio un edificio de más de veinte pisos. Esa obra —un castillo en el aire— ni siquiera fue comenzada y mientras tanto se perdieron otros dos años. Poco después y cuando ya teníamos espacio para recibir nueva documentación, hice un viaje con un funcionario de la Corte a Sorata y Achacachi cuyos archivos notariales fueron trasladados a La Paz.

Ahí está ahora el Archivo de La Paz con sus 700 metros lineales de estantería ocupada, equipos de fotografía, microfilmación y audiovisuales. Fuera del rescate de los papeles ha servido como complemento de los estudios universitarios y para investigadores bolivianos y extranjeros. Uno de éstos dijo una vez que "el Archivo era todo un éxito" y un alto funcionario de la Universidad que "Éramos unos locos al guardar papeles viejos". Ejercí desde hace 14 años el cargo de director con carácter ad honorem y, pienso que es algo como acondicionado para mi persona y a mi padre le gustaría saber que, como él, yo también fui un cuidador de libros y papeles en este páramo que es Bolivia.

El hecho tuvo otras consecuencias. Con Florencia Romero, Mary Money y René Arze, con documentos del Archivo escribimos todo un libro, **La vida cotidiana en La Paz durante la guerra de la independencia**, editado en 1975. Vimos que ahí, en nuestras manos, estaba la información para reconstruir un lapso del pasado de la ciudad. Más que personajes o hechos episódicos, lo que aspiramos fue reflejar, con todas las limitaciones que impone la tarea histórica, el ambiente de una época. Sin duda que lo acostumbrado, el hábito, lo cotidiano poseen una fuerte autenticidad, porque no son resultado de actividades deliberadas o circunstanciales, sino constituyen una forma estructural de vida, no de talo cual grupo o persona, sino de una colectividad entera. Además una costumbre social tiene una vigencia intemporal, muy extendida y excede a un período determinado, que es imposible fijar cuándo nace y muere. Lo cotidiano evade la periodicidad en la historia, porque pasa a través de las fronteras de una época a otra. Escribir una historia de lo cotidiano es reparar en hechos inadvertidos o desdeñados: los precios de los alimentos, la vestimenta, los entretenimientos lícitos o prohibidos, las instancias administrativas, las tradiciones o las supersticiones.

Completamos los datos que contienen los papeles del Archivo de La Paz con los de la catedral, los registros parroquiales de la iglesia de San Agustín y la bibliografía existente.

La historia

Participé y contribuí de alguna manera al fortalecimiento de una corriente histórica boliviana que no concibe otra manera de estudiar el pasado sino a través de documentos. La tendencia se ha formado como reacción a la historiografía para la cual era y todavía es más cómodo prescindir de esa fuente auténtica y segura y usar informaciones ya conocidas e interpretar las de cualquier manera, desde un solo punto de vista. Alcides Arguedas, que no amaba precisamente a sus colegas y a quienes veía desde un vanidoso plano de superioridad, dijo a comienzos de este siglo que lo único que habían hecho fue copiarse unos a otros, pero lo cierto es que él tampoco llevó muy lejos la indagación y no fueron muchos los papeles manuscritos que pasaron por sus manos.

Para comenzar, de una manera muy general, se prescindió del período hispánico, cuyo estudio es sin duda arduo y moroso; lo cual explica que siquiera dos siglos, XVII y XVIII, permanezcan hasta ahora en la oscuridad de la ignorancia. El XVI es el de las exploraciones, de las "entradas" y conquistas a través de esta parte del Continente y resulta más conocido porque tales empresas pertenecen a la historia general de América e interesan a varios países, sobre todo a los vecinos. Es una época en que los hechos de un país se conectan con los de otros. Ejemplo, la expedición de Diego de Almagro a Chile o de Diego de Rojas al río de la Plata, las "entradas" que inversamente remontaron los ríos hacia la Sierra del Plata o se internaron en la selva en busca de El Dorado, y ni siquiera cabe mencionar la conexión entre los dos Perús.

En el siglo XVII se asienta el aparato administrativo español y no hay tierras atractivas por descubrir. Las amazonas, la fuente de la eterna juventud y otros mitos se han desvanecido entre el fracaso y la incredulidad. Las colonias se regionalizan y delimitan. El conquistador y el soldado son reemplazados por el funcionario, el oidor o el corregidor. A las expediciones que subían las montañas o cruzaban los ríos han sucedido las espectrales caravanas de los mitayos. La bara ha desplazado a la rodela. Lo que sucede en Charcas tiene un interés económico y contable, aunque su plata sirviera no sólo para llenar las arcas del erario español sino cubrir necesidades de otros centros coloniales. Importaba ante todo la continuidad en la explotación de las minas, la regularidad de las remesas a Madrid o los "situados" a Lima, Buenos Aires o Santiago.

Viene el Suceso de la guerra de la independencia contra España que nuevamente vincula la historia de Bolivia a la de sus vecinos, porque la cruzada abarca todo el Continente, con ejércitos procedentes de Buenos Aires al comienzo y después de la Gran Colombia, que acaban por libertar el país. Llega la república y salvo el período de la confederación Perú - boliviana el panorama se reduce a ámbitos provinciales. A la visión de amplios horizontes del mariscal Santa Cruz, suceden las luchas caudillistas de tierra adentro. Con las guerras del Pacífico y del Chaco, Bolivia se conecta cruentamente a la historia de otros países.

Hay una desidia y también falta de recursos para la investigación fundamental en lo que se llama las "fuentes primarias". Hasta muy avanzado el siglo XX, con pocas excepciones, no hay sino una tediosa repetición. Urcullu, Cortés, Sánchez de Velasco, Sotomayor Valdéz se usan hasta el cansancio y es lo que induce a pronunciar a Arguedas aquella dura sentencia que tiene una parte de verdad y otra de injusticia.

El mismo Arguedas no añade mucho a lo ya conocido y aun en los años que abarca su historia hay increíbles Vacíos, como el período del presidente Córdoba, del cual no dice casi nada. Roberto Prudencio hizo notar alguna vez que era una lástima que un escritor de las calidades de Alberto Gutiérrez no hubiese llevado a cabo la tarea de redactar un compendio general de la historia de Bolivia.

Hasta que se llega a la mitad del siglo; Humberto Vázquez Machicado, Gunnar Mendoza y Hernando Sanabria Fernández, uno con más rigor que otro, reivindican el uso del documento iniciado por Gabriel René-Moreno medio siglo atrás. El primero no llega a grandes perspectivas y su obra, a pesar de su extensión, se funda sobre todo en el aprovechamiento de dispersos papeles sueltos. Mendoza escribe poco, pero llenando grandes exigencias proporciona pautas fundamentales, mientras Sanabria Fernández en medio de la autenticidad y la solvencia construye en conjunto una monumental historia del oriente boliviano. En todo caso, los tres fundan por segunda vez la escuela de la monografía seria y derivada de la investigación, de la búsqueda de la verdad. "El historiador no es el que sabe sino el que investiga", L. Fabvre.

Claro que no todo se debe atribuir a la desidia. En un país tan pobre como Bolivia la cultura es un lujo; es como ponerse a cantar mientras Roma se incendia. Una persona que se dedica a algún menester cultural debe resignarse de antemano a la pobreza, aunque antes que una "resignación" es una "elección". En esas condiciones ¿Cómo pensar en ir a trabajar por un año o más al Archivo Nacional, el principal de Bolivia? Alguna vez escribí que es más difícil llegar al Archivo de Sucre con ese fin que a Sevilla, porque para ir al Archivo de Indias se puede disponer eventualmente de alguna facilidad o ayuda extranjera, mientras que para el otro no hay soporte de ninguna clase. Por haberlo dicho fui una vez objeto de un insidioso disparo de flanco.

La verdad es que "se entra en materia" cuando los alumnos, tienen delante de sí los documentos del Archivo de La Paz y van a conocer otros, los de Sucre o Potosí. Me parece que esas circunstancias acabaron por encarrilar los estudios y producir una reacción frente a lo repetido, sabido y fácil, que es el conocimiento ya adquirido y, por lo tanto, letra muerta. Hoy se hace monografía especializada pero segura, con trabajos para círculos cada vez menos extensos de lectores, como es el destino de toda disciplina emprendida con seriedad. La corriente acabará por colocar en su sitio a los intérpretes de la historia. El intérprete casi nunca es historiador, como que —en otra escala— los filósofos de la historia no lo eran estrictamente. La interpretación representa siempre un punto de vista individual, el pensamiento de una persona, mientras la investigación es un esfuerzo por acercarse a los hechos. En uno de mis libros **Esclavos negros en Bolivia** puse la frase "La historia es siempre una aproximación".

Siempre he admitido mi propia tendencia a repetirme, pero si algo he reiterado de manera consciente es la posición que debe tomar un historiador boliviano. No he desperdiciado ninguna oportunidad para incitar a los alumnos a seguir el difícil camino que conduce a las fuentes. En la introducción de otro de mis libros puse con un poco de jactancia: "Este libro ha sido escrito al pie del anaquel".

El tema de la interpretación es un asunto de nunca acabar. Por de pronto, parece lícito establecer dos tipos de interpretación: una, la que se concibe y planea en forma deliberada con el propósito 'anticipado de sacar conclusiones o, lo que es más complicado, "leyes" de los acontecimientos. Entre nosotros representa esa posición Arguedas y en un tono menor Carlos Montenegro en su **Nacionalismo y coloniaje**.

La otra categoría de interpretación es la que el historiador no se plantea conscientemente, aunque resulta inevitable, porque le es imposible desprenderse de su subjetivismo, de la carga de animosidades y simpatías que tiene cada uno, por muy soterradas que parezcan en el espíritu.

Desearía acá traer un ejemplo ubicado nada menos que en el lejano imperio romano, hace veinte siglos. Debo confesar que me es imposible no sentir cierta simpatía quizá inexplicable por los conspiradores Bruto, Cacio, Casca o Dardanio, aunque no tenga nada que hacer con ellos. Claro que nunca escribiré sobre Julio César, pero cuando converso con algún amigo sobre el tema me doy cuenta de que no soy imparcial, que no podría serlo.

Algo parecido me sucedió al escribir **La guerra entre vicuñas y vascongados** ocurrida en Potosí entre 1622 y 1625, es decir tres siglos atrás. No tengo ninguna duda: mis preferencias están por los "vicuñas".

Aquí recuerdo la frase de Benedetto Croce de que la historia es siempre historia contemporánea. No es una paradoja. Quiere decir con eso el filósofo italiano que aunque el historiador trate asuntos muy lejanos en el tiempo, tendrá que hacerlo forzosamente de acuerdo con los principios las ideas, conceptos y la mentalidad propios del momento en que él está situado. Es por eso que los juicios y criterios sobre un mismo hecho varían a través de las edades. Esta es una de las debilidades de la historia y también demuestra el relativo valor de las "interpretaciones". En cierto sentido, interpretación y subjetivismo son cosas distintas.

He perorado también incontables veces sobre la necesidad de abandonar la trillada historia política o militar y he citado muchas veces en mis años de catedrático la frase de Roberto Prudencio de que hasta ahora la historia de Bolivia se reduce simplemente a la historia del palacio de gobierno.

Como si fuera un esfuerzo para ganar terreno al mar, algunos de mis trabajos tocan temas insólitos, un grupo étnico marginal como el de los esclavos negros, la vida cotidiana de una época de la ciudad de La Paz o una historia rural "Siporo". La historia *no* sólo transcurre en las ciudades, ni la hacen únicamente los militares y doctores.

La Sociedad Boliviana de Historia

A pesar de mi tendencia a la soledad —me violenta al estar con personas a las que conozco apenas y me gusta decir que soy un inadaptado— tengo lo que se llama un "espíritu gregario". Lo cierto es que en los 17 años de ausencia, de tanto pensar en Bolivia fui acumulando el propósito de venir a hacer algo, cualquier cosa, lo que se presentara, pero que a mi juicio sirviera para dar un paso adelante y quién sabe si ese sentimiento me impulsó a seguir mis estudios universitarios en el Perú. Me dí cuenta que nada podría hacer solo.

En 1972 con Guillermo Ovando y Juan Siles Guevara nos propusimos organizar un grupo formado por historiadores con los que teníamos alguna relación y tal vez cierta afinidad de ideas. Convocamos a Teresa Gisbert, José de Mesa, Josep M. Barnadas, Eduardo Arze Quiroga, Valentín Abecia, María Eugenia Siles y Alcides Parejas y decidimos fundar la Sociedad Boliviana de Historia dando cabida a investigadores que hubieran trabajado con material documental básico. Elegimos socios en otras ciudades: G. Mendoza y J. Gantier, en Sucre; A. Alba y M. Chacón, en Potosí; H. Sanabria Fernández en Santa Cruz y nombramos presidente a Eduardo Arze.

Aprobamos unos estatutos muy simples y reunimos material para una revista "Historia y Cultura", la primera especializada en historia que se publicaba en Bolivia y de la cual han sido editados ocho números, tres con el auspicio económico de la Universidad Mayor de San Andrés, uno de la Academia de Ciencias de Bolivia y cuatro que tomó a su cargo Editorial Don Bosco. Los objetivos de la Sociedad fueron simples pero realizables. Fuera de la primera reunión que llevamos a cabo en Potosí, en 1975 se efectuó la segunda en Cochabamba con el tema específico de "Fuentes para la historia económica de Bolivia". En un acto público realizado en esa ciudad, fueron incorporados a la Sociedad Augusto Guzmán y Adolfo de Morales, siendo yo reelegido presidente. Ya para entonces habían ingresado José Luis Roca, Florencia de Romero, Martha de Aguirre, René Arze y Fernando Cajías.

Al año siguiente fuimos a la ciudad de Santa Cruz y a San José de Chiquitos acompañados por alumnos de historia de la Universidad de La Paz, bajo la acogida cordial y hospitalaria de Hernando Sanabria. En 1978 la sede de la reunión fue Oruro sobre el tema de "Fuentes para la historia de Oruro". El grupo fue también numeroso, como notoria la indiferencia y el desinterés de los orureños a quienes podían atraer las disertaciones. En todo caso, quedaba cumplido nuestro propósito de hacer de la Sociedad un cuerpo de carácter nacional, no sólo por el origen de sus componentes sino también por sus desplazamientos. Pasamos a Poopó a hacer entrega de una donación de libros que adquirimos con fondos obtenidos en una colecta y por lo tanto adecuados para un público como el de un pueblo del altiplano. También llevamos anaqueles metálicos para el archivo del juzgado y dos armarios con puerta de vidrio para congregarse los numerosos, tal vez unos cincuenta, retablos recogidos del suelo de la antigua iglesia de Poopó. Un año más tarde volvimos con Jorge y María Eugenia Siles y todo hallamos en orden, pero ya no sabemos cuál es la situación actual.

Las "sesiones" de la Sociedad han estado siempre despojadas de todo formalismo; no hay actas, movimiento de fondos, ni correspondencia. Son reuniones de un absorbente interés porque se trata de personas del mismo "oficio" en las cuales todos están atentos a lo que uno dice y se habla el mismo idioma. Después la presidencia fue encomendada en forma sucesiva a Valentín Abecia, Teresa Gisbert y José Luis Roca.

En un grado que tal vez no sucedió en el pasado con ninguna otra entidad cultural boliviana, la Sociedad atrajo el interés y la participación de muy destacados investigadores extranjeros como L. Hanke, John Murra. Charles W. Arnade, Herbert Klein, Phillip Parkerson, de los Estados Unidos de América; Nathan Wachtel y Thierry Saignes, de Francia; Demetrio Ramos y Francisco Morales Padrón, de España; Félix Denegri Luna, del Perú; Gastón Ducet, de Argentina. Nombrados "socios correspondientes", algunos enriquecieron con sus trabajos los números de la revista "Historia y Cultura". Todos ellos vinieron a Bolivia más de una vez y los vínculos fueron fecundos.

SARA

Una mañana, noviembre 1974, me llaman de una clínica a la Universidad para avisarme que mi madre ha sido atropellada por un automóvil. Tenía una lesión muy grave y rápidamente se supo que se trataba de una fractura craneal. Llegué el momento en que, como consecuencia del golpe, comenzaba a desarticularse el maravilloso mecanismo del cerebro. La red del pensamiento estaba ya desconectada y sólo podía pronunciar frases de cierta coherencia pero aisladas entre sí, en medio de un angustioso deseo de hablar, como si percibiera que esas eran las últimas palabras de su vida. De una vida cuyas mayores satisfacciones y preocupaciones eran las que le daban sus hijos. El destino de ellos confería la totalidad de significado a su existencia. Los uniformes del colegio, el plato de comida llevado a la prisión, el orgullo por el libro publicado. Todavía en ese instante final de la clínica me pidió que fuera a almorzar a casa. Nos turnamos con Martha Nardín de Urioste y María Eugenia de Siles para acompañarla en las noches y mi hermano Alfonso vino desde Ginebra. Nunca recobró el conocimiento, hasta que murió tres semanas después.

¿Qué motivo la decidió ese día a salir a la calle? Tal vez ir a ver si en la casilla del correo había una carta para ella o se sintió un poco aburrida en su casa y tuvo el deseo de dar una vuelta por la ciudad. No lo sabremos nunca. ¿Por qué tomó esa calle, cuando pudo bajar por otra y así no se habría producido el encuentro entre ella y el automóvil? Quién sabe si por ahí se detuvo a conversar casualmente con una amiga y eso la retuvo unos segundos, lo suficiente para que coincidiera su paso por la calle y el automóvil. Si esa conversación se hubiera prolongado un segundo, cuando mi madre llegó a la esquina de la avenida Santa Cruz el carro ya habría pasado y ella podría llegar incólume a la acera. Si se hubiera parado a mirar algo que le llamó la atención en una vitrina; caminado un poco más despacio o un poco más

rápido, eso habría bastado para eludir el destino. Pero esa mañana dió los pasos justos, incurrió en las demoras exactas y en los apresuramientos cabales, en la tardanza inútil o en la rapidez gratuita, en adelantar o retrasar unos metros. Pudo haber salido un poco antes de su casa o echarle una mirada al periódico o detenerse a oír una noticia de la radio, pero el I encuentro fatal estaba determinado.

Quedé con dos impresiones. Primera, que a pesar de sus 78 años de edad, no había ninguna resignación. Después —sensación seguramente compartida por mi hermano— que quedábamos como mascarones de proa de un grupo familiar, cara al destino. Ya no estaba más protegido E por ese otro ser, mi madre, colocada antes que yo en la línea de la existencia. Había avanzado al primer sitio en el turno, como si quedara frente a un vacío. No se nace para a vivir, sino para morir.

Senegal

Recibí el telefonazo más inesperado y sorpresivo de mi vida cuando una mañana de enero de 1975, sin ningún antecedente, oí la voz impersonal, atenta y sin matices, de una mujer que me dijo: "Señor Crespo... le hablamos de Air France.. tiene usted un pasaje para un viaje a Senegal". Se me ocurrió que se trataba de un error. ¿Qué misterioso ente podía invitarme a ir a un lugar que jamás habría pensado en conocer? Una hora más tarde, un cable de Ramiro Beltrán desde Bogotá aclaraba la situación. La agencia del gobierno de Canadá para el desarrollo, patrocinaba mi asistencia a una reunión de archivos del Tercer Mundo que se efectuaría en Dakar. Los sueños de los niños se cumplen en la madurez.

Después de un viaje con escalas de pocos días en Sao Paulo y Río de Janeiro, me encontré allá con los directores de los archivos nacionales de Colombia y Brasil. Yo era el tercer latinoamericano entre un centenar de delegados que venían desde Filipinas, Indonesia, Pakistan, los Emiratos del Golfo, Sri Lanka, o de los países africanos Mauritania, Dahomey o Sudán por mencionar algunos. Melanesios, hindúes, aqueménidas, etiopes. El fez de Egipto, el turbán del Sudán, la chilaba del desierto. Veinte lenguas exóticas que no volveré a oír. Realmente era el Tercer Mundo. A ratos tenía la impresión alucinada de que algunos venían desde sus lejanas tiendas y que ahí, en la puerta del salón de reuniones, acababan de bajar del camello.

Varias veces he pensado que las reuniones, de cualquier índole, culturales, religiosas, deportivas o políticas, por el simple hecho de congregar individuos y de implicar el cruce de ideas, producen de manera natural un entusiasmo que va en aumento y una sincera expresión de propósitos en los cuales cada uno quiere ir un poco más allá del anterior orador. Mis experiencias de esta clase son infinitas.

La reunión tenía como principal finalidad constituir un fondo para el desarrollo de los archivos en el Tercer Mundo. No deseo mencionar los nombres de las naciones cuyos delegados hicieron ofrecimientos de contribuciones, pero sí recuerdo que los Emiratos Árabes anunciaron una suma de dinero impresionante y suficiente (Las Mil una Noches) para conjurar los problemas de unos cuantos países. Sin embargo, pasado el tiempo y desvanecido el entusiasmo de la reunión, sé vió que ninguna de esas promesas se cumplía y todo quedaba como antes.

También se examinó largamente el caso creado por el traslado de la documentación de muchos países africanos a la sede de los anteriores ocupantes: Gran Bretaña, Francia, Portugal o Bélgica e Italia. Eso quería decir que las antiguas colonias se veían privadas de su material histórico preindependencia. Por otro lado, no era difícil advertir la tibieza del reclamo, porque en el fondo los africanos se daban cuenta de que los papeles estarían mejor conservados en las capitales europeas y no expuestos a la destrucción de sus lugares de origen, sin recursos ni técnicas para su preservación.

Como tenía dos días libres cuando terminó la reunión, fuí a conocer dos pueblos del interior de Senegal, Thiez y o Rufiske, viajando en un ómnibus lleno de mujeres y hombres negros. A pesar de la larga ocupación francesa los rastros de la civilización europea eran muy superficiales. La raza de los **oulofs** que puebla el país de manera preponderante, debe ser una de las más hermosas de la tierra. Altos, de cerca de dos metros, pero esbeltos y proporcionados. Señores de la selva y el desierto, vestidos con sus túnicas de bellos colores, estampados en telas de algodón d que ellos mismos tejen. Yo era uno de los pocos "no negros" entre multitudes que llenaban las calles y los zocos. Sólo una persona, un empleado del banco

a donde fui a e cambiar moneda, me identificó por medio de mi pasaporte: "Ah!... me dijo. Usted viene del país donde murió el Ché Guevara".

Otro día fui a la isla de la Gorée, centro distribuidor de los esclavos durante la época de la trata. Un mercado de seres humanos. El único pasado rescatado de muchas naciones africanas, sobre todo las que dan a la costa del Atlántico, es la historia de la esclavitud. Por esos años yo andaba ocupado en una investigación sobre el tema que después publiqué con el título **Esclavos negros en Bolivia** y quién sabe si allí está —anónimo y desesperado— rada alguno de esos cautivos que hiciera estación en la Gorée antes de venir al Nuevo Mundo, atado a los grillos que vi en las ergástulas de la isla. Fue la más grande emigración involuntaria de la historia de la humanidad.

Tendría unos quince o veinte años cuando leí la novela de Pierre Loti, **Novela de un spahí** que se desarrolla en el Senegal y como quería volver a leerla, ahora que conocía el escenario, y no estaba seguro de encontrarla en Bolivia a mi regreso, pedí a un amigo en París un ejemplar del libro.

He vivido obsesionado con la idea de la muerte, a veces en sus formas más pueriles y ridículas y sé que ese pensamiento fijo ha causado molestias y preocupaciones a algunas personas de mi contorno, pero no podía evitarlo. Por eso, al regresar de aquel viaje, pensé que si de alguna manera hubiera muerto en África, mis hijas podrían contestar a una pregunta hecha sobre mi fin, de esta manera: "Mi padre murió en Senegal". En medio de tanta simpleza en que uno incurre, ésta me parecía la más dramática.

Poopó

Un día de 1977 sin un motivo muy claro, tal vez atraídos por la fama de su "archivo", Con Phillip Parkerson y Fernando Cajías fuimos a Poopó, una capital de provincia del departamento de Oruro. El local del juzgado estaba en reparación y los papeles habían sido colocados en las celdas de la cárcel. Hay que conocer la cárcel de un pueblo de Bolivia para saber que se trata de algunas habitaciones con piso de tierra y techo de paja, o sea con las características completas de una choza.

El archivo de Poopó se había convertido para los historiadores bolivianos en un verdadero mito, porque se sabía que allí estaba la documentación colonial de las provincias que durante el período hispánico componían la jurisdicción orureña; la otra era Paria. No disponíamos sino de pocas horas y entre los tres levantamos una lista apresurada de los "legajos", nombre que se traduce por "paquetes" separados por años y amarrados con pitas.

Más tarde escribí con Cajías una breve nota publicada en un número del Boletín del Archivo de La Paz: "Contradiendo las ideas del progreso indefinido, Poopó ya no es un pueblo alegre (como un geógrafo lo definiera cincuenta años atrás); su aspecto no sólo es pobre sino desmedrado y su movimiento económico es imperceptible". Sin embargo, como cuenta con abundancia de agua de buena calidad, en la plaza y algunas calles se ven árboles de floreciente vegetación.

En la antigua iglesia, hoy abandonada, vimos tirados por todas partes, hasta en el suelo, unos 50 retablos o sea el conjunto más grande de Bolivia y que estaban prácticamente a disposición de quien quisiera llevárselos. También visitamos la biblioteca llevada por el Ministerio de Educación, donde no había casi un solo libro que sirviera para la lectura de los escasamente alfabetizados habitantes de Poopó, como varios ejemplares de los **Estudios Constitucionales** de José Carrasco y otros de ese nivel que llegaban al absurdo, o diez o quince de más de una sola obra de Fernando Diez de Medina que, evidentemente, no tenían nada que hacer en el pueblo.

Al regresar a La Paz, puse en acción a algunos miembros de la Sociedad Boliviana de Historia para hacer una la colecta pro Poopó. Reunimos con facilidad algo más de un equivalente a mil dólares y con ese dinero compramos libros escogidos uno por uno y adecuados para el nivel cultural de la población, una estantería para el archivo judicial y anaqueles para los retablos.

Cuando los miembros de la Sociedad llevamos ese material a su destino nadie podía convencerse en el pueblo que lo hiciéramos gratuitamente, sin una segunda intención. Lo menos que pensaban era que pertenecíamos a un partido político y todo eso no era sino una táctica pre-electoral y algún día iríamos a cobrarles la factura pagadera en votos.

Un año después volví a Poopó con Jorge y María Eugenia Siles y nos sorprendimos al ver que todo se hallaba en orden. No faltaba ni un libro ni retablo y un profesor pagado casi simbólicamente por los vecinos se hallaba a cargo de la biblioteca. Era la gran atracción del pueblo.

El viaje me hizo pensar: ¿De qué les sirve a los niños de los pueblos y de los campos de Bolivia concurrir a la escuela durante unos años casi siempre venciendo cada día a pie distancias de varios kilómetros? Es como si fueran en pos de un espejismo. Es cierto que allí aprenden a leer en forma rudimentaria, pero es altamente dudoso que después, en el resto de su vida, llegue a sus manos un libro o una publicación cualquiera. Bolivia debe ser uno de los países que cuenta per cápita con las más insignificantes cantidades de papel impreso en el mundo.

El mar o la cordillera

Al congreso convocado en Buenos Aires para conmemorar el segundo centenario del nacimiento del general José de San Martín, llevé un trabajo en el cual sostengo y pruebo en forma válida la hipótesis de que la expedición de este general a Chile en 1817, fue posible en parte por la ayuda que guerrilleros que operaban en el Alto Perú aportaron desde la distancia a la realización de esa empresa.

Está claro en las **Memorias** del general Joaquín de la Pezuela que después de la retirada del segundo ejército auxiliar argentino, mientras San Martín organizaba su ejército en Mendoza, la estrategia española consistía en avanzar hasta Buenos Aires, para aplastar la única revolución de las colonias españolas que había podido mantenerse en pie. Era más que un aislado y efímero "grito libertario".

Tras el desastre del ejército de Belgrano, Pezuela tenía por lo menos hasta Tucumán el camino libre de enemigos. El mismo confiesa que su marcha hacia el sur no habría encontrado ningún obstáculo si, cuando ya había penetrado en territorio argentino, no le hubieran saltado por la espalda los guerrilleros del Alto Perú, Arenales, Warnes, Padilla, Camargo, Betanzos y el grupo indómito de Ayopaya e Inquisivi. Eso le obligó no sólo a detener su avance, sino a retroceder para hacer frente a tal peligro que le asediaba desde la retaguardia y a dispersar su ejército en pequeñas fracciones porque los focos enemigos eran incontables. ¿Qué hubiera sucedido si Pezuela, libre de la acción guerrillera, avanzaba hasta Tucumán cuando menos? San Martín habría tenido que acudir en ayuda de ese frente y retrasar, quién sabe por cuánto tiempo, el paso de los Andes.

La hipótesis —tal vez es algo más que eso— no fue del agrado de algunos historiadores poco enterados de que los guerrilleros actuaban en contacto con el gobierno del río de la Plata. Pero así es la historia, "la más peligrosa alquimia elaborada por la mente humana" como la definió Paul Valéry.

El hombre del Mala-Bar

Cuando Raúl Salmón colocó la placa en una de las calles de Obrajes con el nombre de Alberto de Villegas estaba reparando un olvido, 45 años más tarde. La idea había surgido en una conversación con Oscar Cerruto y Alfonso Tellería y se la transmití verbalmente al Alcalde.

No era Villegas un producto peculiar y típico del medio boliviano, puesto que tenía una neta e indeleble formación intelectual europea que no llegaron a borrar los años que vivió entre nosotros. Sin embargo, cuando estaba en Francia, en Europa, una de sus mayores preocupaciones fue la de difundir los aspectos valiosos y positivos que en medio de su infortunio posee la patria.

Muchas veces por curiosidad o por pasar el rato, uno y se pregunta a sí mismo o interroga a sus amigos sobre la época o lugar en que habrían querido vivir. Alberto de Villegas no tuvo problemas de desubicación temporal, puesto que sin duda hubiera elegido el primer tercio de este siglo, los días y las noches de la **belle époque**, del surrealismo en la literatura y la pintura, de Paul Morand y de Foujita —a quienes conoció y trató asiduamente en París— las excentricidades de Josephine Baker, los libros de Paul Valéry o Guillaume Apollinaire, o sea todo cuanto constituyó su destino real. En cambio, no murió como seguramente habría querido.

Fue una de esas personas que me habría gustado conocer; recuerdo que sólo le ví algunas veces en las calles de La Paz. Conozco además de él una fotografía en uniforme diplomático en Bruselas, como miembro de la misión que encabezó Bautista Saavedra, allá por el año 1926, y otra tomada unos diez años más tarde, también en uniforme, pero esta vez de soldado de la guerra del Chaco. El uniforme con el cual murió. Leí en mi juventud sus libros **Sombras de mujeres, La campana de plata y Memorias de Mala-Bar**. Sin embargo, me hago la ilusión de conocerle de alguna manera, porque he pensado muchas veces en él, en lo que fue su vida, tan de boliviano y extranjero, sobre todo desde que el alcalde Salmón colocó la placa en Obrajes. Bueno, casi no es una calle, sino apenas un lugar, pero Villegas habría sonreído si alguien le hubiera dicho que un día su nombre estaría en una esquina de la ciudad.

Era un intelectual, un hombre de lecturas y un escritor que no se dejó atrapar por la trampa árida de la especialización, sino más bien un "dilettante" que ponía en todas las cosas su inteligencia y eso le bastaba. Diría también su sensibilidad, si la palabra no fuera un poco ridícula. Vivió en Europa en una época descreída, en que hubo como una decadencia del sentimiento romántico, una desvalorización de la pasión amorosa. Como si los hombres y las mujeres se hubieran dado cuenta de que, viendo las cosas como son, el amor es fugaz como "una nube que se quiere abrazar" para emplear la frase de Proust. Se cultivaba la relación superficial, expresada en el "flirt" que no deja huellas ni lleva a la desesperación. Más que la profundidad de un sentimiento se apreciaba las formas externas de una inclinación afectiva o simplemente de simpatía, como si lo más importante en el amor fueran las palabras. Todo debía ser expresado de una manera mundana rodeada de elegancia.

Era casi de mal gusto tocar temas serios y la moneda de oro era la paradoja ingeniosa y el "calambour" intelectualizado. Por supuesto que era el estilo de vida de círculos restringidos, que disponían del ocio que da el dinero para sumirse en un mundo de superficialidad y evasión. Villegas trajo consigo de Europa ese mundo artificioso y logró hacer de él en La Paz y entre sus amigos su medio natural. Quien no conocía París casi no tenía títulos para introducirse en esa esfera, donde no había excepciones para sus arbitrarias reglas de Juego. Hacia poco que Oscar Wilde había dicho que cuando se mueren los americanos buenos se van a Europa.

Basta mirar las láminas y fotografías de la época para darse cuenta que la moda estaba presidida por el snobismo. Los vestidos de las mujeres buscaban dar una apariencia de elegancia rebuscada y evidente; las faldas habían comenzado a levantarse como si hubiera una complacencia enfermiza en burlarse del pudor. Fue cuando Bernard Shaw dijo que las reuniones ideales eran entre hombres con mucho porvenir y mujeres con mucho pasado.

Como uno de los ingredientes de ese estilo era el exotismo, había que buscar lo extraño, lo que estaba fuera de serie, los licores de la bohemia, los cigarrillos de tabacos orientales, quizá las drogas, las boquillas largas, los narghiles de Arabia. En ese ambiente habitado por hombres y mujeres en busca del placer de la conversación, era natural que el pontífice fuera el escritor, el artista, pero siempre que estuviera rodeado de un hábito de mundanidad. Es decir un papel hecho a la medida de Alberto de Villegas. ¡Qué lejos estaba todo eso del Chaco!

En forma tal vez contradictoria, había un radical despegue de la vida. Las mujeres eran apenas sombras. Sombras de mujeres. Los amores efímeros y las mujeres, el símbolo y la evocación de la muerte. Todas desaparecen prematuramente y se las ama porque se van y a algunas ni siquiera se las llega a conocer, como esa silueta vista por Villegas de manera fugaz en medio de la bruma de un café de París. Son mujeres que han existido en otras épocas o están lejos. Siempre se están yendo, antes de haberlas alcanzado. "Sombras que flotan en el amargo abismo del olvido". Lo único que existe es el recuerdo.

A una de esas sombras Vil llega a ver y observar por casualidad una noche desde una calle de Bruselas, bajo la tenue luz de la habitación, a través de unos visillos que sólo permiten adivinar su rostro, sus gestos lentos y elegantes ante el espejo (no podía faltar tampoco la languidez), hasta que ella apaga la luz y es diluida por la oscuridad. El no volverá a verla, pero la visión basta para que la recuerde muchos años más tarde, cuando Villegas ha regresado hasta estas alturas tan extrañas de La Paz.

Mujeres del pasado a las que nunca podría volver a ver, como Isadora Duncan o María Barkisheff, perdidas entre las ciudades de Europa, sin saber siquiera en cuál de ellas vivían. De otras no sabía ni sus nombres. En una forma u otra, todas lo habían abandonado y era por eso que las amaba. No le quedaba sino el consuelo de escribir sobre ellas, como lo hizo en

Sombras de mujeres, que es en realidad uno de esos libros que no se escribe para los demás sino para uno mismo.

Había que ser "amateur" y no experto, brillante pero no erudito. Cuando Villegas se propuso escribir **La campana de plata** no se le pasó por la cabeza investigar la historia potosina, sino divagar melancólicamente sobre la impresión que le causaba el pasado mágico de la ciudad. No quiso probar ni demostrar nada, sino sólo escribir para adueñarse de un placer más. No se habría horrorizado, pero sí sonreído, ante la idea de ser un escritor "comprometido".

A pesar de no creer en muchas cosas, un día Alberto de Villegas marchó a la guerra. Tal vez no creía mucho en la patria, pero la idealizaba, que es la forma más intensa de querer la. Quizá es posible querer la y no creer en ella. Amaba las cosas no como son, sino como pensaba o imaginaba que eran. Algo parecido a lo que le sucedía con las mujeres.

Tenía que ser un desengaño causado que por esa ficción que son siempre las mujeres, lo que le condujo a la guerra del Chaco. Era como romper las reglas del juego que él mismo se impusiera, de no dejarse atrapar por la pasión. Dejaba su bar "Mala-Bar", colmado de adornos exquisitos, cubierto de alfombras y adornado con lámparas y pinturas, Todo eso cambiaba por una choza de palmas en el frente de combate. Su primo Guillermo de Villegas se dió cuenta que aquello era una verdadera tragedia. "Tenía una naturaleza débil, que no podría resistir el clima del Chaco ni la vida dura de la campaña. Intenté disuadirle, pero era inútil; había sido herido por una mujer."

No estoy seguro de que le hubiera quitado el sueño la perspectiva de dejar en la vida la imagen de un "escritor", Me parece que, a pesar de todo, fue para él una preocupación marginal y secundaria. Tal vez no tenía mucho que decir, pero es indudable que sentía el placer de escribir, de hacer literatura, utilizándola como un medio de expresar su finura intelectual, como un deleite en sí mismo. Un párrafo de **La campana de plata**: "El agua dormida refleja un cielo violeta, Las últimas estrellas palidecen en la tibia agonía de la noche. Oro y rosa de aurora entre la bruma lejana y las blancas carabelas tendidas al soplo propicio de los vientos, son aves de leyenda volando sobre el hondo y tranquilo mar de amatista". No creo que entre nosotros se hubiera escrito muchas veces con tan pulcra elegancia.

Roberto Prudencio dice que así como Jaimes Freyre y Reynolds fueron los poetas representativos del modernismo boliviano, Villegas es el legítimo personaje de esa corriente literaria en la prosa. Tenía que ser Potosí —la campana es el Cerro— con sus leyendas y misterios, frailes y espadachines, su riqueza inaudita extraída por miserables mitayos, sus mansiones e iglesias, el tema que atrajera a Villegas con toda su irrealidad y fantasía.

Si todavía quedan, valdría la pena identificar a quienes acostumbraban sumergirse en las tardes pacañas en la penumbra del "Mala-Bar", donde se les invitaba unos tragos con nombres sofisticados, **Sunshine. Prince of Wales o Green Devil** y que figuraban en una pequeña esquila que Villegas hacía circular entre sus amigos. Los días jueves desde las seis de la tarde allí se bailaba. En la breve crónica que escribió en 1929 sobre la vida secreta de "Mala-Bar" y de la cual publicó unos cincuenta ejemplares que ahora es imposible encontrar, dice de ese ambiente que "las nubes acres de los cigarrillos dan más irrealidad al momento".

En ese círculo hermético no existía tanto la amistad como el amor, que se expresaba no a través de patéticas declaraciones, sino en el "flirt", "encantador sendero que no conduce a ninguna parte", como decía Villegas. Por algo estaba dominado por un sentimiento de alienación y escapismo. Un día que una mujer le conversaba sobre cualquier cosa en el "Mala-Bar", Villegas pensaba si ella no se parecía a una de las madonas de la Galería de los Uffici en Florencia. Eran formas de buscar su propia marginalidad, de sentirse aparte en medio de sus compatriotas ávidos de figuración y poder y por eso su vida tuvo pocos testigos, quienes quedaron sumidos en una silenciosa tristeza al recibir el impacto de su muerte.

Su primo Guillermo me dijo: "Fuí al Chaco y allí hice incinerar el cadáver para traerlo a La Paz. Era tal vez lo que Alberto habría querido".

Alguien trajo a la Biblioteca Central de la Universidad de La Paz su uniforme de diplomático, dos o tres fotografías, algunas cartas de amor y un primer borrador de **Memorias de Mala-Bar**, así como un manuscrito inconcluso sobre los aviadores de la guerra del Chaco. Hice una reducida copia mimeográfica de las **Memorias** cuyos ejemplares distribuí entre algunos amigos.

Un espectro en la Casa de Moneda

Una noche del mes de marzo de 1980 relaté ese extraño momento de mi vida a los miembros de la Sociedad Boliviana de Historia, reunidos en una comida a Domingo Da Fienno, egresado de la carrera de historia y ex-secretario de la embajada del Perú, que vino por dos días a La Paz con los miembros de la Comisión Interamericana de Defensa con sede en Washington.

Había ido yo a Potosí para ver papeles relacionados con el trabajo sobre la hacienda Siporo. Aunque era el mes de septiembre, seguía haciendo un frío difícil de soportar en las habitaciones del Archivo de la Casa de Moneda. Entonces pedí a Mario Chacón autorización para instalarme en una pequeña mesa colocada en el patio, a fin de estar bajo el calor del sol. Me puse cara a la pared, cubierto con mi saco de cuero y gorro de piel. Así iba leyendo los manuscritos.

Por ahí apareció un pequeño grupo de turistas que salía de una de las salas que dan al patio. Desprendidas del conjunto, se acercaron dos mujeres jóvenes que se detuvieron largo rato a mis espaldas, tal vez intrigadas por la apariencia de ese individuo vestido de una manera tan extraña. Yo estaba casi inmóvil, hierático. Seguramente las muchachas alcanzaron a ver a cierta distancia la letra enrevesada del manuscrito, unos signos de otras épocas y que debieron parecerles muy insólitos.

Una de las mujeres le dijo a la otra en francés: "Este hombre ha debido quedar acá desde los días de la colonia española; en Potosí cualquier cosa puede ocurrir". La otra mujer, seguramente menos soñadora o con mayor sentido del humor le contestó: "No, yo creo en todo caso que este hombre ha sido colocado por los administrativos de la Moneda para dar un espectáculo y ayudarnos a pensar en otros tiempos. Es una fantasía, un invento, Es cierto, acá todo es posible".

Esa vez había ido a Potosí con Alicia y Stella Mastrangelo, una uruguaya de unos cuarenta años de edad y que debió ser extraordinariamente bella, Culta, letrada, con muchas experiencias, como la de haber recorrido todo el mar Caribe en lanchas de pescadores, estaba en Bolivia para traducir un libro al idioma inglés por encargo de la Editorial Siglo XXI.

A la sombra de Sartre

Aunque un filósofo nunca es para una sola época, él ha sido el de mi tiempo y mi generación, porque a pesar de las grandes distancias y situaciones, habíamos sido tocados por los mismos hechos, el fascismo, la guerra de España, el comunismo, la segunda guerra mundial, la violencia y las torturas, los escepticismos y desesperaciones de estos años. Yo desde mi tercer mundo, que según él comienza en los suburbios de París.

Exagerando un poco las cosas, no quedaría con la conciencia tranquila si no escribiera unas líneas para evocar la relación de media vida mantenida a través de sus libros, artículos y mensajes, contradicciones y escándalos, adhesiones y rupturas, como cuando la Unión Soviética aplastó el levantamiento de los húngaros o la vez que se dió el lujo satánico de rechazar el premio Nobel de literatura. Por algo era un libertario y él mismo estaba seguro de hallarse en el límite del anarquismo. Una admiración puntuada por sus frases que quedaban indelebles en mi memoria y que él tenía una maestría suprema para acuñarlas, al mismo tiempo que una manera literaria tan dramática como para no olvidarlas. ("La vida es una pasión inútil" o "Todo existe sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad", o sea dos dogmas capitales del existencialismo".

¿Dónde no se ha leído a Sartre? Hasta en estos recónditos páramos de Bolivia. Siempre me ha parecido una especie de misterio la relación entre el autor y el lector. Es cierto que uno escribe sobre todo pensando en sus amigos, con el pensamiento puesto de manera inevitable en ellos, que ocupan la primera fila de la platea. R. L. Stevenson dice: "Todo libro es, en sentido íntimo, una carta circular a los amigos de quien lo escribe. Sólo ellos perciben su sentido; encuentran mensajes privados, afirmaciones de amor y expresiones de gratitud, desparramados para ellos por todos los rincones".

¿Quién es el lector? ¿En qué manos se agota una edición? La verdad es que el libro sigue caminos insólitos para llegar a destinos sin sospecha. A veces, por casualidad, uno descubre los más inesperados lectores y se llega a la comprobación de que no son precisamente los amigos, sino personas desconocidas, de rostro anónimo, en quienes tal vez nunca se habría imaginado encontrar un interés o una afición. Los amigos lo conocen a uno, le han oído hablar tantas veces que ya casi no lo toman en serio, saben a qué atenerse y no tienen muchas expectativas sobre lo que van a encontrar.

La masa de lectores queda así sin identificación. Han adquirido el libro por una curiosidad escondida; a veces lo abandonan en las primeras páginas, pero otras veces el vínculo es intensamente duradero, de consecuencias inacabables para quien recibe el mensaje, mientras el escritor se queda ignorando esas resonancias. Se quedará sin saber las emociones calladas, los momentos de esperanza o de tristeza que ha suscitado, las oscuras soledades que ha alumbrado, las adhesiones inmovibles que ha despertado. Eso es lo que me sucedió con Sartre: una amistad para toda la vida.

Para la generación que salió de los escombros materiales y espirituales de la segunda guerra mundial, la de Sartre fue una filosofía rigurosa, pero también pauta para una forma de vida. Se discutía a Sartre en las aulas universitarias y en los cafés, entre los profesores que habían penetrado en los densos capítulos de la **Crítica de la razón dialéctica** o de **El ser y la nada**, como entre los lectores de sus novelas o sus obras teatrales. Uno quería hallar a través de sus ideas una explicación para muchos momentos de perplejidad y de angustia o tratar de encontrar una respuesta a la pregunta de si somos o no libres. Alguna vez he pensado que con Alfredo Otero habíamos pasado por los mismos momentos de terror que los personajes de "El muro", con las torturas y la inminencia del fusilamiento.

Me acuerdo que un día en la Universidad de San Marcos de Lima con mi compañero de estudio José Bertelegni nos hallábamos aterrados ante la perspectiva de ser aplazados en un examen. Habíamos entrado tardíamente a estudiar, éramos alumnos adultos y ese hecho añadía una gravedad especial a aquella posibilidad. Los dos habíamos leído las obras de Sartre y uno de los dos reflexionó: "Si fuéramos libres dejaríamos de tener miedo". El otro respondió: "Si, pero hemos elegido estudiar y por lo tanto también la opción del miedo". Sartre estaba presente en todos los momentos.

No conozco —pero eso no quiere decir mucho— otro filósofo (una vez un amigo me mencionó el caso de Sócrates) que hubiera tenido una comunicación tan inmediata y personal con los demás. Es que él, demolidor de formalismos académicos y convencionalismos postizos, no buscó el prestigio de una tribuna o un aula sino que su cátedra estaba en las mesas de los cafés de París, en el escenario de los teatros, donde gesticulaban sus personajes imaginarios a través de los cuales él hablaba, las concentraciones políticas, los enfrentamientos con la policía, las polémicas con sus adversarios ideológicos. No creo que Kant hubiera deambulado por los bares de Königsberg. La metafísica de Sartre se convirtió en estilo de vida de toda una generación.

Era la imagen diametralmente opuesta a la tradicional del filósofo, del profesor encerrado en su torre de marfil, del individuo autoexiliado entre los muros de su biblioteca. No, Sartre era un noctámbulo y un bohemio capaz de beber largamente en una taberna de París o El Havre o cualquier otra ciudad del mundo. El mismo dijo que había escrito **El aplazamiento** en una mesa de "La Coupole" y si uno más o menos puede comprender que eso sea posible porque se trata de una novela, la cosa es más desconcertante cuando nos dice que **El ser y la nada** fue escrita en otro café, en "Les trois mousquetaires". Sin embargo, nunca quiso tener discípulos y alguna vez negó secamente esa calidad a quienes quisieron atribuírsela.

Seguramente ninguna otra doctrina como la suya fue tan difundida, tan popularizada porque supo volcarla a su obra literaria, sus novelas, obras teatrales y hasta guiones para cine. La gratuidad y la inutilidad de la vida, su falta de esencia, reducida a una simple existencia humana, sus conceptos de la libertad, la náusea creada por el absurdo, el infierno causado por "los demás", están personificados en los destinos individuales de sus antihéroes, en ese ser viscoso y medio repelente que es Antoine Roquetin; en Mateo, que era libre sin saberlo y no sabía qué hacer con su libertad porque la libertad sólo sirve para comprometerse y él estaba condenado a ser libre. Seres que no servían para nada.

¿Dónde va Sartre a reclutar sus portavoces? ¿A quiénes escoge para difundir sus ideas? A una prostituta en **La Putain Respectueuse**; a un homosexual, Daniel Sereno en **La edad de la razón** que tiene un pie metido en el hampa; una pobre y mediocre cantante en una

"boite" de mala muerte. Ninguno de ellos era "algo", aunque algunas veces se hacían la ilusión de ser vidas-proyectos, con destino, hasta que se daban cuenta que eran nada y que estaban en el mundo inútilmente como los demás hombres. "Y aparte de eso —preguntó Brunet— qué es de tí? Mateo se sintió molesto: en realidad no era nada. Nada —dijo. Ya lo veo catorce horas de clase por semana y un viaje al extranjero durante las vacaciones".

Esos personajes simplemente existen, pero la contra-parte es su libertad. El hombre es un esclavo de su libertad. "Para qué la libertad si no es para comprometerse?" pregunta Brunet un miembro del partido comunista. El ha renunciado a todo para poder ser realmente libre, mientras que Mateo que no está comprometido es libre sin objeto.

En medio de todo eso la historia sale muy mal parada. Sartre dice que al hombre le gusta vivir rodeado de historias, pero que en realidad los hechos se vuelven importantes sólo cuando son contados. Si en último término la historia es el registro de los designios humanos, ocurre que no hay tales designios. El oficio de historiador es el menos adecuado para conocer la psicología de las personas, puesto que la historia escrita maneja sentimientos denominados genéricamente como Ambición, Interés, Orgullo y por ahí no se va demasiado lejos.

La vida del hombre está cada vez más envuelta en lo que se ha dado en llamar el "sentido histórico" y fue en los años 30 que los franceses descubrieron su historicidad, es decir su complicación con los hechos históricos. Ya no se trataba de una relación libresca con el pasado, sino de un vínculo dramático y vibrante.

"A partir de 1930, la crisis mundial, el advenimiento del nazismo, los sucesos de China y la guerra de España, nos abrieron los ojos; nos pareció que iba a desaparecer el suelo bajo nuestros pies..." La vida de los individuos ya no dependía, como hasta entonces, de su buena o mala conducta, esfuerzos o desidias, sino de fuerzas invisibles o subterráneas, pero en todo caso oscuras. "La presión de la historia —dice— nos revela repentinamente la interdependencia de las naciones —un incidente en Shanghai era un tijeretazo en nuestro destino". Toynbee dijo que al comenzar la segunda guerra mundial la historia lo había agarrado por el cuello.

A los 70 años de edad, Sartre estaba casi totalmente ciego —el mal venía de muy atrás porque de niño había perdido la visión de un ojo— y eso era como si ya hubiera muerto de alguna manera porque su vida no tenía otro fin que el de escribir, cosa que no podía hacer más.

Los niños de Berlín

En 1976 viajé a la República Federal de Alemania con un itinerario de tres semanas fijado en la embajada de La Paz a mi elección antes de partir. En Bonn me dí cuenta de que quién había fraguado la invitación fue Wilfried Noelle funcionario del servicio diplomático a quien conocí en Bolivia cuando él era agregado cultural. Conversaba sobre mí una noche en Bonn con Renán Estenssoro, embajador de Bolivia, cuando de manera súbita Noelle dijo: ¿Por qué no invitamos a Alberto a venir.?"

Dentro del sistema alemán de invitaciones, el guía, hombre o mujer, que le asignan a uno en cada ciudad, está encargado de pagar todos los gastos, restaurantes, automóviles, espectáculos, en fin lo que se le ocurra al huésped.

En Heidelberg fue una mujer de unos 28 años, delgada, rubia, vestida con elegancia. Una noche después de ir a ver un ballet, me dijo que seguramente me interesaría conocer una típica y antigua cervecería de estudiantes. Era pleno invierno y ella llevaba un gorro de piel, abrigo de cuero y botas altas. Naturalmente, hacíamos una pareja no común puesto que yo era mucho mayor y por mi aspecto nadie habría podido confundirme con un alemán. ¿Qué podía pensar la gente que nos veía? Tal vez se trataba de una compañía femenina remunerada.

Después de beber uno o dos chops enormes, nos levantamos para irnos y me dí cuenta que algunas personas nos observaban con cierta curiosidad. Cuando vieron que ella se acercaba a pagar a la caja que estaba en un lugar muy visible y que sacaba el dinero de su cartera, la extrañeza de la gente aumentó. Una vez fuera del local, le dije: "¿Qué habrías pensado esa gente? Que yo pagara a una mujer tan joven podía estar dentro de lo corriente. Pero seguramente lo que ya no llegaban a explicarse era que esa mujer tan atractiva fuera la que se hacía cargo del gasto".

Al día siguiente caminamos por las calles de la ciudad y hacia las cinco de la tarde nos despedimos en la estación, donde tomé el tren para Munich. La recuerdo en el andén levantando su mano larga y enguantada, haciéndome la seña del adiós. Me dí cuenta de que era una despedida para siempre. Giselle.

Munich, Hamburgo, Berlín; no hubo noche que no fuera a un espectáculo. Un día pasé a Berlín Oriental en un ómnibus para turistas no alemanes. En la puerta del muro, del "muro de Berlín", la policía procedió a la revisión de los pasaportes. Una mujer ya mayor, como de unos 50 años, tomó el mío. Miró primero la fotografía y después clavó —esa es la palabra— sus ojos en mi cara con una intensidad tan sobrecogedora como si se me estuviera interrogando por conspirador, como no podía hacerlo sino una persona del oficio. "Así deben ser los agentes de la policía", pensé. Terminado el trámite subió al ómnibus una guía que dió explicaciones en inglés y francés. Un enorme parque con un impresionante monumento a la guerra o a la paz y la amistad con la Unión Soviética, la puerta de Brandemburgo, la avenida Unter der Linden.

Lo que más me impresionó y llegó a enternecerme fue ver en las calles apenas transitadas, a grupos de niños. "Niños de Berlín", dije para mí mismo, como si fueran pequeños seres reservados a una vida aislada, ¿Por qué esa impresión tan desoladora y objetivamente errónea? He pensado mucho en el caso. Habrá sido por el contraste entre la alegría, las luces, la abundancia y riqueza de Berlín Occidental, casi totalmente reconstruída, mientras la otra mitad estaba separada por un muro inmenso? ¿Habrá sido por el paso del muro con sus vigilantes apostados en altas casetas de tiro; por las largas filas de gentes delante de un almacén en espera de comprar pocas cosas? El hecho es que pensé de una manera melancólica en los niños de Berlín.

La ciudad encantada

Diciembre 25 de 1981. Esa mañana desperté preguntándome: ¿por qué no estoy en Venecia? como si mis palabras encerraran un reproche contra alguien y quisieran traducir la idea de un derecho injustamente negado. La verdad es que desde la primera vez que fuí a la ciudad de la laguna, hace treinta años, muchas veces pienso en Venecia, sus canales, los caballos de oro de San Marcos, la estatua de Colleoni por el Verrochio, sus palacios, calles y canales. Me da la impresión de haber sido construída por niños a quienes se les hubiese dado todos los permisos para llevar a la realidad una ciudad ideal y fantástica Como si fuera un enorme juguete levantado sobre el agua. Un solo palacio dividido por los canales, que son sus calles.

Después volví dos veces, por horas, porque no necesito mucho tiempo para sumergirme en su misterio y su encanto La primera en 1975 con mi hermano Alfonso, desde Ginebra, de donde salimos en tren a medianoche. Al amanecer estábamos en la estación. Fuimos a tomar desayuno en una cafetería cerca de la plaza de San Marcos y que nos inspiró una conversación sobre el espíritu italiano, tan inteligente como cínico, su historia increíble, cruel y hermosa, y después entramos en la basílica.

En eso comenzó a llover copiosamente; caminamos todo el tiempo por las calles bajo lluvia y protegidos por el umbral de una puerta contemplamos largo rato la estatua de Colleoni. Almorzamos en una "trattoria" y tomamos el tren de regreso. Habíamos estado en Venecia unas ocho horas y cuando volvimos a Ginebra, una de las hijas de Alfonso le dijo: "Ir por tan poco tiempo...qué snobs".

Más de una vez he querido escribir un breve artículo sobre Venecia. Hasta tengo el título: "Venecia, una alienación", pero el tema me inspira miedo porque sé que nunca podría llegar a expresar todo lo que siento y de la manera en que quisiera. Cuando menos diría dos Cosas: que la ciudad no sólo da la idea de que allí termina nuestro mundo occidental, europeo, sino que comienza algo distinto, misterioso y legendario, el oriente, lo apenas vislumbrado, entrevisto e imaginado y que por ahí, más que por ningún otro lado, se va al pasado. Bizancio, el camino de las especias, la guerra contra el turco, Marco Polo, el comercio por todo el mundo conocido, los navegantes y mercaderes de tapices, sedas y perfumes.

La otra. Que en Venecia ya no podrá ocurrir nada más, como si fuera una historia clausurada y cerrada. Es inconcebible que allí pueda volver a suceder ningún acontecimiento porque ya todos han transcurrido en otro tiempo y no son necesarios más. ¿Qué hacen esos venecianos que recorren de prisa las calles, como si de manera interminable dieran vueltas por

ese dédalo de calles y canales? ¿Hay algo que hacer entre sus puentes y las fachadas de sus palacios clausurados? Como si fueran los mismos hombres y mujeres de los cuadros de Guardi y del Canaleto, de sus tiempos de esplendor y fiestas fastuosas, sólo que con trajes de ahora.

Hemingway hace decir a uno de los personajes de su novela "A la orilla del río"; "Quisiera poder pasear por las calles de Venecia toda la vida".

Las conspiraciones: la gran pasión

Una tarde, durante el exilio en Lima, un compatriota vino a instarme a participar en una conspiración contra el gobierno del MNR. Por toda respuesta saqué de mi cartera un billete de diez soles y le dije: "Si de estos diez soles dependiera el éxito de la revolución, no los daría". Por algo soy enemigo del desorden. La continuación del MNR en el gobierno implicaba que yo seguirla fuera de Bolivia indefinidamente, pero algún día terminaría la lacra, y entonces habrá que comenzar de fajas cero y con gran paciencia inducir a los gobernantes a tomar la vida civilizada. Es un precio muy duro, pero alguien tiene que empezar a pagarlo.

Existe también entre los bolivianos una transferencia de culpabilidad hacia las leyes. Están impenitentemente alegando que los males desaparecerán cuando se modifiquen las leyes, sueñan con un estatuto de partidos, les fascina las elecciones y siempre están pensando en una nueva Constitución Política. Por eso a lo largo de nuestra historia la hemos modificado la friolera de 17 veces y ahora hay un acuerdo general en reformarla una vez más, aunque no se sabe qué cambios introducir. Pero nadie puede discutirles.

De la misma manera, se cree que la democracia esta "por ahí", un poco relegada y podrá ser instalada en cualquier momento, pero, por supuesto, después de un cambio, de un "golpe". Parecería que la democracia fuera un ente cuya existencia depende de la buena o mala voluntad de unos cuantos políticos y no el resultado de una conducta y una larga educación. No se piensa que la democracia no es un hecho político sino, ante todo, social. Es, entre otras cosas, saber respetar las ideas de los demás y eso no sucede en un medio sectarizado como el nuestro. Se trata de un producto muy elaborado. El mariscal Andrés de Santa Cruz dijo que había ido en pos de la Confederación con el Perú porque Bolivia es una nación que no puede marchar adelante por falta de hombres capaces.

En las épocas duras del PIR, como quien dice cuando el partido se hallaba en las catacumbas, existía en su seno una tendencia que sostenía sinceramente que el objetivo del partido no debería ser la captura del poder, sino la educación del pueblo. Es una meta a muy largo plazo, pero si no la perseguimos y no la alcanzamos, dentro de cien años —si todavía existe la nación— los bolivianos seguirán peleando sañudamente a través de cuartelazos y revoluciones por arrancar los jirones del poder. No hace mucho le expuse estas ideas a un político profesional y me miró con compasión, sin creer lo que oía.

Como dije cierta vez a un grupo de amigos, el origen de esa plaga del caos convertido en nuestro habitual modo de vida, tiene una fecha: el 18 de abril de 1928. Recalco que se trata de una sola de las causas del mal.

Si hubo en la historia de Bolivia un gobernante puro, a quien no se le podría atacar por ningún lado, fue el mariscal Antonio José de Sucre. Había hecho desde muy joven toda la campaña de la independencia americana y logrado la capitulación final de los ejércitos españoles en la batalla de Ayacucho. Se resistió con tenacidad a pasar el río Desaguadero y venir a este páramo a ejercer funciones de gobierno que le repugnaban ("Soy soldado y no gobernante"). Sin embargo, presionado por Bolívar, ingresó al Alto Perú, organizó la república, fue generoso y magnánimo y de una honradez impoluta. No veía la hora de dejar el mando y regresar a su país.

Todavía de Bolívar se podría decir que tenía impulsos dictatoriales y despóticos, que era vanidoso y ambicioso. Pero a Sucre es difícil negarle sus virtudes. Pues bien, ese 18 de abril los bolivianos no tuvieron el menor reparo ni remordimiento posterior en echarlo del poder y atentar contra su vida. Se salvó de morir por un azar.

Pienso que si los bolivianos fueron capaces de cometer ese crimen con Sucre ¿qué podía detenerles en dedicarse a derribar gobernantes casi todos insignificantes y ridículos? Si con Sucre, el pulquérrimo, se hizo eso ¿por qué no con los demás? Para mí aquel día comenzó la tragedia.

Debe ser por haber visto de cerca —y eso no es difícil en Bolivia— tantas personas ansiosas de querer convertirse en personalidades del mundillo político boliviano, que abominó profundamente el deseo de figuración. También odio, en otra escala, el anhelo de querer disponer de cualquier clase de poder. Si la figuración puede ser alguna vez inofensiva, el poder se confunde con el propósito malsano de sojuzgar a los semejantes. Por ahí se va a la arbitrariedad y la crueldad. Aunque se diga que de todos modos alguien tiene que gobernar, esa ha sido una de las causas de las desdichas, guerras y opresiones cotidianas que sufren los grupos humanos.

Cuando digo a mis amigos que desde hace cuatro años apenas leo los periódicos y muy rara vez veo los noticieros de la televisión, advierto que algunos me dirigen una mirada de cierta incredulidad. Además, hago lo posible por eludir conversaciones sobre temas de la actualidad boliviana, pero como es imposible sustraerse por completo al ambiente dentro del cual uno está sumergido, a veces debo enterarme de manera inevitable de talo cual suceso.

De esa manera me he descargado de un lastre inútil y cuando de un modo casual echo una mirada a algún medio de comunicación me doy cuenta de mi acierto al mantenerme en la ignorancia, y de que los hombres dedicamos parte de nuestro tiempo a enterarnos de cosas que no tienen un real interés y tal vez viviríamos más tranquilos si las desconociéramos. He eliminado de mi vida buena porción de lo presente, lo cual me permite elegir lo que verdaderamente me gusta y atrae. Vivo más libre sin la opresión de las noticias.

Estación Retiro

Cuando Susana Calvo me relató aquella historia tal vez no sabía que me estaba dando el argumento para un cuento. Las cosas sucedieron aproximadamente de esta manera, teniendo en cuenta la conspiración de los años contra la memoria. Susana estaba divorciada y, un poco para pasar el tiempo, propuso a una amiga instalar una "boutique" en Buenos Aires. Un trabajo como para ella, porque es una mujer de buen gusto. El lugar escogido da una idea de la mercadería y de la calidad: perfumes, carteras, guantes, pieles, todo muy fino y un poco snob, como para la calle Florida pasando la avenida Córdoba hacia la plaza San Martín. La socia era también una mujer agraciada y uno no se explicaba su salterio.

Entre las dos tomaron una "dependienta", y es así cómo la nombraremos en adelante, para que atendiera a los clientes. Pero en cierto momento ocurrió que todo estaba bien menos la afluencia de compradores, muy rala, debido a una mala época de la economía argentina.

Como algo había que hacer en medio de esos largos lapsos en que no asomaba nadie, sino, por ejemplo, leer "Siete días", un día que hojeaban una revista de esas que llevan un nutrido "correo sentimental", las dos repararon en un aviso: "Arquitecto, 35 años, residente en Córdoba, con fines matrimoniales busca un alma solitaria como la suya", o algo por el estilo. "Solitaria y un poco ridícula", comentó una de las dos...

"Pero como se trataba de pasar el rato fuimos a un café de la vuelta y entre las dos nos pusimos a escribir la primera carta. No tardó en llegar la respuesta, lo que nos hizo pensar que eso de la "soledad" podía ser cierto y, después de una correspondencia cada vez más frecuente, nos dimos que no era tan cursi como pensábamos al comienzo. Además denunciaba cierta seriedad. Sucede que a veces una principia en broma, para quemar las horas vacías, pero cualquier momento se advierte que sin darse cuenta las cosas aparecen un poco complicadas. Llega el instante en que se hace difícil abandonar el juego. Nuestra esperanza era que el "romance" se disolviera por sí solo o que podíamos cortar la correspondencia sin mayores explicaciones. Pero un día nos quedamos heladas cuando leímos: "Iré a Buenos Aires a conocerte. Llegaré a Estación Retiro a las 17.45. Esperaré al lado del último coche".

"No recuerdo a cuál se le ocurrió destacar a la "dependiente" en plan de pesquisa. ¿Por qué descartar en absoluto al hombre de Córdoba? La "dependiente" conocía desde el primer día toda la historia y hasta había llevado más de una carta al correo. Estuvo de acuerdo en ir a echar un "vistazo", desde cierta distancia en medio del barullo de los andenes y darnos una información del personaje, puesto que por la simple apariencia se puede tener una idea de una persona. La aguardaríamos en la "boutique" hasta las nueve de la noche y así le dábamos un amplio margen de tiempo para volver.

"Esperamos hasta más allá del plazo convenido, pero la "dependiente" no regresó esa noche y pensamos en algún percance. Pero tampoco vino al día siguiente ni la volvimos a ver

nunca más, ni nadie contestó a nuestras llamadas telefónicas a su departamento. Tampoco llegó de Córdoba ninguna carta más".

Gunnar Mendoza

Más tarde de lo que debió haber sido, por el año 1957, conocí a Gunnar Mendoza en Lima cuando él pasaba a Estados Unidos de América. Puedo decir que hasta entonces sólo había llegado hasta mí su renombre y entre sus escritos su estudio sobre el diario del tambor mayor Vargas que leí en Ginebra. En Lima le acompañé a visitar la Biblioteca Nacional y allí su director y colega Cristóbal Puga de Lozada nos invitó para dos días más tarde a una comida en el Club Nacional. Estaban el ex-presidente José Luis Bustamante y Rivera, Jorge Basadre, Honorio Delgado, Alberto Tauro.

Basadre que entonces era ministro de Educación nos llevó en su automóvil a nuestras respectivas casas y en el trayecto convinimos tener una conversación "más larga" el día siguiente que era domingo, en la casa de Mario Estenssoro, donde estaba alojado Gunnar. De esa manera fue cómo conocí muchas ideas de Basadre, sus modos de expresión, los motivos que más le preocupaban en la cultura, sus proyectos de trabajo. No era la primera vez que sabía de él porque creo haber leído todos sus libros y cuanto artículo suyo que caía en mis manos, desde **Perú: problema y posibilidad** para adelante. También asistí en 1940 a las clases que dictó en un curso de verano para extranjeros organizado por la Universidad de San Marcos.

Gunnar se fue de Lima y nunca más supe de él hasta un viaje que hice a Sucre doce años más tarde, en 1969 llevando una exposición fotográfica de Ricardo Jaimes Freyre que organicé en el Ministerio de Cultura. En una primera instancia, la muestra fue presentada en Potosí, en una de las salas de la Casa de Moneda que da a la calle, en un acto inaugural en el que habló Armando Alba. Sorprendió a todos la extraordinaria afluencia de público deseoso de ver la exposición: gente de todas las clases, desde la clase media hasta los mineros y sus mujeres que hacían largas colas para ingresar al salón. Ese hecho sumado a la experiencia de los conciertos en los templos de La Paz me hizo reflexionar sobre grupos y personas que en Bolivia parecen insospechables de interés por la cultura y a quienes sólo les falta la oportunidad. Mineros, campesinos, obreros, que se dan cuenta oscuramente de la existencia de otros mundos a los cuales no tienen acceso, y donde hay cosas que les harían más sufrible la vida, pero que están muy lejos.

Pasando a otro tema, es extraño que uno resulte teniendo vinculaciones a veces muy estrechas a pesar de la distancia de siglos, como me sucede, digamos, con Gonzalo Pizarro, Juan Ortiz de Zárate, o un cabecilla "vicuña". Curioso para ellos y para mí. Para esta biografía gráfica de Jaimes Freyre —tal vez la figura más "simpática" de la literatura boliviana— me dediqué durante unos tres meses a localizar fotografías: ministro en Chile, su mujer, padres y amigos, el hermano Raúl, las exequias en Buenos Aires, la casa en Tucumán, los funerales en Potosí, los libros de él y de doña Carolina. Curioso que uno acabe por excluir de la mente toda otra idea y el personaje se convierta en una obsesión. En la búsqueda establecí, de acuerdo a la partida de bautizo que localicé en Tacna, que el centenario de Jaimes Freyre había pasado en realidad dos años antes, o sea en 1867, fecha que no coincidía con otros documentos personales.

La muestra se componía de unas setenta ampliaciones de igual tamaño, montadas sobre un bastidor de madera, y hoy se halla en una de las salas de la Casa de Moneda de Potosí, en la misma habitación que, según Alba, era la vivienda de Pedro Vicente Cañete.

En Sucre, Gunnar había preparado una muestra bibliográfica complementaria y acá el acto inaugural se llevó a cabo en un salón de la Universidad ante la presencia de cinco personas. En todo caso, dije unas palabras sobre Jaimes Freyre seguramente emocionadas. En los pocos días que permanecí en Sucre no tuve ninguna oportunidad de conversar con Gunnar.

Volví a esa ciudad unos meses más tarde con un grupo de alumnos de la carrera de historia de la Universidad de La Paz, a algunos de los cuales recuerdo con ese ridículo afecto del profesor hacia el alumno. Visitamos el Archivo Nacional y allí dije ante el grupo que uno de los motivos del viaje era conocer al director. Siempre frío y distante. Otro viaje a Sucre, meses más tarde con Alicia, en el cual ni nos vimos. "Indudablemente, pensé, algo le pasa a Mendoza conmigo".

1972. Primera reunión de la Sociedad Boliviana de Historia en Potosí, con Lewis Hanke, cuya venida gestionamos con ayuda de la embajada americana, circunstancia que aprovechamos para convencer a las autoridades universitarias de La Paz —el rector era Luis Felipe Hartmann— a concederle el título de doctor **honoris causa**. Además del numeroso grupo de La Paz, fueron de Santa Cruz, Hernando Sanabria Fernández y de Sucre Mendoza y Joaquín Gantier. En Potosí la organización estuvo a cargo de Alba y Mario Chacón.

Con Gunnar guardaba yo la distancia que imponía aquella indiferencia, cuando una tarde, en una recepción de la Alcaldía Municipal, en medio de una conversación sobre cualquier cosa, me dijo: "Alberto, más de una vez he pensado que debíamos tutearnos". "Gunnar, le contesté, me voy a poner a llorar" y desde entonces quedó establecido ese tratamiento. En la noche fuimos en grupo a un restaurante y después de la comida nos desprendimos Eduardo Arze Quiroga, Gunnar, Guillermo Ovando, Fernando Cajías, Phillip Parkerson, René Arze y María Eugenia Siles para ir a la casa de Juan Aitken Soux. Fue una de esas noches o momentos maravillosos que algunas veces suceden sin que uno reconozca el motivo, con las guitarras de los esposos Aitken y los cantos de Eduardo Arze. Son raros instantes, pero suceden.

Con Gunnar ya nos tratábamos en el ambiente de una calurosa amistad que no requería ser expresada, porque era tácita. Un día en que la Sociedad Boliviana de Historia se reunió en La Paz en 1976 en un cocktail ofrecido por la Universidad —estaban Hanke y Charles W. Arnade— el primero recordó en público que aquél cumplía treinta años como director del Archivo Nacional. Mendoza contestó diciendo que los dos encuentros más importantes de su vida intelectual habían sido con Hanke y con Alberto Crespo y se acercó a abrazarnos.

Más tarde cuando publiqué el libro **Alemanes en Bolivia** hice imprimir en la primera página esta dedicatoria: "A Gunnar Mendoza, Tambor Mayor de la historiografía boliviana".

En 1977 fui con él a Washington a una reunión de archivos convocada por la Organización de Estados Americanos. Allí estaba Hanke. Como cada uno de los participantes debía identificarse en voz alta por su nombre y nacionalidad, cuando le llegó el momento a Hanke dijo muy sonoramente y entre aplausos: "Lewis Hanke, ciudadano honorario de la Villa Imperial de Potosí".

Mendoza fue una de las estrellas de la reunión porque a su conocimiento profesional de archivista une una seria cultura. A veces digo, claro que exagerando un poco las cosas, que él ha leído todos los documentos del Archivo Nacional y siempre he lamentado que su obra escrita sea relativamente corta y no deje más testimonios de su saber.

El alma de papel

Walter Montenegro dice que siempre ando en pos de frases. Seguramente tiene razón porque me impresiona la fuerza de una síntesis en pocas palabras de todo un discurso, y entonces no me cuesta asimilar las y retenerlas.

De la misma manera, por épocas largas o cortas, mi vida ha sido dominada por alguna obsesión literaria. Apasionarme por un libro o su autor, releerlo, aprender párrafos de memoria, hablar a los amigos, discutirlo, a veces con vehemencia. Acá un paréntesis retrospectivo.

Con la incertidumbre que supone la distancia de más de medio siglo, deduzco que mi padre se hacía pagar sus publicaciones dejadas en consignación, con otros libros, que él tal vez no podía comprar. A veces íbamos con él a la librería "Renacimiento" que tenía sus puertas sobre la plaza Murillo y la "Atenea" en la calle Comercio y salíamos con voluminosos paquetes. Conservo memoria de **Las mil y una noches**, cuyas páginas mi padre nos leía en las noches o las novelas editadas por Sopena en unos volúmenes de formato grande y carátula en colores. Allí estaban Víctor Hugo, Alejandro Dumas (**El Conde de Montecristo** nos tuvo absortos durante varios meses), Julio Verne, Eugenio Sue, Paul Feval. La lectura que fascinaba más a mi padre era **Los Miserables** y, antes que pudiéramos leer la novela, él ya nos hablaba de Jean Valjean. Mi madre formaba también parte del auditorio, pero el pequeño club no iba a durar mucho tiempo por ausencia definitiva de su principal animador, quien nos dejó el vicio de la lectura. Es por eso que no hay momentos vacíos en mi vida, Porque cuando no tengo nada que hacer tomo un libro.

En mi juventud, allá por los veinte años, uno de esos autores fue Knut Hamsun, cuyas novelas leí unas cuantas veces y hasta ahora, medio siglo después, queda en mi memoria el nombre del pueblito de Sirilund, escenario de la novela **Pan** o las características de la personalidad de Eduarda y el Narrador, el teniente Glan. Después anduve cautivo —y ahora me pregunto si realmente valía la pena— del **Diario ínfimo** de Enrique Federico Amiel.

Se trata de una lectura sin brillo, monótona, de Un aburrido profesor ginebrino, pero no lo veía así entonces. Muchos años más tarde, cuando estudiaba francés en la Universidad de Ginebra y el profesor de literatura preguntó a los alumnos qué escritor nos interesaba, le pedí hablar de Amiel. Dijo que su prestigio era más extendido en el exterior, sobre todo en el mundo de habla hispana, donde había sido difundido Por el estudio de Gregorio Marañón, y que en las dieciséis mil Páginas manuscritas del **Diario**, de las cuales apenas se publicaron unos centenares, Se hallaba muy de vez en cuando un hermoso brillante "Voilà Pour Amiel". Aunque la disertación fue desalentadora, ese momento Pensé que el acto provocado por mí había sido Como Un homenaje secreto al escritor cuya obra llenara muchas horas de mi vida.

Después fue Shakespeare de quien conocía diálogos y discursos íntegros. Casi o, Casca, Dardanio, Parsifal, Hamlet, Antonio eran Para mí mucho más reales que muchas personas ("Maté a César no porque lo amara menos, sino Porque amaba a Roma más"). Diré que los de Sartre fueron libros que siempre estuvieron al alcance de mi mano; Stendhal o Malraux ("Ser amado sin seducir es uno de los bellos destinos del hombre" o "la tragedia de la muerte es que ésta convierte la vida en destino"). También toda la obra de William Faulkner de quien una época tenía una fotografía en mi casa de Lima. Casi lo mismo puedo decir de Hemingway y los "escritores de la generación perdida".

Aquí dos cosas. Siempre he comparado a Francia con una estación de radio emitiendo continuamente cultura. Alguien —un latinoamericano— dijo: "La verdad es que somos franceses". Tal vez no ha tenido ese país nunca, ni en sus épocas de oro, una literatura tan brillante y valiosa como la de los primeros cincuenta años de este siglo. La lista es impresionante y aquí por supuesto está incompleta: Proust, Valery, Giraudoux, Camus, Claudel, Duhamel, Sartre, Romain, Mauriac, Saint-Exupéry. Cuando menos desde esa óptica es penoso ver que sus gobernantes, aun los socialistas, han dado ahora a Francia el privilegio de ser el tercer exportador de armas en el mundo.

La otra. Muchas veces he pensado en los contrastes que presentan los personajes que ocupan el mundo claro, decidido y sin vacilaciones de Hemingway con los de Faulkner que se mueven en un ámbito de remordimientos inescrutables y angustias ancestrales. Los unos son sanos y vitales y los otros enfermos y morbosos. Para Jaime Jordán, el héroe de **Por quién doblan las campanas**, el objetivo consistía en ayudar a los republicanos a ganar la guerra porque sin muchas complicaciones mentales le parecían defensores de una causa justa. La misión podía ser difícil pero era neta: hacer volar un puente para lo cual debía emplear, fuera de coraje, una equilibrada serenidad y un control tranquilo sobre sus actos: la manera de acercarse al puente, distraer a los soldados que lo cuidaban y en medio de una refriega destruirlo. Su razonamiento era muy simple; si llegaba a hacer volar el puente, impediría el paso de las tropas nacionalistas y ese hecho podría inclinar las acciones locales a favor de los republicanos y quien sabe si ganar la batalla en ese sector, lo cual a su vez, por una serie de hechos en cadena, podría definir el resultado de la guerra. Mientras tanto, sus enemigos eran los soldados del puente.

En cambio es imposible localizar a los enemigos del capitán Suppen porque son impalpables sombras fatídicas venidas de mezclas raciales indiscernibles y atormentadas por oscuros sentimientos de culpa, por pecados no cometidos o, lo que es peor, sin absolución. ¿Cómo combatir contra todo eso? El escenario en que se arrastra su figura no son las montañas límpidas de Castilla sino el "Sur profundo". En lugar del ruedo luminoso de una tarde de toros, destartaladas casas de madera y cuartos cerrados durante años, cargados de conjuros. El protagonista no es un valiente cazador en África, sino el paranoico de **Luz de agosto** que no sabe los impulsos que le llevan a incendiar las cosechas. En vez del torero que afronta la muerte con pánico o valentía, el moribundo de **Mientras yo agonizo** que analiza morosamente su muerte, sus consecuencias, sus vacíos.

No podría negar que estoy influido por el mito de las palabras, de las letras, como si las cosas no sucedieran si no son escritas. Una prueba son estas páginas. Será porque he vivido leyendo hasta convertirse la lectura en una manía. Será también porque dentro de mi

ocupación de historiador —aunque alguna vez he dicho que soy un francotirador de la historia— lo que hago es leer testimonios, relatos, memorias, informaciones, cartas que son la única forma de conocer a los hombres con quienes trato y ya no viven y de quienes ha quedado apenas un dato, una referencia, una firma, y a veces ni siquiera eso sino apenas el testimonio indirecto y dudoso de una tercera persona. Será también por eso que he inducido a más de un amigo a dejar constancia de las partes relatables de sus vidas.

Hace unos quince años encontré en Buenos Aires a Emilio Sarmiento, medio derrotado, sin poder venir a Bolivia por su salud precaria. ¿Por qué no escribía sus memorias de la guerra del Chaco? "Cuando uno se propone escribir todo un "libro" (así entre comillas) es como colocarse frente a una montaña. Haz el proyecto de una página, ni siquiera cada día, sino cuanto tengas el ánimo suficiente".

Cuando mi hija Isabel fue a Buenos Aires unos cuatro años después, Emilio le dijo: "Avisa a tu padre que he seguido su consejo y el libro ya está en la imprenta: "Memorias de un soldado de la guerra del Chaco".

Le Vieux Quartier

Con el embajador americano William Stedman y Graham French, su agregado cultural, hice una relación que resultó fructífera para la historiografía boliviana. Stedman es un hombre inteligente y no me costó convencerle de la importancia de promover una reunión en La Paz de los historiadores americanos que investigaron sobre nuestro pasado con sus colegas bolivianos. El hizo las gestiones del caso y vinieron simultáneamente Lewis Hanke, Charles Arnade y William Lofstron y separadamente, algo más tarde, James Malloy, de la Universidad de Pittsburg. También propuse al embajador editar el trabajo sobre Vicente Pazos Kanki escrito por Charles Harwood Bowmann. Se trataba de un "sub producto" de una investigación troncal efectuada por él sobre los emigrados neo-granadinos en los Estados Unidos.

En la breve introducción al libro toqué el misterio del talento. Nadie habría esperado que del miserable caserío de Ananea y de un medio totalmente iletrado saliera un hombre que un día compartiera con Bernardo de Monteagudo la dirección de los periódicos "La Gazeta" y "El Censor" de Buenos Aires, desde cuyas columnas los dos vanamente intentaron poner atajo a la anarquía en las antiguas provincias del Río de la Plata. Su inteligencia le conducía a interesarse profundamente, como si fueran suyos, en los problemas de la expansión brasileña, de la libertad en todas partes, o poner en ridículo, a pesar de su ascendencia indígena, la idea de restaurar en América el imperio de los Incas. Su sentido realista no le impidió complicarse como figura de primera magnitud en el novelesco y utópico intento de crear una república ideal en la isla Amelia sobre la costa este de los Estados Unidos de América, mientras todavía no estaba en claro la suerte de las colonias españolas en el sur del continente.

Su vida errática no fue ningún obstáculo para sus trabajos intelectuales como la traducción de la Biblia al aimara, escribir una Historia de Estados Unidos, una Memorias Histórico-Políticas o elaborar proyectos en París para establecer una comunicación entre el océano Atlántico y Bolivia a través del río Amazonas. Su personalidad vigorosa fue suficiente para imponerse a los complejos que pudo crear- le su inmediata ascendencia indígena. Cuando le llegó la hora, fue capaz de sostener largos debates con el primer ministro inglés Lord Palmerston sobre la ayuda que la Gran Bretaña debía dar a la Confederación peruboliviana, cuya personería le fue confiada por el mariscal Andrés de Santa Cruz.

Stedman y French tramitaron ante el Departamento de Estado un viaje de información de un mes a los Estados Unidos. La fecha coincidió con una reunión de archivos americanos en Ottawa patrocinada por la Organización de Estados Americanos. Fui con Alicia y así cumplimos el gran anhelo de conocer Nueva York. En la Universidad de Amherst, Massachusetts, visité a mi amigo L. Hanke, colega de aventuras historiográficas y potosinistas. Era el mes de octubre de 1974.

Al regresar de Canadá, por consejo de French hice por tren el viaje entre Denver y San Francisco y así atravesé durante 36 horas los escenarios de los cow-boys de las películas, Omaha, Utah, los lagos y bosques de Sacramento. Además el tren parecía de finales del siglo XIX, con sus "barmans" negros de chaqueta roja. Después de Austin, New Orleans fue una de las últimas etapas.

Era una hora insólita para lo que ví al comienzo de esa tarde calurosa, bajo el calor de Misisipi, el río legendario, tratando de asilarme en la sombra de las antiguas arcadas dejadas

por los franceses en cualquier calle del Vieux Quartier, cuando oí una música que se iba acercando, como abriéndose paso a través de la atmósfera húmeda pero cada vez más nítida, con la estridencia metálica de una banda de jazz. Era después de mediodía. De pronto, del filo de una esquina, como una intromisión ex-temporánea surgió una comparsa, compuesta por unas quince personas, hombres y mujeres de edades muy diversas, seguidas por un pequeño gentío de curiosos, o tal vez de individuos que esperaban todos los días, a la misma hora, el paso de la banda.

Delante del grupo, un negro, quizá un creole salido hacía muchos años de los algodones de Louisiana o de las páginas de Faulkner. Un bailarín sin edad. Me dio la impresión de una persona extraña al grupo de músicos, un advenedizo, un "espontáneo" como llaman los españoles al que salta al ruedo sin formar parte de la cuadrilla. Con un terno a grandes cuadros marrones y negros y solapas de terciopelo, bombín y zapatos con botones. Por su ropa, seguridad, vanidad y alegría se podía conjeturar que era alguien del oficio; que algún día —con él no se podía hacer cálculos de tiempo— estuvo bajo los reflectores del escenario, quien sabe si formando parte de un conjunto o de estrella principal en algún teatro de pueblo. Pudiera ser que le llegó el momento en que ya no daba para esas alturas y un día recibió del empresario el aviso de despido, con muchas cortesías, el negocio daba pérdidas, volvería a llamarle algún día, pero él se dio cuenta —por algo había asistido a otras escenas parecidas— que el patrón simplemente quería dorarle la píldora y no se animaba a decirle que el público se impacientaba con él. Pero el hombre percibió la verdadera situación, sabía desde mucho antes la llegada de este instante y que entonces no habría argumento para esquivar el despido y también era cierto que después de cada show se sentía cada vez más exhausto y menos capaz de hacer un buen papel delante de ese público que no sabía de amabilidades.

Entonces pensó en las calles de New Orleans, donde había comenzado a bailar de niño y nadie podría despedirlo, por muy comedidamente que fuese. Ahora ahí estaba de vuelta. a pesar de sus años, eludiendo el retiro obligatorio. Claro que en la calle nadie pagaba por verle, pero lo aplaudían después de cada pausa, igual que en el escenario, y además lo seguían, como yo hice esa tarde, a pesar de la canícula, para no perder ninguno de sus pasos ágiles, ajustados a las notas sin copadas del "rag-time". Ahí estaba quizá de intruso o con el consentimiento de los músicos. Podía ser que nadie lo hubiese contratado, pero cada mañana desde el amanecer se ponía a pensar en su gloriosa aparición, entre turistas y curiosos que sin las sutilezas profesionales del empresario seguirían abstraídos las acrobacias desacompañadas de su cuerpo enjuto. Era por esa expectativa que se ponía el bombín negro, su traje a grandes cuadros y anudaba su corbata roja y así salía a espiar la salida de la banda y después se incorporaba al momento triunfal en que los instrumentos de bronce llenaban las calles del Vieux Quartier y él delante del grupo, también abstraído, como si estuviera dominado por fuerzas que venían desde lo más profundo de los algodones y la esclavitud.

En todo caso, y todo esto digo también por simple conjetura, él no podía faltar ni un día a la ceremonia, estar ausente del conjunto que se desplazaba tan despacio, con tanta solemnidad bajo el calor y la humedad que venía del río como si se tratara de un rito en el cual sólo faltaba un dios.

El teatro de la Calle 10

Serían las cuatro de la tarde cuando llegué al teatro y sin mayores trámites el empleado nos hizo pasar a la platea. Allí un guía contaba a un grupo de turistas lo ocurrido aquel Viernes Santo de 1865. Todos estaban sentados en las mismas sillas, desde donde el público asistía a la representación de "Nuestro primo de América". Aunque se sabía que el presidente iba a llegar de un momento a otro, nadie pudo haber supuesto lo sucedido después. El guía explicaba los acontecimientos de aquella noche a los turistas sumergidos en la modorra de esa tarde de verano. Las sillas eran de frágil armazón de madera negra y respaldo de esterilla, al estilo de mediados del siglo pasado.

Desde un comienzo tuve la impresión de que el guía no era uno de los tantos empleados profesionales que de una manera mecánica explican distraídamente los cuadros o los objetos de un museo. Pero también es cierto que ese momento pensé que no se podían comparar las situaciones. Al final, uno se debe hastiar de tanto explicar al público que oye también distraídamente los pormenores de un cuadro o las minuciosidades artísticas de una escultura. En cambio, me pareció que esa tarde el guía, como si hubiera sido testigo del suceso, estaba como la primera vez transido por la emoción que surgía de su propio relato. "Cuando el presidente entró con su mujer y un par de amigos, la función ya había comenzado...".

Las repetidas explicaciones no habían despojado a su voz del ligero pero perceptible temblor de la primera vez que hizo el relato. "La representación fue interrumpida por un instante, porque el público al distinguir en el palco la figura alta y delgada del presidente, lo recibió con largos aplausos...".

El guía tendría unos treinta años; o sea una edad cuando el hombre no ha perdido la capacidad de conmoverse. También pensé que sin darse cuenta había acabado por convertirse en algo así como uno de los espectadores que esa noche pagaron su boleto. Su voz tenía atrapado al auditorio en la red del Suspense. "Fuera del empleado del teatro, nadie vio a Both entrar al palco... El público estaba abstraído por la ficción del escenario...".

Como cualquier otro edificio de Washington de mediados del siglo XIX, el teatro Ford conserva hasta ahora casi intacta su fachada de ladrillo. Tal vez habría sido destruido si allí no hubiera sido asesinado el presidente. A ambos lados de un pequeño vestíbulo, una escalera estrecha conduce a los pasillos de los palcos. Como desvanecida por el tiempo, el palco tiene hasta ahora la misma bandera presidencial. Uno no puede dejar de pensar que las cosas habrían sido distintas si alguien cuidaba la puerta del palco. "El público oyó un disparo...". Claro que en medio de las ficciones de una obra teatral pasan hechos inesperados, pero que sucediera aquello dentro del desarrollo del guión de la pieza, era realmente insólito. Tan insólito que los mismos actores, en el fragmento de un instante, quedaron como petrificados en sus respectivos gestos.

Me dí cuenta que en ese momento se estaba produciendo en el teatro una superposición de tiempo y de situaciones. En las sillas que ahora ocupaban los turistas estuvieron todos esos hombres y mujeres que gritaron "Han asesinado al presidente!". Por otra parte, estaba yo allí, también sentado en una silla de la platea, viendo a quienes habían ido a mirar el lugar donde fuera asesinado el presidente delante de un público que, de veras, le vio caer herido. ¿A cuál de esos instantes, tan alejados entre sí, pertenecía el presidente? ¿Y el guía? Este conocía de memoria el libreto de la obra teatral y se hacía tal vez la ilusión de haberla visto representar muchas veces. Sabía detalles como el momento en que el presidente apareció en el palco, las últimas palabras que pronunció el actor cuya recitación fue brutalmente interrumpida por el disparo. También me puse a pensar si para el guía nosotros, que componíamos el segundo público, éramos un auditorio irreal que solamente le daba el cuadro para revivir la tragedia de ese Viernes Santo y que ahora se trasladaba a otro plano temporal, aunque en el mismo lugar donde sucediera aquello.

"Se vio a un hombre subirse sobre la barandilla del palco y de ahí saltar a la escena". Había una triple dimensión. Un hombre que mata al presidente y salta desde el palco al escenario donde se representaba una ficción. El asesino había tenido tiempo para apoyar su pistola en la cabeza, delante de un público cuya existencia y realidad nadie podía poner en discusión. "Pasaron unos instantes y de todas partes surgió el grito "Han asesinado al presidente". Booth desapareció rápidamente entre los bastidores del escenario. Los actores azorados, sin que á nadie se le ocurriera bajar el telón, se reunieron en pequeños grupos pensando que tal vez de esa manera podían hacer frente al pánico. El presidente yacía en una silla desangrándose por el tiro en la cabeza.

Ese instante el guía cortó abruptamente el relato, tal como habían terminado los hechos esa noche, el presidente en su silla, los actores como petrificados y el público despavorido. "El cuerpo del presidente fue trasladado a una casa de la vereda del frente. Pueden ir a ver la cama donde murió". Salí del teatro en una hora en que el calor había disminuido. De una manera fantástica, algo que había sucedido en la realidad era como si se hubiese repetido. Salí del teatro sin pensar en nada y me encaminé al hotel. María estaba a mi lado.

La historia de un historiador

Lewis Hanke hizo notar que en el millón de palabras que contiene la monumental **Historia de la Villa Imperial de Potosí** hay apenas un puñado de referencias sobre la vida de su autor, Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela. Sin querer parangonar los casos, tan alejados uno del otro por el tiempo, ya que Boleslao Lewin escribió su libro sobre Tupac Amaru dos siglos después de acaecidos los sucesos y Arzans fue contemporáneo a muchos hechos que relata en su **Historia**, poco es lo que se sabe sobre el biógrafo del caudillo cuzqueño, tal vez ni siquiera que su libro capital **La rebelión de Tupac Amaru y los orígenes de la**

independencia de hispanoamérica, publicado por primera vez en 1943, ha alcanzado 16 ediciones y ha sido traducido a idiomas tan exóticos como el japonés y chino.

Lewin fue por derecho propio el primer invitado al "Coloquio sobre Tupac Amaru y su tiempo" que se llevó a cabo en noviembre de 1981 en Lima y Cuzco con motivo del bicentenario de la rebelión.

Fue en un bar de la plaza del Cuzco que sostuve una larga conversación con este judío de 80 años de edad, medio patético y que podría iluminar la figura de un profeta iluminado, que piensa que Israel es la última posibilidad de salvación de su raza, la cual después de dos mil años de persecuciones necesitaba angustiosamente "un puerto de salvación".

Mientras habla pienso que, si no fuera por la edad, él mismo iría a combatir a las alturas de Golán y me relata capítulos de su vida con una voz que se vuelve trémula al mencionar a su pueblo e imagino que así debieron ser los judíos que siguieron a Moisés a través de su marcha por el desierto en busca de la tierra prometida, o un expulsado de cualquier ciudad medieval de Europa obligado a vivir en su ghetto, orando en la sinagoga, bajo la amenaza siempre pendiente del próximo "progroom", esperando la venida del verdadero hijo de Dios.

Lewin se libró de la última y más cruel persecución padecida por su pueblo, cuando el nazismo llegó a dominar casi la totalidad de Europa y, antes y durante la segunda guerra mundial, llevó al holocausto de los campos de Concentración y las cámaras de gas a más de seis millones de judíos. Lewin salió de su ciudad natal, Lodz, en Polonia, en 1930 hacia Montevideo para visitar a una hermana suya, como esos pájaros que emigran a increíbles distancias presintiendo la llegada de los fríos de invierno. "Se veía venir la guerra, me dijo, porque en esos años el hitlerismo ya estaba en plena ascensión al Poder". Su voz se estremece al decir que la totalidad de su clan familiar fue exterminado por el nazismo durante la ocupación de Polonia. "Es como si hubiera perdido mi identidad".

Al leer **La rebelión de Tupac Amaru** más de una vez he pensado que el caso de su autor es el de Un judío que no ha olvidado la expulsión de su pueblo de España cinco siglos antes y que la inquisición persiguió implacablemente a sus hermanos de raza y religión. Sin duda la capacidad de perdón u olvido no está entre sus virtudes, lo cual hace que Lewin se coloque de manera adversa frente a cualquier enfoque "hispanista" de la historia. En ese sentido, me dijo que lamentaba no haber estudiado y escrito sobre Bartolomé de Las Casas. Puntualizó no haber tenido nunca el propósito a priori de realzar la figura de Tupac Amaru y que sus conclusiones son resultado de una investigación pura, aunque también declara que sus "simpatías íntimas están más al lado de los rebeldes indígenas que de sus opresores españoles. He sido siempre socialista y judío", me dice en el bar del Cuzco, mientras sus manos toman temblorosamente la taza de café.

Había conocido a Lewin hacía la friolera de 30 años en Buenos Aires un día que fue a la oficina de la embajada de Bolivia en Argentina, de la cual yo era secretario, para viajar a consultar dos clases de documentos sobre la rebelión en el Alto Perú: los papeles de los archivos y los principales lugares del levantamiento. Yo era entonces un simple aficionado de la historia, pero conversamos entonces largamente en la oficina y en mi casa una noche que vino a visitarme.

Al volver de Bolivia me contó emocionado "En Macha dormí en la misma casa de Nicolás Catari". Desde entonces pasaron tres décadas sin que nos viéramos, hasta que en Buenos Aires en 1979, durante las deliberaciones del congreso sobre la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires, nos encontramos reunidos en una misma comisión. A pesar de todo ese tiempo transcurrido, lo habría reconocido fácilmente en las calles; el rostro redondo, sanguíneo, el cabello escaso, los lentes gruesos, su contextura fornida y una voz trémula, como tal vez nunca oí otra. En cambio, era natural que él no me identificara, porque, en realidad, yo era una persona distinta a la que él conociera, puesto que entonces mi filiación era distinta: funcionario diplomático, poseedor de una relativa "cultura" y algunas lecturas dispersas.

Después en el Cuzco, al año siguiente, cuando me despedí de él bajo una de las arcadas de la Plaza Mayor, allá donde Tupac fuera ejecutado dos siglos antes, me alejé reteniendo la figura de ese judío exasperado y bondadoso, intransigente y libertario, que se iba perdiendo en las sombras de la noche y de alguna manera personificaba todo un destino y

parecería seguir esperando llegar a una remota tierra prometida. En esa plaza del Cuzco había sido también exterminado Tupac Amaru y su clan familiar.

La rebelión de 1780 -1783

Ya se sabe que los sentimientos nacionalistas están entre los más nefastos factores distorsionadores de la historia. Siempre me ha hecho sonreír —y alguna vez he refutado— aquella idea muy extendida hasta en círculos cultos, de que el historiador debe ser algo así como la personificación del civismo.

Esa clase de criterios han oscurecido, por ejemplo, la verdadera índole de la rebelión indígena de 1780-1783. Tanto en Bolivia como en el Perú, se ha tendido a “nacionalizarla” y separarla en dos movimientos, para que cada una de las partes quedara satisfecha, con una honorable porción de pasado rebelde. Ya sabemos que, cada vez que hay un conflicto entre nacionalismo e historia, ésta sale perdiendo.

Mientras se desarrollaba el coloquio en Lima y el Cuzco, a medida que oía la lectura de las cuarenta disertaciones presentadas, fui viendo más claro que se había agudizado esa intención diferenciadora que embrolla el problema.

Si se analizan las causas del levantamiento proclamado por Tupac Amaru, la principal fue la supresión de la mita minera del cerro de Potosí. Ahora bien: ¿Quiénes iban a cumplir con esa conscripción? Geográficamente, las provincias obligadas a contribuir con contingentes humanos a la mita, comenzaban en Canes y Canches, o sea en el mismo Cuzco y seguían de manera continua bordeando los territorios del Lago Titicaca hasta el extremo sur de la altiplanicie, en Lípez. No fue, pues, por casualidad que los principales focos de la rebelión estuvieran en esas provincias.

Más de una vez los participantes del coloquio se interrogaron sobre la forma y los medios usados por los indios para establecer las conexiones de la rebelión. ¿Cómo pudo surgir y diseminarse de manera súbita y sincronizada el liderazgo de Tupac Amaru en lugares tan alejados del Cuzco, como Tupiza o Salta? Aquí hay una cuestión de tiempo y otra de espacio.

En primer lugar, la difusión de la ideología y los planes de la conspiración tuvieron que haberse llevado a cabo en un tiempo considerablemente largo, si se piensa en que se trata de un territorio muy extenso y en la lentitud de los medios de comunicación que entonces podían utilizar los indígenas. Por muy fuerte que fuera el poder de convicción y el carisma del caudillo —que por otro lado era muy difícil transmitir— el mensaje persuasivo de Tupac Amaru no pudo haberse impuesto sino a lo largo de varios años.

Por otro lado, si en algún lugar fue fraguado el propósito revolucionario, no pudo ser sino en los socavones y galerías del cerro de Potosí, porque allí se reunieron por más de dos siglos los indios venidos de Canes y Canches, Quispicanchis, Azángaro, Puno, Chucuito, Pacajes, Omasuyos, Sicasica, Paria, Chayanta, Carangas y Lípez, es decir precisamente las provincias donde estalló la rebelión. Todos eran indios que vivían o morían sometidos al mismo tipo de opresión. En las galerías y socavones del cerro de Potosí los mitayos de todas aquellas provincias estuvieron en "sesión permanente" las 24 horas del día durante los dos siglos y medio que duró el sistema de la mita. Tuvieron todo el tiempo necesario para conspirar, sin el temor de ser descubiertos en esas profundidades. Uno está tentado de decir que los mitayos del cerro de Potosí formaron el primer gran sindicato minero de Bolivia, aunque integrado por seres espectrales y desesperados.

Un momento estelar

Más de una vez me he sumido obsesivamente en un mar de suposiciones sobre lo que habría ocurrido si el general José de San Martín, en vez de tomar en 1817 el camino de Chile, hubiera repetido el intento de los Ejércitos Auxiliares argentinos, los "Ejércitos del Destino", como los llama Charles W. Arnade, y elegido la ruta del Alto Perú para destruir el gran reducto realista situado en Lima. El mismo Arnade afirma que "Un cuarto ejército auxiliar bien equipado y fuerte, bajo el comando de un general popular, como San Martín, pudo haber disipado los sentimientos separatistas y antiargentinos. Poco después del enorme desastre de Rondeau, no llegó nuevamente ningún ejército expedicionario, y desde 1818 hasta el fin de la guerra, las provincias interiores fueron abandonadas a sus propios recursos".

Sigamos el curso de la conjetura. Al elegir San Martín el camino de la cordillera y no del mar, la reincorporación del Alto Perú a las provincias del Río de la Plata habría ocurrido como un hecho natural, puesto que jurídicamente formaban una unidad dentro del virreinato de Buenos Aires. Siempre he pensado que el hecho más importante de la historia de Bolivia ocurrió en realidad en 1817, antes que la República fuera fundada, cuando el Ejército de los Andes tomó la ruta de Chile.

Una vez, dentro del mismo terreno de suposiciones, conversé con Roberto Prudencio sobre este tema apasionante. Para Prudencio, el momento decisivo no se jugó en 1817 con la marcha de San Martín a Chile, sino en 1811, cuando el primer Ejército Auxiliar argentino, comandado por Juan José Castelli fue derrotado en Guaqui, a orillas del lago Titicaca, por las fuerzas de José Manuel Goyeneche. Recuerdo que le argüí que en 1811 el poder español en el Perú y en América estaba prácticamente intacto y resultaba un poco problemático pensar que Castelli hubiera podido trasponer el límite de los dos virreinos y avanzar hasta Lima. Apoyé mi argumentación diciendo que en 1817 Bolívar ya había comenzado a amargar la vida a los españoles, abriéndoles desde el norte un segundo frente de batalla que se iba acercando inexorablemente hacia el Perú. Además, por entonces, a pesar del sucesivo descalabro de los Ejércitos Auxiliares y sobre todo por obra de la tenaz acción de los guerrilleros, los españoles ya no las tenían todas consigo en el Alto Perú.

Pero San Martín tuvo presente las experiencias de las anteriores expediciones argentinas y prefirió adoptar una nueva estrategia que decidió la suerte política del Alto Perú al desaparecer las posibilidades de una reunificación entre las provincias Altas y Bajas. Las fracciones territoriales del antiguo virreinato seguirían adelante por destinos diferentes, con lo cual se consumó el hecho más significativo de la historia de Bolivia.

No había sido al acaso ni como resultado de una improvisación que los consumados geopolíticos que fueron los españoles decidieran en 1776 agregar el Alto Perú al nuevo virreinato de Buenos Aires. Jaime Mendoza supo discernir claramente las ventajas de esa medida que entrañaba una reordenación racional y natural de los grandes territorios españoles en América del Sur y por eso un día escribió con la pluma teñida de nostalgia: "Al morir el virreinato —del río de la Plata— no había sabido reproducirse en la formidable república del porvenir para constituir por ejemplo la Confederación del Plata englobando a Bolivia, Paraguay y Uruguay y a la Argentina". Mendoza fue un convencido de las ventajas de esa unidad, ya vislumbrada y propuesta en el siglo XVI por el oidor de la Audiencia de Charcas Juan de Matienzo.

De todos modos, con Roberto Prudencio coincidimos aquel día en que la reunificación de las provincias del virreinato de Buenos Aires nos hubiera librado de un cúmulo interminable de desdichas e infortunios. Por lo menos ninguno de los vecinos depredador es de Bolivia habría avanzado sobre territorios de la gran entidad política. Estaríamos incólumes en el Pacífico y en el Amazonas y seguiríamos formando el antiguo complejo político y geográfico. También nos habríamos librado de la pesadilla de 150 años de disturbios y anarquía, de los mandones civiles y militares, de la sucesión inacabable de los golpes y cuartelazos, de una vida cruel y relegada.

Todo esto escribí en un periódico con mi firma y lo digo aún ahora a cuanto boliviano o argentino que tiene la paciencia de oírme.

Cuando en 1974 Jorge Siles Salinas fue designado rector de la Universidad, su primera medida fue nombrarme director de la Biblioteca Central. Desde su instalación, en el edificio construido por el rector Ormachea Zalles, la Biblioteca estuvo a cargo, sucesivamente, de Humberto Vázquez Machicado, Porfirio Díaz Machicao y Jorge Siles. Era una sucesión preclara.

La vida me ha aproximado a muchas situaciones parecidas a las que tuvo mi padre, como ésta de la Biblioteca, cuya dirección él fuera invitado a ejercer por el gobierno del presidente Hernando Siles. No aceptó el ofrecimiento porque nunca quiso abandonar su filiación liberal.

Formada sobre una base perteneciente al Instituto Pedagógico que funcionó a comienzos de siglo, la Biblioteca de la Universidad recibió en 1930 el cuantioso aporte de los

libros de José Rosendo Gutiérrez. Para comenzar, allí están —se puede decir sin que falte una sola— todas las publicaciones, libros, folletos y revistas editados en Bolivia hasta el año de su muerte, 1883.

Gutiérrez dispuso de una holgada situación económica procedente de Atanasio Gutiérrez, su padre adoptivo, y eso le permitió adquirir en sus viajes a Chile y al Perú una cantidad importante de obras referentes a Bolivia y encargar a Buenos Aires numerosas colecciones de la literatura del mundo antiguo y de los clásicos europeos, españoles, franceses, ingleses y alemanes.

En los años siguientes, la Biblioteca de la Universidad fue incrementada con la compra de las de Fabián Vaca Chávez, Hugo Montes, Luis Terán Gómez. Alberto Ostria Gutiérrez y las donaciones de Manuel Carrasco Jiménez (la más generosa de todas y que incluía los libros de su padre, José Carrasco), Isaías Pacheco Jiménez, Alberto Perrin Pando, Raúl Espejo Zapata y la familia Tejada Sorzano. Con las adquisiciones efectuadas toda vez que las condiciones económicas lo iban permitiendo, la Biblioteca Central es la más grande de Bolivia, con 220.000 volúmenes en catálogo. Es seguramente el bien más valioso que posee la Universidad y al mismo tiempo su servicio más amplio, pues atiende diariamente a cerca de un millar de lectores.

En plan de tener que ganarse la vida, no concibo para mí otro trabajo que me fascine más profundamente.

Juan Ortiz de Zárate

Fue el personaje de mi trabajo presentado al Congreso de Historia de América efectuado en Buenos Aires en 1980. Lo que son las cosas. En 1954 en el Archivo de Indias de Sevilla había revisado el expediente de unos 700 folios del proceso seguido contra un grupo de españoles de Charcas por conspiración. Eran encomenderos derrotados por Pedro la Gasca, muchos de los cuales fueron despojados de sus privilegios por el reparto de Guainarima por haber acompañado a Gonzalo Pizarro en la rebelión. La mayor parte de las encomiendas fueron transferidas a quienes pelearon defendiendo la autoridad de la Corona. El gran jefe de la conspiración revanchista fue Francisco Hernández Girón.

A las personas que buscaban el desquite se sumó gente aventurera, soldados sin ocupación, que querían hacer fortuna a golpes de audacia, delincuentes perseguidos por la justicia, mercenarios que actuaban movidos por la expectativa de la paga, entre ellos la siniestra pareja de Vasco Godines y Egas de Guzmán, o el ingenuo Sebastián de Castilla. El complot tenía como puntos principales el Cuzco, La Paz, Potosí y la Plata y estaba fijado para el mes de marzo de 1553. En el Cuzco no sucedió nada (hubo un retraso de varios meses); en La Paz y sus alrededores fueron apresados los comprometidos por el corregidor mariscal Alonso de Alvarado, mientras que Potosí y La Plata cayeron fácil y simultáneamente en manos de los revoltosos, quienes dieron muerte al corregidor de esta última, el general Pedro de Hinojosa y apresaron a los regidores, uno de ellos Juan Ortiz de Zárate.

De largo historial como conquistador (había estado entre los acompañantes de Francisco Pizarro el día del asesinato del marqués en Lima y peleado más tarde en la batalla de Guarina), era en ese año de 1553 un hombre acaudalado con capacidad de entregar compulsivamente a Godines diez mil pesos en calidad de simple exacción. Aún así estuvo a un paso de ser asesinado. Fuera de su cargo de regidor, poseía las más ricas vetas del cerro de Potosí.

Por diversos motivos, nunca utilicé la documentación obtenida en Sevilla y fue también por algún azar que no la destruí en medio de mi vida errática, desprovista de sede, hasta que la Academia Boliviana de Historia me eligió para representarla en el VI Congreso de Historia de América. Ese momento me acordé que entre mis papeles se hallaban las fichas del proceso.

No corresponde entrar en detalles, pero quien conozca la historia de los primeros años de la conquista sabe que Ortiz de Zárate fue nombrado cuarto gobernador de las provincias del río de la Plata, hecho que originó la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay. El nombramiento de Ortiz de Zárate se debió a la inmensa riqueza acumulada como minero y dueño de extensas haciendas.

En el Congreso estaban mis amigos peruanos los historiadores Félix Denegri Luna, Aurelio Miró Quesada, Ella Dumbar Temple y Agustín de la Puente.

Félix Denegri Luna es de esas personas con las que puedo conversar sin pensar en el reloj. Sería inconcebible que en nuestros recíprocos viajes a Lima y La Paz dejáramos de buscarnos y vernos. En 1985 recibí de sus manos la medalla de socio correspondiente de la Academia Peruana de la Historia, como si ese acto hubiese simbolizado también una antigua y profunda amistad.

Cerco de penumbras

Durante unos ocho años, digamos la década del 70 hasta unos quince días antes de su muerte, nos reuníamos con Oscar Cerruto casi todos los sábados en la noche en la casa de monseñor Juan Quirós. Con los intervalos de sus ausencias de Bolivia iban José Luis Roca, Walter Montenegro, Juan Siles Guevara y Roberto Calzadilla. Más tarde se agregaron Remberto Monasterio y Benjamín Oviedo. Las reuniones comenzaban a las ocho o nueve y duraban hasta la medianoche. ¡De qué no hemos hablado y discutido en esas noches, a lo largo de tantos años! De libros, de política, de problemas cotidianos, de banalidades, desenterrando recuerdos y propiciando fantasías. Siempre nos faltaba tiempo y cuando nos despedíamos estábamos seguros de no haber llegado a agotar el tema. A pesar de esos ocho años de aproximación, después que murió Oscar he pensado más de una vez con cierta tristeza por haberme quedado sin saber muchas cosas de él, de su vida, del medio mágico en que transitaba, sus ideas y creencias. Es cierto que en las conversaciones prefería eludir hechos íntimos de su existencia y largas épocas de su vida quedarán rodeadas de un cerco de penumbras, hasta que comencé a seguirle retrospectivamente la pista a partir de los años 30 en que las cosas se ponen más claras.

En todo caso nos hablaba de su amistad con Pablo Neruda y Vicente Huidobro. Eduardo Mallea. Violeta Parra, la gente de "La Nación" de Buenos Aires, en cuyo suplemento literario colaboró muchas veces, de su viaje a Argelia donde conoció y trató a Albert Camus. Su aprecio por Adolfo Costa, con quien trabajara en la embajada de Bolivia en Argentina; algunos pasajes de su vida en Arica, donde fue empleado del consulado y escribió su novela "Aluvión de fuego". No se olvidaba que allá por el año 1928 fue llevado preso a la policía de La Paz, implicado falsamente en una conspiración política fraguada. Allí estuvo detenido unos días con Gustavo Navarro, Abraham Valdés, Gustavo Carlos Otero y otros escritores más a quienes no quería el jefe de policía que, aunque es difícil comprenderlo, era un escritor y poeta también.

Por todas esas conversaciones me daba cuenta de que, como nadie en su grupo generacional, era dueño de lo que se llama una extraordinaria "formación literaria", cuya frontera iba siempre más allá de lo esperado. Recuerdo que cuando pasé con destino a Italia por Montevideo donde él era secretario de la embajada en 1951, me llevó a comprar libros para leer durante el largo viaje de tres semanas por barco. Me sugirió libros de autores italianos y me indicó unos cuantos nombres que hasta entonces no había siquiera oído mencionar. Eran Alberto Moravia (**La Romana**), Guido Piovene (**Piedad contra piedad**), Mario Soldati (**Fuga en Italia**). Indudablemente sabía de lo que se trataba y, aunque es bastante trillado decir lo, "estaba al día".

Mucho más tarde, en los años de las conversaciones, todas las veces que en esa época iba a Buenos Aires o Lima, me encargaba la compra de libros, siempre de literatura pura. Una vez que le hablé entusiasmado de la novela de Robbe-Grillet **El laberinto**, que acababa de leer, me dio una completa explicación sobre las características de la llamada "novela objetiva". En otra oportunidad me demostró que García Lorca era simplemente un poeta pintoresquista (la guardia civil, las corridas de toros, los gitanos), que carecía de expresión universal. A pesar de todo, a Oscar le gustaba llamarse un "obrero calificado" de la literatura. Lo dijo con humor y modestia porque no tenía que hacer ningún esfuerzo para ser modesto en este país donde Arguedas descubrió que uno de los factores que mueven su historia de manera predominante son la vanidad y el ansia de una figuración provinciana. La otra motivación es el hambre. Eso es saber sintetizar una realidad.

Aquellas noches no eran las únicas oportunidades en que veía a Oscar. De su oficio de escritor y de sus años de periodista en Santiago y Buenos Aires, él había retenido el gusto de la conversación en el café o en el restaurante. Un tiempo frecuentábamos en las tardes un café de El Prado, hasta que nos dimos cuenta de que nuestras largas asistencias y el consumo exiguo eran vistos por los mozos con impaciencia y desaliento. En la última época solíamos ir a

un café llamado "La Fragata" cuyo nombre nos evocaba el local de Buenos Aires, en la esquina de Corrientes y San Martín, y donde en distintas épocas habíamos ido infinitas veces.

De los años que me consta, nunca se sumergió en la bohemia, a pesar de que ninguno de los dos teníamos que convencemos mucho para beber unos tragos, él siempre subiéndose los lentes, fumando firme, con el gusto por los encendedores finos, dando su veredicto de experto sobre la calidad de los buenos vinos. Sería en una de esas ocasiones cuando me contó que ese brevísimo y bello poema de la vicuña que está al pie de un parque en la avenida Arce, lo escribió en una noche que se despertó casi como un noctámbulo y sin siquiera releerlo volvió a dormir. Así debe ser a veces la inspiración.

Como yo advirtiera que la música estaba ausente de su vida, alguna vez le comenté el hecho y me contestó que la evitaba porque lo ponía en un penoso e insoportable estado de sensibilidad.

Basta leer sus cuentos, cualquiera de ellos, "Ifigenia, el zorzal y la muerte", "El círculo" o "Los buitres" para sospechar que vivía en un mundo dominado por lo sobrenatural, en la frontera del sueño y la realidad, en el ámbito de lo fantástico. Cuando le hice una insinuación, me dijo: "Y por qué no, si la vida misma es profundamente irreal?"; la tarde de su ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua terminó su discurso con la frase de Shakespeare "El hombre está hecho de la madera de los sueños" y en uno de sus poemas recordó a Píndaro: "El hombre es el sueño de una sombra".

Un mes después de su muerte, los amigos de las conversaciones, como si fuéramos a visitarlo, subimos al cementerio donde está enterrado al lado de los restos de Porfirio Díaz Machicao, Por un tiempo nos seguimos reuniendo en la casa de Monseñor Quirós, pero nunca hablábamos de Oscar, porque al mencionarlo habríamos tenido que hablar fatalmente de su muerte, lo cual hubiese significado aceptarla.

Las cosas no terminan ahí. Unos meses después de su muerte, Monseñor Quirós, capellán de La Merced, me contó que el empleado encargado de llevar el registro de los oficios religiosos le dijo que tenía anotada una misa de difuntos para Oscar Cerruto. El hecho no llamó la atención a Monseñor Quirós porque, sin detenerse a hacer un cómputo cabal del tiempo transcurrido, creyó que se trataría del cabo de año. "Pensé que Marina, la viuda, su hija Madeleine o algún amigo habían encargado la misa. Era un día ordinario y una hora de escasa concurrencia. Salí al templo a rezar la misa y no sólo no ví a sus parientes o algún amigo, sino que extrañamente la iglesia estaba desierta".

No soy de los que creen en aparecidos, pero el relato me dejó impresionado. Pensé que, en medio de su irrealidad, era como uno de esos cuentos que tal vez habría querido escribir Oscar. ¿Hubo, realmente, alguien que fue a La Merced a encargar la misa? ¿Cómo explicar que ese momento no hubiera una sola persona en la iglesia? Preferí no saberlo, para que todo quedara así, en la incertidumbre, como el final de "Ifigenia".

Alguna vez supe que la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América había logrado con destino a su archivo oral una grabación con la voz de Oscar. Allí estaba en compañía de los monstruos sagrados de la literatura. Alguien me dijo que otra de las voces "enlatadas" era la de Franz Tamayo.

En un viaje que hice a Washington en 1984 Para asistir al Comité Interamericano de Cultura de la OEA, me acordé de la información y pedí a William E. Carter, director de aquella División, una copia de la cinta. Un tiempo después de mi regreso a La Paz, el "cassete" estaba en mis manos.

No era Un reportaje, Como había creído hasta entonces, sino la lectura de algunas poesías reproducidas Con impresionante nitidez.

Unos meses más tarde fui citado a una reunión del grupo "Prisma", cuyo promotor es monseñor Quirós y formado por unos quince escritores de diversas categorías y aficiones: Walter Montenegro, Mario Frías, Carlos Coelho, José Luis Roca, Juan Siles, Raúl Rivadeneira, Rubén Carrasco y al cual perteneciera Oscar. Entonces pensé que esa era la oportunidad. En cierto momento pedí a los amigos me permitieran hacerles oír una grabación. Nadie sospechaba de qué se trataba y al oír la voz de Oscar durante Unos veinte minutos todos quedaron sacudidos por la sorpresa y la emoción. Más tarde Puse la cinta en manos de quien corresponde: Marina y Madeleine.

Recordando lo que fue su vida, a veces pienso que Oscar no ha muerto, sino que sólo ha despertado del sueño de su vida.

Luis del Villar

No hace mucho tiempo me encontré casualmente en la calle Con Luis del Villar, mi compañero de juegos en los patios de la casa del barrio de San Pedro en nuestros días de niñez. De juegos y de fantasías.

Soy un iluso y me aferro tercamente a mis necesidades de amor y amistad, de afecto, de querer y ser querido y, aunque nos vemos muy rara vez, siempre protegí, como la de tantos otros, la imagen de Luis del Villar contra el olvido, el deterioro del tiempo y las miserias de la vida. En realidad, no sé qué ha hecho él de su existencia o qué ha hecho la existencia de él. Cuando nos veíamos era por casualidad. Nos saludábamos con signos de cordialidad, pero no nos deteníamos a conversar. Quizá no tendríamos mucho de qué hablar, porque nuestras vidas tomaron rumbos distintos y el recuerdo no se recupera en un momento después de tan larga separación.

Esa mañana nos encontramos como siempre de manera fortuita. Conversamos unos pocos minutos, cambiando esos formalismos convencionales que no dicen nada, pero al despedirme no resistí al impulso —venía de muy lejos, desde la niñez— de darle un abrazo y al separarnos ví una lágrima retenida al borde de sus párpados. No sé si Luis es un hombre sentimental. Tal vez en la fugacidad que duró el instante del abrazo se le presentó el recuerdo de la vieja casa de San Pedro y nosotros jugando "salto brinco" y "ladrones y celadores" o cambiando estampillas y calcomanías.

El mar

En el mes de mayo de 1983, en un viaje a Santiago hice escala en el aeropuerto de Chacalluta. Al pisar el aeropuerto me imaginé que de alguna manera seguía estando en Bolivia, con el mar ahí al frente, ese mar que los bolivianos añoran desde hace un siglo. Poltarnees.

Por puro ingenuo, a veces pienso que como los chilenos habitan una franja costera de miles de kilómetros, frente al océano, no sienten la falta del mar y por eso no comprenden y se burlan del anhelo de los bolivianos, encerrados detrás de las montañas. Quizá lo entienden pero no les importa, porque parecería que un país tiene la obligación de ser egoísta, así como el hombre la de ser generoso.

A Guillermo Gutiérrez Vea Murguía muchos años más tarde le tocó reanudar, tras el intempestivo acuerdo de Charaña entre Banzer y Pinochet, las relaciones diplomáticas con Chile, como primer embajador después de diez años de ruptura.

En 1950, el embajador Alberto Ostría Gutiérrez mediante un cambio de notas reversales con el canciller Horacio Walker Larraín había logrado obtener el compromiso de Chile de otorgar a Bolivia una salida al mar "sin compensaciones territoriales". Pensándolo con calma a lo largo de los años, es difícil imaginar la clase de compensaciones que Bolivia podía dar, pues las aguas del lago Titicaca pertenecen al condominio con el otro país ribereño, el Perú. ¿Fue suficientemente premeditado el ofrecimiento de Chile? ¿No incurrió su diplomacia en una precipitación? Por otra parte, sucedió lo que era de esperar: la oposición del MNR al acuerdo Ostría Gutiérrez-Walker Larraín. Sus dirigentes pusieron por encima de los intereses del país sus pobres conveniencias.

En 1975, en circunstancias muy adversas, Guillermo Gutiérrez presentó una propuesta que recibió del gobierno chileno el ofrecimiento de cesión de una franja al norte de Arica, a cambio de una superficie equivalente —mar territorial comprendido— de 3.000 kilómetros cuadrados en lugares que serían escogidos de común acuerdo. Nunca se había llegado tan lejos en toda la historia de las negociaciones con Chile pero, como esta vez también era de esperar, la oposición al gobierno de Banzer alzó el grito al cielo.

Una vez más prevalecían los odios políticos sobre la suerte de la nación. Desde cualquier sitio, Cochabamba o La Paz, se decidió a priori que la fracción costera ofrecida era totalmente inservible. Otros llegaron a decir que más valía esperar el día en que Bolivia pudiera recuperar por las armas el litoral perdido.

Un político que participó en esa oposición, me confesó que, en efecto, hubo un fuerte ingrediente político en la actitud adversa. Se pensó que si la negociación tenía buen éxito, Banzer se quedaría diez años más en el gobierno y se denunció que la compensación boliviana incluía tierras de una riqueza mineral fantástica, a pesar de que nunca fueron elegidas y mucho menos exploradas.

Como en 1950, una vez más los politiqueros ganaron la partida. Banzer, mal aconsejado, se dejó vencer por la presión contraria y de una manera también intempestiva cortó las negociaciones, recurriendo a la ruptura en un mal momento, cuando el reclamo boliviano había alcanzado fuerte respaldo de las naciones americanas. Digamos que Banzer algún momento desaparecerá políticamente, pero nos habremos quedado sin mar.

Tampoco se puede olvidar que esa oposición interna prorrumpió en gritos de júbilo cuando se conoció la respuesta peruana, tan sibilina y sinuosa. Es increíble, pero el Perú prefería que ese territorio permaneciera en poder del vencedor chileno, su enemigo de siempre, y no de su desventurado aliado de la guerra del Pacífico.

En cuanto se refiere a la disposición del Perú, Guillermo Gutiérrez recibió obligadamente la misión en Chile en el momento menos oportuno.

De una manera diferente, porque no perdió sino un extremo de su territorio, el Perú sufrió en una forma muy dura la guerra, con su zona costera casi íntegramente invadida y su capital ocupada sin contemplaciones por el vencedor, hechos que dejaron en los peruanos un sentimiento de rencor y amargura que el transcurso de los años no llegó a disipar. El encono era tal vez mayor en su población que en Bolivia, pero orientado con mayor madurez y seriedad, sin explosiones ni alharacas. Allá se creó una convicción muy extendida, aunque un tanto vaga, de que las ofensas y depredaciones serían reparadas antes del centenario de la guerra y sobre todo los sectores militares vivían bajo la firme esperanza del desquite.

En el Perú no se sabía con exactitud lo que ocurriría antes de 1979, pero había la ilusión de que algo sucedería y no era en balde que el Perú disponía de la mayor fuerza submarina de Latinoamérica. En 1968 llegó al poder el general Juan Velasco Alvarado, decidido a llevar a su pueblo por el camino de la revancha e hizo costosas inversiones en la adquisición de armas. Era una suprema cuestión de honor; una herida abierta.

Ya se sabe que no hubo segunda Guerra del Pacífico y que en 1979 no ocurrió nada, pero indudablemente en aquellos momentos el Perú en todas sus capas —y los militares menos que nadie— no estaban dispuestos a hacer ninguna concesión que significara la renuncia de las expectativas alimentadas durante un siglo. Ha pasado el centenario y estoy seguro de que en el Perú se han diluido aquellos sentimientos de desquite y cada vez son menos las personas que se acuerdan de Arica. En todo caso, ese proceso psicológico explica en gran parte la respuesta negativa que el tercero en discordia dio a la consulta chilena en 1976.

La Fundación Ballivián

Entre la indiferencia y el egoísmo del medio boliviano y donde los entusiasmos son pasajeros, desde 1977 la Fundación "Manuel Vicente Ballivián" ha cumplido sistemáticamente una labor de estímulo a las actividades culturales del país, otorgando premios para recompensar tareas ya realizadas. Entre quienes los recibieron están los historiadores Hernando Sanabria y Gunnar Mendoza; los escritores Augusto Guzmán, Walter Montenegro y Joaquín Gantier; los periodistas Enrique Miralles de "La Patria" de Oruro; Guillermo Céspedes, quien trabajó en tantos frentes del periodismo que sería imposible recapitularlos acá; Wilson Mendieta Pacheco, el cronista no de una ciudad sino del sur de Bolivia; Alfonso Prudencio Claire (Paulovich) que durante veinte años nos ha regalado una visión risueña y humorística de una realidad sombría; José Gramunt, editorialista radial y director de un informativo, autor de comentarios penetrantes que tocan sin miedo el fondo dramático de los hechos. Hasta ahora las personas premiadas han sido más de treinta.

Por esas curiosas coincidencias que a veces tiene la vida —mi padre había sido la "mano derecha" de Manuel Vicente Ballivián en la Dirección de Estadística y la Sociedad Geográfica de La Paz— fui uno de los primeros directores con René Ballivián, Oscar Cerruto, Mariano Baptista Gumucio y Salvador Romero. La Fundación está financiada por las empresas mineras de Guillermo Gutiérrez y desde el primer día su presidenta fue Mónica Ballivián de Gutiérrez, nieta de Manuel Vicente.

No teníamos muchas semejanzas con Guillermo Gutiérrez. El extrovertido, hombre de acción, sociable, audaz; mientras yo abstraído, vacilante, con ambiciones alejadas del campo práctico. Sin embargo —y acá no cabe ninguna explicación— nos unía el lazo del afecto. Una tarde del mes de diciembre de 1982, pocos instantes previos a mi ingreso al quirófano, para una operación por cuyo resultado seguramente nadie habría apostado un centavo, apareció en la puerta de la habitación de la clínica y me dijo: "Alberto, sé que no eres muy creyente, pero vaya rezar por tí".

Murió Guillermo en Buenos Aires en septiembre de 1983 con un infarto cardíaco. Bueno, es casi no morir. Un tiempo después propuse a un grupo de sus amigos escribir breves esbozos sobre su personalidad y que al final fueron publicados bajo el título de "Cinco retratos de un hombre". Walter Montenegro mostró su acción modernizadora y pujante en "La Razón"; Gustavo Medeiros analizó su actividad pública y política; mi hermano Alfonso la diplomática como re- presentante en Cuba, la Organización de Estados Americanos y Chile; Gastón Arduz Eguía, los espectaculares logros en el campo empresarial de la minería y la agricultura y yo seguí la pista del soldado de la guerra del Chaco, donde tuvo un comportamiento legendario durante los tres años de la contienda, desde soldado raso a subteniente de línea, siempre en las misiones más peligrosas; como alguien dijo "en la boca del lobo".

No me fue fácil seguir su trayectoria en medio de la maraña, las "picadas", los pajonales y las trincheras del Chaco, desde Agua Rica y Alihuatá hasta Pícuiba, desde los primeros tiros hasta los últimos disparos. Con todo, la pesquisa fue facilitada por el hecho de que Willy en los tres años no cambió de regimiento: el "Chichas" 7 de Caballería.

Siporo

El tema de Siporo también nos salió al paso. Se trata de una hacienda situada entre Potosí y Sucre y cuyos últimos propietarios antes de la reforma agraria de 1953 fueron los miembros de la familia Soux. Los títulos, con todos sus documentos marginales, inventarios, testamentos, delimitaciones, etc., estaban en poder de Luis Soux, en cuya casa los ví por encima más de una vez, hasta que se me ocurrió emprender a base de ellos un estudio de historia rural. Hablé con Alcides Parejas y después complicamos en el proyecto a Florencia de Romero, Caro la Muñoz Reyes de Parejas, Carola Echalar, María Luisa Soux y Cecilia Arauco.

Cuando ya se había trasladado a las fichas una parte sustancial de la información, fuimos a Siporo con Alcides, Carola Muñoz y Cecilia Arauco. No encontramos un "alma" en la casa de hacienda, allá donde en la época de la colonia existió seguramente un intenso trajín de los peones del campo y los trabajadores del ingenio donde se refinaba la plata de las minas del cerro de Piquiza. De esa manera "leímos" el documento esencial: el lugar, Si poro, con su escasa vegetación casi altiplánica, sus arboledas aisladas, los cerros y las pequeñas quebradas, las aguas del río, su soledad y su silencio.

Llegó el momento de organizar el material y comenzar la redacción y hubo otro viaje a Potosí para ver los papeles de la Casa de Moneda, sobre todo en pos de cifras de producción. En realidad, para los autores fue como un seminario sobre historia rural, pues fuera de la investigación hubo frecuentes intercambios de opiniones y puntos de vista y la consulta de la bibliografía accesible. Al concluir el trabajo nos dimos cuenta de que no podíamos esperar ayuda de ningún lado para llevarlo a la imprenta y entonces hicimos una contribución económica igualitaria y al fin, en 1984, editamos el libro. Está dedicado "A la memoria de Mario Chacon Torres, compañero en los combates por los archivos y la historia".

Mario Chacón tenía su casa en la calle Tarija en cuyo fondo se alza la silueta del cerro de Potosí. Viniendo del lado de la plaza era inevitable que lo viera todos los días y también muchas noches porque nadie habría puesto la mano al fuego para negar su egregia calidad de noctámbulo.

La casa es más bien de reducida estructura. En la planta baja está la sala, casi siempre oscurecida por los postigos de las ventanas y, al lado, el comedor. Separadas por un patio exiguo, las gradas de piedra llevan a una azotea donde su madre cuidaba unas plantas en lucha porfiada contra la fría intemperie de Potosí. En seguida, el dormitorio, que era el lugar donde Mario realmente vivía, porque allí había llevado sus libros que cubrían las paredes de la habitación. Unos pocos cuadros de pintura colonial y una que otra imagen religiosa, entre ellas un crucifijo encima de la cama. Medio en broma, un día le dije: "Así ha debido ser el dormitorio de Arzans".

Mario tenía que caminar apenas media cuadra en dirección del Cerro para llegar al templo y convento de San Francisco. Hizo ese recorrido muchas veces en su vida porque durante unos años, por su iniciativa, los religiosos franciscanos decidieron organizar un museo que ahora ocupa unas ocho salas. A Mario nunca se le quitó el sueño porque la gente supiera o no que él había sido, junto con el padre José Rossi, el autor de ese trabajo.

Si salía hacia el lado derecho de su casa, Mario tenía que dar unos pocos pasos para llegar a la plaza y encontrarse casi de frente con el perfil mozárabe de la Matriz. A un lado de la catedral, el colegio "Pichincha" donde daba clases de historia. Sus alumnos le querían y era frecuente que después de las clases un grupo de ellos le acompañara a dar una vuelta bajo el sol de la plaza. Amaba profundamente su colegio porque allí, completando los conocimientos recogidos en la escuela primaria, había aprendido a leer y escribir. Leer y escribir, las dos grandes ocupaciones de su vida.

Para quien no conozca Potosí corresponde decir que siguiendo unos cien metros el declive natural de la ciudad, se llega a la Casa de Moneda, donde Mario ingresó diaria y puntualmente durante más de veinte años para colaborar con Armando Alba, primero, y Luis Alfonso Fernández, después, en el incremento y conservación de los numerosos museos instalados allí. Su gran obra fue la creación del Archivo de la Casa de Moneda, que ahora cuenta con más de 300 metros lineales de anaqueles con documentos de las épocas colonial y republicana. Para dar una sola idea de su importancia, vale decir que allí existen 900 libros de Cajas Reales. Durante 12 años, Mario fue el director insustituible del Archivo.

En un país donde prevalecen los figurones de aldea, los "historiadores" que no han publicado un solo libro, sino apenas unos cuantos artículos de prensa, él mismo se calificaba de simple "acarreador de materiales". Quienes lo conocieron saben que ese término no disfrazaba una falsa modestia. Tenía la suficiente inteligencia para no tomarse en serio y la honestidad para no especular con su obra. Fue testigo como pocos del abandono en que los bolivianos tienen a la Villa Imperial, pero podía hablar durante horas sobre la portada de la iglesia de San Lorenzo, la torre de la Compañía, el púlpito de San Juan o el artesanado del templo de Santa Teresa y publicó un libro fundamental sobre el arte colonial potosino, una monografía ejemplar acerca de la ciudad y varios estudios sobre la pintura de aquella época. Eso sí, tenía una dosis de orgullo que le impedía esperar ni solicitar nada y la sabiduría de saber sobreponerse al dinero. En lugar de la pobreza, poseía una rica individualidad que nunca puso en competencia con ninguna otra.

No he conocido otra persona junto con Armando Alba que estuviera tan compenetrado con su ciudad, sus templos, sus calles estrechas, las mansiones suntuosas de otras épocas, sus maestros pintores, escultores o plateros. Era de esos hombres a quienes disgusta la realidad boliviana y prefieren evadirse al pasado. Quería a su patria y su ciudad, como si viviera orgulloso pensando en lo que ha sido Potosí y apenado por lo que ahora es.

Así fue hasta la noche de septiembre de 1984. en una clínica donde en un proceso de pocas horas, la muerte fue borrando de manera inexorable de su mente las imágenes de su madre, doña Mercedes, las calles de la ciudad, ese Cerro que veía todos los días, la figura intemporal de Arzans cuyo verdadero nombre él había descubierto, los patios y los corredores de la Moneda, los amigos que no le olvidarían, el "bule", el claustro de Santa Teresa, el espectro de Holguín, otra vez su madre, como si todos estuvieran reunidos a su alrededor. Le parecía que todas esas personas y cosas se iban, lo dejaban y abandonaban, cuando lo que sucedía era que él se estaba yendo. De manera paulatina, por más esfuerzos que hiciera por retenerlas, el cuadro se volvía confuso y las siluetas más tenues hasta que desaparecieron por completo.

Con José Rosendo Gutiérrez me sucedió algo parecido. Hacia 1930 su biblioteca y archivo pasaron a poder de la Universidad de La Paz; de una manera accesoria, la transferencia incluyó sus papeles personales. Allí están casi íntegramente los libros y folletos publicados en Bolivia hasta 1883, año de su muerte, y colecciones muy lujosas de obras de grandes escritores franceses, ingleses y españoles. También autores del contorno, argentinos, peruanos y chilenos. Un contemporáneo suyo, entendido en papeles, dijo que era la biblioteca boliviana más importante de su tiempo.

El archivo comprende más de dos mil piezas manuscritas desde los primeros años de la colonia. Son tan valiosas que tal vez fueron seleccionadas por Gutiérrez de un volumen más cuantioso que tuvo algún momento a su disposición, o las fue coleccionando poco a poco, al ritmo de sus hallazgos, con un criterio exacto de su valor.

Vinieron también sus papeles personales, un "Diario" con anotaciones en una clave personal y escritas en caracteres griegos, sobre todo cuando se refieren a sus aventuras con mujeres; colecciones de recortes de sus artículos de prensa y una parte infortunadamente muy pequeña de su correspondencia, unas cien cartas, todas de los dos últimos años, 1882-1883, de personajes de la época, Mariano Baptista, Aniceto Arce, Narciso Campero, Benigna Ballivián. En todo caso tenía en mis manos material como para emprender un esbozo biográfico de Gutiérrez.

De esos papeles surge en medio de sombras y contradicciones, el hombre con sus conflictos interiores, sus dramas irresolubles, su "desdichado matrimonio", como él mismo lo llama, sus angustias inconfesables, una desadaptación crónica con el medio social en que le tocó actuar, sus tempranas dolencias físicas, alucinaciones y tenaces misantropías. En una página del "Diario", al pensar en su amargo parecido con ciertos rasgos del carácter de Lord Byron, exclama: "Oh... mon Dieu... pitié...".

Por la carencia de tiempo en que vivo, propuse emprender el trabajo a la licenciada en Historia, Blanca Gómez, quien enfocaría la actuación pública, e Isabel Muñoz Reyes, "master" en literatura, se las vería con el escritor, mientras yo me entendía con el "hombre". Los tres esbozos se hallan en prensa.

El Paraguay

No es necesario explicar los motivos por los cuales en cierta época de mi vida, aunque fue una experiencia que no conocí de manera directa, la guerra del Chaco se convirtió en un tema de mi más profundo interés. Mi "clase" no llegó a ser llamada, porque el conflicto terminó un año antes y por lo tanto me quedaba conocer y vivir sólo la realidad de la retaguardia.

Participando de ese sentimentalismo de los bolivianos —a cuya formación contribuyeron tanto el español como el indio— varias veces iba a mirar el desfile de un destacamento por las calles de La Paz hacia la estación de ferro-carril, con destino al Chaco.

En esas despedidas se descargaba íntegra la sensibilidad de los bolivianos (lágrimas, abrazos) excitada por bandas de música que no tocaban marchas marciales sino los melancólicos aires del país. Era todo un espectáculo y no era para menos. Al final, la guerra es una de las más tremendas experiencias por la cual puede pasar un hombre, porque en ella está incrustada la posibilidad de la muerte.

Desde un comienzo, mi padre se mostró enemigo de la guerra y seguramente porque conocía la historia, la medida de los gobernantes y la capacidad de los militares, estaba dolorosamente convencido del fracaso final.

Leí gran parte de la literatura del Chaco, las "defensas", las mutuas acusaciones de militares y civiles, el deslinde de responsabilidades, los cuentos y novelas y cuando escribí un relato sobre la actuación de Guillermo Gutiérrez en esa trágica y ciega aventura, tuve que consultar detenidamente la obra monumental de Aquiles Vergara Vicuña y entrevistar a varios ex-combatientes. Siento un profundo respeto por los hombres que pasaron por esa terrible prueba de hambre, enfermedades, muerte y abandono.

De una manera inesperada, cuando eso ya no podía figurar en mi programa, en 1984 hice una visita de cinco semanas a Asunción, donde vive mi hija María, y así pude conocer a tantos paraguayos como me fue posible. tan ignorados por nosotros, separados por la distancia

y la geografía y con quienes la única vez que se juntaron los bolivianos fue en un abrazo mortal.

Conocí a exponentes de la élite intelectual, en quienes era claro un impulso de acercamiento a Bolivia. El paraguayo se ve como oprimido —y en realidad lo ha estado— por sus poderosos vecinos, Argentina y Brasil, con los que sostuvo en el siglo pasado una guerra tan desigual como heroica y con quienes, en el fondo, no tienen posibilidades de negociación, sino de someterse a sus imposiciones, algunas de las cuales les costaron desmembraciones territoriales.

Es curioso, pero a pesar de la victoria, muchos paraguayos deploran la guerra y no se explican los motivos que tuvieron los bolivianos para lanzarse a esa empresa suicida en la cual, antes que los adversarios, la naturaleza se iba a encargar de destruir los. Están convencidos de que, de nuestra parte, fue una guerra de tipo colonialista.

Durante mis conversaciones de aquellas seis semanas me pareció advertir que los paraguayos ven a Bolivia como al único país al cual pueden acercarse de manera igualitaria y entenderse en condiciones de equilibrio. Su aprisionamiento geográfico es también su complejo, así como el de Bolivia es su falta de mar. Grupos ilustrados están convencidos de que por su ubicación geográfica Bolivia y Paraguay forman un "gozne" geopolítico en el centro del continente, lo que podría convertirlos algún día en un elemento indispensable para la integración sudamericana. De ahí su curiosidad y su interés por todo lo boliviano.

De manera simultánea, dan a entender que Bolivia prescinde o ignora al vecino, de quien cada día está más alejada. Al mismo tiempo, en el partido Colorado y el militarismo gobernante sobreviven viejas suspicacias históricas, como la de haber conseguido en la guerra del Chaco una victoria sin recompensas, y el propósito de no permitir la presencia boliviana en el río Paraguay.

Tuve varias oportunidades de conversar con miembros de la Academia Paraguaya de Historia, donde diserté sobre algunos tópicos de la historiografía boliviana y con alumnos de la Universidad del Estado, a quienes hablé sobre cuestiones teóricas.

Fuera de advertir aquellos resquemores, recogí interesantes informaciones, como la que me proporcionó Carlos Pastore, jefe de clave del comando de Estigarribia durante los tres años de la guerra, quien me dijo delante de testigos que el ejército paraguayo dispuso, durante los tres años del conflicto, de las claves bolivianas, facilitadas por la Argentina.

EL FIN Y LA NADA

No hace muchas semanas ocupé unos cuantos días en componer el "índice onomástico" de la biografía ("El poder y su angustia") de Hernando Siles, escrita por mi hermano Alfonso. Las páginas del libro constituyen un friso histórico sobre el cual aparecen y desaparecen los protagonistas mayores y menores de los primeros cuarenta años del siglo XX y donde se destaca la figura del personaje central.

A muchas de esas personas, sobre todo a las que sobrevivieron a Siles, muerto en 1942. me tocó conocer más de lejos que de cerca, principalmente a través de escritos de diversa índole, libros, folletos y periódicos, que son mi principal medio de comunicación con los demás.

Pues bien, pocas son las personas del referido "índice" que aun viven. Cada vez que iba anotando un nombre era como si pusiera una cruz y la anotación de "muerto". Muerto en combate, porque la vida tiene mucho de eso. De algunas de las personas a quienes traté y conocí, rememoré las circunstancias de su respectiva e intransferible muerte. Humberto Palza. Enrique Baldivieso, Alberto Ostria Gutiérrez. Luis Felipe Lira Girón. A cada uno le había llegado la hora de enfrentarse con el fin, o sea con la nada.

En uno de esos momentos recordé aquel episodio relatado por Herodoto en sus **Nueve Libros**, cuando Jerjes rey de los persas, al contemplar su ejército y sus naves poco antes de cruzar el Helesponto e invadir Grecia, se Pone a llorar sin causa perceptible. Se le acerca su tío Artabano par" preguntarle por el motivo de su llanto y aquél le responde: "Lloro por la brevedad de la vida humana y porque antes de cien años todos estos hombres que vemos estarán muertos".

Pascal dio una tétrica pero justa definición: unos galeotes en espera de la muerte".

Me quedaré sin comprender el sentido y el objeto de la vida humana y nunca nadie los descubrirá. Lo que sí me parece es que se trata de una invención cruel y despiadada. Es un valle de lágrimas y para quien no tiene la esperanza del más allá, se queda en eso, en valle de lágrimas. Jamás podrá ocurrir nada que modifique la pobreza —la relatividad, por decirlo con cierta cortesía— del conocimiento humano y ese me parece el aspecto más terrible de aquella crueldad. Nuestra inteligencia no alcanza sino para darnos Cuenta de que sufrimos.

Posee el hombre un entendimiento limitado que le sirve apenas para apreciar, de manera muy borrosa, su infortunio. Pobre inteligencia que sólo le permite andar a tientas en el mundo, sin conocer su principio ni su fin.

Como si todo eso fuera poco, sin la muerte la existencia del hombre sería inconcebible, puesto que la alternativa sería la eternidad. La vida infinita carecería entonces, de todo sentido, es inimaginable, porque reduciría al hombre a la total inacción y el tiempo se disolvería. Por eso la trágica paradoja es que lo único coherente es la muerte, la nada, el fin

FIN

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)